

LA DESCRIPCIÓN E INTERPRETACIÓN
DEL PAISAJE EN
PAUL VIDAL DE LA BLACHE



LA DESCRIPCIÓN E INTERPRETACIÓN
DEL PAISAJE EN
PAUL VIDAL DE LA BLACHE

La descripción e interpretación del paisaje en Paul Vidal de la Blache. La hermenéutica del Tableau de la Géographie de la France / autor: Juan Vicente Caballero Sánchez. – Sevilla: Centro de Estudios Paisaje y Territorio-Grupo de Investigación Estructuras y Sistemas Territoriales, 2013.

151 p. : il.; 19 cm. + disco compacto

D.L. SE-2002-2013

ISBN: 84-695-8062-0

1. Paisaje. 2. Geografía. 3. Historia. 4. Hermenéutica. I. Caballero Sánchez, Juan Vicente II. Centro de Estudios Paisaje y Territorio.

AUTOR

Juan Vicente Caballero Sánchez

© El autor. Centro de Estudios Paisaje y Territorio y Grupo de Investigación "Estructuras y Sistemas Territoriales.

ISBN: 84-695-8062-0

Dep. Legal: SE-2002-2013

DISEÑO GRÁFICO: Antonio Ramírez Ramírez

MAQUETACIÓN: Antonio Ramírez Ramírez y Rafael Medina Borrego

REVISIÓN DEL TEXTO: Salud Moreno Alonso

FOTOGRAFÍA: los autores

* Esta publicación se realiza gracias a la colaboración del Centro de Estudios Paisaje y Territorio y al Grupo de Investigación "Estructuras y Sistemas Territoriales".

PRESENTACIÓN DEL DIRECTOR DEL CEPT

Desde su creación en 2005 los trabajos del Centro de Estudios Paisaje y Territorio (CEPT) han tenido una dedicación preferente a la investigación aplicada; aunque en los estudios realizados y en los artículos de ellos derivados y editados en medios de expresión científica se hayan hecho aportaciones conceptuales y metodológicas, ésta que se prologa es la primera con aspiraciones teóricas. Tiene sentido que así sea pues desde julio de 2011 el CEPT es oficialmente un “centro de investigación” adscrito al Sistema Andaluz de Agentes del Conocimiento (AC00220CI) y toda entidad de esta naturaleza debe dotarse de una dimensión teórica propia. Juan Vicente Caballero Sánchez es desde su constitución en 1995 miembro del Grupo de Investigación Estructuras y Sistemas Territoriales (HUM-396, GUEST), núcleo inicial del Centro de Estudios, y es también uno de sus investigadores principales desde el inicio de esta entidad. Sobre él descansan en gran medida las oportunidades futuras de aportaciones teóricas a la consideración del territorio y del paisaje que puedan producirse tanto en el CEPT como en GUEST. Las nociones de paisaje y de territorio han recorrido ya juntas una larga trayectoria gracias a la Geografía. Desde los albores del interés científico por el paisaje en el siglo XVIII esta relación se ha mantenido viva aunque con una serie de altibajos, con etapas de mayor o menor atención a una y otra idea, así como de diferentes intensidades y sinergias mutuas. Actualmente, tras la aprobación del Convenio Europeo del Paisaje en Florencia en el año 2000 y su entrada en vigor en 37 Estados, esta convergencia es más nítida que en etapas anteriores, pues el mencionado acuerdo internacional promueve una vinculación estrecha entre ellas con la finalidad de conseguir que la noción de paisaje juegue a favor de un buen orden territorial e inducir la protección, gestión y ordenación de todos los paisajes europeos. Además el Convenio está también teniendo repercusiones en América, Asia y Australia.

Indagar en los orígenes teóricos de esta relación, analizar con precisión las aportaciones a ella realizadas en las distintas etapas por las diferentes disciplinas científicas tiene gran interés, particularmente en el caso de la Geografía, de la obra de Paul Vidal de la Blache y, concretamente, de uno de sus principales libros, el *Tableau de la Géographie de la France*, desde cuyo título se está sugiriendo la relevancia de dicha unión. Para un concepto o noción como el paisaje, de tanta amplitud semántica y que aspira, en último término, a contribuir a la mejora de las relaciones entre los seres humanos y sus espacios de vida, tiene un gran interés conocer en profundidad cómo ha sido entendido y utilizado en cada momento histórico y en cada contexto cultural. El estudio de Juan Vicente Caballero Sánchez aquí presentado abre camino en una perspectiva cuyo conocimiento puede y debe ser ampliado en el futuro.

Hay que agradecer al autor que dedicara duros años de trabajo casi sin apoyo alguno a realizar una tesis doctoral que codirigimos Juan Francisco Ojeda y yo mismo, aunque el autor, como en la mayoría de las buenas investigaciones, fue siempre muy por delante en creatividad y en profundidad de sus directores, cuya labor quedó limitada a orientaciones de tipo metodológico y práctico. Igualmente como responsable del CEPT quiero agradecer a los miembros de GUEST y, especialmente, a la profesora María Fernanda Pita López, responsable de la coordinación de dicho Grupo de Investigación, su generosidad al dedicar parte de los siempre escasos fondos disponibles a dar a conocer esta interesante aportación científica.

Florencio Zoido Naranjo

Director del Centro de Estudios Paisaje y Territorio

PRESENTACIÓN DE LA DIRECTORA DE GUEST

Desde su creación en 1995, el paisaje, tanto en su vertiente teórica como en su dimensión práctica, ha sido uno de las líneas de investigación que ha caracterizado al Grupo de Investigación Estructuras y Sistemas Territoriales (GUEST), que me honro en dirigir.

Dentro de esta dilatada trayectoria del grupo, las aportaciones de Juan Vicente Caballero, investigador del Centro de Estudios Paisaje y Territorio, y compañero y amigo de GUEST, se centran, desde hace algunos años, en el ámbito de la interpretación paisajística, abarcando tanto su dimensión teórica e histórica como el campo cada vez más relevante de sus aplicaciones en el ámbito de las políticas públicas.

Esta publicación, que recoge la mayor parte de la tesis doctoral de Juan Vicente Caballero, fue su primera aportación relevante en este campo. Constituye un acercamiento de mucho interés al pasado de una práctica que hoy está tomando un auge inusitado: la interpretación paisajística. Se nos muestra cómo, hace más de un siglo, obras como el *Tableau de la Géographie de la France* de Paul Vidal de la Blache (1845-1918), plantearon conceptos y reflexiones sobre el paisaje y su interpretación, a partir de las cuales aún hoy se pueden extraer lecciones.

De hecho, puede decirse que esta obra creó un canon para la interpretación paisajística. Como ocurre con todas las obras canónicas, tiene la capacidad de fecundar su campo específico en cada época. Para la interpretación paisajística es una suerte contar con una obra de esta índole, y también con un investigador que ha escudriñado en sus conceptos con tanta profundidad, pues así los que hoy se dedican a este campo contarán con valiosos elementos para enriquecer sus perspectivas y sus planteamientos.

La clave de esta obra reside justamente en eso, en el hecho de que constituye una mediación y una exploración, en la que el autor se ha internado en una tierra semidesconocida, para cartografiarla y transmitir los secretos que guardaba celosamente. Ello ha sido posible gracias a que ha sido capaz de hacer dialogar al propio Vidal de la Blache con dos interlocutores contemporáneos: el pensamiento geográfico y paisajístico reciente, y aquellos desarrollos filosóficos que, en las últimas décadas, han elevado la interpretación y sus problemas al rango de tema filosófico y ontológico.

En esta capacidad de hacer dialogar pasado y presente de forma compleja es donde reside, creo, la mayor aportación de esta obra. En los resultados de ese dialogo encontrarán muchas ideas y sugerencias de interés quienes están interesados en la temática paisajística y quienes se dedican profesionalmente al ámbito de la interpretación paisajística. A aquellos les mostrará la riqueza y profundidad de la reflexión paisajística en el pasado y a estos les ayudará a profundizar en la propia naturaleza de lo que hacen, así como a ensayar nuevos horizontes y modos de interpretar los paisajes.

Que estos caminos hayan sido abiertos en el seno de GUEST es para mí un motivo de gran satisfacción, así como una muestra de la vitalidad y creatividad de un grupo tan enriquecedor a nivel intelectual y humano. Es una vitalidad y creatividad que se manifiesta en campos muy diversos, contribuyendo al mejor conocimiento y gestión de las cuestiones territoriales y ambientales que afectan a nuestra sociedad de forma cada vez más acuciante.

María Fernanda Pita López

Directora de GUEST

Índice

	Pag.
Introducción	5
<u>PRIMERA PARTE: LA DESCRIPCIÓN E INTERPRETACIÓN DEL PAISAJE. ASPECTOS GENERALES.</u>	10
Capítulo 1_La hermenéutica: naturaleza y alcance	13
1.1_Un punto de partida: hermenéutica y humanidades según H.-G. Gadamer	14
1.2_La interpretación como apropiación de lo extraño	16
1.2.1_La herencia hermenéutica del Romanticismo	
1.2.2_Una escisión a superar	
1.2.3_La comprensión como experiencia de diálogo en Gadamer	
1.2.4_La hermenéutica según Schleiermacher	
1.2.5_¿Escisión o complementariedad?	
1.3_Hermenéutica y experiencia lingüística del mundo	25
1.3.1_La naturaleza del lenguaje según Gadamer	
1.3.2_La dimensión lingüística de la hermenéutica	
Capítulo 2_La descripción e interpretación del paisaje: una aproximación	35
2.1_Introducción	36
2.2_El paisaje, escritura a descifrar y transmitir	37
2.3_La tensión y mediación entre marcos de referencia	39
2.3.1_Un problema hermenéutico	
2.3.2_Tres respuestas a un mismo problema	
2.4_El alcance ontológico y existencial de la interpretación paisajística: el ejemplo de Eric Dardel	46
2.5_La relevancia de la experiencia sensorial	47

<u>SEGUNDA PARTE: LA DESCRIPCIÓN E INTERPRETACIÓN DEL PAISAJE EN EL</u>	
<u>TABLEAU DE LA GÉOGRAPHIE DE LA FRANCE</u>	50
Capítulo 3_ <i>La géographie humaine</i> vidaliana, contexto intelectual del <i>Tableau de la géographie de la France</i>	53
3.1_Humanidad y naturaleza en Humboldt y Ritter	54
3.1.1_Introducción	
3.1.2_El trasfondo de la modernidad y los inicios de la Geografía moderna	
3.1.3_La geografía clásica y el trasfondo de la modernidad: consideraciones generales	
3.2_Humanidad y naturaleza en la <i>géographie humaine</i> vidaliana	
3.2.1_ <i>La géographie humaine</i> como éxito epistemológico	59
3.2.2_Los fundamentos naturalistas del pensamiento de Vidal de la Blache	
3.2.3_Vidal de la Blache y el trasfondo de la modernidad	
Capítulo 4_ <i>El Tableau de la géographie de la France</i> : una concepción de la descripción e interpretación del paisaje	71
4.1_El prólogo	72
4.1.1_El vínculo de pertenencia entre pueblo y solar	
4.1.2_La hermenéutica del prólogo del <i>Tableau</i>	
4.1.3_Una interpretación de conjunto	
4.2_La territorialidad en la hermenéutica vidaliana	80
4.2.1_¿Geografía política o geografía humana?	
4.2.2_Una hermenéutica visual	
4.3_La literatura crítica, una validación de la interpretación	87
4.3.1_De la canonización al cuestionamiento	
4.3.2_La época de las caracterizaciones generales	
4.3.3_En el laberinto de las formas	
4.3.4_De Francia a España	

	Pag.
REFLEXIÓN FINAL. LA APORTACIÓN DEL TABLEAU DE LA GÉOGRAPHIE DE LA FRANCE A LA CONSTRUCCIÓN DE UNA TEORÍA HERMENÉUTICA DEL PAISAJE	104
1_La necesidad de una teoría hermenéutica del paisaje	106
2_ Una hermenéutica del paisaje en las etapas iniciales de la geografía moderna: el Tableau de la Géographie de la France	107
2.1_El Romanticismo y el entendimiento hermenéutico del saber geográfico	
2.2_Una hermenéutica del paisaje: <i>sol</i> y <i>physionomie</i> en el Tableau de la Géographie de la France	
3_Elementos para una teoría hermenéutica del paisaje	110
 FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	 113
I_Fuentes	114
II_Bibliografía	114
 ANEXOS_La descripción e interpretación del paisaje en el <i>Tableau de la Géographie de la France</i> . Clasificación y traducción parcial de los textos.	 120
I_El solar	123
I.1_Descripción e interpretación del orden espacial del solar	
I.2_Descripción e interpretación del <i>aspect</i>	
II_La vida local	128
II.1_Descripción e interpretación de la vida local desde el <i>aspect</i>	
II.2_Descripción e interpretación del orden espacial de la vida local	
II.3_Descripción e interpretación de transiciones y cambios paisajísticos	
II.4_Descripción e interpretación de la vida local desde la experiencia del paisaje	
III_La vida general	141
III.1_Descripción e interpretación de la situación	
III.2_Descripción e interpretación de la vida general desde el orden espacial del solar	
III.3_Descripción e interpretación de la vida general desde el orden espacial de la vida local	
III.4_Descripción e interpretación de la vida general desde la experiencia del paisaje	

Introducción

Durante las últimas décadas se ha ido desarrollando un saber de índole interpretativa, que se caracteriza por combinar la capacidad de describir y comprender de forma holística, integradora y sintética la complejidad y trabazón de las unidades que componen la superficie terrestre con la preocupación por transmitir y comunicar lingüísticamente esa complejidad, por hacerla inteligible y comunicable más allá del ámbito estrictamente académico.

Las manifestaciones de este saber son heterogéneas, y suelen estar vinculadas a las necesidades de conocimiento y gestión de los paisajes por parte de las políticas públicas. De este modo, en este campo emergente pueden incluirse los atlas y mapas de paisaje y, en general, la práctica de delimitar unidades de paisaje. También cabe incluir en este capítulo el conjunto de estudios que sustentan, en algunos territorios, las políticas de paisaje, como ocurre, por ejemplo, con los catálogos de paisaje de Cataluña, que constituyen “documentos de carácter descriptivo y prospectivo que determinan la tipología de los paisajes de Cataluña, identifican sus valores y su estado de conservación y proponen los objetivos de calidad que deben cumplir” (Nogué i Font y Sala 2006: 4).

Un rasgo propio de esta práctica interpretativa es el uso recurrente de términos como paisaje, unidad de paisaje, tipo de paisaje. Ello hace pertinente el uso de las expresiones “interpretación paisajística” o “descripción e interpretación de los paisajes” para hacer referencia a esta práctica de mediación lingüística.

Sin embargo, no se trata de un tipo de interpretación enteramente nuevo. En las etapas iniciales de la geografía moderna es posible identificar algunos antecedentes claros de la interpretación paisajística contemporánea, en la medida en que reúnen sus mismas características. Este es el caso del *Tableau de la Géographie de la France* (1903), de Paul Vidal de la Blache, en el cual el geógrafo francés combina la preocupación por la comprensión holística de la complejidad de las regiones francesas con una marcada preocupación por la comunicación lingüística, a través de un dispositivo lingüístico muy elaborado de gran calidad literaria y alta capacidad comunicativa.

¿Significa eso que existen clásicos de la interpretación paisajística que pueden considerarse referentes de este ámbito del conocimiento?

Las obras clásicas tienen una particularidad importante respecto a otros objetos. El pensador alemán Hans-Georg Gadamer (1900-2002), plantea lo siguiente en relación con los textos transmitidos por la tradición literaria o filosófica:

“La comprensión de la tradición no entiende el texto transmitido como la manifestación vital de un tú, sino como un contenido de sentido libre de toda atadura a los que opinan, al yo y al tú” (2003: 434).

Es decir, existe un terreno común, que lleva a tender un puente, establecer un diálogo, que lleva a que una obra determinada sea considerada como clásica. Ahora bien, ¿es esta actitud pertinente y fecunda en relación con las descripciones e interpretaciones paisajísticas del pasado? Ante estos textos puede adoptarse sin duda una actitud que puede denominarse reconstructiva o historiográfica, que busca un conocimiento en profundidad de la evolución de la descripción e interpretación de los paisajes, y de su relación con el contexto histórico en el que surge y se desenvuelve. Pero cabe otra actitud en la que prime la búsqueda de ese terreno común del que habla Gadamer, con el fin de salvar la distancia con la interpretación paisajística del pasado. Se trata, en este segundo caso de hermenéutica, al menos tal como la entiende el pensador alemán: “es el arte de dejar que algo vuelva a hablar” (2006: 259), a pesar de la distancia temporal y cultural. Ahora bien, ¿qué sentido tiene esta operación de salvar la distancia, de tender un puente entre pasado y presente, en el caso de una interpretación paisajística? La respuesta es la siguiente: el diálogo con textos geográficos del pasado puede contribuir a clarificar cuestiones epistemológicas que preocupan en el presente, puede proporcionar una respuesta a determinados interrogantes que preocupan a la comunidad de intérpretes del paisaje.

Sin embargo, estamos ante un punto de vista poco desarrollado hasta ahora como modo de aproximación pasado de la descripción e interpretación de los paisajes. La razón de ello puede radicar en que la hermenéutica, según

el planteamiento arriba expuesto, choca con la idea, muy extendida, de que el pasado es superado sin más, gracias a la aparición de nuevos paradigmas que hacen que ese pasado se convierta en letra muerta.

La actitud hermenéutica es completamente distinta. El siguiente texto de Gadamer, en la introducción de *Verdad y Método*, su obra más importante y conocida, muestra cómo, en el caso específico del pensamiento filosófico, esta actitud resulta pertinente y aconsejable:

“Forma parte de la más elemental experiencia del trabajo filosófico el que, cuando se intenta comprender a los clásicos de la filosofía, éstos plantean por sí mismos una pretensión de verdad que la conciencia contemporánea no puede ni rechazar ni pasar por alto. Las formas más ingenuas de la conciencia del presente podrán sublevarse contra el hecho de que la ciencia filosófica se haga cargo de la posibilidad de que su propia perspectiva filosófica esté por debajo de la de un Platón, Aristóteles, un Leibniz, Kant o Hegel. Podrá tenerse por debilidad de la actual filosofía el que se aplique a la interpretación y elaboración de su tradición clásica admitiendo su propia debilidad. Pero con toda seguridad el pensamiento sería mucho más débil si cada uno se negara a exponerse a esta prueba personal y prefiriese hacer las cosas a su modo y sin mirar atrás” (Gadamer 2003: 24).

Es decir, mirar atrás refuerza el pensamiento de quien así actúa. Ése es el punto de partida que requiere, también en el ámbito de la interpretación paisajística, adoptar una actitud hermenéutica. Se requiere una disposición a aceptar que podemos aprender algo, que es posible ampliar nuestro propio horizonte y, aún más importante, a aceptar que existen cuestiones comunes al pasado y al presente, que nuestro horizonte no es ni mucho menos nuevo, sino un episodio más de una serie de avatares que nos han precedido y que continuarán en el futuro.

Pero esa disposición, en sí misma, no salva la distancia cultural y temporal, la cual sigue estando ahí, como consecuencia de la propia evolución de la interpretación paisajística, y, en general, de los cambios de contexto político, social y cultural.

Para poder salvar la distancia y entablar un diálogo con el pasado es necesario ante todo formular la pregunta o preguntas adecuadas. De este modo, se hará patente que efectivamente hay temas comunes, pero expresados en términos y conceptos distintos, que han sido relegados y sustituidos.

Ahora bien, ¿qué relación tiene la disposición hermenéutica con la génesis de esta investigación? Para responder a esta pregunta es conveniente comenzar por un texto de Gadamer. En alguna ocasión el pensador alemán se expresó en los siguientes términos:

“La génesis de mi <<filosofía hermenéutica>> no es en el fondo otra cosa que el intento de explicar teóricamente el estilo de mis estudios y de mi enseñanza. La praxis siempre fue lo primero” (Gadamer 2004: 388).

Es decir, el impulso que le llevó a escribir su monumental *Verdad y Método*, obra en la cual expone su pensamiento hermenéutico, no surge de una preocupación abstracta por un problema filosófico, sino ante la necesidad de reflexionar sobre su propia praxis de hermeneuta, sobre su naturaleza e implicaciones. De hecho, Gadamer fue tanto filósofo como filólogo clásico e historiador de la filosofía (Gadamer 2004: 375-388).

En la presente investigación ocurre algo análogo. Su impulso inicial procede de una praxis que suscita una serie de preguntas y preocupaciones. Dicha praxis no es otra que la experiencia del autor de verse requerido a desarrollar la capacidad de hacer inteligible un paisaje, de descifrar, comprender y comunicar el conjunto de interacciones y procesos que definen una parte de la superficie terrestre. Esta práctica reiterada coincide con un primer contacto con el *Tableau de la géographie de la France*. Surge entonces la conciencia, al principio difusa, de que existe una conexión entre las interpretaciones que allí se despliegan y la práctica que se requiere del autor.

El contacto inicial con el *Tableau* vidaliano, permite delinear un primer diagnóstico: la interpretación paisajística, también llamada “descripción explicativa” es una perspec-

tiva que en el pasado tuvo gran importancia pero que ha sido relegada. No obstante, el hecho de que se revele una herramienta de gran utilidad en nuevos contextos y situaciones apunta a que puede haber sido un abandono prematuro para luego volver a resurgir, pero en un contexto diferente. Se hace necesario pues indagar acerca de la naturaleza epistemológica de esa práctica, con el fin de entenderla correctamente y de evaluar su potencial. Es esta necesidad la que abre las puertas, en el autor, a la disposición hermenéutica, a hacer que el pasado de la interpretación paisajística, una parte de él, vuelva a hablar.

Pero, como antes se ha dicho, la disposición hermenéutica no presupone que se haya formulado la pregunta correcta. En el caso que nos ocupa formular dicha pregunta implica identificar el problema a resolver, la cuestión epistemológica que subyace tanto al *Tableau* vidaliano como a la propia praxis del autor en el terreno de la interpretación paisajística. Esto distaba de ser fácil. Estaba claro que la denominación “descripción explicativa”, que el autor utiliza inicialmente, no resultaba satisfactorio a esos efectos, al ser un término demasiado ligado a la Geografía, o, para ser más exactos, a una parte de ella, a la llamada geografía clásica¹. Todo indicaba que era una designación que remitía a otras de mayor alcance. De la “descripción explicativa” se pasó a la cuestión de la comprensión, como modalidad de conocimiento propia de las humanidades, contrapuesta a la explicación. Pero pronto se reveló que la distinción entre explicación y comprensión, aun cuando sigue siendo usada por ciertos pensadores contemporáneos (Morin 2002: 157-166), es en realidad una idea muy ligada al pensamiento del filósofo e historiador alemán Wilhelm Dilthey (1833-1911). Sin embargo, la obra de éste se revela como un eslabón de una tradición humanística más amplia, que surge en el marco del Romanticismo. Esa tradición, específicamente alemana, tiene una particularidad, que la distingue de otras tradiciones humanísticas de los dos últimos siglos: una viva preocupación teórica por la hermenéutica, por los problemas de la interpretación y la comprensión, especialmente en el ámbito de la Filología y la Historia. Siguiendo hacia adelante en el tiempo se llega finalmente a Hans-Georg Gadamer (1900-2002). Nos encontramos con el hecho de que este autor ha escrito una obra monumental acerca de la hermenéutica, *Verdad y Método*, publicada por vez primera

en 1960, así como incontables textos breves sobre esa cuestión, a lo largo de varias décadas.

En un primer momento, el autor constata que algunas consideraciones de Gadamer sobre la interpretación de textos le recuerdan vivamente a la descripción e interpretación de paisajes que él mismo practica. Se plantea entonces la hipótesis de que resulta procedente hablar de una “hermenéutica del paisaje, entendida como el arte de hacer hablar a un paisaje. Junto a ello, el autor constata cómo ciertas consideraciones del filósofo francés Jean-Marc Besse (2000b: 95-114) sobre la descripción paisajística en Vidal de la Blache apuntan claramente hacia la hermenéutica. Todo ello influye en la decantación hacia la mencionada hipótesis, para cuyo desarrollo será necesario, lógicamente, contar con una adecuada base teórica.

Hasta aquí, la génesis de esta investigación. Procede ahora sintetizar los contenidos de la misma. Es inevitable que dicho resumen sobrevuele de forma sumaria por los planteamientos y resultados de los diversos capítulos. Se trata ante todo de mostrar, en términos muy generales, el argumento general que desarrolla el conjunto de la presente investigación, y el papel que, dentro de la misma, desempeña cada capítulo.

La primera parte de la presente investigación tiene dos objetivos fundamentales: en primer lugar (capítulo 1), identificar y caracterizar la naturaleza de la hermenéutica. En segundo lugar (capítulo 2), mostrar la relevancia de los conceptos de la hermenéutica para descripción e interpretación paisajística, tanto la del pasado como contemporánea.

Comencemos pues por el capítulo 1. Para formular correctamente la pregunta que permita tender un puente con el *Tableau* vidaliano debe partirse de un concepto claro y nítido acerca de la naturaleza de la hermenéutica. Se toma como punto de partida la idea, planteada por Gadamer, de que la hermenéutica es un arte liberal, más que una ciencia, una técnica o un método. Del diálogo con Gadamer y Schleiermacher se obtiene, en primer lugar, la idea de que el fundamento de la hermenéutica radica en la experiencia de la interpretación como apropiación de lo extraño, experiencia que trasciende el ámbito de la palabra escrita. Junto

a esto se sostiene la tesis de que los dos autores mencionados representan posiciones complementarias, y no contrapuestas, que nos proporcionan una visión integrada de la experiencia de la interpretación. Pero es necesario dar algunos pasos más, antes de dar por cerrado el capítulo 1. Es por ello que se plantea un marco conceptual acerca de la dimensión lingüística de la hermenéutica que, partiendo una vez más de Gadamer, es el resultado de un diálogo con sus ideas.

El capítulo 2, lejos de tener una pretensión exhaustiva, traza un panorama general de las cuestiones teóricas y metodológicas asociadas a la descripción e interpretación de los paisajes. Se parte para ello de planteamientos procedentes sobre todo de la Geografía, en la medida en que esta disciplina ha prestado una especial atención a estos temas.

La segunda parte (capítulos 3 y 4) se orienta al estudio e interpretación de los conceptos y planteamientos del *Tableau* vidaliano. Se comienza, en el capítulo 3, por trazar el panorama del contexto intelectual en el que surge la obra. Por contexto intelectual entendemos aquí la propia trayectoria de Paul Vidal del la Blache y las distintas etapas de la misma. La gestación de la obra comienza a finales de los años 80 del siglo XIX (Robic 2000a: 11-15) y se publica en 1903. Paralelamente, desde mediados de los 90, empiezan a publicarse los artículos doctrinales que buscan fundamentar el proyecto disciplinar vidaliano, la *géographie humaine*. Esta etapa inicial es el contexto preciso en el que surge el *Tableau*. Pero los planteamientos de dicha etapa surgen, a su vez, en un determinado entorno cultural y científico. Este tema es tratado también con especial atención, a través sobre todo de las aportaciones de la literatura crítica. Obtenemos de este modo un cuadro de las relaciones de la *géographie humaine* con el pensamiento naturalista de su época, especialmente el neolamarquismo, de gran influencia en la Francia de aquella época. Ello no impide, sin embargo, que puedan plantearse interpretaciones complementarias. La relación de la *géographie humaine* con su entorno cultural y científico más inmediato es bien conocida, pero el cuadro quedaría incompleto si no se la situara también en una corriente de fondo de la cultura occidental, que constituye lo que Stephen Toulmin denomina la “agenda oculta” o trasfondo de la modernidad (Toulmin 2001).

El capítulo 4 tiene como objetivo fundamental delinear la concepción de la descripción e interpretación de los paisajes y de los territorios en el *Tableau de la géographie de la France*. Ello se hace a través de un comentario en profundidad de los textos iniciales de la obra: el prólogo general (pp. 3-4) y el inicio de la parte 1ª (pp. 7-8). Se requiere para ello de una exégesis que aborde los más relevantes aspectos de ambos textos y ayude a comprenderlos correctamente. La brevedad de los mismos es engañosa. Entre ambos conforman una teoría hermenéutica completa que sitúa al *Tableau* como una obra de referencia para la interpretación paisajística contemporánea. Por último, pero no menos importante, se hace una relectura de la literatura crítica dedicada al *Tableau*, con el fin de verificar la validez de la interpretación propuesta de los textos iniciales de la obra. Dicha literatura crítica, especialmente la más reciente, adquiere unidad y cohesión cuando se la interpreta desde la teoría hermenéutica identificada en este capítulo 4.

Por último, se incluye una reflexión final que, partiendo de los resultados de esta investigación, pretende dar los primeros pasos en dirección a una teoría sobre la dimensión hermenéutica del paisaje. De este modo se cierra el círculo y se empieza a tender un puente entre el *Tableau* vidaliano y la interpretación paisajística contemporánea.

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

1. Tal es el término utilizado en *El pensamiento geográfico*, de J. Gómez Mendoza, N. Ortega Cantero y J. Muñoz Jiménez (Madrid, Alianza, 1994).

Primera Parte

LA DESCRIPCIÓN E
INTERPRETACIÓN
DEL PAISAJE

ASPECTOS GENERALES

Capítulo 1

La hermenéutica:
naturaleza y alcance

1.1 Un punto de partida: hermenéutica y humanidades según H. G. Gadamer

Existe un acuerdo generalizado acerca de la importancia decisiva que la filosofía de la ciencia, como reflexión sobre la naturaleza y condiciones del conocimiento científico, ha tenido en la filosofía del siglo XX. Sin embargo, esta atención a los fundamentos del conocimiento no es privativa de las ciencias. En el campo del saber humanístico también se han desarrollado reflexiones de gran relevancia e influencia sobre la naturaleza del mismo. Algunas de estas aportaciones tienen, sin embargo, una peculiaridad: se trata de reflexiones que explicitan y recuperan ideas y prácticas que, o bien se han olvidado, o bien han perdido nitidez, pero cuya recuperación es decisiva para clarificar la naturaleza de dicho saber.

Tal carácter de recuperación y recordatorio es justamente el que, en buena parte, tiene la obra del filólogo y filósofo alemán Hans-Georg Gadamer¹ (1900-2002). Al igual que hizo Giambattista Vico² en la primera mitad del siglo XVIII, este pensador cuestiona el alcance universal de la idea de método, con el fin de dar legitimación filosófica a aquellas formas del conocimiento humano que adoptan otros caminos. Jean Grondin, uno de sus intérpretes más autorizados y prestigiosos, lo expresa de la siguiente manera:

“Acerca de toda la obra de Gadamer puede afirmarse que, en contraposición a este saber moderno, basado en el método, parte de una duda con respecto a una ampliación universal de la idea del método, como si fuera la única vía de acceso a la verdad. Claro está que la intención de Gadamer no consiste en cuestionar el método mismo como vía de acceso a la verdad. Lo que él pretende es señalar bien cuáles son sus límites, porque su pretensión de monopolio podría encubrir otras experiencias de la verdad y hacerlas irreconocibles. En la obra de Gadamer se trata precisamente de recuperar esas experiencias de la verdad y de hallar su legitimación filosófica (...). Por consiguiente, lo que Gadamer cuestiona no es la vinculación entre la verdad y el método. Es tan obvio que el método ofrece un camino

viable hacia la verdad, que sería ridículo objetar nada contra ello (...). Lo único cuestionable es la pretensión moderna y evidentemente posmoderna de que la verdad pueda alcanzarse únicamente de esta manera. El prejuicio cartesiano de nuestro tiempo procede quizás de un olvido de las posibilidades y realidades efectivas del conocimiento humano. La obra de Gadamer pretende recordarlas, a fin de preservar a la humanidad de falsas ilusiones” (Grondin 2003: 17-19).

Partiendo de este propósito general, la hermenéutica³ se constituye en el hilo conductor de su obra, en el elemento que le da unidad y cohesión. Es, de hecho, el tema central de *Verdad y Método* (1960), su obra más conocida y relevante, pero también de diversas aportaciones posteriores. Algunas de éstas últimas nos proporcionan una primera comprensión de la naturaleza de la hermenéutica. Es el caso del texto titulado “Retórica y hermenéutica” (1976), en el que aparece la siguiente afirmación:

“El trivium, dividido en gramática, dialéctica y retórica, y que incluye en ésta a la poética, posee respecto a todos los modos particulares del hacer y del fabricar un rango tan universal como el rango que compete a la praxis en general y a la racionalidad que la preside. Estas partes del trivium, lejos de ser ciencias, son artes <<liberales>>, es decir, forman parte de la conducta básica de la existencia humana. No son algo que se hace o se estudia para aprender. Esta capacidad es una de las posibilidades del ser humano como tal, algo que todo individuo es o puede hacer. Pero eso es lo que hace significativa, en el fondo, la relación entre retórica y hermenéutica (...) Tampoco el arte de la interpretación y de la comprensión es una destreza específica que se pueda estudiar y aprender para llegar a ser una especie de intérprete profesional. Pertenece al ser humano como tal” (Gadamer 2004: 280-281)⁴.

Sin embargo, el texto citado se presta a una interpretación restrictiva, según la cual la hermenéutica se orienta ante todo a los textos y otras expresiones lingüísticas. Así, mientras que la retórica se basaría en la facultad de hablar, la hermenéutica sería una prolongación o aplicación de la facultad de comprender a quien nos habla. Debemos aclarar si esta interpretación restrictiva es correcta o si es más válida una interpretación amplia, por la cual el ámbito de la hermenéutica, en tanto arte liberal, va más allá. La respuesta nos la ofrece el propio Gadamer: la hermenéutica es una práctica definitoria de las “ciencias del espíritu⁵”, es decir, de las humanidades, dentro de las cuales se orienta al amplio espectro de las creaciones y acciones humanas que pueden ser comprendidas:

“Yo completaría, para esta esfera del saber [las humanidades], el ideal del conocimiento objetivo, implantado por el ethos de la cientificidad, con el ideal de <<participación>>. Participación en los temas esenciales de la experiencia humana, tal como se han plasmado en el arte y en la historia (...). Yo he intentado mostrar en mis trabajos que el modelo del diálogo puede aclarar la estructura de esta forma de participación. Porque el diálogo se caracteriza también por el hecho de no ser el individuo aislado el que conoce y afirma, sino que esto se produce por la participación común en la verdad” (Gadamer 2004: 313).

Cuando, en este texto, Gadamer habla de “diálogo” está haciendo referencia a su concepción de la hermenéutica y, por tanto, de la comprensión. Es justamente el tema al que está dedicado el capítulo 11 de *Verdad y Método*. Baste, por ahora, con el siguiente fragmento de dicho capítulo, en el cual queda patente esta vinculación entre diálogo y tarea hermenéutica:

“Lo que caracteriza a la conversación frente a la forma endurecida de las proposiciones que buscan su fijación escrita es precisamente que el lenguaje realiza aquí en preguntas y respuestas, en el dar y to-

mar, en el argumentar en paralelo y en el ponerse de acuerdo, aquella comunicación de sentido cuya elaboración como arte es la tarea de la hermenéutica frente a la tradición literaria. Por eso cuando la tarea hermenéutica se concibe como un entrar en diálogo con el texto, esto es algo más que una metáfora, es un verdadero recuerdo de lo originario. El que la interpretación que lo logra se realice lingüísticamente no quiere decir que se vea desplazada a un medio extraño, sino al contrario, que se restablece una comunicación de sentido originaria. Lo transmitido en forma literaria es así recuperado, desde el extrañamiento en que se encontraba, al presente vivo del diálogo cuya realización originaria es siempre preguntar y responder” (Gadamer 2003: 446).

Más adelante se expondrán con más detalle los planteamientos gadamerianos acerca de esta cuestión. Lo que en este punto importa retener son dos ideas: en primer lugar, que la hermenéutica es un arte liberal en el que se cultiva un aspecto básico de la conducta humana como es la comprensión, en tanto que capacidad que hace posible la comunicación; en segundo lugar, pero no menos importante, el hecho de que Gadamer postula que dicha capacidad es un elemento definitorio del saber humanístico.

Una vez establecidas estas dos premisas, podemos pasar a mostrar con mayor detalle las dimensiones básicas de la hermenéutica como praxis propia de las humanidades. Para ello se seguirá como hilo conductor las ideas de Gadamer, estableciendo un diálogo con las mismas y con las de alguno de sus predecesores. A este respecto, se parte de una interpretación de *Verdad y Método* según la cual, en esta obra, la hermenéutica es entendida como una práctica que gira en torno a dos ejes: la interpretación como capacidad que hace posible la apropiación de lo extraño; y, en segundo lugar pero no menos importante, aquello que justifica el uso de la capacidad de interpretación, esto es, el acceso al lenguaje de aquello que permanece fuera del mismo, de forma que se ensancha el ámbito de nuestra experiencia lingüística del mundo.

1.2_ La interpretación como apropiación de lo extraño

1.2.1_ La herencia hermenéutica del Romanticismo

Una de las peculiaridades del Romanticismo alemán es la dimensión inédita que en ese movimiento cultural alcanza la hermenéutica. Es entonces cuando “se ponen las bases del campo específico de la hermenéutica como comprensión de las manifestaciones significativas del espíritu y del comportamiento humanos” (Ferraris 2000: 127). A este respecto, es decisiva, por su carácter pionero, la obra de Friedrich D. E. Schleiermacher⁶ (1768-1834). Pero esta nueva orientación continuaría, en el ámbito cultural alemán, durante todo el siglo XIX, gracias a la obra de filólogos e historiadores de gran relevancia: entre los primeros cabe destacar a August Boeckh⁷ (1785-1867) y Heymann Steinthal⁸ (1823-1899); entre los segundos a los representantes de la “escuela histórica”, tales como Leopold Ranke⁹ (1795-1866) y Johann Gustav Droysen¹⁰ (1808-1884). En época más tardía, la obra de Wilhelm Dilthey¹¹ (1833-1911) es, en buena parte “el mayor esfuerzo de autorreflexión histórica y metodológica de la hermenéutica en el siglo XIX” (Ferraris 2000: 153).

Verdad y Método, es, en buena medida, una respuesta a las ideas hermenéuticas de esta tradición, o, como señala Jean Grondin (2003: 95), una “destrucción crítica” de la misma. Esta confrontación ocupa los capítulos 6 y 7 de la segunda parte, dando pie, a modo de respuesta, a la teoría hermenéutica del propio Gadamer, en esa misma segunda parte (capítulos 9, 10 y 11). Dicha teoría será a su vez el punto de partida para una reflexión de índole propiamente filosófica (tercera parte, capítulos 12, 13 y 14). Esta secuencia da idea de la trascendencia de esta confrontación. A este respecto, son bien significativos los títulos del capítulo 6 (“Lo cuestionable de la hermenéutica romántica y su aplicación a la historiografía”) y del capítulo 7 (“La fijación de Dilthey a las aporías del historicismo”).

La polémica de Gadamer con la herencia hermenéutica del Romanticismo puede sintetizarse de la siguiente manera:

“En la segunda parte de Verdad y Método se trata de la destrucción de la hermenéutica del siglo XIX, principalmente de la hermenéutica de Schleiermacher y de Dilthey. La confrontación de Gadamer con esa hermenéutica <<romántica>> (...) tiene tonos muy polémicos. En efecto, Gadamer quiere mostrar lo muy incapaces que fueron Schleiermacher y Dilthey, a pesar de sus mejores intenciones, de resistir a la tentación de caer en un pensamiento en parte metódico y en parte estético. El predominio de este modelo de pensamiento los llevó finalmente a errar en cuanto al problema hermenéutico” (Grondin 2003: 95-96)

Pero esta polémica no debe hacer perder de vista que la obra de Gadamer es también una renovación de la herencia hermenéutica del Romanticismo. A este respecto, siguiendo nuevamente a Jean Grondin, es necesario enfatizar la continuidad fundamental entre Gadamer y sus predecesores:

“En la medida en que Gadamer se alza contra la seducción de una hermenéutica puramente metódica, es -ella misma- primordialmente romántica. La destrucción que hace Gadamer de la hermenéutica romántica tiene sentido únicamente porque Schleiermacher y Dilthey habían intuido igualmente bien el problema hermenéutico. Lo único que se precisaba era superar las formas de pensamiento metódicas y estéticas, con las que ellos habían tratado de formular ese carácter específico” (Grondin 2003: 96).

Cabe plantearse por otra parte si, en realidad, estamos ante una tradición muy concreta, específicamente alemana, que realmente ha quedado superada. El propio Gadamer en textos tardíos ha hecho afirmaciones, a modo de autocrítica, que también podrían dar pie a esta apreciación, al decir que:

“Resulta sin duda anticuado cargar el acento, dentro de las denominadas ciencias del espíritu, en las ciencias filológico-históricas. En la era de las ciencias sociales, el estructuralismo y la lingüística no parece suficiente esa vinculación a la herencia romántica de la escuela histórica” (Gadamer 2004: 11).

Sin embargo, esto no es tan evidente. Esa “herencia romántica”, de la que el propio Gadamer forma parte, es especialmente idónea para avanzar en la reflexión sobre la praxis hermenéutica en las humanidades. Ello por las siguientes razones: por su carácter pionero en el tratamiento de la cuestión; por la persistencia y continuidad en el tratamiento de la misma; por la diversidad de posiciones al respecto.

A todo ello hay que añadir un hecho que está implícito en todo lo que se viene diciendo, pero que conviene destacar: a diferencia de otras tradiciones humanísticas, la hermenéutica romántica y sus sucesores hacen un esfuerzo especial por explicitar y sistematizar su propia praxis hermenéutica. Evidentemente, sería muy aventurado afirmar que esta tradición es la única que, desde inicios del siglo XIX, ha tenido el monopolio de la práctica hermenéutica en las disciplinas humanísticas, o en disciplinas “fronterizas”, como la Geografía. Lo que sí es cierto, sin embargo, es que en ella la praxis hermenéutica es objeto de reflexión metodológica o teórica, según los casos, llegándose incluso a clasificaciones sistemáticas de los tipos de interpretación en Historia y Filología, como, por ejemplo, hicieron, respectivamente, Droysen y Steinthal (Droysen 1983; Steinthal 1970). Esto es lo que la distingue de otras tradiciones o autores, en los que, habiendo podido existir una práctica hermenéutica muy desarrollada, ésta no ha sido objeto de explicitación y reflexión teórica, o lo ha sido de manera fragmentaria y poco

sistemática. Es éste otro elemento que convierte a la herencia hermenéutica del Romanticismo en un punto de partida especialmente idóneo para elaborar un marco teórico que permita identificar y analizar prácticas hermenéuticas que, hasta ahora, o bien no han sido reconocidas como tales, o bien, habiendo sido reconocidas, no han sido analizadas.

Hay además otro hecho que no puede soslayarse: el valor de las aportaciones hermenéuticas de Gadamer no está sólo en su concepción acerca de la comprensión o de la relación entre hermenéutica y humanidades. Su valor reside también en la toma de posición que implica: para construir una teoría hermenéutica sólida, en torno a estos temas, es ineludible confrontar el legado de la hermenéutica romántica, aun cuando se la someta a una crítica radical. Soslayar esa tradición sería un empobrecimiento notable, una pérdida importante. Por tanto, ésta es una segunda aportación fundamental del filósofo alemán: para construir un marco conceptual acerca de la praxis hermenéutica de las humanidades en general y de la Geografía en particular, es ineludible confrontar la hermenéutica romántica. Sin embargo, a principios del siglo XXI, hemos de tomar en consideración esta herencia con un alcance temporal más amplio. Nuestra situación no es la misma que la de Gadamer, que, en *Verdad y Método*, podía detenerse en Wilhelm Dilthey (1833-1911). La herencia que debemos confrontar debe incluir al propio Gadamer¹².

Ahora bien, ¿por qué es relevante esta tradición para avanzar en la reflexión sobre la praxis hermenéutica en las humanidades? Ante todo, porque nos proporciona las claves adecuadas para entender cómo dicha praxis supone una experiencia de comunicación con todo aquello que se presenta como extraño y ajeno a nuestros marcos habituales de referencia. Es decir, nos permite entender de forma amplia el punto de partida de la hermenéutica: cuando se trata de comprender lo que algo o alguien nos dice, pero existen dificultades para que sea posible una comunicación inmediata, es necesario poner en juego determinadas capacidades para remover dichos obstáculos.

1.2.2_Una escisión a superar

Hay un punto, en *Verdad y Método*, al final de la primera parte, en el que Gadamer pone las cartas sobre la mesa. Tras dedicar los cuatro primeros capítulos a plantear la existencia de experiencias de la verdad ajenas a la idea de método, con una atención prioritaria a la experiencia del arte, el autor, al final del capítulo 5 (2003: 217-222) plantea la necesidad de abordar la cuestión hermenéutica que suscita aquél: “¿Cómo se determina frente a él la tarea de la hermenéutica?” (2003: 219).

Esta pregunta le servirá al pensador alemán como piedra de toque para plantear de forma sintética su propia posición, y la necesidad de superar el punto de vista heredado del Romanticismo. Para ello hace una interesante contraposición entre las posiciones de dos pensadores contemporáneos, pero que respondieron de forma distinta a la pregunta arriba planteada: Schleiermacher (1768-1834) y Hegel (1770-1830).

La posición del primero es, para Gadamer, la *reconstrucción* (2003: 219), y es sintetizada por él de la siguiente manera:

“Si se comprende y reconoce que la obra de arte (...) pertenece a un mundo y que sólo éste acaba de determinar su significado, parece ineludible concluir que el verdadero significado de la obra de arte sólo se puede comprender a partir de ese mundo, por lo tanto, a partir de su origen y de su génesis. La reconstrucción del <<mundo>> al que pertenece, la reconstrucción del estado originario que había estado en la <<intención>> del artista creador, la ejecución en el estilo original, todos estos medios de reconstrucción histórica tendrían entonces derecho a pretender para sí que sólo ellos hacen comprensible el verdadero significado de la obra de arte y que sólo ellos están en condiciones de protegerla frente a malentendidos y falsas actualizaciones” (Gadamer 2003: 219-220).

Hegel representaría una posición bien distinta, que Gadamer denomina *integración* (2003: 219). A partir de varios fragmentos de la *Fenomenología del Espíritu*, Ga-

damer sintetiza la postura hegeliana, que representa el polo opuesto a la anterior:

“Su posición representa el extremo opuesto (...). En ella el comportamiento histórico de la imaginación se transforma en un comportamiento reflexivo respecto al pasado. Hegel expresa así una verdad decisiva en cuanto que la esencia del espíritu histórico no consiste en la restitución del pasado, sino en la mediación del pensamiento con la vida actual” (Gadamer 2003: 222).

Toda la argumentación de la segunda parte de *Verdad y Método* es un desarrollo y profundización de este argumento, orientado a la defensa de lo que puede denominarse *integración hermenéutica*.

Sin embargo, otro aspecto importante del argumento aquí reseñado es que nos muestra la relevancia de Schleiermacher como autor especialmente representativo de los predecesores de Gadamer. Se nos plantea entonces la idoneidad de polarizar en estos dos pensadores la reinterpretación de la herencia hermenéutica del Romanticismo, en la medida en que ambos representan posiciones bien contrastadas, y encarnan realmente los dos polos entre los que se mueve dicha herencia. Así pues, se seguirá básicamente la vía mencionada, como medio que permita reinterpretar y reelaborar los planteamientos de esta tradición.

1.2.3_ La comprensión como experiencia de diálogo en Gadamer

En el curso de la argumentación gadameriana sobre la comprensión como base metodológica de las humanidades (tema central de la segunda parte de *Verdad y Método*) pueden distinguirse dos momentos. En los capítulos 9 y 10 de dicha obra se plantean las *condiciones* de la comprensión: la historicidad de la misma, que implica otorgar un papel productivo a los prejuicios del intérprete, es el argumento básico que allí se desarrolla. En el capítulo 11 se asiste a un cambio de registro, en el que se pretende elucidar la naturaleza de la comprensión. ¿En qué consiste dicha naturaleza? Para el filósofo alemán se trata, ante

todo, de una experiencia de diálogo, en la cual el intérprete busca una respuesta a una pregunta relevante para él, pero de modo que esa respuesta no es una creación subjetiva, sino una verdad independiente tanto del intérprete como de la obra interpretada.

El capítulo 11 de *Verdad y Método* sigue dos líneas argumentales. La primera (11.2., pp. 421-439) atañe a la *experiencia* como condición y a la vez rasgo definitorio de la comprensión; la segunda (11.3., pp. 439-458) está dedicada al *diálogo* como concreción y modo de realización de esa experiencia. Veámoslo con más detalle.

En cierta ocasión, Gadamer señaló que “la posibilidad de que el otro tenga razón es el alma de la hermenéutica” (Grondin 2002: 179). Esta sentencia sintetiza bien el sentido que da el filósofo alemán al concepto de experiencia como clave teórica que permite caracterizar la comprensión. En sus propias palabras:

“La conciencia hermenéutica tiene su consumación no en su certidumbre metodológica sobre sí misma, sino en la apertura a la experiencia que caracteriza al hombre experimentado frente al dogmático” (Gadamer 2003: 438-439).

Para el pensador alemán la comprensión sólo es posible si el intérprete se comporta como una persona experimentada, esto es, como una persona no dogmática, capaz de aprender de las situaciones concretas, de forma que puede acrecentar su capacidad de juicio:

“Este buen juicio es algo más que conocimiento de este o aquel estado de cosas. Contiene siempre un retornar desde la posición que uno había adoptado por ceguera (...). También el buen juicio es algo a lo que se accede. También esto es al final una determinación del propio ser humano: ser perspicaz y apreciador certero” (Gadamer 2003: 432).

Gadamer no se conforma con las consideraciones anteriores, de índole general, acerca de la comprensión como experiencia. Además, extrae consecuencias hermenéuticas bien concretas. A este respecto, resulta de especial interés

su caracterización de lo que podríamos denominar las actitudes hermenéuticas fundamentales. Dichas actitudes son extraídas, por el pensador alemán, de las diferentes actitudes que pueden adoptarse en las relaciones interpersonales, en la “experiencia del tú” (2003: 434). Ello se justifica por el hecho de que “la tradición es un verdadero compañero de comunicación, al que estamos vinculados como lo está el yo al tú” (2003: 434).

La primera actitud hermenéutica que delinea Gadamer (2003: 435) es “la fe ingenua en el método y en la objetividad que éste proporciona”. Quien actúa de esta manera convierte en objeto aquello que ha de comprenderse, sin verse afectado ni interpelado por ello. Aunque en el texto no se usa el término, es apropiado hablar de “conciencia metodológica”. Esta actitud es para Gadamer el correlato hermenéutico de una determinada actitud respecto al tú, en la cual éste te convierte en un medio entre otros:

“Comprendemos al otro de la misma manera que comprendemos cualquier proceso típico dentro de nuestro campo de experiencia, esto es, podemos contar con él. Su comportamiento nos sirve como medio para nuestros fines, como lo haría cualquier otro medio” (Gadamer 2003: 435).

A continuación, Gadamer delinea los rasgos generales de la “conciencia histórica” como actitud hermenéutica:

“La conciencia histórica tiene noticia de la alteridad del otro y de la alteridad del pasado (...). En lo otro del pasado no busca casos de una regularidad general, sino algo históricamente único. Pero en la medida en que en este reconocimiento pretende elevarse por entero por encima de su propio condicionamiento (...) lo que busca realmente es hacerse dueño y señor del pasado” (Gadamer 2003: 437).

Esta actitud es el correlato hermenéutico de una determinada actitud respecto al tú, por la cual éste “es comprendido, pero en el sentido en que es anticipado y aprehendido reflexivamente desde la posición del otro” (2003: 436). Esto es sin duda un paso adelante desde la posición anterior, pero “la pretensión de comprender al otro anti-

cipándosele cumple la función de mantener en realidad a distancia la pretensión del otro” (2003: 436).

Lo propio de una conciencia realmente hermenéutica supone, para Gadamer, una actitud distinta:

“Va más allá de este comparar e igualar [de la conciencia histórica], dejando que la tradición se convierta en experiencia y manteniéndose abierta a la pretensión de verdad que le sale al encuentro desde ella” (Gadamer 2003: 438).

Esta actitud es además la clave de la verdadera “experiencia del tú”:

“Pertenerse unos a otros quiere decir siempre al mismo tiempo oírse unos a otros. Cuando dos se comprenden, esto no quiere decir que el uno <<comprenda>> al otro, esto es, que lo abarque. E igualmente <<escuchar al otro>> no significa simplemente realizar a ciegas lo que quiera el otro. Al que es así se le llama sumiso. La apertura hacia el otro implica, pues, el reconocimiento de que debo estar dispuesto a dejar valer en mí algo contra mí, aunque no haya ningún otro que lo vaya a hacer valer contra mí” (Gadamer 2003: 438).

Pasemos ahora a la cuestión del diálogo en la experiencia que supone, para Gadamer, la comprensión. Hemos visto antes cómo, en *Verdad y Método*, se plantea que la persona experimentada es aquella caracterizada por la apertura de la conciencia, apertura que implica la posibilidad de “dejarse hablar” por la tradición (un texto, una obra de arte, un hecho histórico...). Ahora bien, ¿qué implica esa apertura? ¿qué consecuencias tiene? Para el filósofo alemán la clave de la misma es la actividad de preguntar, pues ella es el modo de realización de la experiencia como tal:

“Es claro que en toda experiencia está presupuesta la estructura de la pregunta. No se hacen experiencias sin la actividad del preguntar. El conocimiento de que algo es así y no como uno creía implica evidentemente que se ha pasado por la pregunta de si es o no es así. La apertura

que caracteriza a la esencia de la experiencia es lógicamente hablando esta apertura del <<así o de otro modo>>. Tiene la estructura de la pregunta” (Gadamer 2003: 439).

Dicho de otra manera, la apertura de la conciencia que es propia de la comprensión sólo es posible si nos abrimos hacia un horizonte de sentido distinto al de nuestros propios presupuestos y prejuicios. Sin preguntar no es posible la comprensión, en la medida en que por ese medio se hace posible salir al encuentro de “la respuesta latente en el texto” (2003: 456).

Esta idea de latencia expresa bien el fondo de la cuestión. La disposición a preguntar correctamente, en definitiva, la disposición a dialogar implica que el intérprete no se comporta de forma arbitraria frente a la tradición, sino que “sale al encuentro” de un sentido latente. La pregunta correcta “hace hablar” a la tradición sacando a la luz su sentido.

Por otra parte, para Gadamer la comprensión sólo es posible si el intérprete y el texto tienen una vinculación previa y comparten un horizonte de sentido, de forma que la pregunta se formula porque es relevante para el intérprete y busca la respuesta en un texto que tiene la capacidad de comunicarle algo. Es el vínculo que la tradición es capaz de crear:

“La latencia de una respuesta implica a su vez que el que pregunta es alcanzado e interpelado por la misma tradición. Esta es la verdad de la conciencia hermenéutica” (Gadamer 2003: 456).

1.2.4 La hermenéutica según Schleiermacher

En la primera parte de *Verdad y Método*, Gadamer dedica los capítulos 1 y 2 a plantear cómo la tradición humanística y su concepción de la verdad recibieron un duro golpe por obra de la crítica filosófica kantiana, que había relegado sus conceptos rectores (formación, *sensus communis*, capacidad de juicio, gusto) al ámbito de la experiencia estética, concebida ahora como un ámbito autónomo, diferenciado del conocimiento y de la moral. Sin embargo, Kant está aún en el horizonte de la tradición

humanística cuando sitúa el juicio de gusto “en el marco, más o menos oculto, de una teología moral que aún no había roto por completo con la dimensión epistemológica y moral de lo estético” (Grondin 2003: 60). Será la estética postkantiana la que definitivamente rompa amarras con la tradición humanística, de forma que “en el siglo XIX el concepto de genio se eleva a un concepto de valor universal y experimenta, junto con el concepto de lo creador, una genuina apoteosis” (Gadamer 2003: 95).

Esta concepción, inspirada, según el pensador alemán, por Schiller, Goethe y Rousseau, lleva a sus últimas consecuencias la autonomía de la estética. Ésta es entendida como un ámbito completamente desligado del conocimiento y de la acción. Su legitimidad no se fundamentará en su capacidad para producir y transmitir verdades, sino en la libre y subjetiva tendencia al juego propia del ser humano, la cual tiene su más alta manifestación en la creación artística y genial, entendida como expresión de las vivencias de su autor (Grondin 2003: 60).

En este contexto, el pensamiento hermenéutico de Friedrich Schleiermacher¹³ supone la aplicación de la estética del genio al dominio del arte de la comprensión, de forma que su reflexión en este campo supone una importante redefinición tanto de sus objetivos como de su ámbito. Así pues, se hace necesario centrar la exposición en estas dos cuestiones, con el fin de mostrar el alcance de su aportación.

Respecto a la primera cuestión, los objetivos asignados a la hermenéutica, hay que tener presente, en primer lugar, la función que se le asignaba antes de Schleiermacher¹⁴. Aquélla había sido hasta entonces una disciplina auxiliar, con un objetivo prioritario: la aclaración de los pasajes oscuros de determinados textos canónicos (textos bíblicos, obras literarias de la antigüedad clásica, canon de las leyes). Con ello se hacía posible la utilización social de dichos textos, bien comunicándolos y explicándolos a un auditorio, bien aplicándolos a un caso concreto, en el caso de la hermenéutica jurídica.

Algunos predecesores cercanos de Schleiermacher habían postulado ya que esta disciplina “no se ejerce ya sobre pasajes oscuros aislados, sino que se configura como un proceso dirigido a la comprensión del texto en su conjunto”

(Ferraris 2000: 126). Ahora, sin embargo, se consolida y amplía esta tendencia al adquirir una importancia central “la capacidad del intérprete de comprender la totalidad del texto ante todo para sí mismo, poniéndose en relación genética con la motivación psicológica que anima al autor interpretado” (Ferraris 2000: 126).

A pesar de esta motivación básica Schleiermacher tiene presente que la comprensión de un texto puede abordarse, en primer lugar, como algo supraindividual, regido por una sintaxis preestablecida. Esta parte de la hermenéutica será denominada el “lado gramatical” de la interpretación. Su función es “explicar una expresión a partir del contexto general de la totalidad del lenguaje en cuestión” (Grondin 2002: 110). La interpretación gramatical hace esto a varios niveles, “tanto en la estructura de las frases como en las partes de una obra que interactúan, y también en relación con otras obras del mismo tipo literario” (Palmer 2002: 117).

Sin embargo, hay que tener presente que los individuos no siempre piensan lo mismo al usar las mismas palabras. De ser así, “sólo existiría la gramática” (*Allgemeine Hermeneutik von 1809-1810*: 1276). Por ello se hace imprescindible el “lado psicológico” de la interpretación, que se constituye el núcleo central y de mayor repercusión de la concepción hermenéutica de Schleiermacher. La obra literaria, o las expresiones orales no banales, serán pues entendidas como expresión o manifestación de la individualidad de su autor. Al entender esa individualidad el intérprete estará en disposición de captar adecuadamente el sentido de una obra literaria o de cualquier expresión de lenguaje.

Este “lado psicológico” de la interpretación requerirá un planteamiento gnoseológico para el cual no es válida la concepción racionalista del conocimiento, que había influido considerablemente en la hermenéutica de los siglos XVII y XVIII (Grondin 2002: 85). En lugar de como una relación sujeto-objeto, la interpretación es concebida como una relación sujeto-sujeto. Interpretar un texto significará, para Schleiermacher, entrar en un diálogo con él, plantearle preguntas y dejar que nosotros seamos interrogados por el texto (Grondin 2002: 117). Esto tiene, en primer lugar, implicaciones a la hora de concebir al intérprete: en este punto la concepción del pensador que nos ocupa no sólo se distancia del sujeto cartesiano capaz de llegar a una evi-

dencia clara y distinta y de esta manera obtener la verdad, sino también de la concepción que, hasta entonces, tenía la hermenéutica de la interpretación de textos. Se tenía una visión ingenua de esta actividad, por la cual la comprensión es lo primero y natural, siendo en aquellos pasajes oscuros cuando se precisa la ayuda de la hermenéutica como disciplina auxiliar (Grondin 2002: 112). En este punto radica una de las principales innovaciones que introduce Schleiermacher, pues para él la comprensión no es algo que viene de forma inmediata; antes al contrario, lo primero y natural es la incompreensión y el malentendido:

“El trabajo de la hermenéutica no debe empezar sólo cuando la comprensión empieza a ser insegura, sino desde el primer momento en que uno se propone entender un discurso, porque la inseguridad de la comprensión suele aparecer sólo cuando se descuida desde un principio” (Allgemeine Hermeneutik von 1809-1810: 1272).

Junto a la inseguridad constitutiva del intérprete, la infinitud e inefabilidad del individuo es el otro rasgo característico de este diálogo aparentemente imposible. Es este otro punto en el que Schleiermacher se coloca en las antípodas de la concepción racionalista del conocimiento. El fin último de la comprensión, en su “lado psicológico”, es, como hemos visto, captar el sentido de un discurso, entendiendo éste como expresión de la individualidad de su autor. Esta individualidad es sin embargo inalcanzable de forma completa, por lo que la interpretación “cumple con su tarea sólo hasta un cierto grado, de suerte que todo comprender es siempre relativo y no se puede agotar. *Individuum est ineffabile*” (Dilthey 1944: 335).

Partiendo de esta concepción de la interpretación, ¿cómo se configura la praxis concreta del “lado psicológico” de la interpretación? En principio Schleiermacher entendía dicha praxis como un acto tanto creativo como científico, consistente en una reconstrucción imaginativa de la particularidad del hablante o escritor (Palmer 2002: 119). Este es el sentido del siguiente postulado:

“El arte [de la interpretación] puede desarrollar sus reglas sólo a partir de una fórmula positiva, y ésta es: la reconstrucción histórica y adi-

vinatoria, objetiva y subjetiva, de una expresión determinada” (Hermeneutik: 87).

Sin embargo, este pensador “poseía una sensibilidad muy fina por los límites de la aplicación de métodos y por la necesidad de una adivinación intuitiva en el campo de la interpretación” (Grondin 2002: 114). De ahí que la “reconstrucción adivinatoria”, por la cual se hace imprescindible la intuición basada en la empatía, fuera adquiriendo cada vez más importancia, como vía privilegiada de comprensión del sentido del texto:

“El método adivinatorio es aquél en el que uno se transforma en otra persona para captar su individualidad directamente” (Hermeneutik: 109).

Esta concepción del “lado psicológico” de la interpretación puede ser considerada, como antes se apuntó, una aplicación al ámbito de la hermenéutica de la estética del genio propia del Romanticismo, de gran influencia en la época en la que el filósofo alemán desarrolla su reflexión hermenéutica, entre 1809 y 1834. Sin embargo, Schleiermacher sigue la hermenéutica anterior a él cuando declara que “todo acto de comprender es la inversión del acto de hablar, en tanto debe llevar a la conciencia qué pensamiento subyace a lo que se dice” (*Hermeneutik und Kritik*: 76). Su aportación hermenéutica consistirá básicamente en integrar esta idea con la estética del genio, para la cual el arte en general y la obra literaria en particular son ante todo expresiones de la individualidad y las vivencias del autor, convirtiendo lo genial y lo creativo en conceptos axiológicos universales (Gadamer 2003: 65). El intérprete debe realizar el camino inverso al del autor, remontándose de la obra a las vivencias y experiencias que la generaron, en un proceso siempre incompleto que “parece dejar desvanecerse por completo al objeto, colocándolo en una especie de inalcanzabilidad” (Vattimo 1968: 241).

Este planteamiento supone una importante redefinición del ámbito de la hermenéutica. En primer lugar, la concepción arriba expuesta implica que dicho ámbito se amplía enormemente, al pasar de algunos textos considerados canónicos a cualquier expresión de lenguaje, escrita u oral, antigua o moderna. Si bien es cierto que en este autor hay una orientación preferente hacia el lenguaje creativo de la obra literaria, él mismo declara lo siguiente:

“Pues bien, debo volver una vez más sobre el hecho de que la hermenéutica no puede limitarse a producciones escritas; pues muchas veces me sorprende en medio de una conversación realizando operaciones hermenéuticas, cuando no me conformo con el grado usual de comprensión, sino que busco indagar cómo se ha producido en el amigo el paso de un pensamiento a otro, o cuando indago con qué opiniones, juicios e intenciones guarda relación el hecho de que se exprese precisamente así y no de otro modo sobre un objeto determinado” (Los discursos sobre hermenéutica: 61).

En segundo lugar, es de especial importancia destacar que con Schleiermacher se abre paso una nueva concepción de la hermenéutica como cuerpo de doctrina acerca de la naturaleza y variantes de la comprensión, en lugar de cómo conjunto de reglas para la interpretación correcta de determinados pasajes de textos canónicos. En un primer momento, se propuso “plantear la idea de que la comprensión funciona según unas leyes que se pueden descubrir” (Palmer 2002: 119), buscando posteriormente “enunciar algunas de las leyes o principios en los que se basa la comprensión” (ibid.).

A este respecto, puede decirse que Schleiermacher inicia una tendencia que será continuada por otros autores, aunque en relación con ámbitos disciplinares específicos, como la Historia y la Filología. La reflexión sobre las condiciones y naturaleza de la hermenéutica, vertebrada en torno al concepto de comprensión, será pues continuada a lo largo del siglo XIX, culminando en la obra de Dilthey, para quien aquélla pasa a convertirse en el fundamento del conjunto de los saberes humanísticos (Ferraris 2000: 153).

Hemos planteado, al principio del presente epígrafe, aquellos elementos que vinculan a Schleiermacher con las ideas estéticas del movimiento romántico, en el cual el arte pasa a ser considerado como expresión de la individualidad y vivencias del artista. Cabe, sin embargo, hacer una pregunta: si hiciéramos abstracción de esa vinculación, ¿sería aún posible una interpretación válida de sus ideas hermenéuticas?

Para Gadamer, como se ha visto, la hermenéutica es el reverso de la retórica, del arte de hablar y persuadir, de modo que su fundamento es la facultad de comprender, pero ¿en qué medida esto puede aplicarse a Schleiermacher?; ¿cuáles son las capacidades naturales que se hacen presentes en su hermenéutica?; ¿puede considerarse como tal la capacidad de empatía que se pone en juego en el lado psicológico de la interpretación, o aquélla es en realidad una manifestación de una capacidad de índole más general?

Para contestar a estas preguntas hemos de partir de una premisa, ya expuesta en el epígrafe anterior: las prioridades de Schleiermacher son muy diferentes a las de Gadamer. Lo que realmente le interesa es evitar el malentendido, siempre al acecho. Partiendo de esto, y despojando sus ideas del ropaje romántico, sus postulados básicos pueden formularse como sigue:

1. El texto (o cualquier expresión lingüística) remite siempre a una totalidad o entidad exterior (la individualidad del artista), pero que, al tiempo, está incorporada a aquél, en la medida en que es su vehículo de expresión. Esto es, en esencia, el principio implícito en el “lado psicológico” de sus ideas hermenéuticas. Existe un todo que es más que la suma de las partes, que trasciende dicha suma.
2. Junto a esto, el “lado gramatical” implica el siguiente postulado: el texto es una trabazón en la que las distintas partes del mismo están imbricadas entre sí. El conocimiento de esta trabazón es la otra vía que ayuda a evitar los malentendidos.

Al formular las ideas de Schleiermacher de este modo, es inevitable que venga a la mente el principio formulado por Pascal a mediados del siglo XVII:

“Considero imposible conocer las partes sin conocer el todo, y tampoco conocer el todo sin conocer particularmente las partes” (cit. por Morin 2003: 123).

Es lo que Edgar Morin llama “principio sistémico u organizativo” (ibid.), uno de los principios básicos que permite acceder al conocimiento de la complejidad:

“La idea sistémica que se opone a la reduccionista es que <<el todo es más que la suma de las partes>> (...). Añadamos que el todo es igualmente menos que la suma de las partes, cuyas cualidades son inhibidas por la organización de conjunto” (Morin 2003: 123-124).

Esta idea sólo es paradójica en apariencia. Lo que Morin formula son dos ideas complementarias: el todo es más que la suma de las partes, tiene entidad propia, pero al mismo tiempo, influye sobre ellas, imprimiéndoles una organización de conjunto.

En consecuencia, sólo desde el todo es posible entender la articulación entre las partes¹⁵.

Los postulados hermenéuticos de Schleiermacher responden a este principio: la individualidad del escritor tiene entidad propia, al tiempo que imprime carácter al texto, que es su vehículo de expresión. El “lado gramatical” se orienta, por su parte, a descubrir la articulación entre las partes, que a su vez está determinada desde la totalidad exterior que es la individualidad del artista. Es por ello que, reelaborando su terminología, puede decirse que la hermenéutica gira en torno a dos ejes. Por un lado, la *capacidad de desciframiento* permite desvelar un orden oculto, no aparente a primera vista, que requiere de un acercamiento progresivo. Es lo que permite, en el caso específico de la interpretación de textos, captar la trabazón entre las partes. Junto a esto, nos encontramos con lo que puede denominarse la *capacidad de reconstrucción*, tomando prestado el término empleado por Gadamer en el capítulo 5 de *Verdad y Método*, cuando comparaba las posiciones ante la historia de Schleiermacher y Hegel (ver *supra*, 1.2.2.). Dicha capacidad permite incorporar a cualquier hecho o creación humana el contexto del que forma parte inseparable. En la medida en que, en parte, es una operación intuitiva, podría decirse que es una capacidad que permite evocar y recrear esa obra y su contexto, considerando éste un atributo indisoluble de aquello que se interpreta y como totalidad que hace posible la articulación entre las partes¹⁶.

1.2.5_ ¿Escisión o complementariedad?

De lo expuesto en los epígrafes anteriores podría deducirse que estamos deshaciendo una apariencia: lo que parecía una tradición sólida, articulada en torno al concepto de comprensión, es sólo un espejismo, una ilusión. Se trataría en realidad de dos corrientes totalmente diferentes, escindidas entre sí, sólo unidas por una cierta afinidad terminológica y por la insistencia en la relación entre hermenéutica y humanidades.

Para apreciar adecuadamente la complementariedad real entre las concepciones de Schleiermacher y Gadamer acerca de la comprensión, conviene entender que ambos autores hacen referencia a dimensiones de una misma experiencia: la experiencia de la interpretación como apropiación de lo extraño. Si nos atenemos al ámbito de la interpretación de los textos, vemos que en él se combina y se integra lo que en la tradición de la hermenéutica romántica está separado o escindido. Al leer un texto nos vemos obligados, en primer lugar, a crear las condiciones que hagan posible el diálogo con el mismo. Es éste el punto en el que insistía Schleiermacher. Un texto literario es ambiguo por naturaleza, es una creación humana en la que el malentendido está siempre al acecho, por lo cual, como señalaba el pensador alemán, el esfuerzo por hacerlo inteligible no acaba nunca.

Además del nivel puramente gramatical que supone descifrar, es decir, entender cómo las partes se articulan entre sí, se plantea la necesidad, en muchos casos, de desarrollar la evocación de las circunstancias y de la individualidad del escritor: sus motivaciones, el ambiente de la época en que se escribió... Todo ello como elementos que contribuyen a allanar los obstáculos a la inteligibilidad. Lo que hace Schleiermacher es dar forma de precepto hermenéutico a esta necesidad. La idea de reconstrucción significa en definitiva, postular que el texto tiene un contexto, que imprime carácter a aquél, y que no se puede desdeñar, pues es una totalidad que imprime carácter, que ayuda a hacerlo más inteligible, evitando el riesgo de malentendido.

En cuanto a Gadamer, su postura hermenéutica ha quedado bien clara: para él leer un texto clásico, literario o filosófico, supone ante todo captar un mensaje que nos afecta, lo cual implica entablar un diálogo que amplía nuestro ho-

rizonte de experiencia. Puede decirse que, a diferencia de Schleiermacher, Gadamer se sitúa en el punto final del proceso de comprensión, pues la experiencia de diálogo por él postulada presupone que ya se han removido los obstáculos a la comunicación, y el riesgo de malentendido se ha evitado. Es evidente que esta experiencia de diálogo es consustancial a la lectura de los textos eminentes, en los que el lector se siente interpelado. En su caso, puede hablarse de *capacidad de integración*, aprovechando nuevamente la pauta terminológica del capítulo 5 de *Verdad y Método* (ver

supra, 1.2.2.). Esta capacidad supone también una apropiación de lo extraño, denominada por Gadamer *fusión de horizontes*, en la que se supera la alteridad del pasado:

“En cambio, forma parte de la verdadera comprensión el recuperar los conceptos de un pasado histórico de manera que contengan al mismo tiempo nuestro propio concebir. Es lo que antes hemos llamado fusión de horizontes” (Gadamer 2003: 453).

1.3_Hermenéutica y experiencia lingüística del mundo

1.3.1_La naturaleza del lenguaje según Gadamer

Hemos dedicado el epígrafe anterior a la interpretación como experiencia y capacidad de apropiación de lo extraño, proponiendo un marco teórico acerca de esa cuestión. La exposición ha estado guiada por el hilo conductor de que la hermenéutica es un proceso de comunicación que puede revestir diversas formas y orientarse en diversas direcciones. El concepto de interpretación sintetiza este proceso en el que, a través del ejercicio de ciertas capacidades, se hace posible salvar la extrañeza y comprender con claridad lo que algo o alguien nos dice.

Pero el interés y relevancia de la hermenéutica para la Geografía y, en general, para las humanidades, radica principalmente en el hecho de que aquello que se trata de comprender es siempre una realidad de orden lingüístico. Es importante entender bien esta afirmación. En la tercera parte de *Verdad y Método* Gadamer plantea una tesis de alcance propiamente filosófico: la experiencia humana del mundo es de índole lingüística. La hermenéutica no es sino un caso concreto de esa experiencia:

“Partimos de la base de que en la acepción lingüística de la experiencia del mundo no se calcula o se mide lo dado, sino que se deja hablar a lo que es tal y como se muestra a los hombres, como ente y como significante. Es aquí, y no en el ideal metodológico de la construcción racio-

nal que domina a la moderna ciencia natural matemática, donde podrá reconocerse el género de comprensión que se ejerce en las ciencias del espíritu (...). Igual que toman la palabra las cosas (...) también la tradición, que llega hasta nosotros, debe acceder de nuevo al lenguaje en nuestra comprensión e interpretación de ella. La lingüisticidad de este tomar la palabra es la misma que la de la experiencia del mundo en general. Es esto lo que ha llevado a nuestro análisis del fenómeno hermenéutico finalmente a la explicación de la relación entre lenguaje y mundo” (Gadamer 2003: 546-547).

Es decir, en la hermenéutica no se construye la realidad a través de teorías o de lenguajes formalizados. Es un aspecto de la realidad (o el mundo) el que accede al lenguaje a través del intérprete. Es, por ello, un caso específico de experiencia lingüística del mundo, pero en el contexto de las disciplinas humanísticas. Por tanto, para entender plenamente la naturaleza de la hermenéutica es preciso, siguiendo a Gadamer, entender la naturaleza del lenguaje en tanto experiencia del mundo y de la verdad.

La tercera parte de *Verdad y Método* (*El lenguaje como hilo conductor del giro ontológico de la hermenéutica*, capítulos 12, 13 y 14) hace un recorrido argumental complejo:

se parte del significado de la lingüística en la comprensión, sin salir de la experiencia hermenéutica (capítulo 12); se pasa a continuación a una revisión de las concepciones del lenguaje dominantes en el pensamiento occidental (capítulo 13); finalmente, la mayor parte del capítulo 14 está dedicada a plantear un marco teórico acerca de la naturaleza del lenguaje, el cual es sintetizado por el pensador alemán del siguiente modo:

“Nuestra reflexión ha estado guiada por la idea de que el lenguaje es un centro en el que se reúnen el yo y el mundo, o mejor, en el que ambos aparecen en su unidad originaria (...). En todos los casos que hemos analizado, tanto en el lenguaje de la conversación como en el de la poesía y en el de la interpretación, se ha hecho patente la estructura especulativa del lenguaje, que consiste no en ser copia de algo que está dado con firmeza, sino en un acceder al lenguaje en el que se anuncia un todo de sentido. Esto nos había acercado a la dialéctica antigua porque tampoco en ella se daba una actividad metodológica del sujeto, sino un hacer de la cosa misma, hacer que el pensamiento <<padece>>. Este hacer de la cosa misma es el verdadero movimiento especulativo que capta al hablante” (Gadamer 2003: 567).

Por tanto, para Gadamer, en nuestra experiencia lingüística del mundo éste accede al lenguaje adoptando una forma contingente. En la hermenéutica acaece esto mismo, pero ese acceso al lenguaje no es inmediato, sino posterior al ejercicio y aplicación de las capacidades de interpretación. De este modo, éstas crean un cauce de comunicación que antes no existía, ensanchando nuestra experiencia lingüística del mundo. Esta es, en esencia, la naturaleza de la hermenéutica si nos atenemos a *Verdad y Método*. La segunda parte de la obra describe la experiencia del intérprete, confrontado a la situación de entablar comunicación con la tradición literaria y filosófica. La tercera parte se sitúa en otra perspectiva más global, y nos permite entender la clave que define la hermenéutica: ésta se orienta siempre a hechos de orden lingüístico; dicho de otro modo, presupone una concepción de la realidad como lenguaje, la misma que hace posible nuestra experiencia lingüística

del mundo. Por tanto, el texto literario o la obra de arte no son sino algunos de los muchos campos en los que aquélla puede operar. El campo de la hermenéutica es en realidad tan amplio como el de la experiencia lingüística del mundo. Es por ello que Gadamer puede afirmar lo siguiente:

“Por eso no hablamos sólo de un lenguaje del arte, sino también de un lenguaje de la naturaleza e incluso del lenguaje de las cosas” (2003: 567-568).

1.3.2 La dimensión lingüística de la hermenéutica

1.3.2.1 La interpretación de percepciones visuales como hilo conductor

El planteamiento que se acaba de hacer no puede soslayar un hecho: *Verdad y Método* centra su atención en una de las capacidades de interpretación, lo que hemos denominado *capacidad de integración*. Es ésta la que, para Gadamer, permite ensanchar, en el contexto de la hermenéutica, nuestra experiencia lingüística del mundo; pero ¿qué ocurre con la reconstrucción y el desciframiento? ¿tienen ese mismo potencial? A responder esta pregunta se dedica este epígrafe 1.3.2. Es una elaboración teórica propia, que se presenta nuevamente como un complemento necesario a los planteamientos de *Verdad y Método*.

Dado que la presente investigación se orienta a avanzar en el conocimiento de la problemática hermenéutica propia del paisaje y la interpretación paisajística, parece lógico elegir un tema que tenga especial interés para clarificar esta cuestión. Atendiendo a ello, se ha elegido la interpretación de imágenes y percepciones visuales como tema idóneo a partir del cual es posible proponer un marco teórico sobre las cuestiones planteadas en el párrafo anterior.

Partiendo de esta premisa, se comienza por una reflexión gadameriana acerca de la interpretación de imágenes. Se trata de un texto posterior a *Verdad y Método*, y que sirve para ilustrar cómo la capacidad de integración también opera en el ámbito de la imagen artística. Tras esto, la exposición continúa planteando y desarrollando un argumento de primera importancia para el desarrollo de la presente inves-

tigación: la descripción literaria pertenece al ámbito de la hermenéutica de la imagen y la percepción visual. Es por ello una vía de ensanchamiento de nuestra experiencia lingüística del mundo, en la que operan sin embargo otras capacidades de interpretación: la reconstrucción y el desciframiento. Es un aspecto de la hermenéutica en el que también “se deja hablar a lo que es tal y como se muestra a los hombres, como ente y como significante” (Gadamer 2003: 546).

1.3.2.2_ La interpretación de la imagen artística en Gadamer

Como se ha visto en 1.2.3., la comprensión es, para Gadamer, una experiencia de diálogo, en la que se llega a lo que él llama la “fusión de horizontes”. Recordemos también que todo su planteamiento acerca de la comprensión (capítulos 9, 10 y 11 de *Verdad y Método*), se construye en torno al problema de la interpretación de textos, de la experiencia de dialogar con los clásicos de la Literatura y la Filosofía.

Sin embargo, en escritos posteriores, el pensador alemán ha aplicado ese marco teórico a otros ámbitos distintos del texto. Estos escritos muestran cómo, para Gadamer, la experiencia de diálogo que supone la comprensión es también parte constitutiva de la experiencia del arte. Así ocurre, por ejemplo, con un texto breve incluido en el tomo 8 de su *Obras Completas*, titulado, de forma bien significativa, “Sobre la lectura de edificios y cuadros” (1979). Comienza allí argumentando que la lectura es un proceso que también puede definir la relación con las artes plásticas:

“De este modo, la lectura me parece, de hecho, un prototipo de la exigencia que se le hace a cualquier contemplación de obras de arte, precisamente también de obras de las artes plásticas. Se trata de leer, con todas las anticipaciones y vueltas hacia atrás, con esta articulación creciente, con esas sedimentaciones que mutuamente se enriquecen” (Gadamer 2006: 262).

Sin embargo, el pensador alemán va más allá. Para él, el planteamiento hermenéutico de la segunda parte de *Verdad y Método*, centrado en la comprensión como experiencia de diálogo, puede extenderse al ámbito de las artes plásticas:

“De algún modo, la obra nos arrastra a la conversación. Y así, no es en absoluto alambicado utilizar la estructura de la conversación para describir correctamente el aparente enfrentamiento entre una obra de arte, o una obra literaria, y su intérprete. En verdad, es ese enfrentamiento un intercambio de participación. Como en cualquier diálogo, el otro es siempre un oyente amable y atento, de tal modo que el horizonte de expectativas con el que me escucha, intercepta y co-modifica mi propia intención de sentido” (Gadamer 2006: 264).

Ello no debe extrañar. Ya en la primera parte de *Verdad y Método*, el capítulo 3, titulado “Recuperación de la pregunta por la verdad del arte”, plantea una concepción del mismo que no podía sino desembocar en esta convergencia entre experiencia del arte y experiencia hermenéutica. El arte se configura allí como una experiencia de la verdad, una modalidad de adquisición de conocimiento. Dado que la experiencia hermenéutica se concibe también como tal, en el capítulo 5 se apunta a una convergencia entre ambas experiencias: “la estética debe subsumirse en la hermenéutica” (2003: 217).

Lo que en *Verdad y Método* se apuntaba, se consuma en textos posteriores, como el aquí reseñado. El diálogo en que consiste, para Gadamer, la experiencia hermenéutica puede entablarse con imágenes artísticas, lo cual implica que puede hablarse con propiedad de la conversación, y de la consiguiente elaboración de un lenguaje común, como pauta de realización lingüística de la interpretación de imágenes.

1.3.2.3_ Una hipótesis sobre el potencial hermenéutico de la descripción literaria

El epígrafe anterior deja bien claro que la comprensión, como experiencia de diálogo, va más allá del ámbito de la interpretación de textos, y atañe también al dominio de las artes plásticas, a cualquier imagen que requiere ser interpretada, en tanto que tiene algo significativo que decirnos. Es un ejemplo claro de cómo a través dicha experiencia de diálogo se remueven los obstáculos a la comunicación y se ensancha el ámbito de nuestra experiencia lingüística del mundo.

Es el momento de abordar la cuestión planteada en 1.3.2.1: ¿es posible ensanchar el ámbito de nuestra experiencia lingüística a través de la reconstrucción y el desciframiento? Sin embargo, cabe reformular y desglosar esa pregunta, acotándola al ámbito más específico de la hermenéutica de la imagen y la percepción visual: ¿cuáles son las peculiaridades de la reconstrucción y el desciframiento cuando operan en el ámbito de la imagen y la percepción visual?; ¿hasta qué punto se consigue por esta vía una ampliación de nuestra experiencia lingüística del mundo?

Para avanzar en este terreno es preciso, en primer lugar, cuestionar si en el terreno de la imagen y la percepción visual existen situaciones hermenéuticas distintas a la planteada en 1.3.2.2. A partir de ahí, será posible empezar a responder las preguntas anteriores. Se trata en definitiva de formular una hipótesis, para luego verificarla. La que aquí se plantea es la siguiente: la descripción de imágenes y percepciones visuales, es decir, la representación de éstas mediante la palabra¹⁷ constituye una operación que forma parte del habla cotidiana, así como de la escritura literaria, pero se trata de una operación intrínsecamente hermenéutica con todos los elementos definitorios: un obstáculo a la comprensión, la aplicación de ciertas capacidades de interpretación (reconstrucción y desciframiento) para remover esos obstáculos, y la ampliación de nuestra experiencia lingüística del mundo como resultado de todo ello.

Sin embargo, se hace necesario verificar la hipótesis que se acaba de exponer, partiendo de referentes teóricos que se centren propiamente en la operación de describir imágenes y percepciones visuales. A este respecto, se ha elegido una obra en la que esa operación es tratada con singular profundidad, hasta el punto de que constituye un referente ineludible en cualquier acercamiento a esta cuestión: nos referimos al *Laocoonte* (1766), del escritor y crítico alemán Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781). Aun cuando sea una obra y un autor por completo ajenos a la hermenéutica, sus planteamientos sobre la descripción literaria son de gran interés para entender cómo esta operación entra de lleno en el ámbito de aquélla.

1.3.2.4_ La descripción en el *Laocoonte*

Entre 1550 y 1750, aproximadamente, la cuestión de las relaciones entre poesía y pintura ocupa el centro del debate estético. En el curso del mismo, especialmente a fines del siglo XVII y principios del XVIII, se definen dos maneras de entender la capacidad de la palabra para representar imágenes. Como señala A.L. Gabrieloni (2001-2002), “los pintores estaban sometidos al régimen narrativo-didáctico de las palabras ya que eran éstas las que expresaban el ideal aristotélico de la acción humana”; al mismo tiempo, “la poesía tuvo que reproducir las cualidades propias de los cuadros, cualidades que debían predisponer a la <<visibilidad>> de los textos”. Así pues, durante este período prevaleció una concepción pictórica de la poesía, en la cual “la expresión y todo lo relativo a las palabras es al poema lo que el colorido es al cuadro”. La lectura de estos poemas revela rápidamente la naturaleza de los artificios usados: acumulación de adjetivos, símiles y metáforas y descripción minuciosa del objeto o imagen en cuestión, deteniéndose en cada una de sus partes. Estos versos de <<Verano>>, pertenecientes a la serie *Las estaciones* (1726-1730) de James Thomson, son un ejemplo representativo:

*Pero ahí llega el poderoso Rey del Día,
 que se regocija en el Este: la nube que mengua,
 el encendido azul, la cima de la montaña
 que se ilumina con oro fluido, la proximidad de su llegada
 presagia alegría. ¡Mirad! Ahora, todo manifiesto,
 oblicuo sobre la tierra brillante de rocío y el aire lleno de color,
 mira hacia afuera con ilimitada majestad
 e ilumina el radiante día, que bruñido juega
 sobre las rocas, colinas, torres y sinuosos arroyos
 que en lo alto refulgen desde la lejanía.*

(cit. en Gabrieloni, 2001-2002)

G.E. Lessing, en su obra *Laocoonte o sobre los límites de la pintura y la poesía* (1766), reacciona contra esta tendencia. Si bien comparte con los cultivadores de la “poesía pictórica” la concepción aristotélica del arte como *mimesis* y *poiesis*, es decir, como imitación embellecida de la realidad, su interpretación de estos conceptos le lleva rechazar la idea de la poesía como algo análogo a la pintura, que debe ser capaz de transmitir una impresión visual. Recurriendo continuamente a

ejemplos tomados de la *Iliada*, Lessing plantea lo que puede denominarse una concepción narrativa de la descripción, opuesta a la concepción pictórica antes reseñada. Para él “la sucesión temporal es el ámbito del poeta, así como el espacio es el ámbito del pintor” (*Laocoonte*, XVIII). En consecuencia, al describir cualquier objeto, el poeta no debe centrarse en las cualidades sensoriales del mismo, pues en esta tarea la pintura cuenta con ventaja. En lugar de ello debe ocuparse de mostrar las acciones que es capaz de realizar o que sobre él pueden efectuarse, lo cual incluye una amplia gama de posibilidades: mostrarlo en la utilización que le es propia, como hace Homero respecto al arco de Pandaro (*Laocoonte*, XV); siendo ensamblado o montado, caso del carro de Hebe (*Laocoonte*, XVI); o siendo fabricado, como ocurre con el escudo de Aquiles (*Laocoonte*, XVIII). Respecto a este último ejemplo encontramos una exposición expresiva del núcleo de su concepción de la descripción literaria:

“Homero no pinta el escudo como algo que está ya listo y terminado, sino como algo que está haciéndose. También en este caso se ha servido del famoso artificio que consiste en transformar en sucesivo lo que en el objeto que quiere presentar es simultáneo, y hacer así de la pintura aburrida de un objeto el cuadro vivo de una acción. Lo que estamos viendo no es el escudo, sino el artista divino ocupado en la fabricación de éste. Con el martillo y las tenazas en las manos, Vulcano se dirige al yunque y, después de haber convertido en láminas el metal en bruto, bajo los minuciosos golpes de su martillo, ante nuestros ojos van surgiendo del cobre, una tras otra, todas las imágenes con las que el artista ha decidido adornar el escudo. Ya no lo perdemos de vista hasta que todo está terminado. Hele aquí ya listo y a nosotros maravillados de la obra, pero con la admiración confiada del testigo presencial que la ha visto realizar” (*Laocoonte*, XVIII)

Por tanto, el debate sobre la descripción literaria desarrollado en el siglo XVIII en el seno de la tradición aristotélica de pensamiento estético¹⁸ nos sitúa antes dos opciones o modalidades básicas de descripción literaria: una, la “descripción pictórica” que persigue transmitir impresiones sensoriales por medio de la adjetivación, el símil y la metáfora; otra, la “descripción narrativa”, que consiste en mos-

trar objetos a través de las acciones que les son propias, o las que sobre ellos pueden ejercitarse.

Ahora bien, ¿por qué tiene interés esta obra de Lessing para reflexionar sobre la descripción de imágenes en tanto que operación hermenéutica? En primer lugar, porque sus consideraciones acerca de la descripción pueden ser consideradas como una hermenéutica visual, en la que se privilegian el desciframiento y la reconstrucción, y gracias a la cual podemos alcanzar un mayor grado de desarrollo conceptual sobre esta cuestión; en segundo lugar, porque confirma la hipótesis, anteriormente expuesta, de que la descripción amplía nuestra experiencia lingüística del mundo. Para ilustrar estas cuestiones, lo más idóneo es mostrar sus argumentos, pero reinterpretándolos en clave hermenéutica. Con posterioridad a ello, se extraerán las consecuencias oportunas de dicha reinterpretación.

Cabe comenzar diciendo, a partir de la anterior cita relativa al escudo de Aquiles, que para Lessing, el poeta, al contrario que el pintor, debe atender a la trabazón entre las partes de los objetos que describe. Gracias a Lessing podemos entender que la narración de la fabricación del escudo de Aquiles es una operación de desciframiento, pues permite entender la trabazón entre las partes que componen el escudo, aun cuando, en el camino, se detenga en la descripción de las imágenes que lo adornan. Se trata pues de una operación de *disociación*.

Hay, sin embargo, otro aspecto en las consideraciones de Lessing que nos obliga a ampliar el concepto de desciframiento, en el campo de la descripción de imágenes. Se trata de su postura acerca de la adjetivación. Este autor defiende la regla de la unidad de los epítetos y la necesidad de ser parco y mesurado en la descripción de objetos corporales (*Laocoonte*, XVIII). Como en otras cuestiones, Homero es el modelo a seguir:

“Para una cosa, digo, Homero no tiene, por regla general, más que un rasgo. Una nave es, para él, unas veces la negra nave, otras la cóncava nave, otras la rápida nave, todo lo más la negra nave bien abastecida de remos. El poeta no se entretiene más en la descripción de la nave” (*Laocoonte*, XVIII).

Este postulado puede ser interpretado en clave hermenéutica: la adjetivación es una operación de desciframiento pero que se orienta a *sintetizar la trabazón entre las partes formando un todo*, en lugar de dar prioridad a las articulaciones propiamente dichas. Esto nos muestra que el desciframiento también puede entenderse según el principio sistémico u organizativo, antes expuesto. Estamos en ese caso ante una operación de *asociación o refundición*¹⁹.

En cuanto a lo que se ha denominado reconstrucción, pueden identificarse dos variantes en los ejemplos aducidos por Lessing. Dichas variantes pueden ser denominadas *narración descriptiva y narración explicativa*. En ambos casos se trata de introducir el contexto (o, si se quiere, las circunstancias, tal como reza la definición del *Diccionario de la RAE*) como atributo de lo que se describe. Al hacer esto, se accede a un universo de significado indisociable de lo descrito, de forma que ambos polos se hacen inseparables, pero de forma bidireccional, como ahora se verá.

En la *narración descriptiva*, se trata de restituir lo que puede denominarse la “ *vida*” de lo que se describe, la actividad que le es propia. Se trata pues de una dramatización, en la que, si nos atenemos a los ejemplos del *Laocoonte*, los objetos descritos entran en interacción con sus portadores o dueños, formando parte de una acción de éstos. En la *narración explicativa*, en cambio, el contexto reconstruido es la biografía de lo que se describe, los avatares que le han hecho ser lo que es.

Para ejemplificar las diferencias entre ambas operaciones, nos centraremos en dos ejemplos incluidos por el propio Lessing, relacionados ambos con uno de los personajes clave de la *Ilíada*: el rey Agamenón. En el *Laocoonte*, se plantean dos ejemplos del modo en que Homero logra transmitir la condición real de ese personaje. Uno pertenece al ámbito de la *narración descriptiva*, otro al de la *narración explicativa*. En ambos casos se trata de apoyar el postulado que se plantea en el capítulo XVI, y que tiene una importancia fundamental en toda la argumentación que se despliega en el *Laocoonte*:

“Los objetos yuxtapuestos, o las partes yuxtapuestas de ello, son lo que nosotros llamamos cuerpos. En consecuencia, los cuerpos y sus propiedades visibles, constituyen el objeto propio de la pintura.

Los objetos sucesivos, o sus partes sucesivas, se llaman, en general, acciones. En consecuencia, las acciones son el objeto propio de la poesía” (Laocoonte, XVI).

En este contexto, se plantea, en primer lugar, el modo en que Homero describe el ropaje de Agamenón. El poeta griego, como muestra Lessing, nos hace ver a Agamenón en la acción de vestirse:

“Vistió su bella túnica, fina y nueva, y se envolvió en su gran manto, calzó sus pies resplandecientes con bellas sandalias y colgó del hombro la espada tachonada con clavos de plata; tomó el imperecedero cetro de sus antepasados” (Ilíada, II, 43-47; traducción según E. Barjau, nota en p. 109)²⁰.

Se trata de un ejemplo evidente de *narración descriptiva*, por cuanto las diferentes prendas de vestir, junto con el cetro, se muestran en el contexto de la actividad que le es propia, en el contexto de la acción de vestirse. Por otra parte, a través de dicha acción se caracteriza al personaje en cuestión como personaje de la realeza. Es el carácter bidireccional de la reconstrucción que antes se mencionó: no solo se reconstruye el contexto o circunstancias de un objeto determinado, sino que además el personaje queda definido a través de las acciones que realiza. En este caso, Agamenón queda definido como personaje real a través de la acción de vestir determinadas ropas y empuñar un determinado cetro. En otras palabras, se trata de una *interacción*, por la cual se reconstruyen las circunstancias de un objeto u objetos, y éstos definen a su portador.

Pasemos al segundo ejemplo, relativo al cetro empuñado por Agamenón:

“(…) Empuñando el cetro que era obra de Hefestos. Hefestos lo había entregado a Zeus, el poderoso hijo de Cronos. Zeus lo regaló al mensajero que mató a Argos, y el poderoso Hermes lo cedió a Pélope, el domador de caballos. Éste, a su vez, lo entregó a Atreo, pastor de hombres. Atreo, al morir, lo legó a Tiestes, rico en rebaños, y Tiestes lo dejó a Agamenón” (Ilíada, II, 101-108; traducción según E. Barjau, nota en p. 110).

Este ejemplo muestra cómo, en la narración explicativa, el objeto vuelve a definir a su dueño o portador, definiéndolo nuevamente como personaje real, puesto que ha heredado de los propios dioses el cetro que empuña. Pero la reconstrucción se centra en los avatares del objeto descrito. No hay interacción, como ocurre en la narración descriptiva, sino que el objeto es puesto en relación con su propio pasado. Y es ese pasado el que revela la condición del portador del cetro. La clave de esta modalidad de reconstrucción es aceptar que no hay ruptura ni discontinuidad entre pasado y presente, que el primero está incorporado en el segundo, como un atributo más de lo que se está describiendo.

Queda aún una pregunta por responder: ¿de qué modo la descripción amplía nuestra experiencia lingüística del mundo?; ¿le es aplicable también la idea gadameriana de “conversación hermenéutica” (2003: 466) asociada a la comprensión como experiencia de diálogo? Partiendo de lo expuesto anteriormente, nos parece apropiado a este respecto plantear que la descripción responde a una modalidad distinta: *la ejecución lingüística, entendida como el modo por el cual el desciframiento y la reconstrucción amplían nuestra experiencia lingüística del mundo.*

Debe recordarse en este punto que, en castellano, una de las acepciones del verbo “interpretar” es justamente ejecutar piezas musicales u obras escénicas. En este caso, el intérprete hace posible que una partitura musical o una pieza dramática vuelva a la vida ante nuestros ojos. En la descripción puede llegar a ocurrir algo análogo. Lo ejecutado es una imagen o una percepción visual, y el medio de ejecución el propio lenguaje, en manos de un intérprete (un intérprete del paisaje, pongamos por caso) que hace revivir una imagen paisajística, la cual accede al lenguaje por esta vía, al igual que una partitura se convierte en música, o un texto dramático en pieza teatral.

Esta distinción entre *conversación* y *ejecución*, relativa a los modos de ampliación de la experiencia lingüística propios de la hermenéutica, es el segundo elemento vertebrador de la presente investigación, junto con la distinción entre *desciframiento*, *reconstrucción* e *integración*, como capacidades de lectura. Ambos grupos de conceptos permitirán interpretar adecuadamente el *Tableau de la géographie de la France*.

NOTAS AL CAPÍTULO 1

1. La obra de Gadamer ha sido objeto de incontables estudios e interpretaciones (existen compilaciones de Aguirre-Ora, Makita y Volat-Shapiro), que atañen a la hermenéutica y otros temas tratados por él (experiencia del arte, filosofía práctica...). Ciñéndonos a obras de síntesis que sirvan de introducción a su pensamiento, puede citarse Grondin 2003. En la presente investigación se ha prestado especial atención a esta monografía, como vía de introducción al pensamiento gadameriano. Sin embargo, conviene insistir en que los planteamientos expuestos en el presente capítulo son ante todo el resultado del diálogo del autor con el propio Gadamer, especialmente con el Gadamer de *Verdad y Método*.
2. El propio Gadamer hace referencia a Vico al comienzo de *Verdad y Método* (pp. 49-54). Allí dice que "A la ciencia crítica de la edad moderna Vico no le discute sus ventajas, sino que les señala sus límites" (p. 50).
3. Las raíces de la palabra hermenéutica están en el verbo griego *hermeneuein* (decir, explicar, traducir) Sobre las direcciones de significado de este verbo griego, ver Ebeling 1959.
4. *Verdad y Método II* no es una obra unitaria, sino una recopilación de textos breves que conforma el tomo II de sus *Obras completas* (publicadas en alemán por la editorial Siebeck, en 1995).
5. "Ciencias del espíritu" es la traducción generalmente admitida del término alemán "Geisteswissenschaften"
6. Schleiermacher es sobre todo conocido como filósofo, teólogo y traductor. Una exposición de su pensamiento puede encontrarse en Izuzquiza 1998. Sobre lo que aquí se denomina "herencia hermenéutica del Romanticismo" existen varias obras de síntesis: entre ellas, Wach 1926-1929, Rodi 1990, Ferraris 2000 (cap. II). En esta última obra (pp. 185-197) puede encontrarse abundante bibliografía sobre los autores adscritos a esta tradición, así como las referencias de las principales obras de dichos autores.
7. La principal obra de Boeckh es la *Ecyklopädie und Methodenlehre der philologischen Wissenschaften* (Leipzig, 1877; 2ª ed., 1886).
8. Sus ideas hermenéuticas se sintetizan en "Die Arten und Formen der Interpretation", en *Kleine sprachtheorie Schriften*, ed. de W. Bumann, Hildesheim, 1970.
10. El pensamiento hermenéutico de Ranke es expuesto y criticado por Gadamer en *Verdad y Método* (pp. 260-270).
11. Las ideas hermenéuticas de Droysen fueron sintetizadas por éste en su *Historik* (1868). Hay edición castellana: *Historica. Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia* (trad. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot). Barcelona, Alfa, 1983.
13. La bibliografía sobre Dilthey es vastísima. Citaremos sólo algunas monografías en castellano: Gabilondo Pujol 1988 e Ímaz 1978. En Palmer 2002 puede encontrarse una breve síntesis de su pensamiento hermenéutico.
14. En esa herencia se incluyen otros autores que, siendo contemporáneos de aquél, adoptan una postura mucho más continuista respecto a la herencia decimonónica, como el italiano Emilio Betti (1890-1968) (Betti, 1955).
15. Para Grondin (2003: 96-97) la atención al pensamiento hermenéutico de Schleiermacher en las últimas décadas es producto, en buena parte, de la atención que le prestó Gadamer en *Verdad y Método* (pp. 237-253).
16. Las obras de síntesis sobre historia de la hermenéutica son aún escasas. Contamos con el precedente aislado de "Orígenes de la hermenéutica", de W. Dilthey (1900). La propia *Verdad y Método* es una contribución notable a esta cuestión. Otra aportación de interés es Ferraris 2000.

17. Este principio sistémico u organizativo es uno de los siete principios, complementarios e interdependientes, que Morin expone en *La mente bien ordenada* (pp. 123-127).
18. Los conceptos de desciframiento y reconstrucción también pueden extraerse de otra distinción de Schleiermacher, entre los métodos comparativo y adivinatorio, que se exponen, por ejemplo en los *Discursos sobre hermenéutica* (ed. de L. Flamarique).
19. El verbo describir aparece con diversas acepciones en el *Diccionario RAE*. Aquí se sigue la segunda: “Representar a alguien o algo por medio del lenguaje, refiriendo o explicando sus distintas partes, cualidades o circunstancias” (*Diccionario RAE*, 22ª edición).
20. Ver Gabrieloni 2001. Sobre Lessing, ver el estudio introductorio de E. Barjau en la edición castellana del *Laocoonte* (Madrid, Tecnos, 1990). Allí se incluye bibliografía sobre esta obra y su autor.
21. Los términos asociación y disociación son usados por otros autores en un sentido similar al que aquí se le atribuye. Ver, por ejemplo Besse 2000c (p. 114).
23. Todos los fragmentos de la *Ilíada* aquí citados proceden de la traducción de E. Barjau en la edición castellana del *Laocoonte* (Madrid, Tecnos, 1990).

Capítulo 2

La descripción e
interpretación del
paisaje:
una aproximación

2.1 _Introducción

Una vez planteado un marco conceptual relativo a la hermenéutica, se abre ante nosotros un campo de investigación muy poco explorado: la importancia y significado de la descripción e interpretación del paisaje. Adentrarse en ese dominio conlleva, sin embargo, una dificultad inicial: por su propia naturaleza de arte liberal es muy inusual que la praxis hermenéutica vaya acompañada de una reflexión teórica explícita.

Esta situación afecta también a otros campos de investigación en el marco de las humanidades. Así, por ejemplo, ocurre con los estudios sobre el papel de la retórica en el periodismo contemporáneo. Diversos investigadores han señalado, a este respecto, que las columnas de opinión son una modalidad contemporánea de retórica, que puede ser entendida y analizada desde los marcos conceptuales establecidos en la Antigüedad grecolatina. De este modo, la *Retórica* de Aristóteles, ha podido ser utilizada como clave teórica que permite analizar los modos de persuasión empleados por algunos columnistas actuales (Casals Carro 2003).

Es patente, sin embargo, que los columnistas no ejercen su arte de la persuasión siguiendo conscientemente las preceptivas retóricas grecolatinas, como las de Aristóteles, Cicerón o Quintiliano. Estas preceptivas suponen una reflexión y una formalización de un arte liberal, basado por ello en la capacidad natural para comunicar eficazmente y persuadir. Pero, justamente por su condición de arte liberal, existe más allá de las preceptivas que la formalizaron, tanto en la Antigüedad como posteriormente, desde la Edad Media hasta finales del siglo XVIII.

En el caso de la descripción e interpretación del paisaje la situación es algo más compleja. Encontramos, al menos en los dos últimos siglos, ejemplos de práctica de ese tipo de interpretación, pero sin fundamentación en una teoría hermenéutica explícita. El propio *Tableau de la géographie de la France* es un ejemplo elocuente de ello, como se verá en el capítulo 4. Pero, junto a ello, en las últimas décadas se han ido perfilando reflexiones que sí apuntan en esa dirección. Estas reflexiones, si bien no suponen la articulación de una teoría, sí se ocupan de cuestiones hermenéuticas re-

lacionadas con la interpretación paisajística, perfilando una imagen poliédrica de la misma, que responde a la diversidad de perspectivas que se han ido adoptando. En ellas se sustenta lo fundamental del presente capítulo.

Es preciso señalar, por otra parte, que algunas de esas reflexiones, si bien no se orientan a la temática paisajística, plantean cuestiones que habrán de ser tenidas en cuenta en el desarrollo de una hermenéutica del paisaje. Es el caso del epígrafe 2.3, en el que se aborda la cuestión de la tensión entre dos marcos de referencia: el del intérprete y el de quienes habitan un lugar. Se trata de un aspecto particular de una cuestión de alcance más general, la necesidad, a la que se ve abocada la interpretación paisajística, de mediar entre códigos y lenguajes diferentes. Dicha necesidad ha sido puesta de manifiesto por las *Orientaciones para la aplicación del Convenio Europeo del Paisaje* en relación con la llamada cualificación de paisajes. En tanto que modalidad de interpretación paisajística (Caballero Sánchez 2011) ha de tomar en consideración el conjunto de valores atribuidos a un paisaje, lo cual implica la alteridad entre los diversos marcos en referencia, así como la necesidad de mediación entre ellos.

En este sentido, las reflexiones que el seno de la Geografía se han ocupado de este tipo de mediación resultan iluminadoras y dignas de tener en cuenta desde el ámbito de la interpretación paisajística. De ahí que algunos ejemplos representativos de esas reflexiones se hayan incluido en el mencionado epígrafe 2.3.

Por tanto, lo que se plantea a continuación puede ser considerado como unos “prolegómenos a una teoría hermenéutica de la interpretación paisajística”, en los cuales se identifican algunos temas clave, y se da una visión panorámica y selectiva de las reflexiones y perspectivas que se han planteado en relación con dichos temas.

2.2_ El paisaje, escritura a descifrar y transmitir

Para iluminar la cuestión de la interpretación paisajística es especialmente idóneo aproximarse a las reflexiones recientes que se han ocupado de la “descripción explicativa del paisaje”, o “descripción geográfica”.

Más allá del término que en cada ocasión se haya usado, lo que se aprecia con claridad es que la descripción de paisajes aparece en geógrafos de diversas épocas y países. No se trata aquí de escribir la historia de esta práctica, sino de mostrar algunos ejemplos representativos de la misma, con el fin de ilustrar un aspecto relevante de la relación entre hermenéutica y paisaje.

Una aportación de interés en este sentido son las del filósofo francés Jean-Marc Besse, en relación con el concepto de *physionomie* en Vidal de la Blache (Besse 2000a y 2000b). Si bien en el capítulo 4 se volverá sobre el concepto de *physionomie*, como una de las bases hermenéuticas del *Tableau de la Géographie de la France*, algunas de las apreciaciones de Besse sobre esta cuestión son especialmente idóneas para iluminar la cuestión de la interpretación paisajística.

Para Besse, tiene especial interés el siguiente texto de Vidal de la Blache, contenido en “*Régions naturelles et noms des pays*, de M. L. Gallois” (1909), donde se reseña la obra del mismo nombre:

“La superficie terrestre es, en efecto, el substratum común en el que los efectos de estos diferentes factores se inscriben en caracteres plásticos. Existe un estrecho encadenamiento entre los fenómenos naturales. Aunque dependen de causas diferentes, que conviene estudiar de forma separada, aquéllas interactúan sin cesar unas sobre otras (...). De estas relaciones nacen los aspectos característicos. Corresponde al geógrafo iluminar los conjuntos originales que son producidos sobre la superficie del globo por las combinaciones plenas de variedad realizadas por estos fenómenos. Es también en este sentido en el que pueden existir regiones naturales (...). Ellas son el resultado del conjunto de fenómenos físicos que se combinan en la fisonomía de una comarca” (cit. en Besse 2000b, p. 107).

Es bien significativo que Vidal insista sobre la idea de “iluminar los conjuntos originales”, como tarea que “corresponde al geógrafo”, por encima de la explicación propiamente dicha. Con ello está expresando que aquél debe “sacar a la luz un sentido”, más que explicar. Dicho de otro modo, el geógrafo es antes un hermeneuta que un científico en el sentido convencional del término.

Pero atengámonos a la interpretación que hace Besse de este texto. Según este autor, en él puede encontrarse “una teoría geográfica de las improntas” (Besse 2000b: 107): la superficie terrestre es la superficie de impresión, sobre la cual las series causales actúan a modo de impresores o grabadores que dejan su impronta o su inscripción. Pero lo más relevante es la conclusión a la que Besse llega, partiendo de esta interpretación:

“En este mundo de la plasticidad (...), el hecho geográfico se presenta, en términos exactos, como una escritura. La superficie terrestre está escrita: es el paisaje” (Besse 2000b: 107).

Para Besse es el texto arriba citado el que proporciona la clave para entender cabalmente el concepto de *physionomie*. De su interpretación de dicho concepto se desprende que se trata de un concepto con claras implicaciones hermenéuticas:

*“Las consecuencias epistemológicas derivadas del concepto de *physionomie* son considerables. Hablar del paisaje en términos de *physionomie* significa que se atribuye al paisaje una densidad ontológica propia. Si posee una *physionomie*, hay que comprenderla en términos de una totalidad expresiva, animada por un “espíritu” interno, del cual podemos esforzarnos en extraer el proyecto de sentido. Todo ocurre como si hubiera un “espíritu del lugar”, del cual sería expresión la apariencia exterior del territorio examinado”* (Besse 2000b: 111).

Si relacionamos esta apreciación con el marco conceptual planteado en el capítulo 1, podemos entender el significado hermenéutico de la expresión <<animada por un “espíritu”>>. En términos hermenéuticos, éste no es otra cosa que el sentido a reconstruir, a través tanto de la narración descriptiva como de la narración explicativa. Los dos textos arriba citados de Besse nos proporcionan los elementos del problema: el paisaje como escritura, y el “espíritu del lugar” como sentido a descifrar y reconstruir. El siguiente aúna las dos cuestiones:

“Lo visible [el paisaje] cuenta algo, una historia. Es la manifestación de una realidad de la que es, por así decirlo, la superficie. El paisaje es un signo, o un conjunto de signos, por lo que hay que aprender a descifrarlo, a descifrarlo, en un esfuerzo de interpretación que es un esfuerzo de conocimiento (...) La idea es pues que habría que leer el paisaje” (Besse 2000b: 98).

Todo ello lleva a una conclusión en la que, aunque no se profundiza, no podemos sino compartir plenamente:

“La geografía es colocada aquí del lado de las disciplinas de la interpretación, y la historia de los problemas metodológicos de la geografía ganaría sin duda al ser abordada en el horizonte de la historia de la hermenéutica. Dicho de un modo más preciso, habría que interesarse por las perspectivas abiertas por una <<hermenéutica paisajística>>” (Besse 2000b: 111).

Cabe plantearse, sin embargo, si esta utilización en profundidad de las capacidades de desciframiento y reconstrucción es exclusiva de Vidal de la Blache, sin que haya casos similares en otras tradiciones geográficas. Para mostrar que esto no es así, un buen camino es acudir a la reflexión geográfica de los países de habla inglesa, anterior a la revolución cuantitativa, por cuanto en esta tradición geográfica la influencia de la escuela francesa ha sido muy escasa y, sin embargo, los temas del paisaje y la región han tenido también un gran peso específico.

A este respecto tiene especial interés un artículo de corte teórico del geógrafo británico Henry Clifford Darby, titulado

“The problem of geographical description” (Darby 1962). Este texto, plagado de citas de geógrafos y escritores, no contiene ni una sola cita o referencia a Vidal de la Blache o a las reflexiones de otros geógrafos franceses sobre la descripción geográfica. No obstante, la problemática que en él se delinea es la misma que se viene exponiendo hasta aquí. El argumento puede sintetizarse en términos propiamente hermenéuticos. Al acercarse a un paisaje, el geógrafo no debe buscar una síntesis propiamente dicha, sino que para él es más importante y relevante saber ver, tener la vista entrenada, del mismo modo que la tiene un pintor:

“En este punto hay quien diría que el geógrafo completo (como opuesto al especialista en algunas de sus ramas) tendría que ser capaz de abarcar objetivamente todos los elementos del paisaje. Dicho de otro modo, que debería alcanzar una <<síntesis>>. Yo sólo puedo expresar dudas acerca de que síntesis alguna pueda ser alcanzada en <<el misterioso lugar de trabajo del cerebro>> (...). Hay que distinguir entre la síntesis y la selectividad del arte” (Darby 1962: 5).

Pero este entrenamiento de la mirada no es un fin en sí mismo. A partir de ahí le será posible al geógrafo abordar lo que Darby llama la “interpretación explicativa” (*ibid.*, p. 7). El planteamiento del geógrafo británico no tiene la elegancia y la sutileza de las analogías vidalianas, pero sí muestra una clara conciencia de que la mirada entrenada es inseparable de la “explicación”, y de que ésta es intrínsecamente narrativa. Siguiendo las reflexiones del *Laocoonte* (1766) Darby plantea que el geógrafo ante un paisaje está en la misma tesitura que un escritor que ha de describir una imagen o escena. Éste tiene dos opciones: pintar un cuadro con palabras, corriendo el riesgo de una descripción enumerativa, que nunca podría igualar la imagen original; o bien asumir que, como postula Lessing, la “interpretación explicativa” surge de “la misma naturaleza verbal como opuesto a la representación pictórica” (Darby 1962: 7).

Este planteamiento tiene, sin duda, interés en sí mismo, como medio de discriminar modos diversos de empleo del lenguaje en el marco de la descripción geográfica (Caballero Sánchez 2006). Pero en el presente contexto su interés es ante todo hermenéutico: lo que Darby plantea, en defini-

tiva, sin ser consciente de ello, es una teoría de la interpretación paisajística. El geógrafo se acerca a aquél, con una mirada entrenada. Pero esa capacidad hermenéutica no acaba ahí: incluye también “sacar a la luz” la historia

de aquello que tiene delante, como sentido a descifrar y reconstruir. En definitiva, arte de ver y descubrimiento del sentido, en forma de historia del paisaje, están unidos de forma indisoluble.

2.3 La tensión y mediación entre marcos de referencia

2.3.1 Un problema hermenéutico

Las condiciones de la comprensión son un aspecto esencial en la teoría hermenéutica de Gadamer. Este autor configuró un marco teórico que daba cuenta de las condiciones que permiten la comprensión, como situación en la que debe resolverse la tensión entre dos tramas de referencia: la del intérprete y la de la obra (literaria, artística) que tiene delante.

Las aplicaciones geográficas de este marco teórico son bien escasas. Ello no es casual, sino la consecuencia lógica de que, entre los geógrafos contemporáneos con intereses de índole epistemológica, “no son precisamente abundantes los que de forma explícita han recurrido a la hermenéutica” (Gómez Mendoza 1986: 38), sin que a día de hoy este diagnóstico haya perdido vigencia.

Una excepción a esta regla es la reflexión planteada por Derek Gregory a finales de los años 70 en relación con la geografía humanista. En plena ebullición de esta corriente, este geógrafo británico detecta que el problema epistemológico principal planteado por la misma es propiamente hermenéutico:

“Los movimientos interpretativos que se han producido hasta el momento en la Geografía sólo han servido, en realidad, con muy pocas excepciones, para disimular la tensión que debe existir entre un marco de referencia y otro, y las resonancias y discordancias profundas que provocan unidades de significado superficialmente similares (...). La labor hermenéutica debe explicitar y esclarecer estas consecuencias que permiten tal <<inmersión>> vital (...) la geografía tendría que dismantelar las oposiciones entre sujeto y

objeto, actor y observador, y subrayar las mediaciones entre los diferentes marcos de referencia” (Gregory 1984: 146).

Para entender en todo su alcance el sentido y las implicaciones de este texto es necesario exponer antes la reflexión gadameriana sobre las condiciones de la comprensión.

Si bien la reflexión hermenéutica de Gadamer tiene su núcleo en *Verdad y Método* (1960), que constituye su obra más conocida e importante, el pensador alemán tuvo ocasión de volver sobre los temas planteados en dicha obra a través de diversos escritos breves. Algunos de ellos, los que el propio autor consideró que tenían una mayor vinculación a los temas de *Verdad y Método*, fueron recopilados y publicados en el Tomo II de sus *Obras Completas*¹, bajo el título de *Verdad y Método II* (Gadamer 2004). Ambas publicaciones constituyen la principal fuente para conocer la concepción gadameriana de la hermenéutica.

Hay que partir del hecho de que el planteamiento de Gadamer, en la segunda parte de *Verdad y Método*, se centra en la problemática de la interpretación de textos. Él mismo ha señalado, en alguna ocasión, cómo, en su caso, lo primero fue la praxis hermenéutica, centrada sobre todo en la filosofía griega y, más tarde en la obra de ciertos poetas (Gadamer 2004). Esto no impide que su argumentación sea válida para el conjunto de las disciplinas humanísticas. De hecho, puede considerarse que el recorrido que se observa en ambas publicaciones, si las consideramos conjuntamente, es claramente inductivo. Se parte, en *Verdad y Método*, de dos experiencias que, para Gadamer, constituyen casos paradigmáticos de momentos de la verdad ajenos a la idea de

método: la experiencia del arte, a la cual se dedica la primera parte, y la comprensión de textos eminentes, que implican la participación en temas de alcance filosófico o existencial.

Es en *Verdad y Método II* donde se plantea de forma explícita una concepción hermenéutica de las humanidades. O, dicho de otro modo, se extraen las consecuencias oportunas de lo planteado en *Verdad y Método*, en orden a clarificar la relación entre hermenéutica y saber humanístico, más allá de la interpretación de textos, a través de la vinculación entre el concepto de “participación” antes reseñado (capítulo 1) y el conjunto de las humanidades (Gadamer 2004: 313).

Esta naturaleza inductiva de la argumentación de Gadamer afecta de forma inevitable a cualquier exposición o análisis de sus postulados hermenéuticos y de su idea acerca del papel de la hermenéutica en las disciplinas humanísticas. Aquéllos se presentan como una inducción, en la que se explicita, desde una experiencia concreta, las condiciones de la comprensión e interpretación de textos, especialmente literarios y filosóficos. Hay, ocasionalmente, referencias a la hermenéutica jurídica o teológica y a la práctica del historiador, pero el núcleo de su argumentación está constituido por los mencionados textos. Por tanto, el conocimiento de la concepción gadameriana de la interpretación de textos nos proporciona las claves y conceptos fundamentales para entender su propia concepción hermenéutica de las humanidades.

La reflexión hermenéutica de Gadamer, tal como se plantea en la segunda parte de *Verdad y Método*, puede sintetizarse en dos argumentos: el papel productivo del condicionamiento histórico en la comprensión del texto, y el carácter de experiencia de diálogo inherente a la comprensión, diálogo que debe resolver la tensión entre los universos del intérprete y del texto.

En relación con la primera cuestión, la argumentación planteada puede sintetizarse como sigue: el intérprete te acerca al texto en tanto que integrante de una tradición o, usando un término de Gadamer, en tanto parte integrante de una “eficacia histórica” o “historia de transmisión” (*Wirkungsgeschichte*)². Ésta tiene un papel decisivo en la configuración de los prejuicios del intérprete que inciden decisivamente en lo que Gadamer denomina precomprensión

de un texto. Grondin usa la expresión “constelación del entender” (Grondin 1999: 129) para referirse a esta pertenencia del intérprete a una historia de transmisión, a una tradición hermenéutica en definitiva.

Por tanto, en la hermenéutica no existe nada parecido a una certeza exenta de prejuicios, al modo cartesiano. Más bien lo pertinente es distinguir entre prejuicios legítimos e ilegítimos. Los primeros son productivos, y dan acceso a la comprensión; los segundos, la obstaculizan. Así pues, comprender adecuadamente requiere una implicación activa del intérprete en la que se pongan en juego los propios prejuicios y formación. Sin ellos, que aparecen en forma de anticipaciones de sentido, no es posible culminar la comprensión.

El concepto de “historia de transmisión” o “eficacia histórica”, arriba expuesto, muestra el papel del pasado, en forma de tradición y pertenencia a la misma, en el fenómeno de la comprensión. Pero junto al pasado está el presente en el cual vive el intérprete, que también juega un papel esencial. Es aquí donde entramos en el segundo argumento: la comprensión es una mediación entre dos universos o tramas de referencia, o, usando la expresión del propio Gadamer, entre dos horizontes.

El postulado básico a este respecto es que la comprensión es necesariamente una mediación, que opera a dos niveles: por un lado, entre el sentido de lo comprendido y el lenguaje del intérprete; y, por otro, entre el tema del texto, tal como se nos presenta, y las preguntas que para el intérprete son relevantes. Así pues, la resolución de la tensión entre ambas tramas de referencia, la *fusión de horizontes* ha de resolver esta doble tensión. Este término es una forma expresiva de designar la operación de interpretar, la cual implica una *traducción* al lenguaje del intérprete (y de su contexto social e histórico); supone además una *aplicación*, pues un texto eminente sólo puede llegar a ser comprendido si se constituye en respuesta en una pregunta relevante para el intérprete (y, en muchas ocasiones, relevante también para su contexto social e histórico).

Recordemos que Schleiermacher postulaba que el intérprete debía trasladarse a la mente del autor, de forma empática. Frente a este modelo de la empatía y la reconstrucción, Gadamer opone ejemplos que pretenden mostrar la naturaleza real de la mediación que supone la comprensión:

- La *hermenéutica jurídica*, en la que la aplicación constituye el núcleo de la interpretación y el caso concreto a resolver dirige, por así decirlo, la interpretación.
- La *ética aristotélica* es otro modelo de características análogas. Aristóteles no postula, según Gadamer, normas universales y abstractas, sino la “adaptación de algo normativo al caso particular” (1986: 365). Al igual que la hermenéutica jurídica, la situación concreta guía la elección del “bien”.

Con su reflexión sobre la hermenéutica como mediación, Gadamer está tocando el núcleo de la problemática inherente a la misma. Cualquier historia de la hermenéutica, aun cuando se ciña al ámbito de la interpretación de textos (Ferraris 2000), es muy reveladora a este respecto, al mostrar cómo esta práctica surge cuando un texto al que se otorga un valor normativo presenta dificultades para la comprensión, por el paso del tiempo, y la extrañeza que ello causa es cada vez más aguda. La hermenéutica es entonces una mediación entre el texto y el presente del intérprete. Las hermenéuticas que surgen en cada momento son pues intentos de mediación, lecturas en las que el texto es visto a la luz de cuestiones que se le plantean en cada momento. Según la cuestión que se plantea se obtiene una respuesta. Esto no significa que se trate de interpretaciones arbitrarias, sino que la “participación” en los temas que plantean los textos va adquiriendo tonalidades distintas, sin que por ello se desvirtúe su naturaleza de experiencia de la verdad.

Ahora estamos en condiciones de entender en profundidad el mensaje que transmite el texto de Gregory arriba citado. Éste puede formularse como sigue: la geografía humanista ignora que las teorías externas al mundo vivido que se está investigando son “elementos legítimos que suministran las condiciones necesarias para cualquier comprensión” (Gómez Mendoza 1986: 37). Ésta se hace posible por lo que Gadamer llama fusión de horizontes, en la cual debe resolverse la tensión entre dos tramas de referencia. En la geografía humanista intervienen la del investigador (conceptos, teorías...), y la del mundo vivido que se está investigando. En función de ello, esta corriente, al plantear la necesidad de una “inmersión vital” en dicho mundo vivido, está soslayando la cuestión de la fusión de horizontes, como mediación entre dos tramas de referencia.

No es difícil percatarse de que este uso de la teoría gadameriana de la comprensión se usa, en el presente contexto, para una capacidad hermenéutica distinta a la privilegiada por Gadamer. Para éste la comprensión es ante todo “participación en los temas esenciales de la experiencia humana, tal como se han plasmado en el arte y la historia” (Gadamer 2004: 313). Es patente, sin embargo, que la cuestión planteada por Gregory hace referencia, en cambio, a otra capacidad hermenéutica: la capacidad de comprender la subjetividad.

Esto no quiere decir que la reflexión de Gregory sea una extrapolación inapropiada. Más bien, tiene el mérito de mostrar que el marco teórico de Gadamer es válido para explicitar y abordar los problemas hermenéuticos inherentes a un gran número de interpretaciones paisajísticas: todas aquéllas en las que esta capacidad hermenéutica de comprender la subjetividad adquiere un papel relevante.

Para ilustrar las diversas actitudes ante esta cuestión, hemos elegido tres ejemplos representativos, cada uno de ellos procedente de contextos y momentos diferentes: la concepción del paisaje como expresión de la identidad nacional, en Ramón Otero Pedrayo (1888-1976), autor adscribible a la geografía clásica; las exploraciones o expediciones de Anne Buttimer, destacada representante de la geografía humanista; por último, la geografía cultural contemporánea, tanto en algunos de sus desarrollos teóricos más recientes como en determinadas aportaciones que suponen de hecho la aplicación de esos planteamientos.

2.3.2_ Tres respuestas a un mismo problema.

Paisaje e identidad nacional

La comprensión de la subjetividad, como capacidad hermenéutica, estuvo muy extendida en las humanidades del siglo XIX y primera mitad del XX. La idea de que el espíritu de un pueblo se expresa en determinadas manifestaciones culturales, así como en su propia historia, es una herencia del movimiento romántico, pero que lo trasciende ampliamente (Ferraris 2000, capítulo II), tomando un importante

auge durante todo el siglo XIX y la primera mitad del XX, como testimonia, en España, la obra de algunos autores de la generación del 98³.

Ciñéndonos a la Geografía, los ejemplos de esta herencia son múltiples. Más adelante (capítulo 3) veremos cómo está presente en el propio *Tableau de la Géographie de la France*, obra en la cual el paisaje es, entre otras cosas, expresión del “acuerdo con el medio” que define al pueblo francés (Ortega Cantero 2005).

Una muestra representativa de esta concepción del paisaje como expresión de una identidad nacional, la encontramos en la obra del geógrafo gallego Ramón Otero Pedrayo. En su visión del paisaje se aúnan, como señala J. García Álvarez (2006: 70-71), las claves metodológicas propias de la Geografía con una serie de referentes artísticos y literarios: la pintura impresionista; la filosofía de Bergson, con su exaltación de la intuición; la generación del 98, “con su sensibilidad para integrar la descripción objetiva y la experiencia subjetiva del paisaje” (*ibid.*, p. 70); así como la literatura romántica y su “exaltado sentimiento de la naturaleza” (*ibid.*, p. 71).

Sin embargo, el aspecto que más interesa ahora es la idea del paisaje gallego como expresión de la identidad de ese pueblo, y las implicaciones hermenéuticas de la misma. En Otero Pedrayo podemos encontrar a este respecto dos tipos de interpretación, que suponen un ejercicio de la capacidad hermenéutica de comprender la subjetividad. Ambas perspectivas son en realidad complementarias entre sí, y responden a un balanceo, muy frecuente en la historia de la Geografía, entre la atención al sujeto (individual o colectivo), en su relación con un medio, una región o un lugar, y la atención al resultado material de esa relación, como expresión de la misma y, en consecuencia, del propio sujeto.

Es el mismo problema que, como se ha visto en el capítulo 1, estaba en el centro de las preocupaciones de la hermenéutica romántica. Para Schleiermacher, por ejemplo, se trataba tanto de comprender al autor, como único modo de entender cada vez mejor el texto (de ahí la reconstrucción “adivinatoria”); pero también, de entender al autor a través del texto mismo.

En Otero Pedrayo, como, presumiblemente, en muchos geógrafos con preocupaciones similares, encontramos las dos vías de comprensión de la subjetividad. Veamos, por ejemplo, cómo caracteriza al pueblo gallego como “sujeto geográfico”:

“Hay pueblos que parecen postizos y apenas aceptados en su medio físico; otros, desde antiguo, profundamente identificados con él. A este grupo pertenece Galicia, con su paisaje humanizado y su alma llena de paisaje. (...) Intensamente labrador y pescador, se incorporó tan entrañablemente al paisaje (...) que sólo alguna corta extensión de montaña no guarda la huella humana, y ni aún así ofrece obstáculo definitivo, por lo menos, al paso de los hombres” (cit. en García Álvarez 2006: 74).

El pueblo gallego es presentado aquí como una persona, es comprendido como un sujeto en cuya subjetividad tiene parte esencial su vinculación afectiva y enraizamiento con la tierra gallega, del mismo modo que podría comprenderse la vinculación afectiva de una persona individual con su casa o su barrio. En ambos casos se trata de lo mismo, de subjetividad o, si se quiere, de vida, en el sentido personal y existencial. En este orden de cosas, cabe preguntarse por el sentido hermenéutico del término “vida del territorio” en Geografía, u otros similares (como vida local y vida general) en el propio Vidal de la Blache. Más adelante (capítulos 3 y 4) será tratada esta cuestión, pero el texto citado de Otero Pedrayo remite claramente a ella, aunque no use el término en cuestión.

En cuanto a la atención a las expresiones de esa vida geográfica, el siguiente texto es bien expresivo a este respecto:

“Cuando llego a una ciudad desconocida, lo primero que hago es buscar una torre alta (...). Cuando no hay torre, entonces subo a un tejado. La comparación de las tres vistas, Toledo, Sevilla, Santiago, enseña más sobre la historia, el arte y el carácter de los pueblos españoles que largas lecturas y cien discursos eruditos” (cit. en García Álvarez 2006: 70).

La vinculación entre paisaje y “carácter de los pueblos españoles” nos remite al otro polo de la comprensión de la subjetividad (o la vida de los sujetos) como capacidad hermenéutica: el paisaje expresa esa vida que, aunque colectiva, es análoga a la vida individual. No es casual, en este contexto, el uso del término “carácter”. A esta vida geográfica colectiva -y, en definitiva, al carácter de los pueblos- puede accederse, según se desprende de este texto, a través de la adecuada lectura de los signos visibles que el paisaje ofrece. Estamos pues de nuevo ante una situación hermenéutica, en la que el paisaje se ofrece como signo a comprender. Lo que ocurre es que el sentido a desentrañar no es la historia que el paisaje tiene que contarnos (que no deja de ser la historia del paisaje como tal), sino una identidad colectiva, concebida como sujeto geográfico con vida y carácter propios. Sí existe, en cambio, una similitud entre la comprensión del paisaje y la comprensión de sujetos geográficos colectivos: en ambos casos, puede hablarse del paisaje como “escritura a leer”, como impronta portadora de significado. Lo único que cambia es la orientación prioritaria que en cada caso adquiere la lectura del paisaje.

En cuanto a la problemática de la fusión de horizontes, puede decirse que la posición hermenéutica de Otero Pedrayo es muy representativa de una actitud que ha tenido mucho predicamento. Si aplicamos el marco conceptual de Gadamer, puede hablarse con propiedad de una ausencia de fusión de horizontes. Los prejuicios del investigador “construyen” un sujeto colectivo, a la vez que permiten identificar las expresiones del mismo.

Esto no quiere decir que este tipo de planteamientos carezca de interés hermenéutico. Lo que ocurre es que dicho interés depende de la sutileza y profundidad en la identificación de expresiones. Es decir, el interés hermenéutico de una aproximación de este tipo depende de la capacidad de apreciar las expresiones geográficas de un “espíritu nacional” (el paisaje rural, por ejemplo) como matices de un color, más que como un color uniforme. Es esta capacidad para el matiz la que puede tener interés para una perspectiva paisajística que integre las diversas posibilidades de la paisajística.

La Geografía humanista

Recordemos que la reflexión de Derek Gregory, arriba expuesta, sobre la relación entre Geografía y fusión de horizontes, está formulada pensando en la Geografía humanista y en los problemas epistemológicos que suscita. Como es sabido, esta corriente conoció un gran auge en los años 70 y 80 del pasado siglo, especialmente en los países de habla inglesa (Unwin 1995: 210-219). Su interés primordial estaba constituido por las actitudes, valores y experiencias en relación con el entorno y los lugares. La fenomenología, especialmente el concepto de mundo vivido (*Lebenswelt*) de Edmund Husserl (1859-1938), constituía el referente filosófico de mayor peso.

En muchos de los seguidores de esta corriente se aprecia una actitud hermenéutica muy distinta a la que acabamos de exponer en relación con el paisaje como expresión de la identidad nacional. Lo que se persigue ahora, en muchos casos, es la inmersión en el mundo vivido de un sujeto geográfico.

Un ejemplo de esta actitud hermenéutica lo tenemos en los planteamientos contenidos en uno de los artículos más conocidos de Anne Buttimer, “Hogar, campo de movimiento y sentido del lugar” (trad. cast. en García Ramón, 1985: 227-241). Su planteamiento, en términos hermenéuticos, puede sintetizarse como sigue: el geógrafo, en su aspiración de comprender en profundidad a los sujetos geográficos como tales sujetos, debe servirse ante todo de su capacidad de empatía. No debe pues “construir una identidad colectiva”, como haría Otero Pedrayo, sino llegar a una verdadera identificación empática con el sujeto geográfico a comprender. La vía para ello es vivir (o revivir) las experiencias del lugar de dicho sujeto o sujetos, haciendo un esfuerzo exploratorio para comprender el significado de los lugares.

Este planteamiento tiene posibilidades y límites hermenéuticos: es indudable que el esfuerzo por experimentar “en carne propia” las experiencias del lugar supone sin duda un paso adelante cualitativo en el ejercicio de la capacidad hermenéutica de comprender un sujeto. Es un planteamiento gracias al cual la comprensión de la “vida de los lugares” puede alcanzar niveles de gran profundidad.

En cuanto a las limitaciones, cabe señalar dos: en primer lugar, es importante tener en cuenta que este planteamiento soslaya la experiencia de interpretar, que es lo más propiamente hermenéutico, dado que eso sería caer en lo que Buttimer denomina la “trampa del que está fuera”. Aunque esto no se explicita, esta expresión sugiere que la interpretación forma parte de dicha trampa.

Este planteamiento tiene otro peligro: el de considerar que los prejuicios del intérprete (en forma de conceptos o teorías) son en realidad innecesarios o superfluos ante la prioridad concedida a la inmersión en el mundo vivido. Sin embargo, como muestra Gadamer, los prejuicios son inevitables y necesarios, pues tienen un papel productivo específico en cualquier proceso de comprensión.

La Geografía cultural contemporánea

Las dos posiciones anteriores tienen un interés específico, y, sobre todo, implican la movilización de la capacidad hermenéutica de comprender la subjetividad, de entablar una relación sujeto-sujeto.

Sin embargo, una tercera opción podría ser resolver la tensión entre las dos tramas de referencia que entran en juego en todo proceso de comprensión: la del geógrafo y la del sujeto a comprender, sin privilegiar ninguna de las dos, operando una auténtica fusión entre ambas, tal como postula Gadamer. ¿Qué implica éste, en el contexto que estamos abordando? ¿adónde conduce?

Consideremos en primer lugar cuáles son las dos tramas de referencia que entran en juego: el geógrafo es “dueño” de determinados conceptos y teorías, que constituyen lo que Gadamer denomina prejuicios e “historia de transmisión”. Es claro que se trata, siguiendo al filósofo alemán, de “prejuicios legítimos”, que, por otra parte, el geógrafo ha heredado de una determinada tradición o escuela, de la cual el propio geógrafo es un eslabón.

Por otra parte, tenemos un “sujeto geográfico”, cuya trama de referencia está constituida por valores, experiencias y prácticas en relación a un lugar, una comarca, incluso una región. El concepto de “mundo vivido”, procedente de

la Fenomenología y retomado por la Geografía humanista, es totalmente pertinente para sintetizar dicha trama.

La fusión de horizontes a realizar en este contexto tendría que tomar una dirección bien clara: el geógrafo tendría que constituirse en intérprete de la “subjetividad geográfica” o “vida geográfica”. Su bagaje conceptual tendría que ser modificable o adaptable, capaz de dar cuenta de las complejidades de la vida geográfica. Esto tampoco es una novedad. La empresa intelectual de Dilthey estaba justamente marcada por ese empeño (Palmer 2002: cap. VIII). En la propia Geografía humanista no han faltado reivindicaciones de esa herencia (Rose 1981), pero se trata más bien de adoptar su misma actitud, orientada a buscar conceptos flexibles y potentes a un tiempo, capaces de operar la difícil fusión de horizontes.

Un bagaje conceptual de esa índole tendría que ser el resultado de diversas precompresiones o anticipaciones de sentido, en el que se van formulando diversos proyectos de comprensión, en los cuales se va estableciendo un diálogo entre dos tramas de referencia. Para ilustrar este argumento conviene remitirse a determinadas aportaciones de la geografía cultural contemporánea. Son posiciones que ejemplifican cómo es viable y posible dicho planteamiento.

En Francia, un buen ejemplo está constituido por las reflexiones epistemológicas de Paul Claval (2002) y Vincent Berdoulay (2002) sobre la Geografía cultural. Para el primero:

“Las epistemologías naturalista y funcionalista no dejaban ningún lugar para el individuo y sus iniciativas. El enfoque cultural corrige estas orientaciones: al concebir el espacio como una escena donde los seres humanos se ofrecen al espectáculo, representan papeles que los valorizan, los enriquecen o les aseguran ciertos poderes, tiene en cuenta al individuo y las iniciativas de que es autor. Nos hace descubrir el sentido que le dan los seres humanos a los decorados que los rodean y que, en gran medida, han construido. Nos hace entrar en el universo de sus valores y creencias, y aclara las estrategias que retienen en su vida social, política o cultural” (Claval 2002: 38).

En cuanto a Vincent Berdoulay, su posición es muy similar:

“El lugar como espacio de actividad creadora del sujeto ayuda, por lo tanto, a reformular el enfoque de la geografía cultural: ésta tiene que anclarse en la creatividad del sujeto, en la actividad cultural del sujeto que fabrica un lugar” (Berdoulay 2002: 55).

En ambos casos se apunta en la dirección de las percepciones y representaciones geográficas. Es éste un espacio epistemológico que resuelve la tensión entre las dos tramas de referencia que entran en juego en todo proceso de comprensión de la subjetividad: la del geógrafo y la del sujeto a comprender, sin privilegiar ninguna de las dos, operando una auténtica fusión entre ambas, tal como postula Gadamer.

En la medida en que las percepciones y representaciones geográficas son filtros cognitivos y culturales, que implican determinadas prácticas, admiten la conceptualización por parte del geógrafo, a la vez que dan cauce y sintetizan la vida de los sujetos geográficos, en su riqueza y diversidad. Por otra parte, por esta vía se abren nuevas posibilidades a la lectura del paisaje, en tanto que expresión creativa de la vida geográfica.

Aunque es mucho el camino que queda por recorrer, esta concepción de la Geografía cultural se va abriendo paso. Constituye una expresión contemporánea de la larga tradición geográfica de praxis hermenéutica, en concreto de aquella parte de esa tradición que busca la comprensión de los sujetos geográficos y de sus expresiones. Un ejemplo representativo de ello lo encontramos en la clasificación de percepciones del paisaje propuesta por el geógrafo andaluz Juan Francisco Ojeda Rivera, con la cual cerramos este epígrafe:

“Puestos a categorizar percepciones paisajísticas, en algunas publicaciones previas (Ojeda, J.F. y Silva, R. 2002; Ojeda, J.F. 2003a y 2003b), hemos llegado a establecer las siguientes:

- *“Identitarias o protopaisajísticas. Las de aquellas personas que construyen y viven en el propio paisaje, cuyas miradas probablemente no sean panorámicas, ni siquiera admirativas, pero cuyas percepciones sensoriales descienden hasta los más mínimos detalles, identificando paisajes de la vida, de los sueños, de los símbolos.*
- *Connotativas o creativas. Las percepciones de artistas o creadores, cuyas expresiones literarias, pictóricas, fotográficas, cinematográficas...añaden a los paisajes un plus de valor connotativo.*
- *Analíticas o científicas. Las basadas en informaciones contrastadas de elementos, relaciones y flujos, que se convierten en estudios o informes que analizan y diagnostican desde distintas ramas de la ciencia.*
- *Institucionales o catalogadoras. Las percepciones de aquellos organismos que administran o gestionan el territorio, el medio ambiente, la cultura o el turismo y que suelen convertirse en catálogos o guías.*
- *Comunes o modales. Las producidas por la publicidad, que suelen responder a unos tópicos o clichés muy definidos por las modas y que pretenden establecer unos precios de mercado a los valores paisajísticos”* (Ojeda Rivera 2005).

2.4 El alcance ontológico y existencial de la interpretación paisajística: el ejemplo de Eric Dardel

Identificar y analizar episodios en los que la reflexión sobre el paisaje alcance una dimensión ontológica es hoy relativamente fácil. Baste pensar en las aportaciones de Eugenio Turri (1998), Augustin Berque (2009), o, más recientemente, de Florencio Zoido (2012). Pero en el pasado era mucho más difícil, a pesar de lo cual, en diversos momentos esta temática, se abrió paso incluso en contextos poco favorables. Un buen ejemplo de esto es la obra *El Hombre y la Tierra*, del geógrafo francés Eric Dardel (1899-1967). Publicada en 1952, no creó una corriente pujante, ni siquiera una escuela de alcance limitado. En el panorama de la Geografía francesa posterior a la Segunda Guerra Mundial, es una excepción, un hito aislado y marginal que, en esos momentos, apenas tuvo repercusión.

La razón de ello no es atribuible sólo al contexto específico de aquella época y de aquel lugar. Este carácter marginal tiene más alcance, y se relaciona con la evolución que había seguido la geografía clásica, tradición en la que se inscribe el propio Dardel. Como dice Jean-Marc Besse:

“Dardel efectúa el trayecto inverso de los geógrafos de finales del siglo XIX, un trayecto que había conducido a la geografía de las reflexiones filosóficas de Karl Ritter o Alexander von Humboldt a la puesta a punto de un discurso positivo, científico, a propósito de la Tierra. Más precisamente, un trayecto que les ha conducido [a los geógrafos de finales del siglo XIX] a sustituir con el análisis de los medios y los géneros de vida (problemática científica) un conjunto de reflexiones generales sobre las relaciones entre el hombre y la Tierra, sobre el sentido de la presencia terrestre del hombre desde el punto de vista de su historia, es decir, de su destino individual y colectivo” (Besse 2000c: 128-129).

La pregunta, ¿qué es la Geografía?, “remite de forma más profunda a otra, que es la siguiente: ¿qué es habitar geográficamente la Tierra”? (*ibid.*, p. 129). Yendo más allá del interés propiamente epistemológico de la pregunta, “la

Geografía es definida por Dardel como una dimensión originaria de la existencia humana” (*ibid.*, p. 130). De este modo:

“Todo el objetivo de Dardel será mostrar en qué medida la Geografía está afectada en su misma esencia por esta interrogación ontológica acerca del Hombre, y que es ahí donde finalmente encuentra su sentido más verdadero” (Besse 2000c: 130).

Estas interrogaciones conllevarán una determinada concepción del paisaje, en la que éste alcanza una dimensión existencial pero también hermenéutica. Como señala Besse:

*“La fenomenología geográfica desarrollada por Eric Dardel conduce a una hermenéutica de la existencia humana situada sobre la Tierra: la concepción del paisaje desarrollada en *El Hombre y la Tierra* es a este respecto una ilustración ejemplar (...). Antes de cualquier institución de una experiencia visual, antes de cualquier espectáculo (...), el paisaje es expresión y, más precisamente, expresión de la existencia. Es portador de un sentido, puesto que es la huella espacial del encuentro entre la Tierra y el proyecto humano. El paisaje es esencialmente mundo antes que naturaleza. Es el mundo humano, la cultura como encuentro de la libertad humana y del lugar de su despliegue: la Tierra” (Besse 2000c: 139-140).*

Esto implica dos descubrimientos; en primer lugar, “descubrimos que no hay Tierra sin hombres que la habiten y contribuyan a darle su sentido de Tierra para la existencia humana” (*ibid.*, p. 140). En segundo lugar, se accede a un descubrimiento de mayor importancia: que existe “una geograficidad originaria del ser humano” (*ibid.*, p. 141). Besse sintetiza esta cuestión de la siguiente manera:

“Pero sobre todo, de forma simétrica, descubrimos en el paisaje que no hay condición humana sin Tierra, que lo humano se realiza como tal en

relación a la Tierra, en relación con el elemento terrestre de su condición. La libertad es (...) terrestre, lo cual quiere decir muchas cosas, en primer lugar

que ella no está situada en otro mundo, sino que al contrario (...) tiene sentido sobre la Tierra y no en otra parte" (Besse 2000c: 140-141).

2.5_ La relevancia de la experiencia sensorial

Sostiene Gadamer, en la primera parte de *Verdad y Método* (2003: cap. 4), que la experiencia del arte es análoga a la experiencia del juego, en la que no hay propiamente observación o relación sujeto-objeto, sino inmersión en una experiencia que nos atrapa y arrastra. A primera vista, puede parecer que estas consideraciones son ajenas a la interpretación paisajística y que podrían más bien aplicarse a la experiencia de contacto con obras de arte convencionales (pintura, cine, música, etc.). No obstante, la historia de la interpretación paisajística y de la idea de paisaje nos obliga a revisar esa opinión, especialmente por la presencia recurrente de un tema que se repite desde Humboldt a la geografía contemporánea: el valor cognoscitivo de la experiencia sensorial del paisaje. Cada lugar, o cada parte de la superficie terrestre, proporciona una experiencia sensorial distinta, lo cual ha llevado a muchos geógrafos e intérpretes del paisaje a reivindicar el valor de esa experiencia como forma de acceso al conocimiento de la individualidad de lugares y paisajes.

El valor hermenéutico de estas experiencias radica en el hecho de que suponen una percepción sintética de los rasgos sensoriales que identifican un determinado paisaje y, por tanto, una determinada región o comarca. La impresión sensorial propia de cada comarca o región permite captar un todo que es más que la suma de las partes, permite descifrar las diversas regiones o comarcas como una entidad diferenciada, y no como una mera suma de elementos.

Para ilustrar la recurrencia de estas experiencias y el valor que se le ha dado, se han seleccionado cuatro textos representativos, que abarcan un espectro temporal muy amplio, desde comienzos del siglo XIX a la actualidad:

1. Alexander von Humboldt (1769-1859):

"Así como se reconoce en los individuos aislados una fisonomía distinta (...), así también existe una fisonomía natural que pertenece exclusivamente a cada comarca de la tierra.

Las expresiones de "naturaleza suiza" o de "cielo de Italia" usadas por los pintores han nacido del confuso sentimiento de los caracteres propios de tal o cual región. El azul del cielo, los juegos de sombra y de luz, los vapores acumulados a lo lejos, las formas de los animales, el vigor de la vegetación, el brillo del verdor, el contorno de las montañas, son otros tantos elementos que determinan la impresión que produce una región en nosotros" (Cuadros de la Naturaleza, p. 225, Ed. Los Libros de la Catarata, 2002).

2. Ramón Otero Pedrayo (1888-1976):

"Quien quiera encontrar el carácter esencial del paisaje y del hombre en nuestra tierra tiene que apartarse de los caminos usados, del itinerario de los turistas, para asomarse a las tierras solamente cruzadas por malos caminos de herradura (...). Es muy hechicera la sombra del castaño en los días claros de verano, o la contemplación desde la playa de la salida de las barcas pesqueras en las noches de luz de luna. En el invierno el lobo baja hasta la aldea y el batir de las olas sobre los farallones de la costa dura largas semanas (...). Sólo en esta escuela se puede conocer el alma de Galicia." (cit. en García Álvarez 2006: 76).

3. Jules Sion: “L’art de la description chez Vidal de la Blache” (1934):

“Estos detalles ínfimos, que otros hubieran juzgado indignos de la ciencia geográfica, son acogidos por él [Vidal de la Blache] en sus descripciones (...). Vemos ahora el bocage de La Vendée y << sus setos entre los cuales los campos de centeno y de alforfón forman en verano grandes manchas rojas y blancas... Por todas partes, sobre los taludes, en los barbechos, reaparece la vegetación de helechos y de retamas de la cual se desprende, en las horas del rocío, un olor acre>>. Al respirar este olor, nos parece revivir una mañana de abril en una landa y, si no hemos visitado La Vendée, nos imaginamos el de Limousin o la Montaña Negra. En otras partes la sensación evocadora es el sabor del aire, su gusto salado en las rías bretonas, o ese aire vivo de las mesetas borgoñonas que infunde vigor y salud. O incluso es el recuerdo, inscrito en los músculos, que el caminante conserva de los << senderos viscosos y blanquecinos>> de l’Argonne; de las cuevas de Lorena en las que las piedras ruedan bajo los pies; de los caminos del Morvan, que atraviesan más de un arroyo sobre troncos descuartizados” (Sion 1984: 86).

Sion insiste también en el gusto de Vidal por buscar estas experiencias:

“Se adivina aquí el paseante solitario que fue Vidal, de humor errabundo e imprevisible, sin preocupación por los trenes ni por horas de comidas, que gustaba de los senderos perdidos de la campiña francesa, en los que sabía descubrir la belleza y la vida” (Sion 1984: 86).

4. Eduardo Martínez de Pisón:

“El paisaje adquiere valores particulares (...) hasta con los sentidos físicos: qué sería del Ártico sin el frío, del océano sin la sensación de humedad; es cualificador e identificativo el olor de los prados o el aroma de los retamares (¿un verdadero geógrafo debería superar el ejercicio de ser depositado con los ojos vendados en primavera en cualquier lugar de la Península Ibérica y saber con precisión la región en que se encuentra sólo con los característicos olores de los campos?). Es el significado de la luz de la nieve, y el de los sonidos-silencios, los producidos por las aves, por el torrente y por el trueno” (Martínez de Pisón 2002: 16).

NOTAS AL CAPÍTULO 2

1. Publicadas en 1995 por la editorial Siebeck de Tubinga.
2. “Historia de transmisión” es una traducción libre del término gadameriano *Wirkungsgeschichte*. Se sigue a este respecto, con una ligera variación, la pauta de traducción que se encuentra en Grondin 2002 (historia de la transmisión). Respecto a “eficacia histórica” es la traducción que aparece en la edición castellana de *Introducción a Gadamer*, de Jean Grondin.
3. A este respecto ver, por ejemplo, Ortega Cantero 2002b.

Segunda
parte

La descripción e
interpretación del
paisaje en el
*Tableau de la
géographie de la France*

Capítulo 3

La *géographie humaine*
vidaliana, contexto intelectual
del *Tableau de la*
géographie de la France

3.1_Humanidad y naturaleza en Humboldt y Ritter

3.1.1_Introducción

Entre las controversias que suscita actualmente la Historia del Pensamiento Geográfico, una de las más agudas es la que afecta a la relevancia de Humboldt y Ritter para la tradición geográfica moderna. La atribución a ambos de la fundación de dicha tradición no es actualmente una verdad indiscutida, sino un tema respecto al cual se perfilan posiciones contrapuestas y antagónicas.

Ciñéndonos a la Geografía española más reciente, podemos identificar con nitidez posiciones a favor y en contra de la relevancia de ambos autores para las corrientes geográficas de los dos últimos siglos. Un ejemplo destacado de posición favorable es la de N. Ortega Cantero. En la década de los ochenta del pasado siglo, en su obra *Geografía y Cultura*, sostenía este autor que la tradición geográfica moderna “encuentra sus orígenes a comienzos del siglo pasado, en las propuestas de Humboldt y Ritter, y que se prolonga claramente hasta las formulaciones regionales o corológicas de la primera mitad de nuestra centuria” (Ortega Cantero 1987). En una publicación quince años posterior, ambos son considerados “los geógrafos alemanes que fundaron su tradición moderna” (Ortega Cantero 2002a: 169).

La posición opuesta es mantenida por J. Ortega Valcárcel en su obra *Los Horizontes de la Geografía* (2000). Para este autor, la relevancia de ambos autores es un mito que aparece en el momento en que la Geografía se constituye como disciplina universitaria:

“Humboldt y Ritter forman parte de la mitología geográfica. Fueron incorporados al discurso construido para legitimar y dar profundidad histórica y prestigio intelectual al frágil proyecto de construcción de la disciplina (Ortega Valcárcel 2000: 132).

La discrepancia entre las dos posturas va más allá de la polémica historiográfica acerca de los orígenes de la tradición geográfica moderna. Llegamos también al propio núcleo

epistemológico de la concepción geográfica de ambos, en torno a la cual se discute sobre su carácter “moderno” o “premoderno”.

A este respecto las posiciones que, a título de ejemplo representativo, estamos reseñando, también van en sentidos opuestos. Para Ortega Cantero, la geografía moderna, fundada por Humboldt y Ritter, “recogió la perspectiva paisajística que comenzó a fraguarse, con ingredientes artísticos y científicos renovados, en el marco de una nueva sensibilidad de cuño romántico, en la segunda mitad del siglo XVIII” (2004: 24).

Ortega Valcárcel tiene una visión completamente distinta sobre esta cuestión. La obra de Humboldt “debemos contemplarla (...) en la tradición de la geografía física de Kant y de la geografía general de Varenius” (2000: 129). Por otra parte, siempre según esta interpretación, en la concepción geográfica humboldtiana “aflora una concepción de globalidad y unidad que recuerda más las representaciones clásicas del cosmos, de raigambre medieval, que las de una ciencia empírica moderna” (*ibid.*, p. 129).

Respecto a Ritter, Ortega Valcárcel se remite al juicio de Lucien Febvre sobre el carácter premoderno de la obra del geógrafo alemán:

“La concepción geográfica de Ritter respondía a la tradición cosmológica medieval. Aflora el microcosmos de las representaciones del mundo de la Edad Media, su concepción hermenéutica del saber y su entendimiento de la naturaleza como un mundo o cosmos determinado por las cualidades de las cosas y los elementos” (ibid., p. 132).

Se trata, como puede apreciarse, de una cuestión sujeta a interpretaciones diversas. La propuesta en el presente capítulo toca los siguientes temas, en relación con la conexión entre ambos autores y la geografía clásica:

1. La cuestión de la modernidad de Humboldt y Ritter, la cual, como acabamos de ver, constituye un motivo de polémica historiográfica. Este primer paso es imprescindible para entender la afinidad entre los dos geógrafos alemanes y la geografía clásica, configurada a finales del siglo XIX (Gómez Mendoza, Muñoz Jiménez y Ortega Cantero 1994: 48-95), tradición en la que se inscribe el *Tableau de la Géographie de la France*. A este respecto, se hace necesario reformular la pregunta sobre el alcance de ambas empresas intelectuales, partiendo de aquellas interpretaciones recientes que con mayor agudeza han planteado la cuestión de los orígenes y caracteres de la modernidad. El planteamiento del filósofo británico Stephen Toulmin respecto a la “agenda oculta” de la misma nos permitirá ver bajo una nueva luz una parte sustancial del pensamiento geográfico de Humboldt y Ritter. La obra de ambos se perfila en buena medida como un cuestionamiento de la dicotomía entre humanidad y naturaleza característica de la modernidad, tal como ésta es delineada por Toulmin.
2. La relación entre la geografía de Humboldt y Ritter y la geografía clásica: en este epígrafe se plantea la tesis de que la segunda aumenta la brecha que los dos geógrafos alemanes abrieron en la “cosmovisión moderna” (Toulmin 2001: 133), en relación con la dicotomía humanidad-naturaleza. Es en ese contexto donde conviene situar la *géographie humaine* vidaliana, a la que se dedica el epígrafe 3.2.

3.1.2_ El trasfondo de la modernidad y los inicios de la Geografía moderna

En el debate expuesto en el epígrafe anterior, hemos visto cómo, para algunos autores, el término “premoderno” equivale a “precientífico”. El término modernidad es usado aquí siguiendo una pauta muy extendida en la historia de la ciencia y el pensamiento: los términos “moderno” y “modernidad” se asimilan a la idea de “ciencia moderna”, al ideal de racionalidad configurado en el siglo XVII, por obra principalmente de Galileo, Descartes y Newton. Es en este sentido en el que Ortega Valcárcel, por ejemplo, califica de premodernos a Humboldt y Ritter: la obra de ambos no encaja en el ideal de racionalidad científica iniciado en el siglo XVII.

Sin embargo, existen visiones alternativas acerca de la relación entre racionalidad y modernidad, que, al proporcionar una visión más amplia y rica de esta última, permiten replantear la cuestión que estamos tratando. Entre ellas destaca un importante libro del filósofo británico Stephen E. Toulmin: *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad*, publicado por vez primera en 1990. Como señala J.E. Ruiz-Domènec, “*Cosmópolis* es el punto de partida intuido y el punto de llegada comprendido de un largo proceso intelectual en busca del significado de la modernidad” (Ruiz-Domènec 2001: 8). Se trata pues de una obra de madurez, que culmina décadas de reflexión en torno a dicha cuestión.

Esta obra plantea, de entrada, una tesis provocativa acerca de la modernidad como ideal de racionalidad:

“El gambito de salida de la filosofía moderna no coincide, así, con el racionalismo descontextualizado del Discurso y las Meditaciones de Descartes, sino con la reformulación que hace Montaigne del escepticismo clásico en su Apología (...). Es Montaigne, y no Descartes, quien juega, y sale, con blancas. Los argumentos de Descartes son la respuesta de las negras a ese movimiento” (Toulmin 2001: 75).

En esta metáfora ajedrecística, Montaigne y Descartes no son los únicos jugadores, sino más bien la personificación de corrientes más amplias: Montaigne es un representante eximio de los humanistas escépticos del siglo XVI, los cuales “consideraron las cuestiones filosóficas como algo que trascendía el campo de la experiencia de una manera indefendible” (ibid, p. 58). Es por ello que “enfrentados a proposiciones teóricas abstractas, universales y atemporales, no veían en la experiencia una base suficiente ni para afirmarlas ni para negarlas” (ibid., pp. 58-59).

Descartes, por su parte, personifica la corriente por la cual se configura la cosmovisión moderna (ibid., pp. 68-78), tal como ésta empieza a ser entendida en el siglo XVII. A este respecto, uno de los méritos más notables de la reflexión de Toulmin es la contextualización histórica de dicha corriente. El hecho de que a lo largo del siglo XVII se fuera dando la espalda a la actitud tolerante del humanismo del siglo anterior para dar prioridad a la exactitud ma-

temática y el rigor lógico, así como a la certeza intelectual y la pureza moral, es un proceso que debe ser entendido desde un hecho histórico de primer orden, como es la Guerra de los Treinta Años (1618-1648):

“La <<búsqueda de la certeza>> de los filósofos del siglo XVII no fue una mera propuesta para construir esquemas intelectuales abstractos y atemporales, soñados como objetos de puro y aséptico estudio intelectual. Antes bien, fue una reacción y una respuesta temporal a un desafío histórico concreto: el caos político, social y teológico encarnado en la Guerra de los Treinta Años. Interpretados de este modo, los proyectos de Descartes y sus sucesores no son las creaciones arbitrarias de unos individuos solitarios, encerrados en sus respectivas torres de marfil, como sugieren los textos ortodoxos de la historia de la filosofía. La versión al uso (...) deja paso a una versión sin duda más verídica y halagadora: la de un joven intelectual cuyas reflexiones ofrecieron a otras personas de su generación la esperanza de razonar fuera del caos político y teológico de una época en la que a nadie se le ocurría otra solución que la de seguir combatiendo una guerra interminable” (Toulmin 2001: 111-112).

En este clima intelectual, los filósofos racionalistas del siglo XVII operaron cuatro desplazamientos que suponían la postergación de la *scientia practica* como campo relevante para la filosofía (*ibid.*, pp. 60-64): la retórica es desechada a favor de la lógica formal; la ética de casos sufre la misma suerte, de forma que los casos concretos dejaron paso a los principios generales, es decir, a la filosofía moral abstracta; en cuanto a los saberes sobre lo local, son considerados por Descartes como un producto comprensible de la curiosidad humana, pero que no podían responder a las exigencias de una racionalidad de validez general; por último, la misión de buena parte de estos saberes como respuesta a situaciones concretas y específicas, deja de tener importancia y relevancia, a favor de la búsqueda de lo atemporal, de “las estructuras permanentes que subyacen a todos los fenómenos cambiantes de la naturaleza” (*ibid.*, p. 64).

Se trata de un cambio de gran calado, cuyos efectos persisten aún en la actualidad, tal como expresa Toulmin:

“Estos cuatro cambios mentales (...) eran distintos; pero, tomados en su contexto histórico, tenían mucho en común, y el resultado global sobrepasó todo lo que podría haber producido uno de ellos por sí solo. Todos reflejaron el abandono histórico de la filosofía práctica (...) en aras de una concepción teórica de la filosofía. Los efectos de esta mutación o desplazamiento fueron tan profundos y duraderos que el resurgir de la filosofía práctica en nuestros días ha cogido a mucha gente por sorpresa” (Toulmin 2001: 65).

El efecto más profundo y duradero de estos cambios no se consolida hasta después de 1660, momento a partir del cual “se impuso un marco general de ideas sobre la humanidad y la naturaleza, así como sobre la mente racional y la materia causal, que alcanzó la categoría de <<sentido común>>” (*ibid.*, p. 157). Ambas dicotomías (humanidad-naturaleza y mente racional-materia causal) “definían un sistema que podemos considerar la cosmovisión moderna o el <<marco general de la modernidad>>” (*ibid.*).

A los efectos de esta investigación, conviene centrarse en la dicotomía humanidad-naturaleza, la cual da lugar a dos escisiones que minimizan o incluso olvidan las interacciones entre ambos términos. En primer lugar, la escisión entre pensamiento y procesos fisiológicos quedó consagrada como verdad comúnmente aceptada, de forma que “la mente afectaba al cuerpo y al mundo desde fuera” (*ibid.*, p. 158).

La otra escisión derivada de la dicotomía humanidad-naturaleza es la que más interesa para nuestra exposición, y atañe a la interacción entre acción humana colectiva y naturaleza. Toulmin sintetiza la cuestión como sigue:

“En cuanto a la acción humana colectiva, como la naturaleza no estaba concebida aún como una red ecológica de sistemas biológicos en la que la vida de la humanidad era sólo un influjo causal más, las acciones humanas no parecían afectar aún de manera significativa al funcionamiento de la naturaleza. Antes bien, ésta

seguía siendo el telón de fondo sobre el que se desarrollaba el drama humano (...). Esta creencia se vio favorecida por la breve escala temporal bíblica según la cual estaba concebido el sistema-marco: con sólo unos miles de años disponibles, había poco espacio para que las actividades colectivas de la humanidad tuvieran unos efectos importantes en la estructura general de la naturaleza” (Toulmin 2001: 158).

La exposición anterior nos proporciona los cimientos sobre los que replantear la cuestión de la modernidad de Humboldt y Ritter. Indudablemente, dicha modernidad no puede desvincularse del horizonte cultural romántico, tal como sostiene Ortega Cantero (2004: 24); pero es necesario además tomar en consideración un proceso de mayor alcance temporal: aquél que, para Toulmin, va de 1750 a 1914, por el cual “con el paso de las sucesivas generaciones, los filósofos, los practicantes de las ciencias exactas, los novelistas y los poetas, todos ellos buscaron la manera de recuperar la base cultural que se había perdido a resultas de la Guerra de los Treinta Años” (Toulmin 2001: 208), lo cual suponía, evidentemente, cuestionar a fondo los presupuestos de la cosmovisión moderna, especialmente las dicotomías en las que se sustentaba. Se trata del “otro lado de la modernidad” (*ibid.* p. 197), que, desde mediados del siglo XVIII hasta principios del siglo XX, va desmontando, pieza a pieza, el andamiaje de la cosmovisión antes reseñada.

Es pues en estos términos en los que conviene plantear la cuestión de la modernidad de Humboldt y Ritter. Aquella descansa, además de en la pertenencia al horizonte cultural romántico, en la pertenencia a un nutrido grupo de corrientes y aportaciones que, en el período señalado, se salen de la cosmovisión moderna y de sus dicotomías fundamentales. La obra de Humboldt y Ritter inaugura la Geografía moderna también en este sentido, en que cuestiona a fondo la escisión entre humanidad y naturaleza, al perseguir la aprehensión conjunta de ambos términos y tratarlos como un todo indivisible.

Las interpretaciones más conocidas y relevantes de la obra de ambos no hacen sino confirmar este planteamiento. Como ha señalado Ortega Cantero, el paisajismo geográfico moderno, iniciado por Humboldt, se centra “en el

paisaje natural, expresión visible de un orden natural, del que forma parte el hombre” (Ortega Cantero 2002a: 171). Es pues un planteamiento que, a través del paisaje, no escinde humanidad y naturaleza:

“Ve al hombre como un componente natural del paisaje, como un elemento más de sus relaciones y de sus formas naturales de organización. El hombre pertenecía al orden de la naturaleza, se hallaba también inmerso en sus nexos y correspondencias, y por ello podía formar parte del paisaje. Pero debía hacerlo sin romper los equilibrios naturales que entrañaba el paisaje, sin alterar su naturalidad esencial, aceptando y respetando su orden natural” (Ortega Cantero 2002a: 171).

En cuanto a Ritter, es bien conocido que, en su *Geografía General Comparada*, declara que su objetivo básico en esta obra es interpretar y explicar la Historia de la Humanidad a partir de los caracteres morfológicos de la superficie terrestre, tales como la simetría, el orden, la estructura o la regularidad formal. De este modo, argumenta acerca de la interacción entre caracteres morfológicos y desarrollo histórico de los diferentes continentes. Respecto a Europa, por ejemplo, sostiene que su primacía sobre los demás continentes deriva de dicha interacción:

“Este individuo terrestre fuertemente compartimentado que es Europa ha podido, pues, conocer un desarrollo armónico y unificado que ha condicionado desde el comienzo su carácter civilizador y ha antepuesto la armonía de las formas a la fuerza de la materia” (Introducción a la Geografía General Comparada, ed. de G. Nicolas-Obadia, 1974, p. 182).

Estas argumentaciones de Ritter pueden también interpretarse como una superación y cuestionamiento de la dicotomía entre Humanidad y Naturaleza propia de la cosmovisión moderna, pero desde una temática diferente a la de Humboldt. Esta interpretación se ve confirmada por un texto de 1818¹ en el que se alude explícitamente a la necesidad de integrar humanidad y naturaleza. En dicho párrafo, expresa el deseo de que, en el futuro, existan “investigadores de unas competencias tales que sean capaces de asir con

una misma mirada el mundo natural y el mundo humano”, que serán capaces de predecir, gracias a esa mirada y al conocimiento de la Historia de la Humanidad, “la cadencia de la evolución de un pueblo dado en un lugar dado”.

En la articulación de sus perspectivas integradoras de humanidad y naturaleza, Humboldt y Ritter parten de las aportaciones del horizonte cultural romántico y prerromántico. En el caso de primero, el paisajismo geográfico se beneficia de la formación de una nueva sensibilidad hacia la naturaleza, formada durante la segunda mitad del siglo XVIII, período durante el cual se va conformando “un nuevo clima estético y sentimental, de acercamiento afectivo a la montaña, a la naturaleza y al paisaje, que se sitúa a menudo en el origen de las vocaciones de los naturalistas de la época” (Ortega Cantero 2004: 14).

Con Ritter ocurre algo análogo. El fermento a partir del cual se forma su perspectiva integradora es en su caso la filosofía de la historia de Herder, cuya obra se sitúa a caballo de la Ilustración y el Romanticismo. Es este pensador alemán quien introduce, en *La otra filosofía de la Historia*, la idea de que la diferenciación regional de la Tierra “permite esclarecer la forma en que cada pueblo construye su destino” (Claval 1987: 27), contradiciendo de este modo el alcance universal de la idea de progreso, tal como la concebía la filosofía de las Luces. Según Claval, la obra de Herder fija “un programa ambicioso para la Geografía: establecer el cuadro de la Historia de la Humanidad” (*ibid.*). Sin embargo, como el propio Claval reconoce, “sería injusto el no ver en la obra (...) de Carl Ritter nada más que la puesta en funcionamiento de los temas herderianos” (*ibid.*). De acuerdo con lo que venimos planteando, Ritter utiliza la filosofía de la historia herderiana como punto de partida para, desde ella, internarse en el mismo terreno ya explorado por Humboldt: lo que aquél denomina *asir con una misma mirada el mundo natural y el mundo humano*.

Así pues, la clave de los inicios de la Geografía moderna está en la aprehensión conjunta de humanidad y naturaleza, en concebirlas como algo único. En este sentido, bien puede decirse que dichos inicios se inscriben en el trasfondo o “agenda oculta” de la modernidad. Pero esta adscripción ¿puede aplicarse a la geografía clásica? Veamos qué enseñanzas podemos extraer al respecto de la reflexión de Toulmin.

3.1.3. La geografía clásica y el trasfondo de la modernidad: consideraciones generales

Plantear la relación entre tradición geográfica moderna y trasfondo de la modernidad implica de forma inevitable ir más allá de Humboldt y Ritter. A este respecto, hay un pasaje de la obra de Toulmin que resulta de especial interés:

“En 1914, pues, estaban ya listos todos los materiales necesarios para justificar el desmantelamiento del andamiaje intelectual que, desde finales del siglo XVII, había marcado las pautas del pensamiento aceptable (...). En todo el espectro que abarcaba de la filosofía a la psicología, ninguna rama de las ciencias naturales se iba a basar ya en la fe -del siglo XVII- en la racionalidad de la naturaleza (...). Dados estos materiales, las décadas de 1910 y 1920 podrían haber presenciado perfectamente la demolición definitiva del andamiaje moderno” (Toulmin, 2001: 212-213).

En ese período histórico, el tránsito de los siglos XIX al XX, se intensifica y acelera el proceso, anteriormente reseñado, por el cual, según Toulmin, se va desmontando pieza a pieza la cosmovisión moderna. Los ejemplos aducidos de esta intensificación de su acoso y derribo son los siguientes (Toulmin 2001: 212-213):

- La nueva física desarrollada por J.J. Thomson, Albert Einstein y Max Planck entre 1890 y 1910 (*ibid.*, p. 212), que rompía definitivamente con la ortodoxia newtoniana.
- El desarrollo creciente de la antropología cultural por Malinovski, Lévy-Bruhl y otros, “extendiendo y enriqueciendo la obra de los historiadores del siglo XIX” (*ibid.*, p. 213).
- El psicoanálisis de Freud, que arremetía en toda regla “contra la ecuación cartesiana entre mentalidad y cálculo consciente, o entre razonabilidad y racionalidad formal” (*ibid.*). Dicho de otro modo, quedaba desmontada la dicotomía entre razón y emoción, o entre pensamiento y sentimiento (*ibid.*).

Estas consideraciones suscitan de forma inevitable la siguiente pregunta: ¿puede considerarse que la *géographie humaine* vidaliana, en tanto que empresa intelectual de ese momento, es un hito más que contribuye a este proceso por el que, en el tránsito de los siglos XIX a XX, termina de desmontarse el andamiaje de la modernidad?

A ésta cabe añadir otra cuestión complementaria. Hemos visto antes cómo Humboldt y Ritter no toman en consideración la dicotomía entre humanidad y naturaleza, situándose de ese modo en el trasfondo de la modernidad. Si la *géographie humaine* vidaliana tuvo un grado considerable de aceptación, ¿no se debe en buena parte a que estaba

marcada, como en Humboldt y Ritter, por la unidad entre humanidad y naturaleza, y a que apareció en un momento especialmente receptivo a planteamientos de esa índole?

En función de estas preguntas, se plantea, en el siguiente epígrafe, un recorrido por la *géographie humaine* de Vidal de la Blache hasta 1903 (año en que aparece la primera edición del *Tableau de la géographie de la France*), para luego plantear una interpretación de la misma a la luz de las preguntas que se acaban de formular. De este modo, obtendremos un cuadro del contexto intelectual que acompaña la gestación y publicación del *Tableau* vidaliano.

3.2_ Humanidad y naturaleza en la *géographie humaine* vidaliana

3.2.1_ La *géographie humaine*, éxito epistemológico

La bibliografía sobre el pensamiento geográfico de Paul Vidal de la Blache (1845-1918) ha crecido espectacularmente en las últimas décadas, desde la publicación, en 1964, del *Essai sur l'évolution de la géographie humaine*, de Paul Claval. En dicha bibliografía aparecen perspectivas y posiciones diversas, por lo que, a primera vista, resulta difícil hacer una síntesis que proporcione una visión de conjunto del sentido y alcance de esta empresa intelectual.

Sin embargo, es una diversidad sólo aparente. Si nos centramos en las visiones de conjunto², hay un hilo conductor que permite integrar los diversos planteamientos desarrollados: la idea de que la empresa intelectual que nos ocupa constituyó lo que puede denominarse un “éxito epistemológico” por cuanto no supuso una aportación valiosa pero aislada y sin continuidad; antes al contrario, Vidal de la Blache aparece como el fundador de una nueva disciplina que, a partir de él, adquiere, en Francia, un perfil bien delimitado, siendo continuada y cultivada por varias generaciones de geógrafos. Es la llamada “escuela francesa de Geografía”, que, como es sabido, trascendió las fronteras de ese país e influyó considerablemente en las orientaciones adoptadas por la geografía en diversos países.

De este modo, el papel de Vidal de la Blache como fundador o iniciador de la escuela francesa de Geografía preside un conjunto de monografías dedicadas, entre los años 60 y 90 del pasado siglo, a la formación y evolución de dicha escuela geográfica. Constituyen un referente y punto de partida insoslayable en cualquier investigación sobre el geógrafo francés. En el caso de la presente investigación nos proporcionan los elementos necesarios para elaborar una visión de conjunto sobre la *geographie humaine* vidaliana, como telón de fondo y contexto en el que se inserta el *Tableau de la géographie de la France*.

Paul Claval ha configurado, a este respecto, una pauta historiográfica seguida por autores posteriores. Dicha pauta consiste en el tratamiento de dos cuestiones: el liderazgo y magisterio de Vidal en la conformación del perfil público de la *géographie humaine* como disciplina diferenciada, y la explicitación de su pensamiento geográfico, atendiendo tanto a las claves internas del mismo como a su conexión con las corrientes filosóficas y científicas que en él inciden. En relación con ello, este autor plantea que ambas cuestiones, magisterio y pensamiento geográfico, están estrechamente imbricadas:

“Lo que explica a pesar de todo el prestigio de su obra es su muy amplia audiencia, el hecho de que está mejor estructurada que la mayoría de aquellos con los que podría compararse (...). Con Vidal de la Blache, las perspectivas aparecen mucho más claras, mucho más fáciles de realizar: la geografía humana es concebida en un doble movimiento; por el estudio de los géneros de vida, permite precisar las relaciones que se anudan entre los grupos y el medio; por la descripción razonada de entidades geográficas, conduce al análisis de todas las fuerzas de atracción y de repulsión que se combinan para explicar la distribución espacial de los hombres y de sus obras” (Claval y Nardy 1968: 100).

Por tanto, la clave del éxito epistemológico vidaliano está, según Claval, en la capacidad de delinear un perfil disciplinar claro y bien estructurado, lo que supuso una mejor acogida en los círculos académicos que, en la Francia de finales del siglo XIX, se interesaban por el saber geográfico. Es a este hecho a lo que se debe que Vidal de la Blache se erigiera en el verdadero fundador de la escuela geográfica francesa, prevaleciendo sobre otros proyectos, como el de Émile Levasseur (1828-1911), responsable de la implantación de la Geografía en el sistema escolar francés tras la derrota de 1870 (Claval y Nardy 1968: 61-64) y que, antes de Vidal, ya postulaba que la geografía debía entenderse y practicarse como una ciencia social (*ibid.*, pp. 49-56).

En el plano de la conexión del pensamiento geográfico de Vidal con las corrientes científicas y filosóficas del siglo XIX, Claval señala en dirección al darwinismo. De este modo, sostiene que su pensamiento geográfico está presidido por una concepción organicista de las sociedades y las entidades geográficas, influida por Darwin, especialmente en lo que respecta a la visión de la sociedad, más que en la cuestión misma de la evolución (*ibid.*, p. 97). Es de esa influencia darwiniana de donde procedería el diseño de la *géographie humaine*, que comporta “a la vez análisis de los fundamentos materiales de la vida del grupo y explicación de los mecanismos de su equilibrio interior” (*ibid.*).

En su *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1969)*, publicada en 1969, Armand Meynier adopta

un punto de vista muy distinto, separando, en relación con Vidal, la cuestión del magisterio de la del pensamiento geográfico. Respecto a la primera cuestión, Meynier considera que “es bajo su impulso directo como se transformó y desarrolló la geografía francesa” (p. 30). Pero esto no se debe, como en Claval, a la capacidad para formular un perfil disciplinar claro y nítido, sino a que fue Vidal quien promovió la separación entre geografía histórica y *géographie humaine*, de forma que ésta se define por contraste respecto a aquélla.

Hasta Vidal, “la enseñanza, como las tesis, giraba en torno a la geografía histórica” (p. 30), lo cual suponía que los investigadores no tenían por qué tener contacto directo con los países que estudiaban. Vidal promueve otra orientación, que empieza a dar sus frutos con el cambio de siglo, de manera que:

“Hay que esperar a 1902 para que sean defendidas tres tesis que resultan del contacto directo con los países estudiados. Jean Brunhes (1869-1940) presenta una obra sobre el regadío en los países ibéricos y norteafricanos; Emile Gauthier sobre la geografía física de Madagascar, E. de Martonne sobre la Valaquia” (Meynier 1969: 31).

Esto no quiere decir que la nueva disciplina esté desconectada de las corrientes intelectuales de la época. Antes al contrario, para Meynier son dichas corrientes las que crean las condiciones epistemológicas para que la *géographie humaine* pueda existir como disciplina autónoma. Sin embargo, este autor, como se ha apuntado, separa lo que en Claval permanecía unido, de modo que la contextualización cultural e intelectual es tratada de forma independiente del magisterio e importancia específica de Vidal.

Para Meynier, la *géographie humaine* se hace posible en el momento en que determinadas corrientes filosóficas replican el determinismo ambiental que entonces había tomado un auge importante. Desde 1872 las ideas de Pasteur se imponen, por lo que nadie se atreve ya a hablar de generación espontánea. Esto fomenta un clima intelectual que favorece el determinismo ambiental: del mismo modo que muchas enfermedades hasta entonces sin causa conocida se explican por los microbios, debe ser posible encontrar las causas y leyes que rigen cualquier fenómeno. En este

contexto, la noción de contingencia adquiere carta de naturaleza filosófica, creando las condiciones epistemológicas para el desarrollo de la nueva disciplina:

“Pero, casi al mismo tiempo, los filósofos lanzan un grito de alarma: todo tiene una causa, sí; pero no podemos entenderlas todas. En muchos casos, el azar interviene. Las cosas habrían podido, con causas análogas, ocurrir de una manera muy distinta a como ocurrieron. A la noción de causalidad hace falta añadir la de <<contingencia>>. La palabra, que aparece ya en los escritos de Voltaire y de Fénelon, recibe carta de naturaleza con la tesis de Emile Boutroux, De la contingence des lois de la nature (1874). Está listo el armazón intelectual para la geografía: causalidad por supuesto y por todas partes, necesidad, no” (ibid., p. 10).

En cuanto a Anne Buttimer, su monografía *Society and milieu in the french geographic tradition* (1971; trad. castellana, 1980), sitúa claramente a Vidal de la Blache como el iniciador de la tradición francesa de geografía humana, al señalar que “la obra de Vidal de la Blache significa el origen y esplendor de la escuela francesa de geografía” (p. 59). En consonancia con este criterio, dicha tradición es vista como algo unitario y cohesionado, cuyo hilo conductor son los conceptos acuñados por Vidal en relación con el tema de la sociedad y el medio: *genres de vie, civilisation, milieu y circulation*.

Hay además un aspecto significativo de la aportación de Buttimer. Veamos cómo comienza su monografía:

“La escuela francesa de geografía humana fundada por Paul Vidal de la Blache (1845-1918) es una de las más importantes fuentes de ideas y profundizaciones sobre el tema de la sociedad y el medio. A diferencia de otras escuelas del siglo XX que tienden a tratar al hombre desde una concepción individualista como instrumento de leyes económicas, la escuela francesa se basa en la visión aristotélica del hombre como zoon politikon organizado en grupos sociales identificables espacialmente. La tradición vidaliana (...) es pues un valioso componente de la historia geográfica

y también un hito importante de la historia del pensamiento” (Buttimer 1980: 15).

Es decir, Vidal es un pensador con entidad y personalidad propias, con una concepción propia de la ciencia social, concretada en su *géographie humaine*. Esto no quiere decir que ésta no pueda ser contextualizada. Lo que ocurre es que en este aspecto Buttimer se distancia de los planteamientos de Claval y Meynier. Para estos últimos, el éxito epistemológico vidaliano derivó de su conexión con determinadas corrientes filosóficas o científicas entonces hegemónicas: el darwinismo, del cual Vidal había extraído importantes consecuencias para definir un nuevo perfil disciplinar (Claval); o el contingentismo, que para Meynier creaba las condiciones para el desarrollo de la geografía como disciplina y corriente de pensamiento, en la que se inserta Vidal como figura especialmente prominente.

La perspectiva de Buttimer es muy diferente: la *géographie humaine* es un eslabón de una tradición específicamente francesa, preocupada desde siglos atrás por las relaciones entre sociedad y medio, eslabón especialmente exitoso, por cuanto supuso el surgimiento de una disciplina y de un marco conceptual articulado.

Esa tradición tenía, a finales del siglo XIX, varios siglos de existencia. Buttimer sitúa su punto de arranque en los *Six livres de la République* (1606), de Jean Bodin, que, en contra de la filosofía medieval, había sugerido que “el medio podía ejercer una cierta influencia en la configuración de las diferencias sociales” (p. 25). Continuaría en Montesquieu, en sus consideraciones, en *L’esprit des lois* (1748), sobre las leyes y las instituciones sociales como clave del problema de la relación entre sociedad y medio. En estas y otras aportaciones Buttimer ve una línea de pensamiento específicamente francesa respecto a las relaciones hombre-naturaleza:

“En contraste con las concepciones prometeica, hegeliana y otras idealistas acerca de las relaciones hombre-naturaleza, la aproximación francesa [de los siglos XVII y XVIII] fue esencialmente relativista: no debe subrayarse demasiado ni lo social ni lo ambiental y ambos aspectos deben ser estudiados objetivamente” (Buttimer 1980: 28-29).

A lo largo del siglo XIX se van sucediendo las aportaciones y reflexiones en torno al mismo tema por parte de historiadores liberales, como Michelet y Guizot, que se ocuparon ampliamente de las relaciones entre sociedad y medio como clave para entender la historia de Francia; por científicos sociales, como Le Play, que insistieron en el estudio sistemático de las condiciones de vida de las comunidades campesinas; y, por último, por la amplia nómina de escritores que se adentraron en el género de la novela regional, que “describió dramáticamente la interacción local del medio y las tradiciones culturales en la rutinaria vida cotidiana” (p. 32).

Por tanto, Vidal de la Blache y, en general, la tradición vidaliana, se nutren de ese sustrato, de forma que “fuera del contexto histórico y académico francés (...) sería apenas imaginable” (p. 23). Se trata no obstante de una aproximación innovadora, en la medida en que descarta tanto la generalización filosófica como la investigación de archivo propia de los historiadores (p. 59). Frente a estas aproximaciones a la cuestión de las relaciones entre sociedad y medio, Vidal habría dado prioridad a trazar el cuadro geográfico real de lugares concretos, para lo cual era esencial “una aproximación empírica correctamente formulada y dirigida al estudio de su campo de acción” (p. 59).

En su monografía, Buttimer dedica una especial atención al concepto de *genre de vie* y a otros asociados (*milieu*, *civilisation*, *circulation*). Pero lo relevante de su planteamiento no son sus análisis de éste u otros conceptos, o sus valoraciones sobre sus insuficiencias o su “ingenuidad sociológica”, inscritas en el interés personal de la autora por renovar la geografía social (p. 67). El punto de mayor interés que introduce su monografía, en relación al tema que nos ocupa, es la necesidad de no perder de vista que la cuestión de la relación entre sociedad y medio no es sólo el objeto empírico de una determinada disciplina. Ha sido también un tema tratado por pensadores de gran relevancia, y, en ciertos países, como la propia Francia del siglo XIX, fue una tradición cultural consolidada, en la que se insertaron historiadores, novelistas y científicos sociales de procedencia diversa. En consecuencia, esa tradición, u otras similares, debe ser considerada un elemento relevante del contexto de la *géographie humaine*.

La monografía de Vincent Berdoulay *La formation de l'école française de géographie*, (1981) supone un importante salto cualitativo en relación con el tema evocado en el título. Encontramos aquí una visión amplia y compleja de los factores que favorecen el surgimiento y desarrollo de la *géographie humaine* y del papel preeminente de Vidal en ese proceso. Es una cuestión que ya había sido tratada por Claval y Meynier, pero que ahora adopta un perfil más completo.

Berdoulay parte de la base de que el contexto histórico era favorable al desarrollo de la geografía:

“Se anudaban en efecto relaciones funcionales entre ciertos movimientos sociopolíticos y las concepciones geográficas. El nacionalismo, el desafío planteado por una Alemania en plena expansión, las presiones a favor de la colonización y de una doctrina colonial, la generalización de la instrucción y la defensa de una moral laica eran cuestiones que estimulaban el desarrollo de la geografía. Pero, a la inversa, los geógrafos y el pensamiento geográfico elaborado por ellos tuvieron también un papel relevante en la definición y evolución de estas cuestiones. La geografía fue en efecto un factor importante del cambio de la visión del mundo que afectó a la Francia de la época, y se convirtió en un útil ideológico esencial de la modernización de ese país” (Berdoulay 1981: 229).

Ahora bien, ¿por qué, en este contexto, la geografía vidaliana alcanza un grado de institucionalización superior al de otras corrientes o “círculos de afinidad”?:

“La institucionalización tan pujante de la geografía fue a la vez el medio y el resultado de las ideas vidalianas. Su preeminencia, que relegó en la sombra las aportaciones de otros círculos de afinidad, se explica bien por su lugar en la sociedad de la época. La geografía vidaliana estaba, en efecto, en armonía con la corriente ideológica principal de la Tercera República (...). De ese modo, se benefició de los favores del régimen. Pero también contribuyó a la formación de una ideología republicana que combinaba un individualismo templado por la solidaridad social, un

nacionalismo asociado a un expansionismo colonial y a un apego a la tierra, una fe en la ciencia y el progreso y un idealismo afianzado por una aproximación empírica de los problemas a resolver. La coherencia que está presente en esta ideología se vuelve a encontrar en los trabajos de la escuela francesa de geografía y contribuyó en buena medida a su reputación internacional” (Berdoulay 1981: 229-230).

Este planteamiento tiene consecuencias para la caracterización de la epistemología vidaliana (cap. VI, pp. 183-227). Berdoulay sostiene que dicha epistemología debe mucho a la filosofía neokantiana propia de la época. El autor parte de la constatación de que “los defensores del retorno a Kant se situaban en su mayor parte en la corriente ideológica que patrocinó el ascenso de los vidalianos en la universidad” (p. 184). Éste hace necesario tomar en consideración la hipótesis de “la existencia de una afinidad intelectual entre estos dos grupos” (*ibid.*), y el consiguiente “examen de la concordancia entre la epistemología vidaliana y la filosofía neokantiana” (*ibid.*). En un texto reciente dicha relación entre Vidal de la Blache y el neokantismo queda sintetizada del siguiente modo:

“Vidal de la Blache, en sintonía con el retorno a Kant que animaban los Boutroux o Poincaré de la época, supo sacar partido, no sin ciertas contradicciones, de lo que esta orientación epistemológica podía aportar a su proyecto de geografía humana. La búsqueda de series de causas y efectos, la atención prestada a la contingencia y a sus consecuencias, y la conciencia del aspecto convencional de las teorías y conceptos científicos, constituían las piedras angulares de su perspectiva” (Berdoulay 2000: 117).

Es fácilmente constatable que todas estas monografías presentan sensibles diferencias, especialmente en relación con la delineación del perfil epistemológico de la geografía vidaliana. Pero todas tienen algo en común: las cuestiones epistemológicas, si bien tienen su peso e interés específico, se integran en un argumento historiográfico sobre el surgimiento y desarrollo, en Francia, de la *géographie humaine* como disciplina con un perfil definido, proceso en el cual Vi-

dal de la Blache aparece siempre como promotor e iniciador. La expresión “éxito epistemológico” o, si se quiere, “eficacia epistemológica” se revela idónea para designar este proceso por el cual las ideas y orientaciones de una persona trascienden el carácter de aportación individual y se convierten en base de una disciplina o de una corriente de pensamiento.

Otro aspecto que tienen en común las monografías reseñadas es que tratan procesos de alcance relativamente amplio, de varias décadas (Buttimer, Berdoulay) o de casi un siglo (Claval, Meynier). Cabe plantearse, sin embargo, si puede resultar provechoso, desde el punto de vista historiográfico, centrar la atención en episodios concretos que arrojen luz sobre el nacimiento y evolución de la escuela geográfica francesa.

Ésta es la perspectiva que adoptó, en los años 90 del pasado siglo, el geógrafo francés Olivier Soubeyran en su monografía *Imaginaire, Science, Discipline* (1997). A diferencia de las monografías arriba reseñadas, se centra en dos episodios concretos que el autor juzga decisivos para entender de forma completa tanto el proceso de formación de la *géographie humaine* como el papel de Vidal en el mismo: la ocupación del territorio de *Annales de Géographie* y la estrecha relación de Vidal con el pensamiento evolucionista, en especial con las corrientes más en boga en la Francia de las décadas de 1890 y 1900. Ambos argumentos inciden, en realidad, en los mismos temas que las monografías arriba reseñadas: la formación del perfil público de una nueva disciplina y el pensamiento geográfico del propio Vidal, con especial atención a los aspectos propiamente epistemológicos. La diferencia estriba, como se ha apuntado, en la atención a dos episodios críticos, reconstruidos a través del seguimiento de *Annales de Géographie* desde 1891, año de su fundación, hasta 1913, año en que aparece “Des caractères distinctifs de la Géographie”, último texto doctrinal de Vidal de la Blache en dicha revista científica. Esto no excluye la atención a textos publicados en otros lugares, pero el hilo conductor es siempre el territorio de *Annales de Géographie*, en la medida en que desde ahí se va configurando el perfil público de la *géographie humaine* en un proceso complejo con dos hitos fundamentales: la decantación por un perfil de disciplina exclusivamente académica, tras la salida de la dirección de Marcel Dubois, promotor de la geografía colonial, en

1894; y, en un segundo momento (1896-1903), la publicación de varios artículos de carácter doctrinal y programático en los que toman cuerpo los conceptos, objetivos y temática de la nueva disciplina.

Respecto a la primera cuestión, Soubeyran analiza con detalle el vivo debate, que derivó en auténtica polarización, entre Marcel Dubois y Lucien Gallois, discípulo y colaborador de Vidal de la Blache. Para el primero la Geografía era una ciencia dirigida a la acción y a la resolución de problemas concretos de localización y explotación de recursos, que encontraba en las colonias francesas un verdadero campo de experimentación y avance metodológico. El segundo tenía una posición que puede calificarse de positivista, por la cual el saber geográfico se constituía en “un modelo de narración, de descripción y de explicación muy próximo ya del *plan tiroir*, pero que posee la enorme ventaja de ser perfectamente reproducible” (p. 213). Se trata de un modelo de descripción rígido y secuencial, pero que tiene la ventaja estratégica de autonomizar la disciplina:

“No existe pues problema de método: basta con observar el paisaje (...); por consiguiente, describir lo que es no se hace en función de lo que podría ser y de los medios para su consecución, sino en función de lo que ha sido. La descripción no es potencial, como en Dubois, sino que se encierra en la tautología. Sólo la perspectiva de Gallois, por sofocante y dogmática que sea, tiene la enorme ventaja de poder clausurar, autonomizar la disciplina, internalizando los factores explicativos de los hechos de localización” (Soubeyran 1997: 206).

En cuanto a los artículos doctrinales y programáticos que Vidal de la Blache publica, principalmente en *Annales de Géographie*, entre 1896 y 1903, Soubeyran sostiene que en ellos se manifiesta el influjo creciente del neolamarquismo, que en la Francia del último cuarto del siglo XIX “fue la expresión de un verdadero programa de investigación paralelo al darwinismo” (p. 437) y que impregnaba la epistemología y la investigación de disciplinas como la botánica y la zoología.

Como es bien sabido, la teoría de la evolución del naturalista francés Jean Baptiste Lamarck (1744-1829) se basa en la “hipótesis transformista”: la modificación de los seres vivos y la evolución de las especies son resultado de la atrofia de ciertos órganos y puesta en función de otros nuevos bajo la influencia del ambiente y de la fijación definitiva de esos cambios por la herencia biológica. De este modo, la “potencia vital” crea los órganos que el ser vivo necesita para sobrevivir en un medio ambiente determinado y las leyes de la herencia determinan la perduración de esos cambios orgánicos.

Las razones de su auge en la Francia de esa época son sintetizadas por Soubeyran de la manera siguiente:

“Las ventajas que poseía no eran pocas. En efecto, no sólo había definido el neolamarquismo las condiciones de lo <<cognoscible>> (un mundo regido por la hipótesis transformista), sino también y sobre todo las condiciones de su instrumentalización (el transformismo experimental). Así, las pruebas de la eficacia del sistema del mundo neolamarquista saltaban a la vista. A la inversa, se podía perfectamente dudar del sistema del mundo darwiniano, que estaba lejos de haber mostrado la eficacia de sus hipótesis” (Soubeyran 1997: 437-438).

Dicho de otro modo, el neolamarquismo creaba las condiciones de posibilidad de perfiles disciplinares y de programas de investigación. Así, por ejemplo, la adaptación al medio de los organismos vegetales, y las transformaciones a que dicha adaptación daba lugar, se constituyó en el núcleo de los estudios de geografía botánica neolamarquista, algunas de cuyas contribuciones más significativas fueron publicadas en *Annales de Géographie*. La cuestión de la adaptación se alía estrechamente, en este proyecto científico, con la posibilidad de control experimental. En la medida en que la adaptación al medio es un fenómeno observable (lo que no ocurre con la selección natural darwiniana) se convierte en controlable, abriendo la posibilidad del método experimental y la modelización, al modo de la física y la química.

La botánica neolamarquiana se convertirá para Vidal de la Blache en un referente para la *géographie humaine*, que permite delimitar con nitidez el nuevo perfil disciplinar. Esto es bien patente en el siguiente fragmento de “La géographie humaine, ses rapports avec la géographie de la vie”, publicado en 1903:

“Pero esta rama de la geografía [la geografía humana] procede del mismo origen que la geografía botánica y zoológica. Es de ellas de donde toma su perspectiva. El método es análogo; aunque más delicado de gestionar, como en toda ciencia donde entran en juego la inteligencia y la voluntad del hombre” (Vidal de la Blache 1903: 224).

Esto no quiere decir que el pensamiento de Vidal sea monolítico. Su riqueza, tal como señala Soubeyran, está en que, aunque el neolamarquismo se convierta en el referente principal, con la consiguiente centralidad de la adaptación de los grupos humanos al medio y del *genre de vie*, también integra elementos en cierta medida darwinistas, de forma que los grupos humanos imponen un orden en una naturaleza estructuralmente inestable. Es un ejemplo de la efervescencia creadora que en Francia provocó “el choque entre la irresistible ascensión del darwinismo y de la biología neolamarquista”.

En el epígrafe siguiente trataremos con más detalle las repercusiones de estos choques y entrecruzamientos en el pensamiento geográfico vidaliano, especialmente en lo tocante a la “epistemología bicéfala” resultante de ello. Sirva lo expuesto hasta ahora para mostrar cómo la aportación de Soubeyran, al centrarse en el estudio detallado de ciertos episodios críticos, arroja nueva luz tanto sobre la emergencia de la *géographie humaine* vidaliana como sobre las fuentes de las que bebe este pensamiento geográfico. En este sentido, puede decirse que no afecta al argumento central que venimos exponiendo acerca de la *géographie humaine* como “éxito epistemológico” sino que, por el contrario, lo refuerza. La opción por una geografía disciplinar y académica se impuso tras un proceso complejo en el cual se partía de varias concepciones del saber geográfico. Al decantarse *Annales de Géographie* por esa orientación se crean las condiciones para que se enuncie un proyecto disciplinar. Pero ese proyecto disciplinar debe buscar una epistemología, a

la vez que una legitimación científica, y la encuentra en la corriente neolamarquista, plenamente vigente en la Francia de finales del siglo XIX. En este proceso de formulación del proyecto disciplinar, el papel de Vidal es fundamental a la vez que continuado, durante más de dos décadas, desde 1896 hasta 1918, año de su muerte.

3.2.2 Los fundamentos naturalistas del pensamiento de Vidal de la Blache

El *corpus* de textos doctrinales y programáticos escritos por Vidal es muy amplio, y comprende, sin ánimo de ser exhaustivos, desde los artículos del cambio de siglo (1896, 1902, 1903) hasta *Principes de géographie humaine*, publicado en 1922, cuatro años después de su muerte, pasando por otros textos de gran influencia, como “Les genres de vie dans la géographie humaine” (1911).

En *Imaginaire, science et discipline*, Soubeyran hace un recorrido completo por la mayor parte de estos textos, buscando la impronta del darwinismo y del lamarquismo (pp. 349-367 y 411-436). De este recorrido extrae una visión de conjunto acerca de lo que el autor denomina “epistemología bicéfala” de Vidal. Su argumento (pp. 438-447) puede sintetizarse como sigue.

I. Los dos modelos

El pensamiento vidaliano se articula “a partir de dos modelos radicalmente diferentes de las relaciones hombre-naturaleza” (p. 438). En el “modelo 1” el hombre no es más que tolerado por la naturaleza; se adapta, pero está totalmente sometido a las circunstancias que le impone el medio. Es el modelo propio de aquellas partes de la ecúmene en las que la naturaleza es estructuralmente estable y el hombre no la puede transformar. A ojos de Vidal y sus contemporáneos, la evidencia incontestable de este modelo la proporcionaban muchas de las zonas que en esa época son colonizadas por las potencias europeas, como, por ejemplo, el interior del continente africano (p. 439).

En el “modelo 2”, por el contrario, el hombre está situado en el centro de la economía de la naturaleza, lo cual es posible en la situación inversa a la del modelo 1, allí donde la naturaleza es estructuralmente inestable, es decir, en las zonas templadas. Allí “el hombre puede intervenir, orientar, elegir, crear relaciones biológicas que la naturaleza, por sí misma, no podría producir” (p. 439).

II. El neolamarquismo como cuadratura del círculo

Estos dos modelos eran, en principio, incompatibles en el plano epistemológico. Mientras el modelo 1, tomado en sí mismo, remite a una concepción fijista de la naturaleza, anterior al evolucionismo, el modelo 2 “se enraíza (en una cierta medida) en el sistema del mundo de Darwin” (p. 440). Sin embargo el darwinismo no era el marco epistemológico idóneo para la ciencia geográfica, pues, como señala Soubeyran, esta visión de la naturaleza “no sólo reduce a la mínima expresión el peso de los factores geográficos, sino que además funciona sobre el caos y la precariedad” (p. 440), todo lo cual la hacía incompatible con el modelo 1. El problema epistemológico que esta situación planteaba era acuciante, pues dejaba a la nascente disciplina sin fundamento unitario. Se hacía necesario encontrar dicho fundamento para legitimar científicamente la *géographie humaine* y dotarla de un perfil nítido:

“Henos aquí pues ante una epistemología bicéfala, desde luego retóricamente eficaz, pero de la que Vidal no podía extraer las fuentes de sentido y de legitimación, por las características de cada una, y porque además eran incompatibles entre sí. A pesar de ello, en su búsqueda de fundamentos unitarios, Vidal logra conciliar lo inconciliable. ¿Cómo? Precisamente recurriendo al pensamiento naturalista neolamarquista” (Soubeyran 1997: 441).

Ante la necesidad de hacer compatibles ambos modelos, el neolamarquismo se muestra especialmente eficaz. El modelo 1 respondía a una situación a la que esta corriente de pensamiento prestaba especial atención, “los mecanismos límites de la adaptación, la elasticidad de las condiciones de vida ante las imposiciones climáticas” (p. 441).

Esto implicaba que, en tanto que las condiciones del medio permanecían estables, las especies adaptadas al mismo no se veían sometidas a ninguna causa decisiva de variación, por lo que la circularidad y el fijismo del modelo 1 encontraban ahí una legitimación científica.

De hecho, este modo de concebir las relaciones sociedad-medio es llevado más allá de las situaciones de las regiones no templadas, planteándose como tema general de la *géographie humaine* en “Les conditions géographiques des faits sociaux” (1902):

“Encontramos en esas formas de civilización la expresión de causas generales que actúan sobre toda la superficie de la tierra: posición, extensión, climas. Ellas engendran condiciones sociales que sin duda presentan variantes locales, pero que no obstante son comparables en zonas análogas. Se trata pues de una geografía: geografía humana o geografía de las civilizaciones” (Vidal de la Blache 1902: 22).

En cuanto al modelo 2, Soubeyran sostiene que “encuentra igualmente una parte de sus fundamentos en la filosofía vitalista de Lamarck”, en la cual “la necesidad, el esfuerzo, el hábito son a un tiempo motores de la evolución y creadores de determinismos parciales” (p. 442). En esta concepción naturalista o sistema del mundo, las especies animales o vegetales no sólo se ven en la necesidad de adaptarse a situaciones límite, sino que son capaces de tener iniciativa o “fuerzas propias”, de forma que pueden crear nuevos equilibrios y combinaciones. Del mismo modo, el hombre es también agente biológico, que puede devenir decisivo en la creación de un nuevo orden estable. Esta traslación del vitalismo lamarquiano a la *géographie humaine* resulta especialmente clara en el siguiente texto de “La *géographie humaine*, ses rapports avec la *géographie de la vie*” (1903):

“Las especies animales o vegetales pueden por sus propias fuerzas extenderse, franquear más o menos los límites de su hábitat primitivo y, por su victoria sobre otras especies, transformar a su alrededor la fisonomía de la naturaleza viva. Hay así plantas sociales que convierten en tan difícil la existencia a cualquier otra que no tardan en

apoderarse de grandes superficies, no tolerando junto a ellas más que algunas especies parásitas. Es de la misma manera, salvando las distancias, como se ejerce la acción geográfica del hombre. Su intervención consiste en abrir la puerta a nuevas combinaciones de la naturaleza viva. Si aclara el bosque, abre el camino a nuevas plantas. Si crea prados, sustituye con nuevas asociaciones vegetales a aquellas que hubieran ocupado espontáneamente el borde de los ríos” (Vidal de la Blache 1903: 222).

III. La preeminencia del modelo 1

Por tanto, a través del neolamarquismo Vidal consigue “plantear los fundamentos unitarios de los dos modelos-tipo aun cuando son radicalmente diferentes” (p. 442). Pero los textos de Vidal muestran que el modelo 1 se constituye en el eje en torno al cual gira la *géographie humaine* vidaliana como proyecto científico, al ser utilizado como fuente de legitimación científica. Esta es la razón de que, por ejemplo, en “La géographie humaine, ses rapports avec la géographie de la vie”, artículo en el que sintetiza sus ideas sobre la *géographie humaine* hasta 1903, termine con un epígrafe titulado “Oecologie”, que se abre afirmando:

“Llego a una cuestión que es la consecuencia natural de las consideraciones que preceden. Esta clasificación de los fenómenos [a la que se ha dedicado el epígrafe anterior] es la condición previa para abordar metódicamente el capítulo más delicado de la géographie humaine: el estudio de las influencias que el medio ambiente ejerce sobre el hombre en lo físico y en lo moral” (Vidal de la Blache 1903: 235).

Es en este contexto donde se plantea la cuestión de las influencias del medio en las sociedades complejas. La mirada geográfica sobre las mismas no se legitima a través del modelo 2, sino a través del modelo 1, aun cuando existe la conciencia de que se trata de un tema de especial dificultad:

“Ciertamente es muy difícil distinguir en nuestras grandes sociedades civilizadas la influencia

del medio local (...). La influencia del medio se traducirá en signos menos directos que si la observación se centrara en sociedades confinadas en el asilamiento o sometidas a condiciones de existencia estrechamente restrictivas e imperiosas” (Vidal de la Blache 1903: 236).

Es decir, el tema del modelo 1, la adaptación al medio, legitima la mirada geográfica sobre las sociedades avanzadas. Soubeyran aduce dos razones para explicar este hecho: en primer lugar, porque el propio modelo 2, “sumergido en las situaciones (sociedades avanzadas, superiores) de las que debía dar cuenta, amenaza con no mostrarse eficaz porque lo que no era significativo se convertiría en esencial” (p. 445). Es decir, Vidal es consciente de que en las sociedades avanzadas se desencadenan nuevas fuerzas en la estructuración del espacio geográfico, ante las cuales el modelo 2 podía resultar insuficiente.

La otra razón, de mayor calado, es de índole epistemológica. Se trata del “vacío de instrumentación” (p. 444). La cuestión se plantea en los siguientes términos:

“Por otra parte, incluso si la formulación del problema es admitida, es decir, si se acepta considerar esencialmente al hombre como agente biológico, el modelo 2 tropieza sin embargo en la cuestión de su instrumentación (...). Para resolver la contradicción sólo hace falta transitar desde una visión lamarquista a su modo de desarrollo metodológico. Este paso, cincuenta años después de la desaparición de Lamarck, se hace, es cierto, gracias al neolamarquismo. Pero se hace pasando del vitalismo al mecanicismo. Ese es el problema para Vidal, porque lo que ha permitido la eficacia de la visión de Lamarck se hace al precio de la eliminación del modelo 2. ¿Acaso no corresponde el deslizamiento, operado por Vidal, del lugar de la prueba del modelo 2, de las sociedades avanzadas a las <<sociedades primitivas>>, al de los neolamarquistas que desarrollan el modelo 2 reduciéndolo al modelo 1? El olvido que habíamos constatado del modelo 2 encuentra ahí su explicación” (Soubeyran 1997: 445-446).

3.2.3_Vidal de la Blache y el trasfondo de la modernidad

De la exposición anterior es posible obtener dos ideas clave: en primer lugar, que Vidal de la Blache perfiló un proyecto científico y disciplinar, la *géographie humaine*, a partir del cual se desarrolló la escuela francesa de Geografía; en segundo lugar, la estrecha conexión de su pensamiento con el evolucionismo de corte neolamarquiano, plenamente vigente en la Francia del cambio de siglo. Se trata de elementos de gran interés, y que nos ponen en disposición de contestar a las preguntas planteadas en 3.1.3. respecto a la relación entre Vidal de la Blache y el trasfondo de la modernidad.

Soubeyran interpreta, como se ha visto, que la preeminencia del llamado “modelo 1” en el pensamiento geográfico vidaliano se debe a que el neolamarquismo (especialmente en la botánica) había alcanzado un grado notable de desarrollo metodológico dando prioridad al modelo 1 y creando un método experimental en torno suyo. De ahí la superioridad y la preeminencia que alcanzó dicho modelo, y que también se trasladó a la *géographie humaine*. Pero también es legítimo plantear que el modelo 1 expresa mejor que el modelo 2 la idea de unidad entre humanidad y naturaleza. El primero se orienta justamente en esta dirección, y expresa esta idea de unidad tanto en las regiones templadas como en aquellas en que viven las sociedades “primitivas”. Por decirlo con términos posteriores, la humanidad mantiene un vínculo ecológico con la Naturaleza. El vínculo varía y adopta diversas formas según los lugares, pero siempre existe y corresponde al geógrafo profundizar en él y explicitarlo en toda su complejidad. Es ese vínculo al que se debe la unidad entre humanidad y naturaleza, y es ese vínculo el que la cosmovisión moderna había soslayado. Recordemos el párrafo de Toulmin en el que se hace referencia a ese olvido:

“En cuanto a la acción humana colectiva, como la naturaleza no estaba concebida aún como una red ecológica de sistemas biológicos en la que la vida de la humanidad era sólo un influjo causal más, las acciones humanas no parecían afectar

aún de manera significativa al funcionamiento de la naturaleza. Antes bien, ésta seguía siendo el telón de fondo sobre el que se desarrollaba el drama humano (...). Esta creencia se vio favorecida por la breve escala temporal bíblica según la cual estaba concebido el sistema-marco: con sólo unos miles de años disponibles, había poco espacio para que las actividades colectivas de la humanidad tuvieran unos efectos importantes en la estructura general de la naturaleza” (Toulmin, 2001: 158).

Comparémoslo con otro texto, del propio Vidal de la Blache:

“La obra geográfica del hombre es esencialmente biológica tanto en sus procedimientos como en sus resultados. Viejos hábitos de lenguaje nos hacen a menudo considerar la naturaleza y el hombre como dos términos opuestos, dos adversarios en duelo. Sin embargo, el hombre no es como un <<imperio dentro de un imperio>>; forma parte de la creación viviente, es su colaborador más activo. El no actúa en la naturaleza más que en ella y por ella. Es entrando en la liza de las concurrencias de los seres, tomando partido, como asegura sus designios” (Vidal de la Blache 1903: 222).

Sobran los comentarios. El proyecto vidaliano es un episodio importante del trasfondo o “agenda oculta” de la modernidad, al formular en nuevos términos la idea de unidad entre humanidad y naturaleza, en un momento histórico especialmente receptivo a planteamientos que ignoraban las dicotomías propias de la cosmovisión moderna (mente racional-materia causal, pensamiento-emoción, humanidad-naturaleza...). En consonancia con ello, el presupuesto fundamental de la *géographie humaine* será que los grupos y sociedades humanas no desarrollan su vida o su historia al margen de los medios en los que viven, de manera que ésta no es más que un telón de fondo, sino que existe una estrecha imbricación entre ambos, un vínculo ecológico insoslayable.

NOTAS AL CAPÍTULO 3

1. La edición, por G. Nicolas-Obadia, del prólogo de la *Geografía General Comparada* (Ritter 1974) incluye un prólogo anterior, del año 1818. El texto principal data de 1852.
2. Las obras que aquí se comentan no agotan ni mucho menos la bibliografía sobre Vidal de la Blache. Es una selección realizada en función de la noción de “éxito epistemológico”, planteada en el presente capítulo.

Capítulo 4

El *Tableau de la Géographie de la France*: una concepción de la descripción e interpretación del paisaje¹

4.1 _Una teoría hermenéutica y paisajística: el prólogo del *Tableau*

4.1.1 _El vínculo de copertenencia entre pueblo y solar²

El prólogo de la obra que nos ocupa es un texto breve, que ocupa tan sólo dos páginas. Sus dos primeros párrafos rezan del siguiente modo³:

I.

“(1) La historia de un pueblo es inseparable del territorio que habita. (2) No podemos representarnos al pueblo griego de otro modo que en torno a los mares helénicos, al Inglés de otro modo que en su isla, al Americano de otro modo que en los vastos espacios de los Estados Unidos. (3) Como ello es también así para el pueblo cuya historia se ha incorporado al solar de Francia, eso es lo que se ha buscado explicar en estas páginas”.

II.

“(1) Las relaciones entre el solar y el hombre están impresas, en Francia, de un carácter original de antigüedad, de continuidad. (2) Desde muy pronto los asentamientos humanos parecen haberse fijado; (3) el hombre se ha quedado porque ha encontrado, con los medios de subsistencia, los materiales de sus construcciones y de sus industrias. (4) Durante largos siglos ha llevado así una vida local, que se ha impregnado lentamente de las esencias de la tierra. (5) Una adaptación se ha operado, gracias a hábitos transmitidos y mantenidos en los lugares donde habían nacido. (6) Hay un hecho que frecuentemente se puede observar en nuestro país, y es que los habitantes se han sucedido desde tiempo inmemorial en los mismos lugares. (7) Los niveles de manantiales, las rocas calizas propicias para la construcción y para la defensa, han sido desde el principio

focos de atracción, que posteriormente no se han abandonado. (8) Vemos, en Loches, el castillo de los Valois levantarse sobre restos romanos, que a su vez coronan la roca de toba perforada por grutas, que pudieron ser viviendas primitivas”.

Hemos visto en el capítulo 2 de esta investigación cómo en determinadas corrientes geográficas contemporáneas, notablemente en la geografía humanista y la geografía cultural, existe un marcado interés por la idea de lugar, y que dicha idea puede interpretarse como un vínculo de “cofabricación entre el sujeto y el lugar” (Berdoulay 2002: 55).

El argumento de los dos primeros párrafos del prólogo del *Tableau* sigue esa misma orientación, si bien con una temática distinta: aquí se trata del vínculo de cofabricación o copertenencia entre un pueblo y el solar por él habitado. El párrafo I plantea la cuestión como hecho general, de alcance universal, introduciendo diversos ejemplos para ello. El segundo párrafo, en cambio, se refiere en exclusiva a Francia. Se pasa del argumento general al caso concreto. Es muy importante tener en cuenta esta relación de continuidad entre estos dos párrafos, así como la secuencia general que ambos componen. Ello permitirá, como luego se verá, interpretar adecuadamente términos y expresiones que, si bien proceden de la *géographie humaine*, se hallan insertos en el contexto de una teoría hermenéutica.

El párrafo I comienza acotando los términos generales de la cuestión, más allá del caso particular francés: “La historia de un pueblo es inseparable del territorio que habita”. Se trata de una relación de copertenencia entre historia y territorio (*contrée*). Ambos términos son inconcebibles de forma separada. Los pueblos se constituyen como tales en tanto que habitantes de un territorio, lo cual implica que la historia de cada pueblo no consiste en otra cosa que en los avatares de habitar un territorio. Junto a esto, el territorio existe como tal en tanto que es habitado. Puede decirse que se trata de un lugar, en tanto que sólo tiene entidad desde

los significados que se le atribuyen y las acciones que en él emprenden sus habitantes. Es de especial importancia comprender que “territorio”, en este contexto, no es una entidad política abstracta, formada por unos límites y un área de extensión, sino el lugar que un pueblo habita.

A este respecto, es muy significativo el uso de la expresión “territorio que [un pueblo] habita”. En el original es “contrée qu’il habite”. El término *contrée* “remite a la idea de un área de extensión, pero también a la de un lugar de procedencia” (Besse 2000a: 235). Puede decirse que es un término análogo a la palabra “casa”, que designa un objeto físico construido, con una extensión y características determinadas, pero incorpora además la idea de pertenencia y de ser habitada. “Casa” es siempre la casa de alguien.

Algo análogo ocurre con el verbo habitar (*habiter*). Es patente que este verbo no remite al hecho de usar algo, del modo en que se usa una herramienta, sino a la experiencia de pertenecer a un lugar, sea una casa, una localidad o un territorio nacional, como en este caso. Y pertenecer, como se está viendo, es, en este contexto, co-pertenecer. Algunos de los conceptos de la geografía cultural contemporánea son aquí plenamente aplicables. Habitar implica una “actividad creativa del sujeto” (Berdoulay 2002: 55). De este modo, lo que plantea este primer párrafo es que cada pueblo se autocrea edificando y habitando su propio territorio y que la historia consiste en los avatares de la construcción de un territorio.

No es difícil percatarse que se trata de un argumento diferente a los propios de la *géographie humaine*, cuyos artículos fundacionales se publican, como se ha visto, en los años del cambio de siglo. Pero la sorpresa o la extrañeza desaparecen si se toma en consideración el contexto inmediato del *Tableau*. Si por algo se caracteriza la Tercera República francesa, surgida tras la derrota de 1870 en la guerra franco-prusiana, es por las energías invertidas en un programa difuso y masivo “orientado a la producción de una memoria nacional” (Robic 2000a: 9). Una de las iniciativas más relevantes con esa orientación fue la *Histoire de France depuis les origines jusqu’à la Révolution*, dirigida por Ernest Lavisse, “una de las autoridades de la Universidad, maestro de pensamiento (*maître-à-penser*) de la Tercera República” (Robic, 2000a: 8). Se trata de un empeño que reúne a un gran número de colaboradores y que

“busca proporcionar, para el público del fin de siglo, el equivalente de lo que ha podido ser la Historia de Francia de Michelet en los años 1830” (Claval 1979: V). Ello explica en buena parte que ambas Historias de Francia se abran con una introducción geográfica, de títulos muy similares: el *Tableau de la France* (1833) de Jules Michelet y el *Tableau de la géographie de la France* (1903) de Paul Vidal de la Blache.

Sin embargo, más allá de esta similitud estructural, parece claro que es Michelet quien inspira la idea con la que comienza el prólogo del *Tableau* vidaliano: la existencia de un vínculo de copertenencia entre pueblo y territorio, sin la cual la historia de un pueblo sería inconcebible. Según palabras de 1846, en su libro *Le Peuple*:

“El alma de un pueblo debe convertirse en el punto central de un organismo; hace falta que se asiente en un lugar, (...) que se armonice con una determinada naturaleza, como diríamos de las siete colinas para esta pequeña Roma(...), que para nuestra Francia son el mar y el Rhin, los Alpes y los Pirineos; ésas son nuestras siete colinas” (cit. en Besse 2000a: 235).

Para Michelet, por tanto, no se puede disociar el “alma de un pueblo” del lugar que le es propio, y que, al pertenecerle, hace posible la existencia de dicha alma nacional. Se trata nuevamente de un vínculo de copertenencia entre el pueblo y su lugar. Es en esta idea donde encuentra el *Tableau* vidaliano el fundamento de una introducción geográfica a la historia. A este respecto, como señala J.-M. Besse “no hay historia de un pueblo sin un territorio, es decir, un lugar de ese pueblo: así se puede sin duda justificar la presencia de la obra de Vidal de la Blache encabezando la *Historia de Francia de Lavisse*” (Besse 2000a: 234); o, dicho de otro modo, el argumento del vínculo de copertenencia entre pueblo y territorio, procedente de Michelet, es especialmente idóneo para una obra como el *Tableau de la géographie de la France*, que se inserta en el contexto de una empresa intelectual con una significación política bien acotada: promover la memoria nacional, es decir, “producir la historia de la <<comunidad imaginada>> (...) de la que todo Francés que viva bajo la República debe sentirse parte integrante” (Robic, 2000a: 9).

La parte final del párrafo I (frase 3) plantea la cuestión en términos aún más cercanos a Michelet, confirmando la afinidad, en este punto, entre ambos autores. La frase expone el propósito general de la obra. Si, según esta concepción, en todos los pueblos la historia es inseparable del territorio que habitan, de lo que se trata en esta obra, es de mostrar el caso francés, cómo la “norma general” es también aplicable a la historia del pueblo francés. La expresión que usa es “cómo ello es también así para el pueblo cuya historia se ha incorporado al solar de Francia” (cursiva nuestra). Es un modo de expresar la idea de copertenencia entre pueblo y territorio muy cercana al citado texto de Michelet. La historia del pueblo francés se incardina en el solar de Francia (*sol de la France*), toma cuerpo en él, de modo que sin éste no sería posible aquélla.

Esta frase tiene también relevancia por otro hecho: aparece el término *sol*. Es una expresión que aparece repetidas veces en la obra, con mucha mayor frecuencia que *contrée*, pero ¿cuál es la diferencia entre ambas? Si nos atenemos al párrafo que estamos comentando, puede apreciarse que no son del todo sinónimas. *Contrée* designa, en el contexto del párrafo, un lugar, el territorio propio de un pueblo, de modo que ambos son indisolubles. *Sol* tiene un significado similar, pero hace referencia al vínculo de copertenencia entre el pueblo y las cualidades físicas y concretas del territorio, aquello que aparecía en los ejemplos de la frase 2: los mares helénicos, la isla de los ingleses, los vastos espacios de los Estados Unidos, o lo que Michelet denominaba “nuestras siete colinas”. En cualquier caso, el resto del prólogo nos dará ocasión para confirmar la interpretación que se da aquí de este término, ateniéndonos en exclusiva al párrafo I.

No hay que avanzar mucho para que se confirme esta interpretación. Nada más comenzar el párrafo II volvemos a encontrar el término *sol*, haciendo referencia a la naturaleza de “las relaciones entre el solar y el hombre” en Francia (frases 1 y 2). El argumento con el que comienza el párrafo es el de la continuidad y antigüedad de dichas relaciones. Sin embargo, la parte de mayor interés es la que viene a continuación (frases 3, 4 y 5). En esta parte central se da cuenta de las razones de la estabilidad y continuidad de los asentamientos humanos propia de Francia. Lo más significativo y relevante es que, de nuevo, aparece el vínculo de

copertenencia, pero esta vez referido al caso francés y en relación con el solar, en lugar de con el territorio (*contrée*).

Las frases 3 y 4 deben entenderse, pues, como un todo, de modo que cada una de ellas muestra cada uno de los dos lados de un vínculo de copertenencia. La frase 3 nos dice que el solar surge una vez que el hombre decide establecerse en un lugar, debido a que encuentra allí los medios necesarios para la vida. El solar, en Francia, es pues un lugar físico pero a la vez proveedor de “recursos”, que hacen posible la vida humana. Pero no se trata de mera supervivencia, pues junto a los “medios de subsistencia”, aparecen “los materiales de sus construcciones y de sus industrias”. El término *solar* no aparece, pero hay que tener en cuenta que el párrafo comienza con la expresión “las relaciones entre el solar y el hombre”. Esto nos hace ver que las frases 3 y 4 hacen un movimiento de vaivén, entre los dos términos del vínculo. La frase 3 debe entenderse, desde esta perspectiva, como una presentación del mismo desde el lado del solar, en el que éste aparece como naturaleza que ha entrado en la órbita de la cultura, convirtiéndose en lugar que proporciona medios para la vida.

Cabe esperar que, en función del vaivén antes mencionado, la frase 4 se dedique al hombre en términos similares a los que hacían referencia al pueblo en el párrafo I, como sujeto que se autocrea gracias a su vínculo con el solar. Es efectivamente así, pero con un matiz: se trata de la *vie locale*, que no es otra cosa que la cultura en la que cristaliza el vínculo con el solar. Ésta se forma al fijarse el hombre en un solar, como consecuencia de esa decisión de quedarse (frase 3), de forma que “se impregna lentamente de las esencias de la tierra” (frase 4). Es importante tomar en consideración el uso del verbo *méner*, que indica dirección y guía, una actividad de construcción consciente, de creación en suma. La *vie locale* sostenida y continua a lo largo del tiempo aparece pues como un acto creativo, que se plantea como el rasgo definitorio y peculiar por el cual el pueblo francés habita su territorio. Esto plantea un interrogante: ¿cómo se constituye un territorio nacional a través de la *vie locale*? Esa es la pregunta a la que, como luego se verá, busca responder la primera parte de la obra.

Puede decirse pues que el núcleo del párrafo II hace referencia nuevamente a una relación de copertenencia y cofa-

bricación, pero no entre pueblo y territorio, sino entre solar y cultura, de forma sostenida y continua a lo largo del tiempo (frase 5). Es el rasgo definitorio del pueblo francés como habitante de su territorio. Sin embargo, este párrafo plantea otra cuestión importante en su parte final, en relación con el concepto de solar (frases 6, 7 y 8). Si examinamos con atención el párrafo II, es fácil comprender que el solar es también el resultado de esa actividad creativa que supone la *vie locale*. Esto es paradójico sólo en apariencia, pues si la *vie locale* es actividad creativa, es inevitable que tenga una impronta. Al añadir esta dimensión adquiere por otra parte todo su sentido la expresión de la frase 3 del párrafo I: “pueblo cuya historia se ha incorporado al solar de Francia”. La primera se incorpora al segundo, al “tomar cuerpo”, como antes se vio, pero es lógico pensar que con ello también se da a entender la idea de dejar una huella o impronta, de modo que la misma sería parte constitutiva del solar.

Para entender este doble sentido del concepto de solar es útil acudir a la conocida obra del antropólogo francés Marc Augé *Los no lugares* (1998). Allí postula este autor que es propio de los lugares su carácter identificador, relacional e histórico⁴. Sus consideraciones al respecto coinciden en gran medida con las arriba expuestas acerca del sentido de los términos *contrée* y *sol*, concluyendo lo siguiente:

“El estatuto intelectual del lugar antropológico es ambiguo. No es sino la idea, parcialmente materializada, que se hacen aquellos que lo habitan de su relación con el territorio, con sus semejantes y con los otros” (Augé 1998: 61).

Es claro que se trata nuevamente de un vínculo de copertenencia y cofabricación. Añade el antropólogo francés:

“Si nos detenemos un instante en la definición de lugar antropológico, comprobaremos que es ante todo algo geométrico. Se lo puede establecer a partir de tres formas espaciales simples que pueden aplicarse a dispositivos institucionales diferentes y que constituyen de alguna manera las formas elementales del espacio social. En términos geométricos, se trata de la línea, de la intersección de líneas y del punto de intersección” (Augé 1998: 62).

Para un geógrafo estas consideraciones no tienen nada de nuevas. Pero lo relevante aquí es la asociación, en el concepto de lugar, entre un vínculo de copertenencia y las consecuencias geográficas que tiene dicho vínculo, por las cuales los lugares se tornan en una realidad observable y objetiva. Pero no debe perderse de vista que Augé habla de “espacio social”. Las formas geométricas que este autor identifica incluyen la actividad que las genera.

En estas frases finales del párrafo II ocurre eso mismo. Tras plantear el vínculo de copertenencia entre pueblo y solar, llegamos, al final del párrafo (frases 6, 7 y 8), al segundo campo de significado propio de la idea de solar. El registro cambia: se pasa de lo abstracto a lo concreto y a lo físico, a los “focos de atracción” (*nids d’attraction*) que han fijado y estabilizado los asentamientos. De este modo, el solar se configura también, si nos atenemos a las frases finales del párrafo II, como las “consecuencias geográficas” del mencionado vínculo. En definitiva, el concepto de solar tiene una estructura análoga a la que Augé asigna al concepto de lugar. Es la naturaleza en tanto que elemento vinculante, desde el cual se forma la cultura, pero también la impronta que ha dejado esa relación, en forma de lugar físico donde vive un pueblo, por lo cual incluye a ese mismo pueblo habitando y construyendo ese lugar.

Esta interpretación de los párrafos I y II puede sorprender, en la medida en que el párrafo II recuerda vivamente ciertos planteamientos de la *géographie humaine* vidaliana, en sus formulaciones del cambio de siglo. Recordemos cómo en “Les conditions géographiques des faits sociaux” (1902) Vidal de la Blache planteaba como tema central de esta disciplina “la traducción de la vida geográfica del globo en la vida social de los hombres” (p. 22). No cabe duda, a este respecto, de que la noción de *vie locale* que aparece en este párrafo debe mucho a esta idea. Pero hay una importante peculiaridad del prólogo que estamos comentando: la incorporación de planteamientos procedentes de la historiografía liberal francesa, especialmente de Michelet, acerca del vínculo entre pueblo y solar, el cual, como hemos visto, puede entenderse como un vínculo de copertenencia y cofabricación. Son estos planteamientos los que definen el párrafo I y marcan de modo indeleble el párrafo II. Éste, aun cuando incorpore ideas procedentes de la *géographie humaine*, es el desarrollo, para el caso

francés, de los planteamientos del párrafo I, por lo cual aquélla se subordina a un argumento que, si bien permite también concebir la unidad entre humanidad y naturaleza, lo hace de modo distinto, especialmente idóneo para los propósitos inmediatos del *Tableau de la géographie de la France*: contribuir a la formación de una memoria nacional.

4.1.2 La hermenéutica del prólogo del *Tableau*

III

“(1) El hombre ha sido, entre nosotros, discípulo por largo tiempo fiel del solar. (2) El estudio de ese solar contribuirá pues a ilustrarnos sobre el carácter, las costumbres y las tendencias de los habitantes. (3) Para llegar a resultados precisos, este estudio debe ser razonado; es decir, debe poner en relación el aspecto que presenta el solar actual con su composición y su pasado geológico. (4) No temamos dañar así la impresión que se desprende de las líneas del paisaje, de las formas del relieve, del contorno de los horizontes, del aspecto exterior de las cosas. (5) Todo lo contrario. La inteligencia de las causas permite disfrutar mejor del orden y la armonía.

IV

“(1) He intentado hacer revivir, en la parte descriptiva de este trabajo, una fisonomía que me ha parecido variada, amable, acogedora. (2) Me gustaría haber conseguido plasmar algo de las impresiones que he sentido al recorrer en todas las direcciones este territorio profundamente humanizado pero no envilecido por las obras de la civilización. (3) Sentimos ante él una llamada a la reflexión, pero es al espectáculo ya risueño, ya imponente de estos campos, estos montes y estos mares donde somos devueltos sin cesar como a una fuente de causas.”

Los párrafos III y IV del prólogo suponen un cambio patente respecto a los dos anteriores. De lo que ahora se trata es de mostrar las directrices y postulados básicos de una hermenéutica. Por otra parte, es fácilmente constatable que, a diferencia de los anteriores, estos dos párrafos tienen, cada uno, entidad propia. Se trata de dos bloques temáticos: el primero tiene el concepto de solar (*sol*) como eje, mientras que el segundo gira en torno al concepto de *physionomie*.

Comencemos pues por el párrafo III. En su interpretación correcta se corren dos riesgos: el primero de ellos es considerar que las frases 1 y 2 responden a un planteamiento de corte determinista. Esta duda queda despejada si prestamos atención a la expresión “discípulo fiel del solar”: sólo si existe copertenencia puede entenderse al “discípulo” (el pueblo francés) a través del “maestro” (el solar de Francia), pues un discípulo conserva su individualidad. Lo que plantea el comienzo del párrafo es que una de las vías para conocer esa individualidad (“carácter, costumbres y tendencias de los habitantes”) será a través del conocimiento del “maestro”, del solar en definitiva.

Esto nos introduce, por otra parte, en la dimensión pedagógica de la hermenéutica vidaliana. Los párrafos I y II han postulado que la base de la individualidad del pueblo francés es el vínculo de copertenencia entre pueblo y solar. De lo que se trata ahora, si nos atenemos al comienzo del párrafo III, es de tener una experiencia de interpretación, orientada a la comprensión de esa individualidad, y que, para el público francés al que va destinada la obra, será una experiencia de autoconocimiento. En el caso que nos ocupa, lo que se insinúa en las frases 1 y 2 es que comprender la individualidad del pueblo francés se orienta a la formación de la conciencia nacional, de la conciencia de pertenecer a una comunidad cultural y política de rasgos definidos. Pero la vía para ello es propiamente hermenéutica, alejada de la retórica, de modo que es el propio lector el que deberá, a través de una experiencia de interpretación, acceder a la conciencia de pertenencia a dicha comunidad.

El segundo riesgo que se corre al interpretar este párrafo es pensar que cuando se menciona el “estudio de ese solar” no se trata de hermenéutica sino de historia geológica. La interpretación que aquí se propone parte de la hipótesis de que el párrafo plantea las líneas generales de una her-

menéutica del paisaje, orientada al “aspecto que presenta el solar actual”. Ese es el sentido que cabe atribuir a la frase 3. La expresión “poner en relación el aspecto que presenta el solar actual con su composición y su pasado geológico” tiene especial importancia, pues nos introduce en la naturaleza y componentes de este arte de la interpretación. Dicho “aspecto” aparece como una percepción visual que proporciona una comprensión, a través de la narración explicativa. Su interés radica pues en que nos introduce en la idea, hasta entonces ausente, de la interpretación, de comprender a través de signos que deben ser descifrados.

Las frases 4 y 5 suponen una profundización en esta idea de la interpretación del solar. La frase 4 nos confirma que es totalmente adecuado hablar de hermenéutica en este contexto, pues se plantea la pertinencia y la necesidad de integrar desciframiento y narración explicativa, es decir, desciframiento y reconstrucción hermenéutica. La frase 5ª sintetiza justamente esta idea, mostrando cómo la narración explicativa se integra en una experiencia de lectura más amplia, que incluye también el desciframiento. El disfrute del “orden y la armonía” no es otra cosa que una operación de desciframiento, por la que se identifican pautas visuales. Por otro lado, se establece el principio de que junto a descifrar se trata también de reconstruir, integrando y fusionando ambas operaciones.

El modo de interpretación que aquí se plantea podría compararse a la interpretación de un poema: si se describiera el aspecto del solar sin incorporar la narración explicativa, es como si se captara el ritmo y la gramática de un poema sin entablar un diálogo con él. De modo análogo, el aspecto del solar proporciona una experiencia estética (“impresión que se desprende”), a través de unas determinadas pautas visuales (“orden y armonía”). Al poder captar su sentido, es decir, entender la historia del solar, se obtiene lo que podría denominarse una experiencia estética potenciada, pero que no es otra cosa que una experiencia de interpretación en profundidad.

Pasemos al párrafo IV. La primera impresión que produce este texto es que Vidal se propone contarnos su experiencia de haber viajado por toda Francia. Ya en la primera frase plantea el autor la intención de comunicar su propia experiencia de contacto con paisajes diversos y hacer partí-

cipe de ella al lector. Vidal se sitúa como mediador entre el lector y el paisaje (*physionomie*). Podría decirse que lo que pretende el geógrafo francés es operar como traductor y, por tanto, como intermediario. Pero un traductor es siempre alguien que media entre un código lingüístico ajeno al lector y el propio lector. Surge entonces la duda: ¿por qué se presenta Vidal como traductor? Indudablemente una parte de la respuesta está en la necesidad de pasar de la imagen a la palabra, lo cual implica usar determinados medios de descripción literaria (Caballero Sánchez 2006). Pero se plantea también la hipótesis, ya en esta primera frase, de que se esté indicando la necesidad de transmitir un mensaje lingüístico, derivado de la interpretación de imágenes, impresiones y sensaciones.

Veamos si la frase 2 de este párrafo IV confirma o desmiente la hipótesis. En ella se plantean dos ideas de orden aparentemente distinto. En la primera mitad (“Me gustaría haber conseguido plasmar algo de las impresiones que he sentido al recorrer en todas las direcciones...”) se abunda en la misma idea que en la primera, de modo que “plasmar impresiones” es sinónimo de “hacer revivir”. Pero se añade un matiz importante: “recorriendo en todos los sentidos”. Es inevitable relacionar esta parte de la frase con los análisis de Vincent Berdoulay y Hélène Saule-Sorbé (1998) sobre la “movilización de la mirada” en ciertos geógrafos, o con reflexiones de algunos filósofos contemporáneos, como Mathieu Kessler (2000), que plantean el paseo y el recorrido como el modo contemporáneo de relación con el paisaje, una vez superadas las actitudes de corte más contemplativo, propias de la pintura de paisaje. Por otra parte, en Humboldt y, en general, en todo el paisajismo romántico domina justamente esta actitud contemplativa, especialmente ante las visiones de la montaña (Ortega Cantero 2004: 10-23). La expresión “recorriendo en todos los sentidos” sugiere más que afirma, pero apunta en la dirección que estamos planteando. Si en la primera frase nos ha planteado su papel de traductor, parece lógico pensar que lo que pretende transmitir es la experiencia real y completa del paisaje, que incluye la experiencia de la movilidad, de ir de un lugar a otro, y percibir los cambios y las transiciones.

La segunda parte de la frase 2 del párrafo IV (“este país profundamente humanizado pero no envilecido por las obras de la civilización”) es especialmente importante, pues nos

está revelando un significado, o, como antes se apuntaba, un mensaje lingüístico que a Vidal le ha transmitido la experiencia del paisaje. Pero ¿cómo interpretar la frase?; ¿qué significa “profundamente humanizado pero no envilecido”? Estamos en realidad en la preocupación de fondo que informa todo el prólogo del *Tableau*: el vínculo de copertenencia entre pueblo francés (y su historia) y solar de Francia.

A este respecto es útil acudir a ciertos aspectos de la reflexión gadameriana sobre la experiencia del arte en *Verdad y Método*. Dicha experiencia se caracteriza siempre por su carácter ocasional (2003: 193-211), lo cual no impide que se constituya como experiencia de la verdad, en la que ésta se adquiere de forma inmediata, sin necesidad de un arte de la interpretación. Desde esa perspectiva, podemos entender que lo que nos transmite Vidal de la Blache con la expresión “profundamente humanizado pero no envilecido” es el mensaje que él ha captado a través de su experiencia de recorrer los paisajes de Francia “en todos los sentidos”. La experiencia del paisaje no es una mera colección de impresiones y recuerdos, sino una experiencia estética que supone una adquisición de conocimiento.

Pero, al mismo tiempo, es legítimo interpretar todo el párrafo IV desde una perspectiva propiamente hermenéutica. La frase 3 nos indica que ello es efectivamente así, pues, al igual que en el párrafo III aparece de nuevo la reconstrucción hermenéutica (“fuente de causas”).

Así pues, estamos otra vez ante una fusión entre experiencia estética y experiencia de la interpretación. Las frases 1 y 2 de este párrafo IV plantean que la experiencia estética es un camino válido para adquirir un determinado conocimiento relativo a la individualidad del pueblo francés. Ello induce a la reflexión (“sentimos en él una llamada a la reflexión”), acerca, sin duda, del vínculo hermenéutico entre pueblo y solar, pero en la frase final se plantea además que la hermenéutica es un camino también válido para adquirir ese conocimiento, en el que, de hecho, se integra la experiencia estética (“es al espectáculo ya risueño, ya imponente de esos campos, esos montes y esos mares donde somos devueltos sin cesar como a una fuente de causas”). O, dicho de otro modo, la experiencia estética, el espectáculo “ya risueño, ya imponente” del que es imposible sustraer-

se, es también aquí la vía de acceso a la experiencia de la interpretación paisajística, a la fusión entre desciframiento y reconstrucción hermenéutica, de modo análogo a lo postulado en el párrafo III.

Otra cuestión relevante que suscita este párrafo IV es el significado preciso del término *physionomie*. Para dar con él es necesario tomar el prólogo en conjunto, comprenderlo como un todo. Cuando se conectan sus dos partes, se comprende que *physionomie* es ante todo, en este contexto, la expresión visual del solar de Francia, entendiendo solar en su segunda acepción, como impronta física de la actividad concreta de habitar y construir el solar (en este caso en su primera acepción, es decir, el lugar de la historia y del pueblo francés). Puede decirse que *physionomie* es el solar francés concebido como un conjunto de signos, como una obra que debe ser leída y disfrutada a un tiempo, y que, de ese modo, forma a los miembros de una comunidad en los rasgos definitorios de la misma.

Hasta aquí se ha planteado la interpretación de este párrafo en términos de experiencia subjetiva, desde las relaciones entre experiencia estética y experiencia hermenéutica. Pero, a diferencia del párrafo III, el párrafo IV va más allá, al plantear claramente la dimensión lingüística de la hermenéutica: las imágenes y percepciones visuales que proporciona el contacto con el paisaje aparecen aquí como de orden lingüístico, como elementos que integran y amplían nuestra experiencia lingüística del mundo.

La frase 1, como se dijo antes, evoca las ideas de mediación y de traducción. Pero su sentido completo aparece ahora más claro: “hacer revivir” es *ejecutar lingüísticamente*. Es decir, la hermenéutica vidaliana se configura como una modalidad de ejecución lingüística de imágenes y percepciones paisajísticas. Las frases 2 y 3 suponen el desarrollo de esta idea. En la primera se plantea la ejecución lingüística de las impresiones sensoriales (“fijar algo de las impresiones...”). La segunda también se adentra en este terreno: al acceder al lenguaje las imágenes y percepciones visuales, también acceden a aquél las causas de las mismas, los procesos y actividades que lo hacen posible. Vidal utiliza en esta frase la expresión “somos sin cesar devueltos...”. Esto quiere decir que, queramos o no, el paisaje

se presenta siempre como lenguaje y nos revela su propia vida y avatares. Es otro aspecto de la relación lingüística que puede establecerse con el paisaje.

Por tanto, el vínculo con el paisaje (*physionomie*) que aquí se plantea es de naturaleza propiamente lingüística: el caudal de experiencias visuales que proporciona aquél accede al lenguaje, de forma que se amplía y enriquece nuestra experiencia lingüística del mundo. Lo que se describe en el párrafo IV es justamente cómo acaece esto. La frase 1 lo plantea a nivel general, la frase 2 se orienta a las impresiones sensoriales, y la frase 3, al ámbito de la narración descriptiva y la narración explicativa. En definitiva, se trata de la misma idea de descripción que Lessing defendía. Recordemos que, en términos hermenéuticos, este escritor alemán postulaba que ante las imágenes y percepciones visuales, lo relevante, para el escritor, es justamente ser capaz de inducir el ensanchamiento de nuestra experiencia, haciendo que las imágenes devengan hecho lingüístico.

4.1.3 Una interpretación de conjunto

Una vez que hemos interpretado los diferentes párrafos del prólogo del Tableau vidaliano, es necesario plantear una interpretación global de este texto. A este respecto, se plantea aquí que el conjunto del prólogo puede ser comprendido desde la idea gadameriana de fusión de horizontes. Recordemos que para Gadamer:

“En cambio, forma parte de la verdadera comprensión el recuperar los conceptos de un pasado histórico de manera que contengan al mismo tiempo nuestro propio concebir. Es lo que antes hemos llamado fusión de horizontes” (Gadamer 2003: 453).

Es decir, el horizonte del intérprete (su formación, prejuicios y conocimientos) tiene un papel productivo, pero es un cauce por el que transita una determinada experiencia lingüística. Gadamer plantea su reflexión respecto a textos eminentes de la tradición literaria y filosófica, pero, como se ha mostrado en el capítulo 1, lo propio de la hermenéutica es establecer una relación lingüística, hacer que algo “vuelva a hablar”, accediendo al lenguaje. La fusión de

horizontes opera pues en cualquier ámbito en el que esté presente la hermenéutica. Partiendo de esta premisa, el conjunto del prólogo puede interpretarse como sigue:

1. Los párrafos I y II, antes comentados, especialmente los conceptos de *sol* y *vie locale*, plantean el horizonte del intérprete. Ello implica que el caudal de conocimientos geográficos asociados a ambos conceptos forma parte de dicho horizonte.
2. Pero el intérprete se encuentra con un caudal de percepciones y experiencias visuales, que le salen al paso como lenguaje, con las que establece una relación lingüística insoslayable.
3. Lo que postula Vidal de la Blache en este prólogo es, parafraseando a Gadamer, dar cauce a esa relación lingüística con el paisaje, de manera que contenga los propios conocimientos y conceptos del intérprete. Es el sentido propiamente hermenéutico que cabe atribuir a los conceptos de *physionomie* (párrafo IV) y *aspect* (párrafo III): son experiencia del paisaje que accede al lenguaje, pero en la que se insertan los conocimientos geográficos y geológicos del intérprete.

4.2_ La territorialidad en la hermenéutica vidaliana

4.2.1_ ¿Geografía política o geografía humana?

Hemos mostrado, en el epígrafe 4.1., que el prólogo del *Tableau* se orienta a la relación entre pueblo y solar como vínculo de copertenencia. Se planteó también cómo esto último suponía una forma de concebir las relaciones entre humanidad y naturaleza en términos distintos a los de los artículos fundacionales de la *géographie humaine*. En este prólogo humanidad y naturaleza se convierten en solar (*sol*) y cultura (*vie locale*), términos inseparables y a la vez autónomos.

Pero la teoría hermenéutica que sustenta el *Tableau* vidaliano no se agota en el prólogo de la obra. La primera parte se abre con un prólogo específico, titulado *En quel sens la France est une être géographique?* (pp. 7-8). Se trata de un texto de dos páginas, de un interés y alcance similares al de los párrafos I y II del prólogo de la obra: también aquí puede hablarse de teoría hermenéutica.

El mencionado prólogo puede dividirse en dos partes claramente diferenciadas. En la primera se justifica la pertinencia de la pregunta que le da título:

I.

Parece casi paradójico llegar a plantear la siguiente pregunta: ¿es Francia un ser geográfico? Ese nombre ha tomado a nuestros ojos una forma concreta; se encarna en una figura a la cual los mapas nos han habituado de tal modo que difícilmente concebiríamos sus partes agrupadas según afinidades diferentes. De buen grado accederíamos a considerarla como un marco hecho de antemano; algunos dirían que es un marco proporcionado por la naturaleza a la historia.

II.

Es sin embargo la primera cuestión que puede ser útil explicar, si se quiere comprender cuáles han sido en este país las relaciones de la naturaleza y el hombre. La respuesta no es tan simple como podría creerse a simple vista. No es en el plano geológico como Francia posee lo que podríamos llamar una individualidad. Puede hablarse de armonía entre las diversas partes; pero sería contrario a los resultados menos contestables de la ciencia creer que un único y mismo plan ha presidido su estructura.

III.

Lo que decimos de la geología puede repetirse del clima, de la flora y de la fauna en ese territorio que llamamos Francia. En la variedad de sus climas, se distinguen varios tipos bien delimitados, que no son exclusivos de ella. Lo mismo ocurre con sus especies de plantas, de animales, con sus poblaciones humanas. Unas se vinculan por sus afinidades a la cuenca mediterránea, otras a Europa central. Nada concuerda con la idea de un hogar de reparto situado en el interior de Francia, de donde todas ellas hubieran irradiado en común sobre el resto del territorio.

IV.

Sin embargo, repetimos de buen grado esta expresión de Michelet: <<Francia es una persona>>. Vemos como un testimonio significativo y verdadero las palabras a menudo citadas por las cuales, hace cerca de veinte siglos, Estrabón caracterizaba en pocas palabras el conjunto de este territorio. ¿De qué naturaleza es pues esa personalidad, y cómo hay que entenderla?''.

Se comienza pues por reconocer la extrañeza que puede producir la pregunta (“parece casi paradójico...”) para luego plantear una serie de constataciones elementales, en los párrafos II y III: Francia no es una unidad en lo que respecta a los hechos naturales, ni por geología, ni por clima, ni por flora y fauna, ni por poblaciones humanas (si nos atenemos a la terminología usada por Vidal de la Blache). Tras ello, el párrafo IV supone la entrada en materia, acogiendo a dos argumentos de autoridad, procedentes de Michelet y de Estrabón. El argumento de éste no se explicita aquí pero se nos remite a la página 11, a través de una nota a pie de página. Así, en el epígrafe “Valor de las observaciones de los antiguos”, Vidal hace referencia al hecho de que, ya en la Antigüedad grecolatina, se había configurado una interpretación geográfica precisa acerca de lo que luego se llamaría Francia:

“Desde que los mercaderes marseleses hubieron descubierto qué facilidad ofrecía su traspaís para comunicar con los mares exteriores, los geógrafos no tardaron en extraer de este hecho una definición del territorio en su conjunto. Estrabón es el intérprete de observaciones inspiradas por varios siglos de experiencia comercial, cuando pondera <<la correspondencia que allí se muestra con respecto a los ríos y el mar, el mar interior y el Océano>>. Estos ríos son auxiliares que facilitan las relaciones entre los mares; esta correspondencia, tan rara en efecto en torno al Mediterráneo, y que se encuentra aquí, le sugiere la idea de un organismo compuesto a pedir de boca, <<como en virtud de una previsión inteligente>>. La frase es justamente célebre; en ella se mezcla una especie de solemnidad en este primer horóscopo trazado sobre nuestro país.”

En cuanto a la expresión de Michelet, procede de su *Tableau de la France* (1833). Vidal recoge parte de una frase más extensa que reza así: “Inglaterra es un imperio, Alemania es un país, una raza; Francia es una persona”. P. Petitier (2000: 141) sostiene que es una fórmula por la cual Michelet sintetizaba su visión organicista del territorio de Francia, concebido en su *Tableau* como “un ser completo, un organismo” (2000: 139). Esto no quiere decir que Vidal la utilice con ese mismo sentido. Petitier sostiene que lo que se

quiere expresar al usarla en este inicio del *Tableau* vidaliano es que Francia es una persona “porque tiene conciencia de su unidad” (*ibid.*). Sería pues una afirmación de naturaleza política, por la cual se quiere transmitir la idea de que Francia es un ser geográfico en la medida en que es una nación por voluntad propia. Sin embargo, la interpretación completa la proporcionará la segunda parte de este prólogo. Adelantemos sólo que, como se deduce ateniéndonos a este prólogo, “persona” y “personalidad geográfica” están en el mismo campo semántico. La expresión “Francia es una persona”, en este contexto, no hace más que adelantar lo que en este mismo texto queda bien claro unos párrafos después: que Francia es una individualidad geográfica caracterizada por una personalidad precoz, es decir, por un “grado avanzado de las relaciones generales”. Sólo falta saber qué matices se dan a esta expresión de “personalidad geográfica”. Veremos también entonces si es una expresión relevante desde el punto de vista hermenéutico.

En cualquier caso, es necesario retener el hecho de que se recurra a otros autores del pasado, cercano o remoto, para apoyar la pertinencia de la pregunta planteada al final del párrafo IV: “¿De qué naturaleza es pues esa personalidad, y cómo hace falta entenderla?”. La cuestión de la personalidad geográfica aparece a través de testimonios e interpretaciones de otros, como si fuera una representación, una percepción, y a través de ello adquiriera su carta de naturaleza.

Pasemos pues a la segunda parte de este prólogo. A diferencia de la primera, lleva un título específico (*Question de géographie humaine*). En este epígrafe se plantea el marco teórico acerca de las cuestiones que en los párrafos anteriores sólo han sido planteadas:

I.

“(1) Una individualidad geográfica no resulta de simples consideraciones de geología y clima. (2) No es algo dado de antemano por la naturaleza. (3) Hay que partir de la idea de que un territorio es una reserva en la que duermen energías cuyo germen ha depositado la naturaleza, pero cuyo empleo depende del hombre. (4) Es él quien, plegándola a su uso, ilumina su individualidad. (5) Él establece una

conexión entre rasgos dispersos; los efectos incoherentes de circunstancias locales son sustituidos por un concurso sistemático de fuerzas. (6) Es entonces cuando un territorio se precisa y se diferencia, convirtiéndose a la larga en una medalla grabada con la efigie de un pueblo.

II.

(1) Esta palabra de personalidad pertenece al dominio y al vocabulario de la geografía humana. (2) Corresponde a un grado de desarrollo ya avanzado de relaciones generales.

III.

(1) Ese grado ha sido alcanzado desde muy pronto por Francia. (2) De ese estado vago y rudimentario en el que las aptitudes y los recursos geográficos de un territorio quedan en estado latente, en el que aún no resalta nada de lo que indica una personalidad viva, nuestro país ha salido antes que otros. (3) Es uno de los que se perfilaron más antiguamente. (4) Mientras que, en la parte continental de Europa, los grandes territorios del porvenir, Escitia, Germania, no aparecían más que en una penumbra indistinta, se podían ya distinguir los contornos de lo que debía llamarse Francia.”

IV.

Nos ha parecido que antes de abordar una descripción detallada, el examen de ese hecho era digno de atención: ¿Cómo un fragmento de la superficie terrestre que no es ni península ni isla y que la geografía física no sabría considerar propiamente como un todo, se ha elevado al estado de territorio político, y se ha convertido finalmente en una patria? Tal es la cuestión que se plantea en el umbral de este trabajo.” (p. 8).

Si se lee el párrafo I con detenimiento es fácil percatarse de que se trata de un planteamiento teórico acerca del territorio como “ser geográfico”, en un momento en que aquél, en tanto que atributo indisociable del Estado, está emergiendo como tema relevante del pensamiento geográfico, gra-

cias especialmente a la geografía política ratzeliana. Pero, por otra parte, es indudable que la frase 5 de este párrafo I recuerda vivamente lo que O. Soubeyran denomina “modelo 2” de la *géographie humaine* vidaliana, según el cual, en determinadas condiciones, el hombre podría operar como agente biológico esencial, mediante determinismos parciales, operando lo que aquí se denomina un “concurso sistemático de fuerzas”. Aun cuando se trate de temas distintos (en un caso, el hombre como agente biológico; en el caso que nos ocupa, la cuestión de la territorialidad) es inevitable relacionar este texto con el mencionado “modelo 2”. Es necesario pues, al igual que se hizo respecto a la primera parte del prólogo de la obra, clarificar los referentes teóricos que en este párrafo se entrecruzan.

Siguiendo a M.-C. Robic (2000c: 188-190), Vidal de la Blache prestó gran atención, desde mediados de los años 90, a las obras mediante las que Ratzel configura su *politische geographie*. Interpreta esta autora que “la escritura del *Tableau* ha servido de << piedra de toque >> en la lectura de Ratzel” (2000c: 189). Es decir, cuando el geógrafo francés empieza a leer los trabajos del alemán sobre las leyes de crecimiento espacial de los estados o la relación entre solar y Estado, “está claro que Francia sirve de test a Vidal para validar las aseveraciones ratzelianas” (2000c: 188). Pero esto va acompañado de una reelaboración y una reformulación:

“Ese diálogo con Ratzel se reencuentra en las correspondencias entre las ideas ratzelianas y sus propios tópicos, como el de las << virtualidades >> de un país. Los célebres desarrollos del *Tableau* sobre las energías latentes de los lugares se hacen eco de las notas que Vidal de la Blache toma leyendo en Ratzel la cuestión de las relaciones entre el Estado y el solar” (Robic 2000c: 189).

Por tanto, en el texto que nos ocupa Vidal de la Blache repiensa a Ratzel, al tiempo que plantea un marco teórico sobre el territorio como “ser geográfico” o “individualidad geográfica”. La pertinencia de la cuestión ha quedado clara en los párrafos iniciales, ya comentados. Si Francia es un ser geográfico como territorio, y no desde el punto de vista natural, ¿cuál es la naturaleza del territorio? Esa es la pregunta a la que se pretende responder.

Es patente que la respuesta difiere notablemente de la concepción ratzeliana. Para el alemán, territorio, sociedad y Estado son inseparables, forman una unidad orgánica cuya tendencia natural es la expansión. Es ése, como es bien sabido, el núcleo teórico de su *politische geographie*⁵. En el párrafo que nos ocupa no hay referencia alguna al Estado. La cuestión es planteada, como reza el título del epígrafe, como una “cuestión de geografía humana” (*Question de géographie humaine*). Este título es muy significativo y revelador. Indica al lector que, si bien se está planteando un tema que procede de la *politische geographie* ratzeliana, se plantea desde otro marco teórico, desde la *géographie humaine* vidaliana.

Ahora bien, si nos atenemos a los artículos fundacionales del cambio de siglo, esta disciplina es concebida como una rama de la *géographie de la vie*, como una ciencia natural, que se ocupa de la especie humana como agente biológico (ver *supra*, capítulo 3). La cuestión de la territorialidad⁶ no está presente. Sin embargo, como antes se ha apuntado, la frase 5 del párrafo I recuerda vivamente el “modelo 2” de la *géographie humaine*. Recordemos que en dicho modelo se sitúa a la especie humana en el centro de la economía de la naturaleza. Es en las regiones templadas donde esto es posible, en la medida en que allí la inestabilidad de la economía de la naturaleza permite ese “curso sistemático de fuerzas”, orientado en este contexto a la configuración de relaciones biológicas inéditas, no a la construcción de un territorio.

Nuestra interpretación a este respecto es que en este párrafo I ocurre lo mismo que en la parte inicial del prólogo de la obra. En ambos lugares la *géographie humaine* de los artículos fundacionales entra en diálogo con otras referencias teóricas. Pero ello se hace de modo distinto en ambos casos. Ya se planteó cómo el “modelo 1” es puesto al servicio de la idea que “la historia de un pueblo es inseparable del territorio que habita” (prólogo, párrafo I, frase 1), que ya había sido formulada antes por Michelet. En el texto que nos ocupa no hay una subordinación, sino una inserción de ideas de la *géographie humaine* en otro marco teórico. Se trata más bien de reorientar el campo de aplicación del “modelo 2”, con el fin de repensar y de hecho contestar a Ratzel. Pero

esto no debe hacer que se pierda de vista que, en ambos casos, los planteamientos originales son modificados de forma significativa: en el prólogo de la obra el “modelo 1” se convierte, como se ha visto, en vínculo de copertenencia entre solar (*sol*) y cultura (*vie locale*). En el texto que nos ocupa, lo que se había pensado para la especie humana como agente biológico se revela como un marco teórico de interés para dar cuenta del origen y naturaleza de la territorialidad, interpretada como el hecho de que, a despecho de las “simples consideraciones de geología y de clima” (párrafo I, frase 1), ciertas áreas de la superficie terrestre se convierten en territorios, en “individualidades geográficas” a las que se asocia con un pueblo y una historia determinada.

La comparación entre ambos textos tiene otras implicaciones que conviene señalar: si cotejamos este planteamiento con el del prólogo, puede apreciarse que en ambos se concreta una diferente concepción de las relaciones entre humanidad y naturaleza. En el prólogo podía hablarse con propiedad de copertenencia entre solar y cultura. En el texto que ahora se comenta no aparece el término solar ni puede hablarse propiamente de copertenencia. Pero tampoco sería correcto hablar de una unidad entre ambos términos, como en la *géographie humaine*. Aquí no se trata de la especie humana sino nuevamente del pueblo, tal como se entiende en esa época, como una realidad sustantiva con una historia común. Una analogía que refleja bien lo expresado en el párrafo I, especialmente la idea de energía latente en la naturaleza como origen de la territorialidad (frases 3 y 4), es comparar ese argumento con la operación de traducir de una lengua a otra. Igual que en una traducción se trata de mediar entre dos códigos lingüísticos, con el fin de hacer inteligible un texto escrito a un público determinado que no entiende la lengua de origen, podría decirse, siguiendo con esta analogía, que en este párrafo I se quiere expresar y transmitir la idea de que el territorio, como individualidad geográfica, surge cuando determinadas condiciones naturales son “traducidas”, llevadas de la naturaleza a la historia, o, si se quiere, reelaboradas y convertidas en una realidad de orden distinto, en una realidad histórico-geográfica.

4.2.2. Una hermenéutica del paisaje

Las consideraciones anteriores se han orientado al plano de las ideas, de los referentes teóricos que se entrecruzan en este párrafo I de *Question de géographie humaine*. Ahora bien, ¿aporta este epígrafe algo nuevo respecto a la hermenéutica del paisaje planteada en el prólogo de la obra? Cabe suponer, en principio, que si el párrafo I nos ha introducido en un orden de cuestiones que no aparecen en el prólogo, dichas cuestiones tendrán un desarrollo mayor más allá de la parte primera (*Personnalité géographique de la France*), en la parte segunda del *Tableau (Description régionale)*, que conforma el grueso de la obra. Si esto fuera así, dicha parte segunda giraría en torno a tres ejes temáticos: el estudio del solar, como ya se avanzaba en el párrafo III del prólogo; la copertenencia entre solar y cultura, y el tema que ahora se introduce: la formación de un territorio, la existencia de Francia como territorio. Respecto a las dos primeras ya se ha visto que se insertan en una hermenéutica del paisaje. ¿Es este tercer eje temático una excepción?; ¿o bien existe en el *Tableau* una teoría hermenéutica orientada a la cuestión de la territorialidad?

Estas preguntas se hacen más acuciantes cuando se llega, al final del párrafo I, a la frase 6. Esta metáfora tiene especial importancia, pues en ella parece postularse una visión compleja de la territorialidad. La metáfora de la medalla expresaría y sintetizaría el doble significado de *contrée* (traducido aquí como “territorio”): es el lugar que un pueblo habita, entendido como área de extensión, como región o país de procedencia de ese mismo pueblo; pero, al tiempo, *contrée*, al menos en este texto, incluiría también la apropiación simbólica de ese “ser geográfico” por sus habitantes, de modo que, en esa operación, se sientan las bases para la constitución de una nación. En esta dimensión simbólica estaría otra diferencia esencial con Ratzel. La territorialidad sale del ámbito de lo biológico y entra en el de lo simbólico. Por eso se habla de “la efigie de un pueblo”. En cualquier caso, téngase presente que se trata de una hipótesis, sugerida por la metáfora de la medalla.

Por otro lado, dicha metáfora sugiere también que se concibe el territorio como una representación, una imagen. Si el territorio se convierte en “una medalla grabada con la efigie de un pueblo”, ¿significa eso que puede ser recono-

cido, que se convierte en signo que puede ser descifrado y leído mediante una hermenéutica?; ¿o se trata más bien de una metáfora sin implicaciones hermenéuticas, que se limita a expresar la idea vidaliana de territorio?

Es necesario atender al resto de los párrafos para obtener una respuesta. En ellos se pasa del planteamiento teórico al caso concreto, a Francia como territorio. El párrafo II opera una transición entre ambas cuestiones. Se plantea allí que cuando las “relaciones generales” han alcanzado un “grado avanzado de desarrollo”, surge un tipo específico de territorio: el territorio dotado de “personalidad geográfica”. Como en el párrafo I, no aparece ninguna alusión al Estado como cuestión geográficamente relevante. El territorio es concebido de nuevo como un hecho desligado del Estado, siguiendo un camino muy distinto al trazado por Ratzel.

El párrafo III muestra cómo Francia es, de modo precoz, un ejemplo de ese tipo de territorialidad. Pero si se lee con atención, pueden identificarse dos líneas argumentales: el territorio como “ser geográfico”, producto del aprovechamiento de energías latentes, y el territorio como representación. Se hace necesario discernir si de ello se desprenden consecuencias hermenéuticas.

El argumento del territorio como energía latente, que debe ser “despertada”, queda patente en expresiones como “ese estado vago y rudimentario en el que las aptitudes y los recursos geográficos de un territorio quedan en estado latente” (frase 2), estado del cual Francia habría salido precozmente, “antes que otros”. Pero en las frases 3 y 4 vuelven a aparecer metáforas basadas en la asimilación del territorio a una imagen. De hecho, son frases similares a la frase 6 del párrafo I, construidas, como esta última, en torno a una metáfora: la de la frase 4 es especialmente expresiva, al contraponer “los contornos de lo que debía llamarse Francia”, distinguibles ya en la Antigüedad, de “los grandes territorios del porvenir, Escitia, Germania”, los cuales “permanecían en una penumbra indistinta”. Surge nuevamente la cuestión del alcance de estas metáforas que, de forma recurrente, nos sitúan en el orden de la representación y de la imagen. Ciñéndonos a la frase que nos ocupa, nuestra interpretación es que la misma nos remite a otro ámbito del entendimiento vidaliano de la interpretación paisajística, a un segundo eje de la misma, que se une al planteado en el prólogo de la

obra. El conjunto de la frase juega con la contraposición luz-penumbra. Es una metáfora que nos transmite una idea de gran importancia hermenéutica: la carga de la prueba de que Francia ya era un territorio en tiempos antiguos recae sobre el hecho de que “se podían ya distinguir los contornos”, es decir, determinados indicios eran interpretados en el sentido de la existencia de un territorio. Ahora bien ¿quién distinguía esos contornos? ¿por qué podían distinguirse?. Recordemos a este respecto que Vidal ya ha citado al geógrafo griego Estrabón, justo antes del epígrafe *Question de géographie humaine*. Vimos allí que se hacía referencia a ciertas observaciones suyas que servían para apoyar la idea de que Francia es un “ser geográfico”: la facilidad de acceso a los “mares exteriores” y el papel de los ríos como auxiliares que facilitan las relaciones entre mares.

Estas apreciaciones de Estrabón sobre “lo que debía llamarse Francia” adquieren ahora un nuevo significado, si se relacionan con el argumento del párrafo I sobre las energías latentes de los lugares como clave de la territorialidad. Las citadas observaciones del geógrafo griego se revelan como un ejemplo de hermenéutica visual que, en lugar de centrarse en la experiencia del paisaje, se orienta a las formas terrestres, a las características espaciales (forma, posición, distribuciones espaciales...) con el fin de interpretar las energías latentes de los lugares y su grado de aprovechamiento por el ser humano en orden a constituir territorios.

Permanece la duda de si esta hermenéutica, en el *Tableau*, se limita al epígrafe del que proceden esas observaciones de Estrabón (“Valor de las observaciones de los antiguos”, pp. 10-11). Hay sin embargo un hecho que nos despeja la duda: una lectura atenta del capítulo I de la primera parte⁷ de la obra nos permite entender que en el mismo Vidal de la Blache desarrolla realmente una praxis hermenéutica basada en esta orientación.

El capítulo I de la primera parte puede entenderse como una lectura de las dos características espaciales que le dan título. El epígrafe *La forma* (pp. 9-11) concluye justamente en las citadas observaciones de Estrabón, como apoyo al argumento de conjunto del epígrafe: Francia ocupa una porción de la superficie terrestre caracterizada por ser una forma intermedia entre península e isla, las cuales se separan, o casi, de la masa continental propiamente dicha:

“Nuestra imperfecta terminología geográfica no proporciona nombre que pueda aplicarse, si no es metafóricamente, a esos ámbitos que, sin tener la angostura de un istmo, se dibujan como una puerta de un mar a otro” (p. 10).

En cuanto al epígrafe *Rasgos generales de estructura* (pp. 11-16), presenta dos partes claramente diferenciadas. Se comienza por hacer un repaso general a la combinación entre “macizos antiguos” (*anciens massifs*) y “cadenas de plegamientos recientes” (*chaînes de plissements récents*), de forma que en Francia “sus destinos geológicos han estado vinculados por una parte a Europa central, por otra a la Europa mediterránea” (p. 14). Todo ello tiene como resultado una disposición determinada, que se configura como una característica espacial que puede ser interpretada, es decir, descifrada y comprendida:

“Los macizos antiguos con sus tierras silíceas y frías, las zonas calizas de suelo cálido y seco, las cuencas terciarias con la variedad de su composición, se suceden en una feliz disposición. Los macizos no están, como en el noroeste de la Península Ibérica, concentrados en bloque. Las Ardenas, La Armórica, el Macizo Central, Los Vosgos, se alternan con la cuenca parisina, la de Aquitania, la del Saona.” (p. 14).

No es difícil percatarse de que identificar esta “feliz disposición” es una operación de desciframiento, de identificación de pautas visuales (ver *supra*, cap. 1). Pero a la pauta espacial detectada se une la narración descriptiva, orientada a mostrar y hacer comprender los flujos que esa disposición favorece. Tenemos, en primer lugar, los flujos entre áreas vecinas:

“Estas comarcas están situadas, unas respecto a otras, de forma que se puede recurrir a los oficios de la mutua vecindad. El bon pays está todo lo más a algunos días de marcha de la comarca más desfavorecida, cuyo habitante tiene necesidad de un suplemento de ganancias y de sustento. Éste puede encontrar a su alcance lo que en otros territorios haría falta buscar muy lejos, con menos seguridad, con más riesgos. Francia es una tierra que parece hecha para absorber su propia emigración. Una multitud de impulsos

locales, nacidos de las diferencias yuxtapuestas de solar, han actuado de forma que ponen a los hombres tanto a frecuentarse como a conocerse, en un horizonte sin embargo restringido.” (p. 15).

No es difícil reconocer en este texto la narración descriptiva, que permite, en este caso, mostrar y hacer comprender cómo un determinado rasgo espacial, al salir del “estado latente”, sirve de soporte a un abanico de relaciones que constituyen un elemento decisivo de Francia en tanto que territorio.

Pero la “feliz disposición” contiene otras energías latentes, aquéllas que han hecho posible las “corrientes generales” o “vida general” (*vie générale*), gracias a la cual se cohesionan el conjunto del territorio. A esta cuestión se dedica el final del capítulo (*Pasos de circulación general*, p. 16). En el texto siguiente se aprecia la integración entre desciframiento y narración descriptiva y, por tanto, la presencia de una hermenéutica visual:

“Porque la vida general ha encontrado también facilidades en la estructura del territorio. Ella se ha abierto paso por vías que aprovechan los umbrales que separan los macizos y las depresiones, y por las depresiones que flanquean las zonas de plegamiento. El valle del Ródano, sobre el borde exterior de los Alpes, el corredor del alto Languedoc sobre el frente septentrional de los Pirineos, entran en esta segunda categoría. A la primera pertenecen los umbrales que, entre los Vosgos y el Morvan (Borgoña), entre el Limousin y la Armórica (Poitou), separan los macizos antiguos” (p. 16).

En definitiva, este capítulo I de la primera parte confirma que, en *Cuestión de geografía humana*, se presenta un tercer eje temático de la hermenéutica vidaliana. Las capacidades de interpretación se orientan aquí al desciframiento de rasgos espaciales (forma, posición y otros análogos), pero también a comprender cómo las acciones humanas, al aprovechar determinadas potencialidades, las “energías cuyo germen ha depositado la naturaleza” (párrafo I, frase 3), convierten un ámbito heterogéneo desde el punto de vista natural en un territorio altamente cohesionado y articulado, un ámbito dotado de lo que Vidal de la Blache denomina “personalidad geográfica”, en el que las relaciones generales (*rappports généraux*) o vida general (*vie générale*) tienen “un grado de desarrollo ya avanzado”.

Por último, conviene recordar el hecho, bien conocido, de la importancia de Carl Ritter en la formación geográfica de Vidal de la Blache⁸. Parece claro que este tercer eje de la hermenéutica vidaliana es deudor del interés por las formas espaciales del geógrafo alemán. Por tanto, en el prólogo de la primera parte del *Tableau* se entrecruzan influencias diversas: la *géographie humaine* de los artículos fundacionales, el tema ratzeliano de la territorialidad de los pueblos, al que Vidal de la Blache da una orientación muy distinta, desprovista de organicismo y leyes generales; y, por último pero no menos importante, la atención a las formas y configuraciones espaciales, tema de clara filiación ritteriana⁹.

Procede en este momento dar otro paso, sin el cual el presente capítulo quedaría incompleto: dialogar con la literatura crítica, que, especialmente en los últimos años, se ha elaborado en torno a la obra que nos ocupa. A este respecto, cabe señalar que, a pesar de su importancia y la consideración como clásico de la Geografía que le ha acompañado, *El Tableau* ha sido objeto de pocas investigaciones sistemáticas. Sólo en los últimos años ha empezado a cambiar esta tendencia. Nuestro propósito, en el epígrafe siguiente, es mostrar cómo esta literatura crítica, especialmente la más reciente, supone un elemento de validación de las interpretaciones expuestas hasta ahora en el presente capítulo. Los planteamientos y conclusiones de esa literatura crítica apuntan claramente en la dirección de la tesis central que se ha planteado en el presente capítulo: la hermenéutica es la clave y fundamento del *Tableau de la géographie de la France*.

4.3_ La literatura crítica, una validación de la interpretación

4.3.1_ De la canonización al cuestionamiento

En los años próximos a su publicación en 1903, el *Tableau de la géographie de la France* fue objeto de numerosas recensiones, en Francia y otros países, en las cuales, por lo general, se le saludaba como una obra maestra y se reconocía a su autor como maestro de la geografía francesa (Robic y Ozouf-Marignier 2000: 251-254). Algunas, sin embargo, fueron singularmente penetrantes y agudas (*ibid.*, pp. 257-259), al detectar cómo la obra trascendía el interés académico, por el entrecruzamiento entre lo estético, lo científico y lo político.

En los últimos años de la vida de Vidal de la Blache y en las décadas siguientes, se asiste a lo que Robic y Ozouf-Marignier denominan una “canonización” del *Tableau*, que se convierte, para la Geografía francesa, en obra clásica y de referencia, pero que, no obstante, se presenta como inimitable por su perfección. En esta línea, uno de los argumentos recurrentes es el de la “fusión de arte y ciencia”, lo cual supone una desaparición de la dimensión política de la obra, soslayada en la interpretación de un texto que se presenta como canon para una disciplina. En ese sentido se expresaba, por ejemplo, Henri Baulig en la década de los 40 del pasado siglo:

“En su grado de perfección [de la descripción geográfica], la belleza de la forma no hace más que expresar la plenitud, la riqueza secreta del pensamiento. Perfección raramente alcanzada, salvo en las más bellas páginas del Tableau de la géographie de la France. En ese grado, la distinción arte o ciencia, ciencia o arte, se desvanece, de la misma forma que en ciertos escritos filosóficos pensamiento y forma están indisolublemente unidos, de la misma forma que en determinada obra de arte pictórica la pureza de la línea recuerda las armonías matemáticas” (Baulig 1994: 309).

A principios de los años 70 aún dominaba esta visión del *Tableau de la Géographie de la France* como obra cer-

cana al ámbito de lo artístico, y en tal sentido se manifestaba, por ejemplo, Anne Buttimer, mostrando cómo esa visión había traspasado el ámbito de la geografía francesa:

“Su Tableau de la géographie de la France es una obra de arte, una síntesis de experiencias, impresiones y trabajo en el terreno empírico, una Mona Lisa más que una Carta Magna para una geografía humana sistemática” (Buttimer 1980: 73-74).

Un ejemplo que merece especial atención, por su mayor grado de profundidad, es el artículo que Jules Sion, discípulo de Vidal de la Blache, publicó en 1934, titulado “L’art de la description chez Vidal de la Blache”. Para Sion, la plasmación de impresiones sensoriales era el centro del “arte de la descripción” del *Tableau*:

“La síntesis de Vidal se fundamenta en una amplia documentación cuya riqueza (...) sólo es apreciable por los especialistas. Es la obra de un sabio, del que se admira el método riguroso de investigación y la fecundidad de ideas. Pero esta exposición científica sólo revela toda su personalidad en el momento en que se le añade el alma misma de su descripción: la evocación de un paisaje, sugerido más que analizado, y la impresión que de él se desprende. Impresión que no tiene nada de excepcional, que experimentaría cualquier viajero sensible a la belleza de la naturaleza y a los recuerdos del pasado” (Sion 1984: 84).

Partiendo de esto, resulta lógico que las apreciaciones de Sion sobre la experiencia del paisaje en el *Tableau* se circunscriban a las cuestiones propias de la transmisión y evocación de las cualidades visuales y sensoriales de los paisajes. Respecto a esta cuestión, hace un recorrido por temas diversos: la mayor idoneidad del lenguaje natural

respecto a los términos técnicos, la brevedad y “discreción” de las descripciones, que evitan el pintoresquismo y los efectos fáciles, o el uso de frases eufónicas.

Sin embargo, el punto de mayor interés del texto de Sion es la idea de que “el arte de Vidal consiste menos en pintar que en evocar” (p. 86). La clave de la evocación reside en la capacidad de provocar en el lector “el retorno en el presente de una impresión de antaño” que reaviva en nuestra memoria el cúmulo de sensaciones a ella asociado. Se trata pues de suministrar una llave a nuestros recuerdos, que nos permita “recordarlos [los paisajes], si los hemos visto”, o bien “imaginarlos por nuestro conocimiento de paisajes análogos”. Para ello cualquier sensación es válida, de ahí que, de acuerdo con esta interpretación, Vidal de la Blache no se ciña a lo visual e incorpore las sensaciones sonoras, olfativas e incluso la sensación táctil, “inscrita en los músculos”, de caminar sobre caminos, senderos o rocas de textura diversa.

Se podrían aducir muchos más ejemplos, especialmente ahora que se conoce bien la recepción de la obra en diversos ámbitos y momentos (Ozouf-Marignier y Robic 2000: 251-270). Pero los ejemplos aquí incluidos bastan para hacerse una idea de la pauta que durante décadas ha dominado las apreciaciones, más que las investigaciones, sobre el *Tableau*: era considerado el producto de un talento individual, capaz de compaginar la sensibilidad artística con la profundidad científica.

La etapa de canonización puede darse por terminada en los años 70 del pasado siglo. En esa década empiezan a plantearse perspectivas que cuestionan abiertamente la idoneidad científica de la escuela geográfica francesa. El *Tableau* se convierte así en blanco de cuestionamientos radicales, por parte de autores que postulan perspectivas alternativas. Es el caso por ejemplo de George Bertrand, promotor de un entendimiento sistémico de la Geografía Física. Así escribía sobre el *Tableau* en 1975:

“[El *Tableau*] es la obra específica del maestro de la geografía francesa. No se la puede tocar. Desde Vidal de la Blache y su exégeta historiador Lucien Febvre, parece que todo ha sido dicho sobre los caracteres geográficos del campo francés

y sobre las relaciones históricas anudadas entre los campesinos franceses y el espacio que ellos cultivan (...). Debe rechazarse la actitud clásica y cómoda que consiste en adherir, bajo forma de *tableau*, una introducción geográfica a una obra de historia. En efecto, el *tableau* geográfico ha sido a la vez la consecuencia y la causa de una concepción bloqueada del hombre y del medio (...). Dramatizando las relaciones del hombre y la naturaleza, se ha anquilosado la reflexión y la investigación en ese dominio” (Bertrand 1975: 37-39).

Yves Lacoste adopta, en esa misma década, otra línea de ataque a la geografía vidaliana y postvidaliana. En este caso, el *Tableau* es visto como el ejemplo inaugural de la “geograficidad restringida” (Lacoste 1979: 80), de la cual la geografía académica es juzgada culpable. Como es sabido, Lacoste preconiza en esos momentos, a través de la revista *Hérodote*, una concepción de la geografía como saber estratégico orientado a los problemas del poder y la acción. En ello residiría, según él, la verdadera naturaleza del saber geográfico, contrapuesta a la “geografía de los profesores”. A este respecto, Lacoste considera que, en el caso de Vidal de la Blache, pueden apreciarse estos dos modos de entender el saber geográfico: al *Tableau de la géographie de la France* (1903) se contrapondrá *La France de l’Est* (1917), considerado por Lacoste el verdadero gran libro de Vidal de la Blache, y que sí respondería a los auténticos fundamentos epistemológicos de la Geografía.

Así pues, durante décadas, la valoración del *Tableau* ha oscilado entre la canonización y el cuestionamiento radical. Pero es una obra que ha permanecido de hecho desconocida y que, en lugar de ser investigada y leída en profundidad, ha sido objeto de valoraciones generales puestas al servicio de diferentes discursos de legitimación, bien de una disciplina (la geografía postvidaliana anterior a la Segunda Guerra Mundial), o bien de proyectos científicos específicos (la ecología sistémica de Bertrand o la geopolítica de Lacoste, ambos en la década de los 70). Así pues, a finales de dicha década, todo estaba por hacer: desde análisis centrados en cuestiones específicas hasta interpretaciones de conjunto basadas en un conocimiento profundo de la obra. Es desde entonces cuando empiezan a remediarse estas carencias.

4.3.2_ La época de las caracterizaciones generales

La década de los 70 registra, junto a los ataques y cuestionamientos, los primeros atisbos de literatura crítica en torno al *Tableau*. Un primer hito en este proceso es el prefacio de Paul Claval (1979: I-XXII) a la reedición facsímil de la obra, en el contexto de la reedición de la *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*, por la editorial Tallandier.

El prefacio que nos ocupa incluye una presentación general de la trayectoria de Vidal, pero su tesis fundamental es que el *Tableau* es el máximo exponente de un entendimiento de la Geografía configurado años antes en el que se entrecruzan influencias diversas. Ese modo de entender la Geografía es caracterizado como sigue:

“Para él la geografía no es un estudio del marco físico desligado de toda preocupación social y económica, del mismo modo que no es una descripción de las construcciones sociales desligadas del medio del que ellas extraen sus fuerzas o en las que se inscriben mediante paisajes organizados. La geografía humana es análisis de los grupos sociales captados en su existencia concreta, en su utilización del entorno y en los movimientos que los animan. Desde el principio del libro, Vidal expone reflexiones que ilustran su trabajo: se distinguen dos niveles de vida y de organización social: el de las relaciones locales y el de las corrientes generales” (Claval 1979: XV).

Partiendo de esta base, el prefacio analiza los contenidos del *Tableau*, ofreciendo de este modo un cuadro general de los mismos. Es en la identificación de tres ejes argumentales (cuadro geológico, relaciones locales y corrientes generales) donde reside el valor de esta aportación. Esto supone un importante avance respecto a muchas valoraciones anteriores, antes reseñadas, en las que no se pasaba de la valoración general y en las que no se identificaban líneas argumentales y conceptos vertebradores.

A mediados de los 80 se registra otro paso adelante en la literatura crítica sobre el *Tableau*. Ello se debe a la serie *Lieux de Mémoire*, que va apareciendo entre 1984 y

1992. Esta serie, dirigida por el historiador Pierre Nora, ha tenido una gran influencia posterior y ello se debe la difusión del concepto que le da título. Por “lugar de memoria” cabe entender cualquier núcleo significativo (tanto material como inmaterial) para la memoria y la identidad colectivas, caracterizado por ello por su estabilidad y duración a través de las generaciones. En palabras de Pierre Nora:

“Los lugares de memoria son, ante todo, restos (...). Museos, archivos, cementerios y colecciones, fiestas, aniversarios (...), monumentos, santuarios, asociaciones, son los cerros testigo de otra época, ilusiones de eternidad. De ahí el aspecto nostálgico de estas empresas de piedad, patéticas y glaciales. Son los rituales de una sociedad sin ritual; sacralidades pasajeras en una sociedad que desacraliza; fidelidades particulares en una sociedad que se deshace de los particularismos; diferenciaciones de hecho en una sociedad que nivela por principio; signos de reconocimiento y de pertenencia grupal en una sociedad que tiende a no reconocer más que individuos iguales e idénticos” (Nora 1984: XXIV).

La obra abarca, partiendo de esta premisa, un amplio abanico de temas referidos siempre a Francia, entre ellos el de la Historia y la Geografía como disciplinas que durante la Tercera República contribuyen a conformar la conciencia nacional, a través de lugares de memoria de gran relevancia, como el propio *Tableau de la géographie de la France* y la obra en la que se inserta: la *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*.

Es en este contexto donde aparece el texto de Jean-Yves Guimar (1986: 569-597) sobre el *Tableau* vidaliano. Es un texto de índole similar al de Claval, una visión e interpretación de conjunto. Su mayor punto de interés, es que, quizá por estar escrito por un autor ajeno a la Geografía¹⁰, le es posible percibir otros matices ausentes en el texto de Claval, más centrado en los aspectos específicamente geográficos. La visión que así se obtiene tiene el interés de que da cuenta de la complejidad de niveles y planos de lectura que permite el *Tableau*. Éste aparece retratado como una obra multidimensional¹¹, con valores artísticos, portadora de pensamiento científico pero también de un mensaje político.

Sin embargo, es el tratamiento de este último tema el que supone una innovación, pues, como se ha visto, la dimensión política de la obra había quedado oculta y soslayada durante la etapa de canonización. Este texto es pues el primer ejemplo de literatura crítica que pone de relieve que “se trata de una obra más comprometida políticamente de lo que parece a primera vista” (Guiomar 1986: 595), y que destaca la conexión de ciertos argumentos de la obra con el proyecto de integración nacional de la Tercera República. Desde esta premisa, Guiomar traza un perfil intelectual y político del propio Vidal de la Blache, de interés para situar la obra que nos ocupa en relación con su contexto histórico inmediato

“Conocemos bien su entorno intelectual y político. En esos bastiones de la República que son la Escuela Normal y la Sorbona, él es un colega muy próximo a Lavissee, Rambaud, Langlois, Seignobos... Aunque apenas se comprometió, su dreyfusismo es seguro. Y si Armand Colin es el editor de sus principales obras, eso no es un azar: Colin es republicano mientras que Delagrave publica a liberales más conservadores y Mame la corriente católica. En cuanto a Hachette, otro gran editor de geografía, apenas está marcado políticamente. El pensamiento vidaliano llegará también a esa otra gran institución de la III República que es la Escuela libre de ciencias políticas, donde Vidal enseña a partir de 1909, y donde su discípulo André Siegfried se hará cargo de la geografía.

Sin embargo, sus relaciones con los discípulos de Frédéric Le Play, su interés por las cuestiones coloniales, y sobre todo por las posibilidades solidaristas expresadas en el regionalismo, en asociaciones de toda clase (...) nos pintan un hombre preocupado de sobrepasar los posicionamientos políticos estrictos para situarse en una posición propiamente nacional (...).

*La geografía de Vidal de la Blache participa del pensamiento y de la práctica republicanas de las ciencias del hombre en lo que ellas tienen por más urgente: cimentar el patriotismo. Hay un acuerdo profundo entre el *Tableau* y el ardiente pensamiento nacional que inspira toda la*

obra de Ernest Lavissee, incluso si hay en Vidal más flexibilidad, más amor por el matiz que en su colega historiador (...).

*Es [el *Tableau*] la expresión de un pensamiento radicalmente espiritualista, que toma partido por la gran corriente que desde mediados del siglo XIX intenta edificar frente al catolicismo una moral, incluso una religión natural. Es ahí donde toma sentido el recurso de Vidal al pensamiento de la contigencia y a sus fundamentos neokantianos, como ha mostrado Vincent Berdoulay” (Guiomar 1986: 593-594).*

Las aportaciones que venimos reseñando en el presente epígrafe son ante todo caracterizaciones generales, pero, en general, plantean pocos elementos acerca de la relación entre el *Tableau* y la hermenéutica. Sin embargo, en un artículo publicado a finales de los años 90 sí encontramos elementos interesantes de validación de las interpretaciones planteadas en 4.1. y 4.2.. En dicho artículo (Laplace-Tretyure 1998: 75-82), publicado en la revista portuguesa *Finisterra*, se plantean temas que entran de lleno en la hermenéutica. En ese contexto, se aborda una caracterización general del *Tableau*.

El punto de partida de esta aportación es la idea de que en la aprehensión de los lugares el geógrafo se ve confrontado a una situación que la autora denomina “alteridad”, la cual es constitutiva de la Geografía:

“Más allá de la diversidad de epistemologías y de géneros en geografía, ¿puede concebirse un discurso que tenga que tener al hombre o a las sociedades humanas por “objeto” que estuviera al mismo tiempo desprovisto de todo rastro de relación con el otro y, más ampliamente, con la alteridad? (...) Entre las experiencias vinculadas al desplazamiento, está la de la alteridad que aquél permite hacer, aprehensión de la diversidad de los individuos, de las cosas y de los lugares, en los que éstos tienen de diferente y nuevo, incluso quizá de inédito, y que les hace objetos difíciles de pensar y de comunicar (...). Cuando nos interesamos en la escritura académica, me parece impor-

tante identificar bien esas dos figuras de alteridad que son el Otro-Habitante y el Otro-Lector, que no pertenecen necesariamente al mismo lugar o a la misma cultura, y que no disponen del mismo universo de referencia. El geógrafo dice en efecto algo a propósito de alguien a otro; es un transeúnte entre mundos que busca hacer conmensurables, el mundo del Otro-Habitante, y el mundo del Lector” (Laplace-Treuture 1998: 76-77).

Es evidente que se trata de una situación hermenéutica, similar a la planteada en el capítulo 2 de la presente investigación, a propósito de la comprensión de la subjetividad como mediación entre dos tramas de referencia.

Partiendo de esta premisa, la autora hace algunas apreciaciones acerca del *Tableau*, como ejemplo de escritura académica que incorpora la alteridad. Para la autora tanto el Otro-Habitante como el Otro-Lector son incorporados a dicha obra:

“En Vidal, la observación (la acción de ver y las descripciones que de ello resultan) se inscribe fundamentalmente en una relación abierta al otro, a otras aprehensiones de los lugares; Vidal mira a la vez “con” y “como” el otro. “Como” el Otro, el no especialista, cuando apela a una mirada integradora y evoca el paisaje a través de un repertorio de formas conocidas y culturalmente aprobadas. “Con” el Otro porque no rechaza esta aproximación sensible, pero sin originalidad, de los lugares. Así pues, la mirada juega aquí un papel esencial (...). Pero el ojo del geógrafo no es omnisciente (...). Al contrario, esta escindido: el otro habita esa mirada, lo interroga, lo vuelve plural sin poner en peligro al enunciador en su identidad discursiva. En efecto, en ningún momento, el texto vidaliano introduce una confusión de registros o de géneros: el propósito es totalmente científico, pero, y ahí está su modernidad, ampliamente abierto a la alteridad” (Laplace-Treuture 1998: 80).

En términos hermenéuticos, y de acuerdo con la interpretación planteada en 4.1 y 4.2, lo que aquí describe la autora es producto del peso que tiene en el *Tableau* la reconstrucción hermenéutica: ésta supone precisamente reconstruir, por así decirlo, una vida ajena, la vida de los territorios, que implica precisamente incorporar actividades y percepciones múltiples. Al adoptar una perspectiva hermenéutica, el texto hace hablar al paisaje o a las imágenes geográficas, dándoles la palabra sin imponer un molde conceptual o metodológico rígido.

4.3.3 _En el laberinto de las formas

4.3.3.1 _Introducción

En la evolución de la literatura crítica sobre el *Tableau* supone un salto cualitativo el volumen colectivo *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*, publicado en 2000 por el *Comité des travaux historiques et scientifiques* y dirigido por Marie-Claire Robic. La diferencia con sus predecesores es patente. Se trata de una suma de estudios que se centran en aspectos específicos, en lugar de una visión de conjunto, a la que se suman interpretaciones basadas en un conocimiento detallado de la obra. Destaca asimismo el carácter pluridisciplinar de sus aportaciones, en las que concurren geógrafos, filósofos e historiadores de la literatura.

Este volumen colectivo merece especial atención, en primer lugar por su mayor nivel de detalle y su amplitud temática respecto a aportaciones anteriores. En segundo lugar, es significativo constatar que casi todos los capítulos entroncan de alguna manera con las cuestiones que suscita la hermenéutica. Ello no quiere decir que se utilice el concepto de hermenéutica y la teoría hermenéutica como referentes teóricos. De hecho, uno y otra, salvo referencias muy puntuales, están prácticamente ausentes de la obra; pero ello no impide que, por decirlo así, en algunos pasajes se llegue a las mismas puertas de esta temática. Es por ello que ante este conjunto de aportaciones no cabe limitarse a sintetizar sus consideraciones y análisis. Es necesario algo más, un diálogo crítico entre la interpretación que en esta investigación se propone, en relación con la teoría hermenéutica que sustenta el *Tableau*, y los análisis e interpretaciones del volumen dirigido por Marie-Claire Robic.

A este respecto, es necesario también tener en cuenta las virtudes y limitaciones inherentes a un volumen colectivo. La diversidad de autores y de formaciones de los mismos es sin duda un elemento de enriquecimiento y de apertura de nuevos horizontes. Obtenemos de esta forma una imagen poliédrica y multidimensional de la obra. Esto, sin embargo, también conlleva la limitación propia de los volúmenes colectivos: es inevitable que estén expuestos al riesgo de dispersión, de forma que no se retenga un hilo conductor, una tesis central en torno a la cual se articulen todas las aportaciones. Se hace pues necesario mostrar que la obra sí tiene ese hilo conductor, aun cuando no esté explicitado. Es desde la interpretación antes propuesta, desde la tesis de que el *Tableau* se sustenta en una determinada teoría hermenéutica, como puede darse cohesión al conjunto de aportaciones que integra la obra, de forma que adquieren unidad en tanto que aspectos y consecuencias de dicha teoría¹².

El volumen colectivo dirigido por Robic se divide en once capítulos, que pueden clasificarse como sigue:

1. Capítulos I-II: en ambos se continúan y profundizan los temas planteados por Sion, el “arte de la descripción”, es decir, el peso de la experiencia del paisaje en el *Tableau*.
2. Capítulos III a VI: estos capítulos analizan cuestiones asociadas a la interpretación de las experiencias del paisaje. Puede decirse que se pasa del desciframiento a la reconstrucción, así como al propio horizonte conceptual de Vidal de la Blache.
3. Capítulos VII a X: en estos cuatro capítulos se pasa del análisis de temas específicos a la interpretación de conjunto, con el fin de proporcionar un cuadro general de las claves contextuales, temáticas y epistemológicas que permiten, para sus respectivos autores, entender el *Tableau*.
4. Capítulo XI: el último capítulo se ocupa de la recepción del *Tableau* a lo largo del siglo XX, en la Geografía y fuera de ella. No será objeto de análisis y comentario, en la medida en que no se ocupa propiamente de la obra sino de cómo ha sido valorada y percibida.

Nuestra exposición seguirá la pauta marcada por esta clasificación. Como se ha dicho, no es una mera exposición sino un diálogo crítico, que busca dar cohesión a todas las aportaciones de esta obra colectiva desde una de las tesis centrales de la presente investigación, en tanto que por esa vía se obtiene un elemento relevante de validación.

4.3.3.2_Nuevas dimensiones del arte de la descripción

Comencemos pues por los dos primeros capítulos. Vistos conjuntamente, nos ofrecen una visión del “arte de la descripción” vidaliano que avanza algunos pasos más allá de la interpretación que hizo Jules Sion en los años 30 (ver *supra*, 4.3.1) Éste, como antes se ha visto, se centraba en las impresiones sensoriales asociadas a cada región o comarca. En estos dos capítulos este tema reaparece, pero la perspectiva se enriquece.

A este respecto, el capítulo I (Tissier 2000: 19-31) nos sitúa ante el carácter central de la experiencia del viaje en la obra. Pero el punto de vista es diferente al de Sion. Lo que plantea este autor es la importancia de las prácticas de escritura asociadas a la experiencia de ver cambiar el paisaje, a las transiciones y gradaciones, o los cambios bruscos. En suma, a todo lo que supone movimiento, transitar de un lugar a otro. Partiendo de esta premisa, el autor repasa algunas de las prácticas de escritura que acompañan en el *Tableau* a la experiencia del viaje. Plantea, entre otras cuestiones, la abundancia de verbos que remiten a esa experiencia (“acceder”, “aproximarse”, “ver”, “adivinar...”) y la presencia significativa de adverbios asociados tanto a la progresividad (“progresivamente”, “gradualmente”, “más o menos”) como a la ruptura (“de golpe”). Se trata pues de una ampliación de la perspectiva de Sion sobre el “arte de la descripción”.

El capítulo II (Loi 2000a: 33- 57) parte de la premisa, no explicitada, de que Vidal de la Blache, al escribir la parte segunda del *Tableau*, no se ha limitado a describir diferentes regiones, sino que además ha elaborado y transmitido una determinada percepción del conjunto de Francia, lo que actualmente se denomina una representación cultural. Es un punto de partida interesante, pues introduce la idea de que la visión de conjunto de Francia no se limita a la primera parte y a la conclusión de la obra. También la segunda parte elabora una interpretación de esa índole.

Según Loi esta representación cultural pivota en torno a tres ejes: el denominado “gradiente Nordeste-Suroeste”, la distinción entre lugares atractivos y lugares repulsivos y lo que el autor denomina una “poética naturalista”.

Respecto a la primera cuestión, comienza el autor por la diferenciación espacial (*découpage*) propuesta en la 2ª parte de la obra, aportando diversos mapas que la representan gráficamente (Loi 2000: 35-37). A ello se añaden otros mapas que representan los “espacios ignorados” (p. 38) y otro que representa los “espacios franceses según el número de páginas que les concede Vidal de la Blache” (p. 40). Todos estos análisis y representaciones permiten identificar el mencionado gradiente Nordeste-Suroeste. Interpreta el autor que dicho gradiente se debe a algunos de los argumentos generales que pueden identificarse en la segunda parte de la obra. Un primer grupo de dichos argumentos son la importancia de las influencias germánicas, que entran en Francia justamente por el Nordeste, así como el eje Provenza-Mar del Norte, al que ya se hacía referencia en la primera parte. Un segundo grupo remite a los rasgos originales del Oeste y el Sur: el individualismo de “los campesinos del Oeste” (pp. 42-45), o el “fracaso político del Midi” (pp. 45-46), el hecho de que en esa parte de Francia no se haya consolidado ninguna entidad política duradera.

Si se presta atención a esta interpretación, se llega a la conclusión de que estamos ante un hecho derivado de la constitución de la teoría hermenéutica del *Tableau*. Dicha teoría, como se ha visto, se configura en torno a tres ejes: la interpretación del *aspect*, la experiencia del paisaje, como clave de acceso a la *vie locale*, y las relaciones y formas espaciales (forma, estructura, posición...), como punto de partida para descifrar y reconstruir los hechos de naturaleza territorial (*vie générale*, personalidad geográfica...). Ello implica necesariamente un tratamiento diferencial. Son los espacios del Nordeste los que tiene mayor intensidad de *vie générale*, a lo cual se añade su propia *vie locale*. En aquellos casos en los que Vidal de la Blache interpreta que la primera tiene un menor nivel de complejidad, o que apenas tiene importancia, resulta lógico que el número de páginas sea menos extenso. No está más que aplicando los principios de su teoría hermenéutica.

El gradiente Nordeste-Suroeste supone una interpretación a nivel de lo que el autor denomina “divisiones de pri-

mer orden” y “divisiones de segundo orden”. Las primeras incluyen tanto la estructura del *Tableau* en cuatro libros: “Francia del Norte”, “Entre los Alpes y el Océano”, “El Oeste” y “El Midi”. Las segundas corresponden a las grandes divisiones derivadas del armazón geológico, que orientan el escalón intermedio entre libros y capítulos¹³.

La segunda parte de esta aportación de Loi se dedica a las valoraciones relacionadas con las divisiones de tercer y cuarto orden: las primeras son las introducidas por la región descrita en cada capítulo (las regiones “históricas”, como Normandía, Borgoña, etc.); las segundas, los *pays* u otras divisiones internas a cada capítulo. Sostiene el autor que a través de estas divisiones se articula y transmite una distinción entre “los espacios del más alto atractivo y los de la más grande repulsión” (p. 46). Entre los primeros se encuentran aquellos espacios en los que se aúna el uso armónico del solar y el prestigio histórico (Laon y Soissons; val d’Orléans, Turena,). Entre los segundos, las áreas forestales y poco pobladas. Esta valoración debe verse de nuevo en el marco de la teoría hermenéutica del *Tableau*. Desde el marco conceptual que vertebra la obra (*sol, vie locale, vie générale*), es posible entender que los lugares de mayor atractivo lo son justamente porque aúnan una *vie locale* pujante con un dinamismo histórico, consecuencia de su inserción en la *vie générale*.

Algo análogo ocurre cuando se pasa al nivel más fino de diferenciación espacial. En este nivel Loi se centra en la fijación de impresiones sensoriales. Plantea ejemplos diversos de evocaciones que transmiten la sensación de hostilidad, procedentes de regiones diversas (“ásperos granitos” del Macizo Central, landas del Suroeste...). Estas evocaciones son vistas por el autor como ejemplo de una “poética naturalista”. Pero se trata en realidad de una de las consecuencias de la dimensión lingüística de la hermenéutica. Recordemos que, al final del prólogo del *Tableau*, aparece la hermenéutica en tanto que proceso de ensanchamiento de nuestra experiencia lingüística del mundo, a través, en este caso, de la experiencia del paisaje. Las impresiones sensoriales forman parte de esa experiencia y, por otro lado, pueden ser vistas como una modalidad de desciframiento en la que la impresión sensorial refunde a través de una sola sensación los rasgos propios de una comarca o región. Es todo eso lo que está presente en esta cuestión de la “poética naturalista” reseñada por Loi.

4.3.3.3_De las imágenes a su interpretación

El capítulo III (Robic 2000b: 59-75) plantea el tema de la temporalidad en el *Tableau*. Pero un examen atento del marco conceptual que identifica la autora en relación con esta cuestión (pp. 59-62) nos permite ver que a través de él se traza un mapa de aspectos esenciales de la teoría hermenéutica del *Tableau*. Lo que identifica de hecho Robic son las diferencias entre la *vie locale* (la copertenencia entre solar y cultura) y la *vie générale* (las relaciones de larga distancia que hacen posible la configuración de individualidades geográficas), como universos de significado a los que la hermenéutica vidaliana permite acceder.

La *vie locale* queda resumida en dos modos de temporalidad¹⁴: los que la autora denomina “ecumene” y “generaciones”. El primero remite a la precocidad del poblamiento en Francia, anterior a otras partes de Europa, y el segundo a la continuidad del poblamiento a lo largo del tiempo. Es la temporalidad que se recogía en el párrafo II del prólogo del *Tableau*: el vínculo entre *sol* y *vie locale* tenía allí un carácter casi inmemorial. Se trataba de un vínculo de copertenencia por el cual una determinada identidad cultural, según Vidal de la Blache, se ha ido configurando desde antiguo.

Robic identifica otros tres modos de temporalidad¹⁵: “recursos”, que no son otra cosa que el potencial del solar para la territorialidad, es decir, para la configuración de individualidades geográficas; “civilización” expresa la apertura a la *vie générale*; por último, “modernidad” sintetiza según Robic la percepción de Vidal de la Blache, recogida en las últimas páginas de la obra¹⁶, de que en su época la *vie générale* había alcanzado una dimensión hasta entonces desconocida, como consecuencia de la revolución en los modos de transporte. Es pues un caso particular del modo “civilización”. Por tanto, este segundo grupo recoge en realidad el carácter latente de los territorios, de lo que en el prólogo de la parte primera se denomina “individualidad geográfica”, así como las consecuencias geográficas del aprovechamiento de esa latencia: algunas áreas se integran en relaciones generales, mientras que otras no lo hacen, o lo hacen de forma insuficiente. Por tanto, conceptos como “civilización” o “modernidad” vehiculan ante todo un significado geográfico, relacionado con la *vie générale* y, por tanto, con la teoría hermenéutica vidaliana.

Los otros tres capítulos de este grupo nos ilustran acerca del papel y finalidades de la narración descriptiva. El capítulo V (Loi 2000b: 107-117) trata la cuestión de los “caracteres generales de la causalidad vidaliana”. El tema es tratado como una cuestión con entidad propia, diferenciada del “arte de la descripción”. Al enfocar el tema de este modo, resulta lógico que el autor detecte y censure la escasez de regularidades, señalando cómo, a su juicio, es imposible llegar a ninguna generalización (pp.110-112). Pero ello debe verse como el resultado de la opción por la hermenéutica, cuyo fin no es detectar regularidades, sino ampliar y enriquecer nuestra experiencia lingüística del mundo.

En realidad cabe plantearse si es apropiado hablar estrictamente de causalidad o multicausalidad. Si nos atenemos al marco conceptual del capítulo 1 de esta investigación y a la teoría hermenéutica del *Tableau*, expuesta en 4.1. y 4.2., la dificultad para generalizar es más bien muestra de la importancia de la narración descriptiva y la narración explicativa, en otras palabras, de la reconstrucción hermenéutica. En este ámbito es más adecuado hablar de atributos que de causas (ver capítulo 1). Recordemos que en el párrafo III del prólogo de la obra dice Vidal de la Blache que, respecto al solar, se trata de “poner en relación el aspecto que presenta el solar actual con su composición y pasado geológico”. En ese “poner en relación” está la clave. El pasado se convierte en atributo del presente. Lo mismo puede decirse respecto a la narración descriptiva. El restituir la actividad propia de un objeto o de un hecho geográfico no significa que sea un objeto de explicación. Esa actividad es también un atributo de lo que se describe.

Hay otra consideración que cabe hacer sobre esta cuestión. La denominada imprecisión o vaguedad de las interpretaciones vidalianas es también resultado de que la hermenéutica implica “dar la palabra” al lenguaje natural, a nuestra experiencia lingüística del mundo. La cuestión es si esa opción oculta más que revela, o si saca a la luz lo relevante a costa de ocultar lo accesorio. Ante un texto, por ejemplo, la inclinación natural es comprenderlo, más que analizarlo. Esa es la opción que se toma en el *Tableau* vidaliano, y que este capítulo, de forma indirecta, precisamente por su posición crítica, deja bien patente.

Los capítulos IV (2000a: 78-105) y VI (2000b: 119-125) son obra de Didier Mendibil, geógrafo especializado en iconografía geográfica. El primero de ellos se centra en el análisis iconográfico de las fotografías incorporadas a la edición de 1908 (*La France. Tableau géographique*). La parte inicial y la final están dedicadas a consideraciones estrictamente iconográficas relativas a las mencionadas fotografías, por lo que se salen del marco temático de esta investigación. La parte central, sin embargo, contiene algunas apreciaciones de considerable interés hermenéutico. La tesis que allí se plantea es la siguiente:

“El análisis preciso de la relación texto-imagen en La France. Tableau géographique de 1908 muestra que los procedimientos iconográficos más utilizados por Vidal de la Blache son los de la animación y la temporalización de las imágenes. Estos elaboran una verdadera <<cinemática>> del paisaje. El texto <<moviliza>> la imagen introduciendo el tiempo y el movimiento en los dispositivos iconográficos. (...). Vidal de la Blache da vida a todo lo que evoca” (Mendibil: 2000a: 88).

Es, sin pretenderlo, una buena caracterización de la narración descriptiva, que consiste justamente en animar y temporalizar, en dar vida a aquello que se describe. Lo que queda claro gracias a esta apreciación es que en el comentario de fotografías Vidal de la Blache se comportaba del mismo modo que cuando, en la edición de 1903 del *Tableau*, interpretaba paisajes que el lector no podía ver (esta primera edición no incluye fotografías). En ambos casos, se trata de movilizar una hermenéutica, entre cuyos componentes está la narración descriptiva.

El capítulo VI es una suerte de complemento del IV. Si en éste el tema dominante es el análisis iconográfico, con incursiones en temas asociados a la hermenéutica, en aquél la atención se centra de forma prioritaria en los comentarios que acompañan las fotografías de la edición de 1908. La exposición se centra en ciertos aspectos concretos, de considerable interés hermenéutico, que conviene comentar aun cuando la presente investigación se centre en la edición de 1903. El comentario de fotografías es también una situación hermenéutica, por lo que cabe considerar que, en principio, los análisis y apreciaciones que aquí haga

Mendibil pueden ser valorados desde la teoría hermenéutica del *Tableau*. Según este autor, las pautas que siguen los mencionados comentarios son las siguientes:

1. El “partido por lo visible”. Siempre se parte de la imagen, para luego interpretar o no, en cuyo caso se trata sólo de identificar (es decir, descifrar) lo que se ve. Esto denota el carácter más básico de la hermenéutica vidaliana: lo visible siempre tiene gran importancia, en la medida en que es el carácter a leer, el signo a descifrar y comprender.
2. Los comentarios sugieren una “estética del paseante”. Aparecen de nuevo los juicios de valor, los “lugares atractivos” y “lugares repulsivos”. Pero cabe plantear lo mismo que antes se dijo, en relación con el capítulo II: lo importante es la función hermenéutica de esas impresiones sensoriales.
3. Sigue un tercer grupo de apreciaciones acerca de las ambigüedades o imprecisiones lingüísticas en el *Tableau*, en la misma línea de las apreciaciones de Loi sobre la casualidad vidaliana. A este respecto cabe hacer las mismas consideraciones expuestas arriba. La preeminencia del lenguaje natural, propia de la hermenéutica, implica estas ambigüedades ocasionales. En realidad, son otro indicio de que la hermenéutica es la clave epistemológica del *Tableau*.
4. Otra apreciación que también apunta en esa dirección de la hermenéutica es la siguiente:

“Esta tendencia a la mezcla de géneros se vuelve a encontrar también cuando el autor remonta de una consecuencia visible a su causa invisible insistiendo más sobre la manifestación visual de un fenómeno que sobre su naturaleza misma: así, el autor dice <<al fondo, ligeros movimientos del terreno, cortados por líneas de árboles, son signo de [signalent] la presencia de esas arenas, que la erosión de la cobertura caliza ha puesto al descubierto>> antes que explicar, por ejemplo, por qué la presencia de arena engendra formas vegetales y topográficas específicas y cuáles con las consecuencias” (Mendibil 2000b: 122-123).

Ocurre lo mismo que en el capítulo V, antes comentado. Si no se parte de la premisa de que el *Tableau* está vertebrado por una hermenéutica, hay procedimientos expositivos que parecen incongruentes o ilógicos. Pero el texto de Vidal arriba citado, procedente de un comentario a una fotografía de la edición de 1908, no puede ser más elocuente. Es la impresión sensorial la que se constituye en “fuente de causas”, como postulaba Vidal al final del prólogo de la obra. O, dicho de otro modo, la impresión sensorial se integra en una operación de interpretación, en la que se fusionan el desciframiento (del que forma parte la impresión sensorial) y la reconstrucción hermenéutica.

Tras esto observa Mendibil: “es siempre el espíritu del lugar lo que él busca”. Esta aseveración da ocasión para volver al significado profundamente hermenéutico de esa expresión de “espíritu del lugar” (ver *supra*, 2.2). Es justamente una forma especialmente expresiva de designar un aspecto esencial de la hermenéutica. “Espíritu del lugar” designa, según nuestra interpretación, la comprensión que puede obtenerse al interpretar geográficamente los paisajes, los diversos textos de los que se compone la superficie de la Tierra.

5. El último grupo de apreciaciones de Mendibil sobre los comentarios a las fotografías de la edición de 1908 tiene también un notable interés hermenéutico. El autor constata que un número relativamente importante (22%) de los comentarios se articulan mediante la conjunción adversativa mais (pero, sino). Ello “proporciona a la lectura una impresión de balanceo dialéctico entre afirmaciones que no se contradicen sino que se compensan”. Este empleo se encuentra en dos situaciones: para mostrar que ciertas apariencias son engañosas y para mostrar excepciones a ciertas pautas. Una observación atenta de la cuestión nos revela que es un recurso que permite articular el desciframiento y la reconstrucción hermenéutica, sea en forma de narración descriptiva o de narración explicativa¹⁷.

6. Concluye Mendibil el capítulo VI del siguiente modo:

“Se encuentran pues asimilados el orden del pensamiento y el de la comunicación, la investigación y su vulgarización (...). Vidal de la Blache apoya su aproximación a los paisajes sobre la convicción o el postulado implícito de una trasposición directa y legítima de la esfera científica a la esfera pedagógica. Esta creencia se ancla, por una parte, en la verosimilitud incontestada de la imagen y, por otra parte, en la imbricación institucional de la investigación y la enseñanza en la geografía universitaria de principios de siglo. Habría que preguntarse por tanto si no hubo una confusión de géneros y de pensamiento que ha marcado de forma duradera la función social de la geografía y alterado su práctica iconográfica” (Mendibil 2000b: 125).

Es un texto sumamente revelador, pero, nuevamente, de forma indirecta. La fusión entre conocimiento y comunicación, que Mendibil plantea como problema o, al menos, como peculiaridad que rompe nuestros hábitos intelectuales, es realmente una característica propia de la hermenéutica, pues en este terreno no cabe, como venimos viendo, la separación entre los dominios que aquí son distinguidos como compartimentos estancos.

4.3.3.4_Visiones e interpretaciones de conjunto

Los capítulos VII, VIII, IX y X suponen un giro en el curso de la obra. Como se ha dicho, se centran en interpretaciones de conjunto, más que en aspectos concretos, como hacían los anteriores.

En el capítulo VII (Petitier 2000: 127-150), esta historiadora de la literatura confronta el *Tableau* vidaliano con su antecedente: el *Tableau de la France* (1833), de Jules Michelet. El interés de este capítulo radica en primer lugar en que, aun cuando no sea esa su pretensión, plantea una visión global de la hermenéutica vidaliana, y de sus dos pilares: la interpretación de formas y relaciones espaciales

y la experiencia del paisaje. El segundo centro de interés radica en que se hace la única referencia en todo el volumen al término “hermenéutica”. Es una referencia en la que no se profundiza, pero que confirma nuestra apreciación anterior, en relación con el hecho de que este volumen colectivo se sitúa a las puertas de esa problemática.

En un primer momento, Petitier constata cómo, en la primera parte del *Tableau*, Vidal de la Blache piensa la unidad del territorio francés a partir de la diversidad. En este contexto, la autora contrapone los planteamientos de ambos autores:

“Michelet muestra la paradoja de una variedad creada a partir de un pensamiento de la totalidad (simplificado, el razonamiento es: Francia es diversa porque es un ser completo, un organismo, y porque todo organismo se define por un cierto número de órganos con funciones especializadas) (...). Vidal de la Blache ilustra la paradoja inversa de una unidad pensada según el modo de la variedad: la fragmentación geológica de Francia estimula las micro-circulaciones que aseguran la homogeneidad de su tejido nacional. Es porque Francia es diversa, heterogénea, por lo que es una” (Petitier 2000: 139-140).

Se trata de una síntesis de la primera parte del *Tableau*, en la que, como se ha visto, está presente una hermenéutica orientada a las formas y relaciones espaciales. La “unidad pensada según el modo de la variedad” no es sino un resultado de aplicar dicha hermenéutica.

El análisis comparativo de la segunda parte de ambas obras, dedicadas a las descripciones regionales, sirve también para contraponer a ambos autores:

“Mientras que la descripción de Michelet intenta traducir una experiencia visual no conceptualizada, una lectura no lingüística del paisaje, la descripción vidaliana trata el paisaje como un texto, una lengua a descifrar” (Petitier 2000: 147).

Antes de ello, Petitier ha caracterizado la descripción regional vidaliana como “una hermenéutica y una semiología”, aunque sin mayor concreción sobre qué entiende por

ambos conceptos y sobre su pertinencia de aplicarlos al *Tableau* vidaliano. Se limita a plantear esta apreciación a modo de conclusión de una interpretación anterior:

“En Vidal de la Blache, el desciframiento del paisaje se presentará como una lectura de indicios, es decir, de signos que tienen una relación de contigüidad con lo que representan” (Petitier 2000: 146).

Dice Petitier que Vidal de la Blache “trata el paisaje como un texto”. La frase parece un recurso literario, pero no puede ser otra cosa que una concreción de la afirmación anterior de que la descripción regional vidaliana se presenta como hermenéutica y semiología. Tenemos por tanto en esta interpretación, a pesar de su carácter de breve esbozo, un elemento significativo de validación de la idea de que la experiencia del paisaje es, en el *Tableau* vidaliano, parte integrante de una hermenéutica.

El capítulo VIII (Ozouf-Marignier 2000: 151-181) tiene el interés de situar el *Tableau* en el contexto de la evolución intelectual de Vidal de la Blache respecto a la cuestión de las divisiones regionales de Francia. Plantea esta autora que el geógrafo francés comienza siendo deudor de la tradición de memorias departamentales iniciada a finales del siglo XVII y que pervivía durante el XIX. Posteriormente, su pensamiento evolucionará “en el sentido de una lectura nueva de la realidad, lectura modernista e innovadora”. No se trata de que esta autora pretenda reducir la trayectoria intelectual de Vidal de la Blache a una cuestión concreta, como la de la división regional, sino más bien de mostrar aspectos poco conocidos de dicha trayectoria y de situar el *Tableau* en esa perspectiva.

Centraremos nuestra atención en la primera cuestión, el carácter del *Tableau* de “último avatar de una tradición de descripción regional” (p. 153), pues es la que realmente se relaciona con la obra que nos ocupa. Las memorias departamentales, género consolidado en el siglo XIX persiguen desde sus orígenes a finales del siglo XVII:

“Comprender una comunidad humana (Estado, región u otra) en su totalidad, captada a través de una pluralidad de características: clima, topo-

grafía, organización económica, población, derecho, costumbres, y en su singularidad (...). Los productos de esta estadística deben proporcionar lecciones para la instrucción e información a los gobernantes” (Ozouf-Marignier 2000: 154).

En el siglo XIX este género ha adquirido un gran auge y se ha configurado según ciertos rasgos característicos. Para la autora, algunos de dichos rasgos se repiten en el *Tableau*:

“Estas rúbricas se articulan según dos sistemas de pensamiento privilegiados: el paradigma ecológico, que hace derivar los hechos humanos de la topografía y del clima; y la fisiocracia, que ve en la agricultura y el campesino el fundamento mismo de la identidad territorial. En el conjunto de estas obras, el discurso producido tiende por otra parte a particularizar (cada porción del espacio es mostrada en su individualidad), a identificar (lo que explica la importancia de lo pintoresco pero también de las denominaciones: la cascada de Gimmel resume y simboliza la Corrèze) y a conmemorar (los grandes hombres y los grandes acontecimientos de una región contribuyen a su grandeza y a la de Francia). Tres procesos que se vuelven a encontrar en la descripción regional de Vidal de la Blache” (Ozouf-Marignier 2000: 156).

¿Significa esto que estas memorias se configuraban como una hermenéutica, y que también en este aspecto el *Tableau* es heredero de esa tradición de descripción regional? Es una cuestión que requeriría de una investigación específica. Si nos atenemos al texto arriba citado de Ozouf-Marignier, sólo cabe formular una hipótesis: el hecho de que las “memorias departamentales” repitieran ciertas operaciones que luego se encuentran en el *Tableau* no significa que pueda hablarse propiamente de hermenéutica. Recordemos que uno de sus rasgos definitorios es el hecho de que todas las operaciones de interpretación forman una unidad indisoluble dentro de la cual pueden concurrir diferentes capacidades que contribuyen a un mismo fin: la superación de la extrañeza (ver *supra*, 1.2.5.) Desconocemos si es éste el caso de la tradición a la que aquí se refiere la autora, aunque si nos atenemos a la siguiente apreciación, cabe suponer que no es así, que el *Tableau* podría dife-

renciarse de la tradición de las memorias departamentales precisamente por el hecho de vertebrarse en torno a la hermenéutica, fusionando diferentes capacidades de lectura:

“Es en definitiva del lado de la problemática y de la investigación de causalidades donde es necesario ver la ruptura fundamental introducida por la descripción de Francia por Vidal de la Blache” (Ozouf-Marignier 2000: 157).

El capítulo IX (Robic 2000c: 183-225) plantea otra interpretación de conjunto, que la autora sintetiza en el siguiente texto:

“Recordaremos en un primer momento en qué contexto disciplinar se ha hecho el trabajo del *Tableau*. Luego examinaremos las especificidades espaciales que Vidal de la Blache atribuye al territorio francés, así como los modos de análisis a los que ha recurrido efectivamente. En un tercer momento plantearemos el esbozo de geografía general que él ha trazado para dar cuenta de su tema – el cual pensamos que es el estudio particular de una territorialización, es decir, la producción de un espacio y su apropiación simbólica –” (Robic 2000c: 184).

Puede decirse que para Robic toda la obra es una respuesta a la pregunta con la que se cierra el prólogo de la primera parte del *Tableau*: “¿Cómo un fragmento de la superficie terrestre que no es ni península ni isla y que la geografía física no sabría considerar propiamente como un todo, se ha elevado al estado de territorio político, y se ha convertido finalmente en una patria?” (p. 8). Partiendo de esta premisa, todo el capítulo IX puede considerarse un recorrido completo por el tema de la territorialidad en el *Tableau*, recorrido que comienza por la naturaleza de Francia como individualidad geográfica y termina por lo que Robic denomina apropiación simbólica, es decir, el sentimiento de pertenencia a una individualidad geográfica, por el cual ésta, según los términos de Vidal de la Blache, se convierte en patria.

El epígrafe dedicado a la primera parte (“Las virtudes de una forma: el istmo o interfaz”, pp. 190-206) está dedicado a la naturaleza de Francia como individualidad geográfica,

como territorio. Robic interpreta que la primera parte del *Tableau* está vertebrada por la visión de Francia como una interfaz, término con el que interpreta la posición vidaliana:

“Su verdad espacial [de Francia] sería la estructura de interfaz, que significa fundamentalmente la conexión de las diferencias, en una composición dualista que se repite en cualquier punto del espacio y todas las escalas. Esta estructura resulta de un feliz azar de localización en el globo” (Robic 2000c: 225).

Por otra parte, Robic identifica acertadamente el entronque de la primera parte del *Tableau* con la concepción geográfica de Ritter, si bien no identifica una hermenéutica basada en esa concepción geográfica:

“Como suscita la referencia inicial a Estrabón, su trabajo puede leerse en la perspectiva de una reformulación de las ideas del geógrafo griego y de una tradición formal de la geografía representada por K. Ritter. Resulta de ello que una forma espacial, que el autor llama el <<istmo>> y que calificaremos más ampliamente como <<interfaz>> en razón de la complejidad que le confiere el trabajo vidaliano, resume la esencia de esta geografía de Francia” (Robic 2000c: 190-191).

El tercer epígrafe (“¿Una geografía general de los espacios sociales?”, pp. 206-222) comienza por la cuestión de “las condiciones geográficas de la integración sociopolítica” (pp. 207-212). Se trata básicamente del argumento final de la primera parte: la territorialidad francesa, definida por su naturaleza de interfaz, favorece la sociabilidad y, por ello, la integración sociopolítica. El resto del epígrafe se centra, en cambio, en el tratamiento de la territorialidad en la segunda parte del *Tableau*. Identifica allí dos grupos de cuestiones: la formación de entidades políticas luego desaparecidas, como ejemplo de individualidades geográficas, y las formas concretas que adopta la apropiación simbólica del territorio francés. Los procesos de nominación y cualificación del otro, los lugares de culto popular, las “geografías legendarias” son algunos de los temas recogidos por Robic.

Por tanto, este capítulo, si bien privilegia la cuestión de la territorialidad y no la sitúa en el contexto de una teoría hermenéutica, confirma y amplía nuestra interpretación del inicio de la primera parte. La formación de territorios o individualidades geográficas surge del aprovechamiento de ciertas potencialidades o energías latentes. Las formas diversas de apropiación simbólica se añaden a esto, de forma que el territorio se convierte entonces en el espacio vivido y percibido, en una representación cultural por la cual la individualidad geográfica pasa a otro estadio, el de territorio apropiado simbólicamente por un grupo humano.

En el capítulo X (Besse 2000a: 227-249) comienza su autor por hacer referencia a los debates epistemológicos de la época. Para Besse el *Tableau* toma partido en dichos debates, al partir de la premisa de que la individualidad es un objeto legítimo de conocimiento. Según él, “las primeras páginas del *Tableau de la géographie de la France* sitúan, en un primer análisis, la perspectiva de Vidal de la Blache del lado de una ciencia de lo individual”. Pero es una opción que hay que situar en el contexto del entendimiento de la historia en la Francia del siglo XIX, definida por una “epistemología del esquema nacional”, en la cual la nación se constituye en “esquema cognitivo” que “hace posible la organización del espacio y del tiempo, determina la investigación, la recogida y selección de datos eruditos, y proporciona un principio de construcción del relato”. En este contexto:

“Esta noción de persona o de personalidad constituye el principio organizador del discurso histórico y geográfico (...). Instala un tipo de escritura, distingue con nitidez el sujeto cuya historia es contada y cuyo territorio es descrito, circunscribe el dominio de los acontecimientos y de los aspectos pertinentes para el discurso, señala a la conciencia un objeto de adhesión y reconocimiento. Se trata, tanto para el geógrafo como para el historiador, de narrar y de describir las dimensiones significativas de la <<vida>> de esta <<persona>>, de tal suerte que el lector pueda <<simpatizar>> con ella y reconocerse en ella” (Besse 2000a: 236-237).

Este entronque del *Tableau* con una determinada tradición historiográfica y geográfica tiene sin duda gran interés. En el capítulo VII Petitier ha comparado la obra de Vidal de la Blache y el *Tableau de la France* de Michelet. Allí contraponía la “aproximación fenomenológica al paisaje” de éste con el tratamiento del paisaje como un texto en el caso de aquél. Todo ello apunta a que Vidal de la Blache opera una innovación de gran calado en la tradición historiográfica y geográfica que durante el siglo XIX ha tenido a la nación francesa como tema central. Esa innovación sería configurar el entendimiento de la nación desde una hermenéutica del paisaje, que abarca tanto el plano de la teoría como el de la práctica interpretativa.

El segundo centro de interés del capítulo X está constituido por los conceptos mediante los cuales, según Besse, Vidal de la Blache articula su particular “epistemología del esquema nacional” en torno a dos conceptos: *physionomie* y *sol*. Como antes se ha visto, son dos conceptos fundamentales en la hermenéutica del prólogo del *Tableau*. En este caso, no nos son presentados como parte integrante de una teoría hermenéutica, pero la interpretación que se hace de ambos apunta claramente en esa dirección.

Respecto a *physionomie* Besse recoge su sentido más propiamente hermenéutico. Ejemplo de ello es el siguiente texto:

“[El concepto de persona] no sólo permite al geógrafo presentar un modelo ontológico de la producción de su objeto, y organizar su método y su discurso, sino que además da ese objeto una cara, lo que Vidal de la Blache denomina una *physionomie*” (Besse 2000a: 237).

Respecto al concepto de solar (*sol*), distingue este autor dos acepciones. El solar debe entenderse “por una parte (...) como reservorio, receptáculo, según una dimensión puramente virtual” (Besse, 2000a: 247). Lo que aquí se hace es atribuir a *sol* el sentido que *naturaleza* tiene al principio de *Question de géographie humaine*, en el prólogo de la primera parte del *Tableau*.

Sin embargo, a través de la segunda acepción que le atribuye puede decirse que Besse asimila *sol* al concepto de lugar, tal como éste es entendido en la geografía humanista y cultural contemporánea:

“Por otra parte el solar como impronta, conjunto de huellas, vestigios, indicios, inscripciones, escrituras diversas que hacen del solar una sustancia profundamente humana, profundamente histórica, profundamente simbólica. Es en este acceso al orden del símbolo donde el solar recibe su verdadero estatuto geográfico. El solar geográfico es un espacio simbólico, un territorio sembrado de símbolos” (Besse 2000a: 247-248).

Si bien en este capítulo X los conceptos de *sol* y *physionomie* son tratados de forma diferenciada, la interpretación que hace Besse de los mismos apoya lo que antes se dijo respecto a la conexión que existe entre ambos (ver *supra*, 4.1.2.): la fisonomía (*physionomie*) es la expresión visual del solar (*sol*), el conjunto de signos que, al ser leídos, da acceso a un vínculo de copertenencia, sin el cual, para Vidal de la Blache, el pueblo francés y su identidad cultural no existirían.

4.3.4 _De Francia a España

Dans le labyrinthe des formes supone un hito que, si bien ha supuesto un salto cualitativo, apenas ha tenido continuidad en Francia¹⁸. No obstante, es inevitable que una obra de estas características suscite otras perspectivas y aproximaciones. Por otra parte, hay que tener presente que uno de los efectos del volumen dirigido por Robic ha sido dar a conocer el *Tableau* y su complejidad más allá de Francia.

La concurrencia de ambas circunstancias ha favorecido que en España se hayan publicado trabajos que siguen los horizontes abiertos por *Dans le labyrinthe des formes*, no tanto porque adopten las mismas perspectivas que dicha obra, sino porque también apuntan en la misma dirección: el de los problemas asociados a la hermenéutica. Así, en los años 2005 y 2006 se han publicado por geógrafos españoles dos trabajos acerca del *Tableau*. Tratan temas muy distintos, pero esa diversidad temática puede nuevamente adquirir coherencia y sentido unitario si la consideramos a la luz de la teoría hermenéutica que lo sustenta.

Nicolás Ortega Cantero (2005) traza un cuadro de las coordenadas intelectuales y políticas en las que aparece

la obra: las ideas de Ernest Renan, la valoración del paisaje por la pintura francesa de la época, el *Tableau* de Michelet, la idea de arraigo, a lo cual se suma como factor decisivo el proyecto de integración nacional de la Tercera República. Es una visión panorámica que permite entender la complejidad de referencias que habría que considerar como influencias posibles en la hermenéutica vidaliana. Sin embargo, el núcleo de esta aportación está constituido por el comentario del prólogo y la primera parte del *Tableau*. El autor parte del siguiente presupuesto interpretativo:

“El Tableau de la géographie de la France, publicado por Vidal de la Blache en 1903, constituye una muestra acabada y valiosa de las conexiones establecidas por el pensamiento geográfico moderno entre el paisaje, la configuración -y la memoria- histórica y la identidad nacional. Vidal ofrece, en el Tableau, una reflexión sobre las relaciones existentes entre las condiciones naturales y geográficas de Francia y su caracterización histórica y nacional. Intenta señalar las claves naturales y geográficas, patentes en el paisaje, de la historia de Francia y de su conformación nacional” (Ortega Cantero 2005: 11).

Es desde este presupuesto desde el que se interpreta tanto el prólogo como el conjunto de la primera parte, recorriendo sus temas fundamentales: la caracterización natural del territorio, la importancia de la actuación humana y los rasgos fisonómicos, es decir, “las huellas y signos del paisaje, las claves del carácter histórico y natural de Francia” (p. 28). De todo ello se concluye lo siguiente:

“Porque lo que hace Vidal de la Blache en su Tableau es justamente considerar la dimensión geográfica del nacionalismo. Llega a la conclusión de que las razones geográficas, que cabe resumir en la relación que los hombres logran mantener con su medio natural, son fundamentales en la definición histórica de la nación, en la configuración de los rasgos característicos de la identidad nacional. La geografía es así una fuente de legitimidad nacionalista” (Ortega Cantero 2005: 41).

En un trabajo reciente (Caballero Sánchez 2006) este autor propone un marco interpretativo de las prácticas de escritura del *Tableau*. Se plantea en dicho trabajo la pertinencia de atender a los planteamientos teóricos que, a lo largo de la historia cultural occidental, se han ocupado de la relación entre palabra e imagen, como vía para entender e interpretar las prácticas de escritura propias de la descripción, en la medida en que dichas prácticas son un aspecto compartido por la Geografía y la Literatura. Partiendo de esta premisa, se identifican algunas de las prácticas de escritura más relevantes del *Tableau*, usando como marco teórico de referencia las ideas del escritor y crítico alemán G.E. Lessing (1729-1781), uno de los máximos exponentes en la reflexión teórica sobre la descripción literaria, entendida como representación de imágenes a través de la palabra. Por tanto, este trabajo también apunta en dirección a la hermenéutica paisajística del *Tableau*, pero poniendo el énfasis en la dimensión lingüística de la misma.

NOTAS AL CAPÍTULO 4

1. Vidal de la Blache, Paul: *Tableau de la géographie de la France*. Paris, Tallandier, 1979, XXXII + 403 pp. (facsimil de la primera edición de 1903). Todas las referencias de paginación son a esta edición.
2. Se ha optado por el término, hoy en desuso, de “solar” (en su acepción de lugar o espacio que habita un pueblo) como traducción de *sol*.
3. La numeración de párrafos y frases tiene por objeto facilitar el seguimiento por el lector del comentario de estos textos.
4. Es patente que en este terreno se configura un campo común a la Antropología y la Geografía.
5. En Robic 2000c (p. 188) se incluye una relación de las obras principales de Ratzel, todas ellas reseñadas en *Annales de Géographie*.
6. Los términos de territorio o territorialidad se usan aquí como sinónimo de lo que Vidal denomina “individualidades geográficas”.
7. Sobre la primera parte del *Tableau* ver especialmente Ortega Cantero 2005.
8. Sobre este tema ver Claval 1979.
9. Algunos autores sostienen que Ritter tenía una “concepción hermenéutica del saber” (Ortega Valcárcel 2000: 132). Es una pista para seguir profundizando en la relación entre Ritter y la hermenéutica.
10. Guiomar no es geógrafo sino politólogo.
11. Es evidente que ese carácter multidimensional está relacionado con el hecho de que el *Tableau* se vertebró en torno a la hermenéutica.
12. Por “teoría hermenéutica” se entiende aquí un conjunto de postulados y reflexiones que explicitan una determinada experiencia de apropiación de lo extraño y de ampliación de la experiencia lingüística. En el caso de Vidal, esa experiencia es conocida también gracias a los *carnets de voyage* (Loi, Robic y Tissier 1988).
13. Ver a este respecto el índice incluido en la edición facsimil de la editorial Tallandier.
14. Según Robic, “en 1903, la fractura pasará entre una antigua Francia y una Francia moderna, y no entre un Antiguo Régimen y la Francia de antes de la Revolución. Vidal invalida pues el límite histórico adoptado en esta colección” (Robic 2000b: 62).
15. El texto de Robic aborda también un análisis de las conclusiones del *Tableau* (pp. 67-69).
16. Las conclusiones del *Tableau* (pp. 377-388) no han sido tratadas en la presente investigación, pues apenas tienen interés en relación con la hermenéutica.
17. Al menos si nos atenemos a los ejemplos aducidos por el propio Mendibil.
18. A excepción de Robic 2004, no hemos localizado ninguna aportación posterior significativa acerca del *Tableau* por parte de los autores de *Dans le labyrinthe des formes*.

Reflexión final

La aportación del *Tableau de la Géographie de la France* a la construcción de una teoría hermenéutica del paisaje

1_ La necesidad de una teoría hermenéutica del paisaje

Las últimas décadas han visto el desarrollo de un creciente interés por el tema del paisaje, manifestada en desarrollos teóricos novedosos y también en el desarrollo de nuevas políticas públicas. Uno de los aspectos más llamativos de este proceso es que se ha ido convergiendo hacia un determinado núcleo conceptual: el paisaje es el entorno que nos rodea, pero en tanto que portador de un sentido que nos religa a los lugares que habitamos y, más allá, al conjunto de la Tierra. Es el caso, por ejemplo, de Augustin Berque, cuando en una obra reciente afirma que “nuestro ser común es con mucho el paisaje” (2009: 110) o que “el Mundo se basa en la Tierra y (...) solamente a partir de ahí pueden adquirir sentido y unirse en un medio humano el Bien, lo Bello y lo Verdadero” (2009: 98).

En cuanto al ámbito de las políticas públicas, cabe decir que en el propio núcleo del concepto de paisaje, tal como se expresa en el Convenio de Florencia, está la idea de que los paisajes están básicamente constituidos por “la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos” cuyo resultado es un orden inteligible y comunicable (carácter). Al mismo tiempo, el paisaje es una representación socialmente compartida (“cualquier parte del territorio tal como es percibida por la población”). De ahí que se afirme con frecuencia, en este ámbito, que el paisaje está “en medio”, a medio camino de lo objetivo y lo subjetivo. Esa condición “medial” tiene su fundamento en el hecho de que el paisaje constituye, en esta definición, un núcleo de sentido transmitido, formado por un sistema de interacciones inteligibles, y, al tiempo, por su percepción socialmente compartida a través del carácter.

Sin embargo, y a pesar del indudable interés e importancia de estas aportaciones, puede decirse que existe un “déficit hermenéutico” en la reflexión contemporánea sobre el paisaje, déficit que se manifiesta en dos hechos.

A pesar de que, de forma nítida, el paisaje es entendido como portador de sentido, no se ha llegado a construir una teoría hermenéutica del paisaje (más allá de la referencia genérica al “paisaje como texto” en autores diversos), que incorpore la aportación de la reflexión hermenéutica contemporánea. Esa incorporación, que sí ha ocurrido en otros campos, tales como la historia o los estudios literarios (Ferraris 2000), supondría una ganancia indudable, al fundamentar filosóficamente el concepto contemporáneo de paisaje y clarificar muchos de los debates en torno al mismo.

El segundo foco de “déficit hermenéutico” deriva del hecho de que la reflexión contemporánea no ha integrado la aportación de aquellos episodios del pasado que suponen una aportación al esclarecimiento de la dimensión hermenéutica del paisaje. Dicho de otro modo, se ha desarrollado un corpus teórico-práctico sin conexión o referencia a esos antecedentes intelectuales, que deberían constituir una referencia insoslayable.

Teniendo esto en cuenta, cabe preguntarse por la vía más apropiada para resolver y superar este déficit hermenéutico. Una vía que puede resultar eficaz a este propósito consiste en construir una teoría hermenéutica del paisaje, a partir de los antecedentes arriba mencionados. Se trataría, en definitiva, de interpretar determinados episodios del pasado geográfico, aquellos más afines a la reflexión contemporánea, a través de la teoría hermenéutica contemporánea para, desde ahí, construir una teoría hermenéutica del paisaje. Para conseguir esto, el *Tableau de la Géographie de la France* tiene un valor inestimable.

2_ Una hermenéutica del paisaje en las etapas iniciales de la geografía moderna: el Tableau de la Géographie de la France

2.1 _El Romanticismo y el entendimiento hermenéutico del saber geográfico

El siglo XIX es una de las épocas más fructíferas en el desarrollo de las ideas hermenéuticas. Las reflexiones que comienzan en Schleiermacher continúan en la obra de importantes filólogos (Steinthal y Boeckh) e historiadores (Ranke y Droysen) y culminan en la obra de Dilthey. La relevancia de esta tradición intelectual radica en el peso que adquiere la cuestión del sentido y su comprensión, considerada como el fundamento y tema central de las disciplinas humanísticas.

Teniendo esto en cuenta, cabe preguntarse si esta floración de ideas y desarrollos hermenéuticos pudo afectar a la entonces naciente Geografía, y, especialmente, a aquellos autores germanohablantes considerados como fundadores de la misma, tales como Humboldt y Ritter.

Hay un hecho que hace plausible dar una respuesta afirmativa y formular primeras interpretaciones e hipótesis que deben ser contrastadas y profundizadas: hay una obra, el *Tableau de la Géographie de la France*, en la que convergen claramente (ver *infra*, 3.2) las concepciones geográficas de Humboldt y Ritter, junto con otros desarrollos, tales como la *géographie humaine* vidaliana. Dado que esa obra tiene un carácter claramente hermenéutico, cabe preguntarse si eso es así por hundir sus raíces intelectuales en planteamientos hermenéuticos anteriores.

Parece lógico pensar que la configuración hermenéutica del *Tableau de la Géographie de la France* no surge en el vacío, sino que hundiría sus raíces en la configuración hermenéutica del saber geográfico en Humboldt, Ritter, y en algunos historiadores, tales como Jules Michelet. A pesar de que en el momento de su primera edición (1903) son otras las concepciones geográficas que más influyen, notoriamente el evolucionismo, esta obra recogería, sintetizaría y unificaría la herencia hermenéutica de la etapa inicial de la Geografía Moderna. Es decir, el *Tableau* vidaliano podría

considerarse una hermenéutica del paisaje que se funda en hermenéuticas anteriores, las cuales crean las condiciones intelectuales que la hacen posible, a la vez que confluyen y se fusionan en ella.

A este respecto cabe preguntarse, en primer lugar, por los *Cuadros de la Naturaleza* de Humboldt: ¿hasta qué punto pueden considerarse un episodio que sienta las bases de una hermenéutica de la naturaleza, cuyo influjo cultural se extiende por todo el siglo XIX y parte del XX? Existen algunos indicios para considerar plausible esta hipótesis:

A. La marcada preocupación de Humboldt por las interacciones, por “la comprobación de la acción común de todas las fuerzas”, tal como se dice en el prólogo de la primera edición de la obra, de 1808 (cit. en Puig Samper y Rebok 2003: 26). En ese mismo prólogo se dice que “este placer [de la contemplación directa de la naturaleza] aumenta con la comprensión de las relaciones internas de las fuerzas naturales”.

B. La consideración de la experiencia estética como una experiencia con un valor cognitivo, al mismo nivel que la comprensión antes citada, y necesaria también para alcanzarla. De ahí que, como han puesto de relieve diversas investigaciones, pueda hablarse de una integración de arte y ciencia (Ortega Cantero 2004).

C. La concepción del viajero como mediador entre el lector individual y los lugares visitados por Humboldt. Es éste un papel mediador que permite salvar la alteridad entre el individuo y el mundo en el que vive:

“Estas páginas están dedicadas preferentemente a las almas melancólicas. El que quiera huir de la tormentosa ola vital me seguirá de buena gana a las profundidades de los

bosques, a través de la inmensidad de las estepas y a las altas cumbres de la cordillera de los Andes” (prólogo de la primera edición de los Cuadros de la Naturaleza, cit. en Puig Samper y Rebok 2003: 26).

En definitiva, se hace necesario estudiar los *Cuadros de la Naturaleza* desde una perspectiva hermenéutica, desde la hipótesis de que en esta obra Humboldt sienta las bases de una hermenéutica de la naturaleza con rasgos específicos. Aún no puede hablarse de una hermenéutica del paisaje, pues para ello, como se verá, es necesario explicitar la idea de transmisión y de sentido transmitido a través del tiempo.

La segunda corriente hermenéutica en la que es necesario profundizar es la impulsada por aquellos geógrafos e historiadores preocupados por la cuestión de la geograficidad de la historia, es decir, por el modo en el que la historia universal o la historia de pueblos concretos es inseparable de los marcos geográficos en los que se desarrolla. Se trata de un tema que une a dos autores de perfiles tan distintos como el geógrafo alemán Carl Ritter y el historiador francés Jules Michelet.

En el caso de Ritter, lo sustancial de sus ideas es bien conocido (Capel 1981, Claval 1987): preocupación por las formas y estructuras espaciales, concepción teleológica de la historia y también del espacio geográfico como marco en el que se desarrolla aquélla y de la cual no puede separarse. Estas ideas pueden ser vistas como propiamente hermenéuticas, en la medida en que los lugares, con independencia de su escala, son concebidos como un marco espaciotemporal en el que interaccionan historia y marco geográfico, en el contexto de la historia universal. Esto dota a cada lugar de un sentido a comprender y transmitir lingüísticamente, a través del saber geográfico.

En un sentido similar cabe interpretar el *Tableau de la France* de Michelet (1833) en cuyo título se inspira claramente el *Tableau de la Géographie de la France*. A diferencia de Ritter, a Michelet no le preocupa el sentido de los lugares en el marco de la historia universal, sino el sentido transmitido de un determinado lugar, aquel en el que se ha desarrollado la historia de Francia:

“El alma de un pueblo debe convertirse en el punto central de un organismo; hace falta que se asiente en un lugar, (...) que se armonice con una determinada naturaleza, como diríamos de las siete colinas para esta pequeña Roma (...), que para nuestra Francia son el mar y el Rhin, los Alpes y los Pirineos; ésas son nuestras siete colinas” (cit. en Besse 2000: 235).

Este será también el punto de partida del *Tableau de la Géographie de la France*, que comienza de este modo:

“La historia de un pueblo es inseparable del territorio que habita. No podemos representarnos al pueblo griego de otro modo que en torno a los mares helénicos, al inglés de otro modo que en su isla, al americano de otro modo que en los vastos espacios de los Estados Unidos. Como ello es también así para el pueblo cuya historia se ha incorporado al solar de Francia, eso es lo que se buscado explicar en estas páginas” (*Tableau de la Géographie de la France*, ed. facsímil de 1979, traducción propia).

En ambos casos, lo relevante es el modo en que conciben lo lugares, como marcos espaciotemporales dotados de sentido, el cual debe ser comprendido y transmitido. La concepción de la historia de Ritter pertenece a un determinado contexto cultural, muy distinto al nuestro, pero el núcleo de su concepción de los lugares tendrá una influencia decisiva en el *Tableau de la Géographie de la France*, como ahora se verá, y aún puede dar lecciones importantes, en el contexto de una teoría hermenéutica del paisaje.

2.2_ Una hermenéutica del paisaje: sol y *physionomie* en el *Tableau de la Géographie de la France*

Hasta hace pocos años, no empezó a estudiarse sistemáticamente el *Tableau de la Géographie de la France*, gracias al libro dirigido por M.C Robic (2000), y a aportaciones posteriores también relevantes (Ortega Cantero 2005). Hasta entonces, a pesar de alguna contribución ais-

lada (Guiomar 1986), la obra había sido objeto de apreciaciones genéricas más que de estudios propiamente dichos. Puede decirse que era una obra que, en gran medida, permanecía incomprendida, aun cuando había tenido una influencia relevante en algunos historiadores de la escuela de los *Annales* (Roncayolo 1986).

Una de las cuestiones que, hasta hace poco tiempo, no había sido comprendida en profundidad y explicitada es la del carácter netamente hermenéutico de esta obra. Es necesario sin embargo dar un paso más y poner en relación dicho carácter con las corrientes hermenéuticas de las etapas iniciales de la Geografía Moderna. Una buena vía para ello es el estudio y exposición de los dos conceptos vertebrales de la obra: *sol* y *physionomie*, en la medida en que constituyen los dos pilares de una hermenéutica del paisaje, que integra las aportaciones de las dos corrientes antes reseñadas.

El término *sol* es, en primera instancia, el medio humano² o marco vital con el que interactúan los grupos humanos. Pero, para un intérprete que llega a un medio humano que le es ajeno, la relación que establece con él es, en primera instancia, de alteridad (Laplace-Tretyure 1998) y distancia. Por tanto, en un primer momento, *sol* es, para el intérprete, la experiencia visual y sensorial del lugar, la experiencia de verlo, mirarlo y recorrerlo en tanto que porta un sentido que permanece oculto. Cabría pensar que se trata del valor cognitivo de la experiencia del paisaje, pero no es exactamente así. Es una experiencia multiforme, en la que se incluye la contemplación panorámica, pero también la transición entre paisajes, el acceso a los mismos, su recorrido, el prestar atención a ciertos detalles, la contemplación en movimiento... Se ha dicho con razón que, incluso a nivel lingüístico, el viaje (lo que aquí llamamos experiencia del lugar) es la "filigrana" del *Tableau de la Géographie de la France* (Tissier 2000: 20-31). Pero conviene insistir en el sentido hermenéutico de esa experiencia: se trata siempre de experiencia del lugar, pero en tanto que experiencia de alteridad a salvar y de posibilidad de sentido.

Hay otra alteridad que también está presente en *sol*: nos referimos a la distancia entre el intérprete y las experiencias anteriores que han constituido el lugar que se está visitando. En definitiva, el lugar como expresión de una determi-

nada geograficidad, la cual, recordemos, es la cuestión que preocupa a Ritter y Michelet. Es ésta una cuestión especialmente importante desde un punto de vista hermenéutico, pues implica que los lugares están dotados de un sentido transmitido a comprender y ejecutar lingüísticamente.

Si en *sol* convergen dos tipos de alteridad, en *physionomie* convergen los dos núcleos de sentido transmitido que permiten salvar aquéllas, núcleos de sentido que entroncan con los que centraron la atención de Humboldt y Ritter. De este modo, la *physionomie*, como sentido transmitido, incluye el conjunto de interacciones o combinaciones que configura un paisaje, así como la geograficidad propia de ese lugar. Esta geograficidad, que se desglosa en *vie locale* y *vie générale*, constituye una parte sustancial del sentido transmitido propio de los lugares, de un modo similar a Ritter o Michelet, pero incorporando además la impronta de la *géographie humaine* vidaliana.

Señalemos, por último, que en el dispositivo lingüístico del *Tableau de la Géographie de la France*, más concretamente de su segunda parte, convergen la experiencia del lugar y el sentido de esa experiencia del lugar (Caballero Sánchez 2006), buscando crear un vínculo ontológico entre los lectores de la obra y esos lugares que han sido interpretados. De lo que se trata en definitiva es que los lectores participen lingüísticamente del sentido transmitido de los lugares que componen Francia (*pays*, regiones...) y, en definitiva, de la propia Francia como lugar o marco vital.

Esto acaece en un determinado contexto bien conocido, la *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la Révolution*, dirigida por Ernest Lavisse, "una de las autoridades de la Universidad, maestro de pensamiento de la Tercera República" (Robic, 2000: 8) y con el propósito de contribuir al proyecto de integración nacional de la III República (Ortega Cantero 2005). Pero, como en los casos de Humboldt, Ritter y Michelet, conviene distinguir entre el contexto de sus obras y las lecciones que aún pueden darnos: en este caso, puede decirse que el *Tableau* vidaliano nos aporta importantes elementos para superar el déficit que supone, en la reflexión contemporánea, la ausencia de una teoría hermenéutica del paisaje.

3 Elementos para una teoría hermenéutica del paisaje

1. En cada lugar, por el hecho de ser habitado o simplemente visitado se genera un núcleo de sentido, a través de la capacidad natural de interpretar la experiencia de ese lugar a través de diferentes vías o modos de ejecución lingüística (nombrar, describir, narrar). Esas vías permiten definir atributos simples y complejos, interacciones y combinaciones, así como interpretar la geograficidad que fundamenta esos lugares. Por tanto, se trata de un sentido transmitido, formado por múltiples ejecuciones lingüísticas.
2. Por tanto, a través de modos diversos (discursos locales, acto de nombrar lugares, experiencias de viajeros plasmadas lingüísticamente, obras literarias, obras pictóricas en tanto que portadoras de sentido), ese núcleo es ejecutado lingüísticamente una y otra vez. Aunque casi siempre cada ejecución desconozca las otras, todas están ontológicamente vinculadas, del mismo modo que lo están todas las ejecuciones de una composición musical. Sin embargo, ese núcleo de sentido no siempre se ejecuta del mismo modo ni siempre se hace énfasis en las mismas cuestiones. Puede incluso decirse que en la mayoría de las ocasiones aparecen "fragmentos de sentido". Lo relevante, sin embargo, radica en el hecho de que ese núcleo de sentido es lo que convierte un ámbito en lugar, en un medio humano o marco vital.
3. El paisaje de un lugar o marco vital constituye, en definitiva, ese núcleo de sentido, en tanto que es ejecutado y transmitido lingüísticamente en un contexto de interpretación cualificada, que toma como punto de partida la experiencia del lugar de un intérprete. El paisaje, entendido desde la hermenéutica, es pues la experiencia del lugar de un intérprete, una vez que se ha convertido en sentido transmitido.
4. La interpretación paisajística puede profundizar en el núcleo de sentido propio de cada lugar, tanto a nivel del conjunto como de sus fragmentos o componentes. Ello requiere de la integración de ejecuciones lingüísticas diversas (o, dicho de otro modo, de representaciones culturales) y de otros marcos de referencia relacionados (pero no vinculados) con ese núcleo de sentido, tales como las observaciones científicas. Entonces puede hablarse de hermenéutica del paisaje, es decir, de una mediación cualificada que profundiza en el núcleo de sentido, o en partes del mismo, y que busca crear, restaurar o reforzar un vínculo ontológico con un determinado lugar.
5. Para que una interpretación paisajística sea completa debe incorporar, siempre que proceda, dos cuestiones centrales: las interacciones y combinaciones que configuran un determinado lugar, con independencia de su escala, y la geograficidad o geograficidades que lo fundamentan, es decir, aquellas claves del diálogo entre ser humano y marco vital que dan estabilidad y coherencia a cada paisaje a través del tiempo.
6. El objetivo final de la interpretación paisajística es transmitir lingüísticamente el sentido que constituye cada paisaje, con el fin de restaurar el vínculo ontológico entre un grupo humano y su marco vital. Por tanto, se hace necesaria en la medida en que no existe vínculo ontológico o éste se ha roto y necesita ser restaurado. Cuando existe esa situación de distancia o alteridad, es entonces cuando se hace necesaria, incluso urgente, la interpretación paisajística, como actividad cualificada de mediación y transmisión lingüística. Esto tiene especial importancia para muchos ámbitos contemporáneos en los que se ha interrumpido la transmisión de sentido. En ellos, la interpretación paisajística actualiza el sentido transmitido de un lugar determinado y restablece el vínculo ontológico perdido entre un grupo humano y su marco vital.

NOTAS A LA REFLEXIÓN FINAL

1. La definición completa de paisaje propuesta por el Convenio de Florencia reza como sigue: “por “paisaje” se entenderá cualquier parte del territorio tal como la percibe la población, cuyo carácter sea el resultado de la acción y la interacción de factores naturales y/o humanos”.
2. Seguimos aquí la terminología de Berque en El pensamiento paisajero (p. 101).

Fuentes y bibliografía

1 Fuentes

- Vidal de la Blache, Paul: *Tableau de la géographie de la France*¹. Paris, Tallandier, 1979, XXXII + 403 pp. (facsimil de la primera edición de 1903. Paris, Hachette).

2 Bibliografía

- AGUIRRE-ORA, J.M. (1992): "Bibliografía de y sobre Hans-Georg Gadamer". *Scriptorium Victoriense*, n° 39, pp. 300-345.
- AUGÉ, M. (1998): *Los no lugares, espacios del anonimato*. Barcelona, Gedisa (trad. cast. de Margarita N. Mizraji) [Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité. Paris, Seuil, 1992].
- BAULIG, H (1994): "¿Es una ciencia la geografía?" en J. Gómez Mendoza, N. Ortega Cantero y J. Muñoz Jiménez: *El pensamiento geográfico*. Madrid, Alianza. (texto original de 1948).
- BERDOULAY, V. (1981): *La formation de l'école française de géographie*. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques.
- BERDOULAY, V. (1988): *Des mots et des lieux. La dynamique du discours géographique*. Paris, Éditions du CNRS.
- BERDOULAY, V. (2000): "Le retour du refoulé. Les avatars modernes du récit géographique" en J. Levy y M. Lussault (dirs): *Logique de l'espace, esprit des lieux*. Paris, Belin, pp. 111-126.
- BERDOULAY, V. (2002): "Sujeto y acción en la geografía cultural: el cambio sin concluir". *Boletín de la Asociación de Geógrafos españoles*, n° 34, pp. 51-61.
- BERDOULAY, V. y ENTRIKIN, J.N. (1998): "Lieu et sujet: perspectives théoriques". *L'Espace Géographique*, n° 27, pp. 111-121.
- BERDOULAY, V. y SAULE-SORBÉ, H. (1998): "La mobilisation du regard et son instrumentalisation. Franz Schrader à la croisée de l'art et de la science". *Finisterra*, n° 65, pp. 39-50.
- BERNER, C. (1995): *La philosophie de Schleiermacher: Herméneutique, Dialectique, Étique*. Paris, Les Éditions du Cerf.
- BERTRAND, G. (1975): "Pour une histoire écologique de la France rurale", en DUBY, G. y WALLON, A. (dirs.): *Histoire de la France rurale, 1, La formation des campagnes des origines à 1340*. Paris, Seuil, pp. 34-113.
- BERQUE, A. (2000): *Écoumène, introduction à l'étude des milieux humains*. Paris, Belin
- BERQUE, A. (2009): *El pensamiento paisajero* (ed. de Javier Maderuelo). Madrid, Biblioteca Nueva, col. Paisaje y Teoría. [La pensée paysagère. Archibooks + Sautereau Éditeur, 2008]
- BESSE, J.-M. (2000a): "L'individualité géographique dans le Tableau: quelle approche épistémologique?", en: Robic, M.-C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 227-249.

- BESSE, J.-M. (2000b): "La physionomie du paysage, d'Alexandre de Humboldt à Paul Vidal de la Blache", en: Besse, J.M: Voir la Terre. Six essais sur le paysage et la géographie. Arlès, Actes Sud-ENSP-Centre du Paysage, pp. 95-114.
- BESSE, J.-M. (2000c): "Entre géographie et paysage, la phénoménologie", en Besse, J.M: Voir la Terre. Six essais sur le paysage et la géographie. Arlès, Actes Sud-ENSP-Centre du Paysage, pp. 115-145.
- BETTI, E. (1955): Teoria generale della interpretazione. Milán, A. Giuffrè, 2 vols.
- BOECKH, A. (1886): Ecyklopädie und Methodenlehre der philologischen Wissenschaften, ed. de E. Brautschek, Leipzig (1ª ed., 1877).
- BUTTIMER, A. (1980): Sociedad y medio en la tradición geográfica francesa. Villassar de Mar (Barcelona), Oikos-Tau. (trad. cast. de P. Martínez Cordero) [Society and milieu in the french geographic tradition. Chicago, Rand McNally, 1971].
- BUTTIMER, A. (1985): "Hogar, campo de movimiento y sentido del lugar" en: García Ramón, M.D.: Teoría y método en la geografía humana anglosajona. Barcelona, Ariel, pp. 227-241.
- CABALLERO SÁNCHEZ, J.V. (2006): "Descripción literaria y descripción geográfica en el Tableau de la Géographie de la France: una caracterización general", en: A. López Ontiveros, J. Nogué, N. Ortega Cantero (coords.): Representaciones culturales del paisaje. Y una excursión por Doñana. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-Asociación de Geógrafos Españoles, pp. 83-96.
- CAPEL SÁEZ, H (1981): Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea, Barcelona, Barcanova.
- CASALS CARRO, M.J. (2003): "Juan Jose Millás: la realidad como ficción y la ficción como realidad (o como rebelarse contra los amos de lo real y del lenguaje)". Estudios sobre el mensaje periodístico, nº 9, pp. 63-124.
- CLAVAL, P. (1974): Evolución de la geografía humana. Barcelona, Oikos-tau. [Essai sur l'évolution de la géographie humaine. Paris, Les Belles Lettres, 1969 (1ª ed., 1964)].
- CLAVAL, P. (1979): "Préface", en: P. Vidal de la Blache: Tableau de de la géographie de la France. Paris, Tallandier, pp. I-XXII.
- CLAVAL, P. (1987): Geografía Humana y Económica contemporánea. Madrid, Akal.
- CLAVAL, P. (2002): "El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio". Boletín de la Asociación de Geógrafos españoles, nº 34, pp. 21-39
- CLAVAL, P. (dir.) (1993): Autour de Vidal de la Blache. La formation de l'École française de Géographie. Paris, CNRS.
- CLAVAL, P. y NARDY, J.P. (1968): Pour le cinquanteaire de la mort de Paul Vidal de la Blache: études d'histoire de la géographie. Paris, Les Belles Lettres.
- DARBY, H.C. (1962): "The problem of geographical description". Transactions. Institute of British Geographers, nº 30, pp. 1-14.
- DARDEL, E. (1952): L'Homme et la Terre: nature de la réalité géographique. Paris, Presses Universitaires de France.
- DESPLAND, M. (1983) "L'herméneutique de Schleiermacher dans son contexte historique et cultural. Studies in Religion/Sciences Religieuses, nº 12, pp. 35-50.
- DILTHEY, W. (1944): "Orígenes de la hermenéutica", en: Obras de Wilhelm Dilthey, vol. VII: El mundo histórico. trad., pról. y notas de Eugenio Ímaz, México, FCE, pp. 321-342. ["Die Entstehung der Hermeneutik", en id., Gesammelte Schriften, vol V, Stuttgart: Teubner, 1957, pp. 317-338; (texto original de 1900)].

- DROYSEN, J.G. (1983): *Histórica. Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia* (trad. cast. de Ernesto Garzón Valdés y Rafael Gutiérrez Girardot) Barcelona, Alfa. (cuadernos editados póstumamente en 1937).
- EBELING, G. (1959): "Hermeneutik", en: *Die Religion in Geschichte und Gegenwart*, vol III, Tubinga, pp. 242-262 (trad. it. De D. Rossi. *La rosa*, n° 2, 1984, pp. 49-69).
- FEBVRE, L. (1955): *La Tierra y la Evolución Humana. Introducción geográfica a la Historia*. México, U.T.E.H.A., XXIX + 377 p.
- FERRARIS, M. (2000): *Historia de la Hermenéutica*. Madrid, Akal (trad. cast. de Jorge Pérez de Tudela) [Storia dell'Ermerneutica, Milán, Bompiani, 1988].
- FRANK, M. (1977a): *Das individuelle Allgemeine. Textstrukturierung und -interpretation nach Schleiermacher*. Frankfurt, Suhrkamp.
- FRANK, M. (1977b): "Einleitung zu Schleiermacher", en: F. Schleiermacher, *Hermeneutik und Kritik*. Frankfurt, Suhrkamp.
- GABILONDO PUJOL, A. (1988): *Dilthey: vida, expresión e historia*. Madrid, Cincel.
- GABRIELONI, A. L. (2001): "Interpretaciones teóricas y poéticas sobre la relación entre poesía y pintura. Breve esbozo histórico del Renacimiento a la Modernidad". *Saltana. Revista de literatura y traducción*, n° 1, vol. 1 (revista electrónica: www.saltana.com.ar).
- GADAMER, H.G. (2003): *Verdad y Método*. Salamanca, Sígueme (trad. cast. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, de la cuarta edición alemana) [Wahrheit und Methode: Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik, Tubinga, Mohr, 1975; (1ª ed., 1960)].
- GADAMER, H.G. (2004): *Verdad y Método II*. Salamanca, Sígueme (trad. cast. de Manuel Olasagasti) [Wahrheit und Methode: Ergänzungen - Register, Tubinga, Mohr, 1992, tomo II de *Gesammelte Werke*].
- GADAMER, H.G. (2006): "Sobre la lectura de edificios y cuadros", en: *Estética y hermenéutica*, (introd., y comp. de Ángel Gabilondo, traducción de Antonio Gómez Ramos). Madrid, Tecnos, pp. 255-276.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2006): "Paisaje, nacionalismo e identidad en la Galicia de preguerra. La visión de Otero Pedrayo", en: A. López Ontiveros, J. Nogué, N. Ortega Cantero (coords.): *Representaciones culturales del paisaje. Y una excursión por Doñana*. Madrid. Universidad Autónoma de Madrid-Asociación de Geógrafos Españoles, pp. 59-82.
- GÓMEZ MENDOZA, J. (1986): "Geografías del presente y del pasado. Un itinerario a través del pensamiento reciente del pensamiento en Geografía humana (1970-1985)", en: A. García Ballesteros, (coord.): *Teoría y práctica de la Geografía*. Madrid, Alambra, pp. 3-43.
- GÓMEZ MENDOZA, J. (2001): "Insoslayable Vidal de la Blache". *Ería*, n° 56, pp. 309-313.
- GÓMEZ MENDOZA; J. ORTEGA CANTERO; MUÑOZ JIMÉNEZ, J.(1994): *El pensamiento geográfico*. Madrid, Alianza.
- GREGORY, D. (1984): *Ideología, ciencia y geografía humana*. Barcelona, Oikos-tau.
- GRONDIN, J. (2002): *Introducción a la hermenéutica filosófica*. Barcelona, Herder (trad. Ángela Ackermann Pilári) [Einführung in die philosophische Hermeneutik. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1991].

- GRONDIN, J. (2003): *Introducción a Gadamer*. Barcelona, Herder (trad. cast. de Constantino Ruiz-Garrido) [Introduction à Hans-Georg Gadamer, París, Les Éditions du Cerf, 1999].
- GUIOMAR, J-Y. (1986): "Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache" en: Nora. P. (dir.) *Les Lieux de Mémoire II. La Nation (1)* Paris, Gallimard, pp. 568-597.
- HÜBENER, W. (1985): "Schleiermacher und die hermeneutische Tradition", en: *Schleiermacher-Archiv*, nº 1, pp. 561-574.
- HUMBOLDT, A. (2003): *Cuadros de la Naturaleza*. Madrid, Los Libros de la Catarata. (trad. cast de Bernardo Giner de los Ríos, Madrid, 1876, de la edición francesa de 1866, Paris, L. Guerin).
- ÍMAZ, E. (1978): *El pensamiento de Dilthey*. México, Fondo de Cultura Económica.
- IZUZQUIZA, I. (1998): *Armonía y razón: la filosofía de Friedrich D. E. Schleiermacher*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- KESSLER, M. (2000): *El paisaje y su sombra*. Barcelona, Idea Books.
- LACOSTE, Y. (1979): "À bas Vidal... Viva Vidal!". *Hérodote*, nº 16, pp. 68-96.
- LACOSTE, Y. (1994): "Présentation de La France de l'Est", en: Vidal de la Blache, P: *La France de l'Est (Lorraine-Alsace)*; Paris, La Découverte-Livres Hérodote, pp. V-XXXVIII.
- LAPLACE-TREYTURE, D. (1998): "Écriture savante et relation au voyage". *Finisterra*, nº 65, pp. 75-82
- LESSING, G.E. (1990): *Laocoonte*. Introducción y traducción de E. Barjau. Madrid, Tecnos.
- LOI, D. (1985): "Une étude de la causalité dans la géographie classique française. L'exemple des premières thèses regionales". *L'Espace Géographique*, nº 2, pp. 121-125.
- LOI, D. (2000a): "Découpage du sujet et valorisation des lieux: l'espace du Tableau de la géographie de la France", en: Robic, M.-C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache*. Dans le labyrinthe des formes. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 34-57.
- LOI, D. (2000b): "Caracteres généraux de la causalité vidalienne et objets de l'explication dans le Tableau de la géographie de la France", en: Robic, M.-C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache*. Dans le labyrinthe des formes. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 107-117.
- LOI, D.; ROBIC, M.C. ; TISSIER, J.L. (1988): "Les carnets de Vidal de la Blache, esquisses du Tableau?". *Bulletin de l'Association de Géographes Françaises*, LXV, 4, pp. 297-311.
- MAKITA, E. (1995): *Gadamer-Bibliographie (1922-1994)*. Frankfurt, Peter Lang.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2002): "Reflexiones sobre el paisaje", en: Ortega Cantero, N. (ed.): *Estudios sobre historia del paisaje español*. Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 13-24.
- MENDIBIL, D. (2000a): "Paul Vidal de la Blache, le <<dresseur d'images>>. Essai sur l'iconographie de La France. Tableau géographique (1908)", en: Robic, M.-C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache*. Dans le labyrinthe des formes. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 77-105.

- MENDIBIL, D. (2000b) "Quand Vidal de la Blache expliquait les paysages de France", en: Robic, M.-C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 119-125.
- MORIN, E. (2002): *El método. El conocimiento del conocimiento*. Madrid, Cátedra (trad. cast. de Ana Sánchez) [La Méthode. III: La connaissance de la connaissance. Paris, Seuil, 1986].
- MORIN, E. (2003): *La mente bien ordenada*. Barcelona, Seix-Barral (trad. cast. de María José Buxó y Dulce Montesinos) [La tête bien faite. Répenser la réforme, Reformer la pensée, Paris, Seuil, 1999].
- MEYNIER, A. (1969): *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1969)*. Paris, Presses Universitaires de France.
- NORA, P. (1984): "Entre mémoire et histoire", en: *Les Lieux de Mémoire I. La République*. Paris, Gallimard, pp. I-XXX.
- (1986) "L'Histoire de France de Lavisse. Pietas erga patriam" en: Nora. P. (dir): *Les Lieux Mémoire II. La Nation (1)* Paris, Gallimard, pp. 317-325.
- NORA, P. (dir.) (1984-1992): *Les Lieux de Mémoire I. La République, II. La Nation, III. Les France*. Paris, Gallimard.
- OJEDA RIVERA, J.F. (2005): "Percepciones identitarias y creativas de los paisajes mariánicos". *Scripta nova. Revista electrónica de Geografía y ciencias sociales*, vol. IX, núm. 187 (www.ub.es/geocrit/sn).
- ORTEGA CANTERO, N. (1987): *Geografía y Cultura*. Madrid, Alianza Editorial.
- ORTEGA CANTERO, N. (2002a): "La valoración institucionalista del paisaje de la Sierra de Guadarrama", en: Ortega Cantero, N. (ed.): *Estudios sobre historia del paisaje español*. Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 169-186.
- ORTEGA CANTERO, N. (2002b): "Paisaje e identidad nacional en Azorín". *Boletín de la Asociación de geógrafos españoles*, nº 34, pp. 119-131.
- ORTEGA CANTERO, N. (2004): "Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje", en: Ortega Cantero, N. (ed.): *Naturaleza y Cultura del Paisaje*. Madrid, UAM-FDS, 2004, pp. 9-35.
- ORTEGA CANTERO, N. (2005): "Paisaje, historia y nación (a propósito del *Tableau de la géographie de la France*, de Paul Vidal de la Blache)", en: Ortega Cantero, N. (dir.): "Paisaje, memoria histórica e identidad nacional, Madrid, UAM-FDS, pp. 9- 44.
- ORTEGA VALCÁRCEL, J. (2000): *Los horizontes de la Geografía*. Barcelona, Ariel.
- ORTIZ-OSÉS, A. y LANCEROS, P. (1997): *Diccionario interdisciplinar de hermenéutica*. Bilbao, Universidad de Deusto.
- OZOUF-MARIGNIER, M.-V. (2000): "Le Tableau et la division régionale: de la tradition à la modernité", en: Robic, M.-C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 151-181.
- OZOUF-MARIGINER, M.V. y ROBIC, M.C. (1999): "The Tableau is alive, and well... Reactions to the Tableau de la géographie de la France of Paul Vidal de la Blache", en: A. Buttmer (ed.), *Text and image: Construction of regional knowledge*. Leipzig, coll. Beiträge zur Regionalen Geographie, pp. 54-66.
- OZOUF-MARIGINER, M.V. y ROBIC, M.C. (2000): "Un Tableau à vif... La réception du Tableau de la géographie de la France de P. Vidal de la Blache", en: Robic, M.-C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes*. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 251-270.

- PALMER, R. E. (2002): ¿Qué es la hermenéutica? Teoría de la interpretación en Schleiermacher, Dilthey, Heidegger y Gadamer. Madrid, Arco/Libros, pp. 331. (trad. cast de Beatriz Domínguez Parra) [Hermeneutics. Interpretation Theory in Schleiermacher, Dilthey, Heidegger and Gadamer, Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 1969].
- PETITIER, P. (2000): "D'un Tableau l'autre. Le Tableau de la France de Michelet et le Tableau de la géographie de la France de Vidal de la Blache", en: Robic, M.-C. (dir.): Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 127-150.
- PUIG SAMPER, M.A.y REBOK, S. (2003): "Introducción: Alejandro de Humboldt y los Cuadros de la Naturaleza", en A. von Humboldt: Cuadros de la naturaleza, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 13-38.
- RAVERA, M. (ed.) (1986): Il pensiero ermeneutico. Genova, Marietto.
- RITTER, K. (1974): Introduction à la Géographie Générale Comparée. (trad. de D. Nicolas-Obadia; introducción y notas de de G. Nicolas-Obadia). Besançon, Annales Littéraires de l'Université-Paris, les Belles Lettres (texto original de 1852).
- ROBIC, M.-C. (1991): "La stratégie épistémologique du mixte: le dossier vidalien". Espaces Temps, n° 47-48, pp. 53-66.
- ROBIC, M.-C. (1994): "National identity in Vidal's Tableau de la géographie de la France: from political geography to human geography", en: D. Hooson (ed.), Geography and national identity, Oxford, Blackwell, pp. 58-70.
- ROBIC, M.-C. (2000a): "Introduction", en: Robic, M.-C. (dir.): Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 7-17.
- ROBIC, M.-C. (2000b): "Spatialités et temporalités de la France du Tableau", en: Robic, M.-C. (dir.): Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 59-75.
- ROBIC, M.-C. (2000c): "Territorialiser la nation. Le Tableau entre géographie historique, géographie politique, géographie humaine", en: Robic, M.-C. (dir.): Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 183-225.
- ROBIC, M.-C. (2004): "L'exemplarité du Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache", en: J.-M. Berthelot (dir.), Figures du texte scientifique. Paris, Presses Universitaires de France.
- ROBIC, M.-C. (dir.) (2000): Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache. Dans le labyrinthe des formes. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques.
- RODI, F. (1990): Erkenntnis des Erkannten. Zur Hermeneutik des 19. und 20. Jahrhunderts, Frankfurt.
- RONCAYOLO, M. (1986): "Le paysage du savant", en: P. Nora (dir) Les Lieux Mémoire II. La Nation (1) Paris, Gallimard, pp. 487-528.
- ROSE, C. (1981): "Wilhelm Dilthey's philosophy of historical understanding: a neglected heritage of contemporary humanistic Geography", en: R.D. Stoddart (ed.): Geography, ideology and social concern, Oxford, Basil Blackwell, pp. 99-133.
- RUIZ-DOMÈNEC, E. (2001): "Presentación", en S. Toulmin, Cosmópolis. El trasfondo de la Modernidad, pp. 7-11.

- SCHLEIERMACHER, F. D.E. (1838): *Hermeneutik und Kritik mit besonderer Beziehung auf das Neue Testament*, F. Lücke, (ed.) Berlín, Reimer (reimpresión: *Hermeneutik und Kritik*, M. Frank, comp., Frankfurt, Suhrkamp, 1977).
- SCHLEIERMACHER, F. D.E. (1959): *Hermeneutik und Kritik*, H. Kimmerle (ed.), Heidelberg, *Abhandlungen der Heidelberger Akademie der Wissenschaften* (2^o ed. rev. Heidelberg, Winter, 1974).
- SCHLEIERMACHER, F. D.E. (1985): "Allgemeine Hermeneutik von 1809-1810", W. Virmond (comp). *Schleiermacher-Archiv*, 1, pp. 1269-1310.
- SCHLEIERMACHER, F. D.E. (1999): *Los Discursos sobre Hermenéutica*. Introducción, traducción y edición bilingüe de L. Flamarique. Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.
- SION, J (1984) "L'art de la description chez Vidal de la Blache", en: Pinchemel, P.; Robic, M.C.; Tissier, J.L (comps.): *Deux siècles de géographie française*. Choix de textes, pp. 83-87 (texto original de 1934).
- SOUBEYRAN, O. (1997): *Imaginaire, science et discipline*. Paris, L'Harmattan.
- STEINTHAL, H. (1970): "Die Arten und Formen der Interpretation", en W. Bummann (ed.): *Kleine sprachtheoretische Schriften*. Hildesheim, pp. 532-542 (texto original de 1877).
- SZONDI, P. (1970a): *Einführung in die literarische Hermeneutik*. Frankfurt, Suhrkamp.
- SZONDI, P. (1970b) "L'herméneutique de Schleiermacher". *Poétique*, n° 1, pp. 141-155.
- TISSIER, J.L. (2000): "Le voyage, filigrane du *Tableau de la géographie de la France*?", en: Robic, M.-C. (dir.): *Le Tableau de la géographie de la France de Paul Vidal de la Blache*. Dans le labyrinthe des formes. Paris, Éditions du Comité de travaux historiques et scientifiques, pp. 20-31.
- TORT i DONADA, J. (2000): "La geografía, els noms de lloc i la descripció del territori", en: J.F. Mateu y E. Casanova (eds.): *Estudis de Toponímia Valenciana en honor de Vicenç M. Rosselló Verger*. Valencia, Denes Editorial.
- TOULMIN, S.E. (2001): *Cosmópolis. El trasfondo de la Modernidad*. Barcelona, Península (trad. cast. de B. Moreno Carrillo) [*Cosmópolis. The hidden agenda of modernity*. University of Chicago Press, 1990]
- TUAN, Y.F (1991): "Language and the making of place: a narrative-descriptive approach". *Annals of the Association of American Geographers*, 81 (4), pp. 684-696.
- TURRI, E. (1998): *Il paesaggio come teatro*. Padua, Marsilio.
- UNWIN, T. (1995): *El lugar de la Geografía*. Madrid, Cátedra (trad. cast. De J. García Bonafé) [*The place of geography*. Londres, Longman, 1992]
- VATTIMO, G. (1968): *Schleiermacher, filosofo dell'interpretazione*. Milán, Mursia.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1896): "Le principe de géographie générale". *Annales de Géographie*, n° 20, pp. 129-142.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1902): "Les conditions géographiques des faits sociaux". *Annales de Géographie*, n° 55, pp. 13-23.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1903): "La géographie humaine, ses rapports avec la géographie de la vie". *Revue de synthèse historique*, n° 7, 1903, pp. 219-240.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1909): "Regions naturelles et noms de pays, de M. L. Gallois". *Journal des savants*, septiembre-octubre 1909, pp. 389-401, 454-462.
- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1911): "Les genres de vie dans la géographie humaine". *Annales de Géographie*, XX, pp. 289-304.

- VIDAL DE LA BLACHE, P. (1922): Principes de géographie humaine. Paris, Armand Colin.
- VOLAT-SHAPIO, H. (1991): "Gadamer and Hermeneutics. A Bibliography", en: H. Silverman (ed.): Gadamer and Hermeneutics, Nueva York, Routledge.
- WACH, JOACHIM (1926-1933): Das Verstehen: Grundzüge einer Geschichte der hermeneutischen Theorie im 19. Jahrhundert. Tubinga, Mohr, 3 vols.
- ZOIDO NARANJO, F. (2012). El paisaje, un concepto útil para relacionar ética, estética y política (en prensa, próxima publicación en Scripta Nova).

Anexo

La descripción e interpretación
paisajística en el *Tableau de la
géographie de la France*

Clasificación y traducción parciales

Nota introductoria

La finalidad básica del presente anexo es mostrar cómo, en el *Tableau de la Géographie de la France*, la experiencia del paisaje sirve para revelar al lector tres tipos de significados, que corresponden a sendos conceptos clave en la obra: sol (solar, fundamentos naturales); *vie locale* (vida local, cultura territorial local) y *vie générale* (vida general, relaciones de largo alcance). Para poner esto de manifiesto se han traducido al castellano y clasificado en líneas temáticas los textos de la segunda parte referentes a las siguientes cinco regiones:

1. **Picardía** (*Livre premier: La France du Nord; II. Le Bassin parisien; chapitre I. Partie septentrionale. La Picardie*, pp. 86-99)
2. **Normandía** (*Livre premier: La France du Nord; II. Le Bassin parisien; chapitre VIII. Partie Partie occidentale du Bassin parisien. Normandie*, pp. 171- 183).
3. **Alsacia** (*Livre premier: La France du Nord; III. La région rhénane; chapitre IV. Alsace*, pp. 220-230)
4. **Borgoña** (*Livre deuxième: Entre les Alpes et l'Océan; I. Le sillon de la Saône et du Rhône; chapitre I. La Bourgogne*, pp. 234-246)
5. **Pirineos** (*Livre quatrième: Le Midi; II. Le Midi pyrenéen; chapitre I. Les Pyrenées*, pp. 355-361).

El proceso de clasificación ha llevado a la identificación de variantes dentro de cada uno de los ejes temáticos básicos. De este modo, se han identificado en total 10 tipos de interpretación paisajística, dos referentes a los fundamentos naturales, cuatro a la vida local, otras cuatro a la vida general.

Los cinco capítulos seleccionados tienen un punto en común: presentan un desarrollo equilibrado de las tres líneas argumentales. Hay que tener en cuenta que los fundamentos naturales y la vida local aparecen en la práctica totalidad de los capítulos. La vida general, en cambio, es objeto de atención desigual. Recibe mayor atención en aquellas regiones que, en algún momento de su historia, han alcanzado un desarrollo político importante o una personalidad histórica muy definida. Las regiones elegidas responden a esta pauta. De este modo, en todos los capítulos elegidos aparece, al final, un epígrafe dedicado a estas cuestiones: *Picardía, región política; el Estado normando, Estrasburgo* (en el que se presta atención a las “repúblicas urbanas” de Alsacia); *Borgoña, territorio político; El Estado de Béarn*.

I _ El solar

I.1 _ Interpretación del orden espacial del solar

I.1.1 _ Picardía

Colinas del Artois

Si seguimos de Cambrai hacia Arras por la carretera que se extiende en línea recta sobre los restos de una antigua vía romana, vemos que, poco a poco, a nuestra izquierda el relieve se va accidentando. Se acentúa primero a la altura de Arras, en forma de colinas aisladas; pero más allá, hacia Lens y Béthune, comienza a perfilarse una línea continua de alturas. La mirada se fija con curiosidad en que esta cresta uniforme, coronada de árboles, difiere por sus trazas de los montículos que de forma esporádica salpican Flandes. Ella domina desde una altura sostenida de 100 metros las depresiones que siguen en sus bordes. Desde el Norte, se la tomaría por una simple colina; pero detrás de esta colina hay otras, separadas por un surco de valle; y luego mesetas sin fin, que flanquean en amplias ondulaciones los raros cursos de agua, los cuales siguen un paralelismo que no se desmiente hasta los límites de Normandía.

Es porque, en efecto, la Cuenca parisina está surcada, en su parte septentrional, por una serie alternante de abombamientos y de pliegues que han afectado a sus capas profundas, preparando el camino a los valles actuales. El abombamiento del Artois es el principal de estos anticlinales, del mismo modo que el valle del Somme es el principal de estos sinclinales. Una sucesión de ondulaciones, sensibles en la red fluvial, pero que se traducen sobre todo en la aparición de capas diversas, hace de este modo que en todas partes se sucedan en una dirección uniforme tanto los pliegues en los que los ríos han encontrado su lugar como las crestas que la erosión ha recortado. La creta, después de haberse elevado en las cuestas del Artois, se hunde en el valle del Somme para levantarse de nuevo en el Pays de Bray. Y en esta comarca, como en el Boulonnais del que ahora nos vamos a ocupar, la similitud del fenómeno geológico ha engendrado destacables analogías en el aspecto del solar.

Hacia el Oeste, el abombamiento del Artois se ha exagerado. Las capas cretáceas, al haber sido elevadas a una gran altura, no han podido resistir a la denudación: han sido desmanteladas y <<como un rincón de cielo en una rasgadura de las nubes>>, las capas anteriores que aquéllas recubrían, arcillas, areniscas y calizas, afloran a la superficie. Se ha formado así una comarca totalmente diferente, ni picarda ni flamenca: el Boulonnais; comarca que, a pesar de su exigüidad, permanece distinta tanto en la geografía como en la historia. La exageración de un movimiento mecánico en las profundidades de la corteza terrestre, ha bastado para cambiar completamente la fisonomía de la superficie.

La creta en Picardía (3ª parte)

Transgresiones marinas han recubierto, al menos en parte, estos estratos de creta; y los depósitos que aquéllas han superpuesto permanecen aún reconocibles en jirones. Estas transgresiones se han producido sobre todo por una puerta de comunicación que se abre varias veces entre Douai y Mons, en los confines del Hainaut y Flandes. En diversas oleadas, durante la época terciaria, los mares del Norte penetraron por ahí hasta el centro de la Cuenca parisina. Este antiguo estrecho es aún un umbral bajo; porque cuando formas tan definidas han persistido hasta edades cercanas a las nuestras, es muy raro que se borren completamente en la topografía actual. Es él quien da el acceso más directo entre Flandes y la parte central de la cuenca. Sobre este paso de antiguos mares, donde hoy se aproximan las fuentes del Somme y del Escalda, placas de arcillas y de arenas eocenas recubren la creta, asociadas a capas de limo que en ninguna otra parte son más espesas.

El Somme (1ª parte)

El Somme es uno de los ríos cuya existencia remonta más alto en la historia del solar. Su valle, hemos dicho, es un sinclinal hacia el cual descienden las capas al Norte y al Sur, en armonía con la disposición general de los pliegues que han afectado a la Cuenca parisina. Ciertamente desde muy pronto ha fijado su lecho en el valle que ocupa, pero no sin antes pasar por sorprendentes cambios de régimen. Este río apacible, de caudal uniforme, que deja tranquilamente que la turba se deposite a lo largo de su canal,

tuvo antaño un curso diluvial capaz de transportar piedras, gravas y guijarros. Es entre las gravas donde abundan los rastros de la edad paleolítica en el valle del Somme. En Picardía, como en otras regiones de ríos lentos, Flandes y la Beauce, subsisten las trazas de un régimen totalmente diferente. Este hecho no tiene nada de excepcional. Ningún rasgo es tan chocante en lo que comenzamos a saber hoy acerca de la historia de los ríos como estas vicisitudes de régimen, excepto quizá su tendencia a persistir en el curso una vez trazado, a pesar de los cambios de relieve.

De buen grado calificaríamos de senilidad el estado actual del régimen del Somme, si la aplicación de esta metáfora a hechos de orden inorgánico no careciera de inconvenientes. Corre sin aluviones, pero contribuye a su manera, mediante la vegetación que favorece, a colmar el valle demasiado ancho del que dispone. Este valle es de fondo llano; de la base de las lomas de creta que se alzan bruscamente a uno y otro lado, las aguas manan con la suficiente abundancia para que una serie de charcas y de estanques se extiendan a lo largo de las colinas. El cauce permanece sin embargo diferenciado, gracias a un ligero abombamiento que eleva en el centro el perfil del valle. Pero sea por brechas naturales, sea por zanjas hechas por la mano del hombre, comunica con frecuencia con los surcos paralelos que lo acompañan. El valle parece así un laberinto acuático en el que duerme un agua pura, profunda y herbosa. Cuando alguna ciudad con murallas de ladrillo se mira en estas aguas durmientes, es una extraña aparición que hace soñar con ciudades lejanas; tal es, por ejemplo, el emplazamiento de Péronne.

I.1.2. Normandía

Evolución geológica de la región

La Cuenca parisina es, al Oeste, truncada bruscamente por el mar. Sucesivamente, de Picardía a los esquistos de Cotentin se suceden en la superficie las formaciones cada vez más antiguas de las que se compone: creta blanca, arcillas y arenas de la base de la creta, calizas jurásicas, margas del lías. Todas ellas se dibujan con su aspecto propio, en la topografía, y se llaman *Pays de Caux*, *Vallée d'Auge*, *Campagne de Caen*, *Bessin*. Pero el momento en el que vie-

nen a mostrarse a la superficie es también aquél en el que son interrumpidas por el mar. Sobre la meseta cretácea del *Pays de Caux* esta ruptura tiene algo de sorprendente: los campos lindan con la sección de los acantilados, el surco continua casi hasta el borde; la mayor parte de los valles terminan, suspendidos a media altura, sin conectar con la orilla que dominan desde una cincuentena de metros, a veces más. Está claro que cuando el perfil normal de los valles se ha fijado la costa estaba más alejada; un accidente ulterior ha hecho desaparecer la concordancia con el nivel de base.

Otra característica, que no puede dejar de sorprender, y que se ha mostrado fecunda en consecuencias geográficas, es el profundo excavamiento de los valles principales. El [río] Orne atraviesa entre riberas relativamente elevadas la *Campagne de Caen*. En las arcillas del *Pays d'Auge* el [río] Touques socava el valle hasta hacer aparecer el sustrato jurásico. El Risle ara con un profundo surco las mesetas limosas del *Lieuvain*. Por último, en la parte inferior de su curso, el Sena ha encajado potentemente sus meandros entre riberas que en una y otra parte dominan desde más de 100 metros el nivel de su valle. Esta energía de corrosión, incompatible con las débiles inclinaciones actuales, supone que hubo un tiempo en el que estos ríos disponían de pendientes más fuertes para alcanzar su nivel de base, es decir, el mar. No solamente la costa estaba más alejada, sino que las tierras eran más altas. Más tarde el solar sufrió un hundimiento. El mar, desbordando el dominio terrestre, invade entonces la parte inferior de los valles, transformándolos en estuarios. Fue el comienzo de la fase actual. Los límites entre la tierra y el mar terminaron siendo tal como los vemos. Sin embargo, como si, después de todas estas vicisitudes, esta estabilidad estuviera aún mal asegurada, el perfil de las corrientes continúa modificándose bajo la acción de las corrientes. Mientras que los salientes se debilitan, los estuarios tienden a su alrededor a colmarse, y la tierra reivindica mediante aluviones una parte del dominio perdido.

Esta marcha reciente de los fenómenos explica el estado actual. La Cuenca parisina no expira al Oeste; está truncada. Una parte de su dominio está sumergido. Pero la parte que permanece al descubierto conserva, con una nitidez intacta, las variedades distintivas de las zonas que las componen. Mucho mejor que en el sur de la cuenca y casi

tan claramente como en el este, cada zona aporta sucesivamente en el paisaje la fisonomía que le es propia; de modo que, para cada banda que corta la línea transversal de las costas, aparece un *pays* distinto. Estas divisiones naturales viven en el uso popular y han despertado desde hace mucho tiempo la atención de los observadores. Todas ellas coexisten con el nombre general e histórico de Normandía.

I.1.3. Alsacia

Introducción (2ª parte)

El Rin es un huésped reciente en el valle que lleva su nombre. Cuando, hacia el comienzo del período diluvial, sus aguas, por la puerta asaltada de Basilea, comenzaron a abrirse paso en el valle fue primero en dirección Oeste hacia donde desaguaron. Un reguero de piedras y gravas alpinas, que puede seguirse al sur de Altkirch y de Danne-Marie, denuncia la antigua relación que se formó, en los inicios del período actual, con el valle del Doubs. Fue la primera invasión de derrubios alpinos. La depresión formada entre la Selva Negra y los Vosgos se abrió entonces por primera vez a las aguas salvajes de los Alpes. Sin embargo aún hubo que esperar, para que el valle tuviera su río, a que el hundimiento progresivo de su nivel hubiera hecho girar hacia el Norte la irrupción de las aguas renanas. El Rin tomó entonces su dirección definitiva; surcó de forma longitudinal esta fosa en la que había penetrado de forma tardía, por fractura. Aún más, isale, hacia Bingen, igual que entra, en Basilea, por un atajo, en sentido contrario a la prolongación natural del valle! No importa: por la longitud de su trayecto y el trabajo que ha realizado, el Rin se asocia inseparablemente al valle del cual no es autor. Él lo personifica. Él simboliza su papel histórico. Su solo nombre es como la condensación de un largo y memorable pasado. No podemos ver huir sus aguas verdes a través de los álamos y los sauces sin sentir el escalofrío de la historia.

Pero Alsacia no es simplemente una porción del valle del Rin; es, en este marco, un territorio distinto. El valle se desvía claramente y se prolonga hacia el Suroeste. Allí comienza Alsacia, en el vestíbulo que lleva hacia el valle del Saona.

I.1.4. Borgoña

Puerta de Borgoña

Al topar con las proximidades de los Vosgos, las cadenas plegadas del Jura, que se dirigían hacia el Noroeste, se desvían hacia el Este. Se abre así un intervalo de alrededor de 20 kilómetros; es la puerta de Borgoña. Al principio, la región, monótona, se ondula entre estanques, praderas, jirones de bosques. Pero no tarda en accidentarse; y hacia Belfort, por poco que el ojo esté ejercitado en captar las variedades de formas del terreno, le llamarán la atención algunas singularidades. El *pays* permanece abierto, penetrable por todas partes, sin que sin embargo sea una llanura. La fragmentación y la heterogeneidad se manifiestan en los diversos aspectos del relieve y del solar. Los Ballons [Grand Ballon y Ballon d'Alsace, montañas en el sur de los Vosgos], bruscamente terminados, dominan desde 800 metros una capa de aluviones silíceos cuya superficie, sembrada de estanques, está coloreada por arcillas rojas. La procedencia de estos aluviones no ofrece dudas; vienen de los Vosgos; pero este solar no se detiene aquí. Aquí y allí, al norte y al oeste de Belfort, relieves redondeados, bóvedas boscosas se elevan de forma aislada: Salbert, Chérimont, Forêt de Granges, de vegetación silícea, pendientes húmedas, empapadas de praderas y de antiguos pantanos. Por el contrario, contrastando por su color rojizo, su sequedad, su forma de espolones, se alinean y despuntan cerros calcáreos: la roca fortificada y esculpida de Belfort, les Perches, el Mont-Vaudois, toda una serie de testimonios que se suceden hacia el Suroeste. Así parecen penetrarse, entrecruzarse la región vosgiense y la región jurásica. Este troceamiento y esta mezcla de formas son realmente de una región de transición. La incoherencia de los rasgos ha sido agravada por los derribos confusos efectuados por las aguas. Dos regiones se encuentran y parecen tantearse antes de desplegarse por su cuenta. Una, toda vosgiense, es la de las grandes abadías, de las ciudades rojas construidas en arenisca, Lure, Luxeuil, de los valles sepultados bajo los cerezos, de las fuentes termales en las profundas hendiduras del solar. La otra es la de las calizas que enmarcan regularmente valles de aguas brillantes, la de la bella piedra gris que comunica a Montbéliard y a Besanzón el aspecto severo de sus edificios.

El Saona (1ª parte)

Es en estas comarcas calcáreas más que en las orillas del Saona donde se ha fijado la fisonomía de Borgoña. Pero la bella e indolente ribera se ha asociado siempre estrechamente a los destinos de las poblaciones que, desde la Côte d'Or o el Jura, la miran.

Que una gota de agua, depositada por los vientos del oeste sobre las hayas de la Vôge, tome la ruta del Sur y llegue, después de tantos obstáculos que parecerían cortar el paso, hasta el Mediterráneo: tenemos ahí un hecho lo bastante anormal en apariencia como para merecer atención. La existencia del Saona ha sido precedida y preparada por una depresión contemporánea del levantamiento del Jura. Es allí donde se ha ubicado, en los tiempos pliocenos, un lago en cuyo lecho se han depositado las margas que forman el subsuelo y el principal nivel de fuentes de la Bresse y de la Côtière de Dombes. Este lago se perdía hacia el norte en playas bajas en las que se ha depositado en granos abundantes el mineral de hierro. Pero al sur desaguaba en el futuro valle del Ródano; de manera que el hecho esencial de la geografía actual, la asociación del Saona con el Ródano, se anuncia ya en el período anterior en el que el Saona se deja adivinar bajo forma de lago y el Ródano bajo la de fiordo. Este lago del futuro Saona ha incitado cursos de agua desde todas partes. La existencia de una depresión relativamente profunda entre el Jura y los macizos que la hacen frente, al descender el nivel de base, ha atraído los ríos desde lejos. El dominio hidrográfico del río futuro se ha ampliado así hacia el Norte, a expensas del Mosa y del Mosela. Todo el haz de ríos que forma, hasta Port-sur-Saône, la parte superior de la cuenca, y cuyo perfil casa mal con el de la sección siguiente quizá no es sino el resultado de una anexión al dominio mediterráneo.

I.1.5. Pirineos

Introducción

Esas dentadas cimas pirenaicas que, de Carcasona a Orthez, marcan el horizonte en los días claros, parecen desde lejos la más continua de las barreras. Pero si penetramos en sus repliegues, lo que parecía un muro se descompone en una serie de zonas que se suceden en disposición longitudi-

nal. Entre el Canigó, que alimenta la Vega rosellonesa y el Pic du Midi d'Ossau, última aparición de los granitos hacia el Oeste, se despliega todo un mundo de cadenas calcáreas y marmóreas, interrumpidas o seguidas de bandas esquistas y graníticas; luego nuevamente las Sierras (sic) calcáreas vuelven a aparecer, extendiéndose en amplias mesetas des-tripadas por cañones; y por último, mucho más allá hacia el Sur, otras Sierras (sic) atravesadas en brecha por ríos marcan hacia la llanura del Ebro el fin de los Pirineos. Es un espacio de 140 kilómetros al menos, en la parte central, el que cubren los Pirineos; y de este conjunto la vertiente francesa representa apenas más de un tercio.

Sólo en la extremidad oriental Francia penetra más adelante, y allí hasta el corazón mismo del mundo pirenaico. La gran zona granítica, o zona central, que se extiende desde el Macizo de Carlitte hasta el Mediterráneo, se enmarca entre nuestros valles roselloneses. Bruscamente cortados por los hundimientos que han desplegado en su base una llanura baja, los Pirineos, que acaban de culminar en Canigó, expiran en plena fuerza. Entre las dos regiones que las fracturas han hecho caer en las profundidades, el Rosellón y el Ampurdán español, la barrera se reduce a la delgada cortina de los Albères. Incluso entonces, como ocurre con frecuencia en las partes igualmente dislocadas de Grecia oriental, se mantiene la continuidad de las cadenas. La carretera de Perthus franquea la frontera a sólo 290 metros de altura.

I.2. Interpretación del aspect

I. 2.1. Picardía

La creta en Picardía (1ª parte)

Al sur del Boulonnais, la creta toma decididamente posesión de la superficie. Ya entremos desde el Boulonnais en las llanuras picardas, bien desemboquemos en Champaña desde las comarcas próximas a las Ardenas de la Thiérache y del Porcien, la primera impresión que os sorprende es una impresión de vacío. Sobre estas lomas anchas y suaves en las que el relieve no es interrumpido por ningún obstáculo más resistente, la escasez de formas en saliente, de árboles, de agua, de casas, suprime todo lo que distrae y alegra la vista. Este relieve y este aspecto son engendrados por la creta.

Los mares cargados de organismos, cuyos restos, profundamente modificados, constituyen la creta, han cubierto, al final de la era secundaria, una extensión muy superior a la que ocupa hoy la creta en la Cuenca parisina. Pero, después de todo lo que ha desaparecido por desmantelamiento o disolución, permanecen en Champaña y Picardía grandes superficies de las que ella constituye el solar. En Champaña, donde aparece a la vista, se manifiesta por esa toba blanca, particularmente estudiada en los alrededores de Sens, cuyos viscosos grumos vuelven difíciles los caminos. En Picardía, el limo la recubre.

[La creta] aparece aquí y allí sobre ciertas vertientes de valles mediante desolladuras blancas en las que crecen algunos enebros; se la adivina en los campos de tintes pálidos que desentonan en el limo rojo. Sin embargo, para apreciar su potente espesor, es necesario acudir a los cortes naturales que proporcionan, de Tréport a Havre, los acantilados de la costa. Es ahí donde se la ve levantar sus capas cortadas por el mar. Éstas son interrumpidas por filas paralelas de sílex rojizo o negro. El sílex contenido en las sustancias minerales y orgánicas de la creta se ha precipitado. Aquél ha formado, al combinarse, esos cortes cuyas filas paralelas se detienen en las capas más duras que le han servido de apoyo. Pero la masa permanece en su conjunto permeable; sólo en la base una capa margosa detiene las infiltraciones y produce las fuentes.

Limo de las mesetas

Pero cuando esta tierra cesa de mostrarse y, por otra parte, han desaparecido también las margas o *dièves* arcillosas, propicias para los cultivos herbáceos, es decir, al este y al sur de una línea que pasa por Amiens, Albert, Bapaume, Cambrai y el Cateau, la fisonomía de la región limosa con subsuelo de creta alcanza su plena expresión. En el Cambrésis, el Vermandois, y sobre todo el Santerre, la espesa capa cubre y amortigua cualquier relieve. Vemos por doquier lienzos verticales de limo erigirse de tres a cuatro metros entre los caminos encajonados que aquél enmarca. Con frecuencia es a siete u ocho metros de profundidad cuando se alcanza la creta. Este limo no es arcilloso como el de Flandes: su capa superior está generalmente descalcificada, pero debajo presenta una textura arenosa y deleznable a través de la cual las aguas superficiales encuentran

un desagüe natural ¿Por qué proceso natural, bajo qué influencias mecánicas y climatológicas se ha formado este potente depósito? No cabe duda de que los aportes arenosos de los mares eocenos han contribuido ampliamente a suministrarle materiales. Pero, por otra parte, como hemos visto en capítulos precedentes, este limo de las mesetas se vincula a una serie de suelos análogos que, por su estructura, y sobre todo por los restos orgánicos de los que están sembrados, parecen traducir también la influencia de las condiciones climáticas comunes a una parte de Europa central. En la Francia del Norte, donde estos suelos cubren una superficie considerable, donde tapizan no sólo la región picarda, sino también el Vexin y la Beauce, en ninguna parte alcanzan tanta potencia como en la zona que va de Cambrai a Montdidier; y en ninguna parte imprimen con tanta fuerza su sello sobre la existencia de las poblaciones.

Las ciudades picardas (1ª parte)

El antiguo nombre de Amiens, *Samarabryva*, quiere decir paso del Somme. No sólo porque la colina sobre la cual se alzó más tarde su catedral ofrecía, por encima de los encharcamientos que aún bañan los barrios bajos, un terreno sólido: este puesto galo marcaba sin duda el punto extremo donde el valle era franqueable, en una época en que las mareas penetraban más profundamente que en la actualidad. Hay a partir de Pecquigny, un poco aguas abajo de Amiens, una serie de pequeños cerros en los cuales las conchas marinas se asocian a formaciones fluviales así como a restos de alfarería; todo ello indica un nivel del mar más elevado antiguamente. Aquél ha depositado, en efecto, un cordón litoral cuyo rastro es visible al pie del acantilado de Crécy, así como en las *molières* o marismas de Cayeux. A lo largo de los acantilados del Pays de Caux vemos derrubios a 6 ó 7 metros por encima del nivel actual de la marea alta. Comprendemos que en la época en la que el Paso de Calais estaba aún cerrado o abierto de forma incompleta, han asaltado nuestras costas mareas mucho más elevadas. Hoy la oleada retrocede. El mar colma las bahías y acumula sedimentos a la entrada del Somme. Desde el peñasco de creta donde vegeta Saint-Valéry vemos un estuario fangoso en el que se arrastran algunos canales de agua gris. Montañas de cantos rodados se apilan en Hourdel; el antiguo puerto de Rue está en las tierras del interior. La vida marítima se extingue en la desembocadura del Somme.

II. La vida local

II.1. Interpretación de la vida local desde el *aspect*

II.1.1. Picardía

La creta en Picardía (2ª parte)

Pese a ser menos crudamente visible que en Champaña la creta es también en Picardía la roca esencial de la cual depende el carácter de la región. Su superficie, cuando se la alcanza bajo el limo que la recubre, se muestra minada por erosiones o disolventes químicos. Está perforada, socavada por huecos en los que se acumulan arenas y arcillas. Estas arenas han sido desde hace mucho tiempo explotadas para cementos; en nuestros días se han reconocido preciosos elementos de fertilidad en los granos de fosfato de calcio de los que se compone por todas partes. En ciertos puntos se intercalan bancos lo bastante duros como para proporcionar materiales de construcción. Desde los tiempos más antiguos se sabía extraer la creta del subsuelo a la superficie para servir de abono calcáreo. En cuanto al sílex, después de haber facilitado herramientas a los hombres de la época paleolítica, no ha dejado de ser explotado: proporciona el empedrado a los caminos, y a las casas de adobe, suplantadas hoy por la casa de ladrillos, un basamento sólido cuyo abigarramiento no dejaba de ser pintoresco.

Arcilla de sílex

Sin embargo, hay vastas superficies, sobre todo cuando se ha sobrepasado hacia el Oeste el Amiénois, en las que estos depósitos han faltado; en todo caso, no han sido lo bastante abundantes para resistir la acción de los agentes destructores. La superficie de la creta ha sufrido por tanto una alteración profunda. Vemos en la parte occidental de la aureola cretácea, en el Vimeu, el Ponthieu, el Pays de Caux, aflorar una arcilla roja que contiene en abundancia sílex en diversos estados de descomposición. Es el residuo de disolución de la creta; habiendo desaparecido el elemento calcáreo, sólo han quedado los componentes

insolubles, arcilla y sílex. Esta sustancia de descomposición, siempre que domina en la superficie, modifica el aspecto. Es lo bastante impermeable para mantener charcas cerca de las *mares* del Pays de Caux, para imprimir incluso un sorprendente régimen accidental a ciertos cursos de agua de la creta. Cuando la arcilla de sílex es drenada, ablandada, abonada por la creta subyacente, proporciona un buen suelo agrícola. Muchos bosques han sido roturados de este modo, sobre todo desde el siglo XII hasta nuestros días. Pero aún permanece, bien tapizando los flancos de los valles, bien repartida sobre las mesetas, para denunciar la aparición de ese suelo pedregoso. El bosque de Eu en el Ponthieu, y los de Eauvy, Lyons y Forêt-Verte en los márgenes del Pays de Caux, son los restos aún imponentes de macizos forestales, cuya conservación parece vinculada a la presencia de la arcilla de sílex.

II.2. Interpretación del orden espacial de la vida local

II.2.1. Picardía

El agua en Picardía (1ª parte)

¿Por qué estas aldeas padecen con frecuencia de sequía estival? ¿Por qué pasan leguas sin que veamos cursos de agua? ¿Qué ocurre con los 600 ó 700 milímetros de agua que caen anualmente, en un clima en el que la evaporación no es capaz de sustraer mucha en su favor?. Esta agua se infiltra en la masa fisurada y homogénea de la creta blanca. Ésta la absorbe por completo, como una esponja; pero termina sin embargo por encontrar capas más compactas, que la detienen. Se establece así un nivel por encima del cual las lomas y los valles débilmente excavados están secos, y por debajo del cual por el contrario la capa subterránea, mediante exudaciones, mediante manantiales, aflora a la superficie. No hay manantiales en los flancos de ladera, como los que señalizan los álamos sobre las colinas de los alrededores de París. Una fuente inicial, *somme*, hace su aparición en el fondo de un valle que se prolonga río arriba, pero sin agua permanente. Está pues abocada a deslizarse río abajo, si la superficie de agua desciende. Pero a partir del momento en que se establece la corriente

definitiva, no cesa de reforzarse de aflujos subterráneos. De repente, entre las lomas suaves y amarillas, el agua sobrebunda bajo todas sus formas, ríos, estanques, canales, marismas o turberas. Mientras que las aldeas de las alturas pasan sed, el *hortillonneur* u hortelano circula en barcas alrededor de Péronne o de Amiens.

Hay así, en estas regiones de la creta, un vida de los valles y una vida de las mesetas. Cada una se mueve en un cuadro y en unas condiciones diversas. Ambas coexisten en Picardía, gracias a la fertilidad de las mesetas y a la humedad preservada aquí y allí por las arcillas eocenas; mientras que en Champaña la vida está ausente o languidece sobre las mesetas casi reducidas a su delgada toba. Pero en ambas regiones una vida particular se despierta con la reaparición de las aguas corrientes. Los ríos salen totalmente formados. Molinos, fábricas, ciudades se suceden casi desde su nacimiento.

El Somme (2ª parte)

En la limpidez de esta agua las plantas acuáticas, cuyas raíces descompuestas se transforman en turba, tienen campo libre para propagarse. La turba ocupa una gran parte del valle. No tardaría en invadirlo por completo si una especie de cultivo muy especial no hubiera tomado posesión de este manto negro y vegetal: el de los *hortillons*. Vemos en las inmediaciones de las ciudades el valle dividido como un damero mediante *aires*, pequeñas parcelas convertidas en jardines hortícolas. Pequeñas barcas largas y afiladas, pilotadas con pértiga, circulan entre estos montículos situados casi al nivel del agua, y que estarían a merced de un capricho del río, si el Somme aún tuviera caprichos.

Por otra parte, el valle aún guarda su fisonomía primitiva, y vemos expandirse las aguas, intercaladas de malezas y de espesuras. La pesca es abundante, la caza pulula, pues en la época de migraciones las bandadas de pájaros acuáticos se lanzan sobre estos mantos cenagosos. Alguna choza de pescador, en madera o caña, está instalada en los lugares favorables. Tenemos así la sorpresa inesperada de una escapada a la vida que debieron practicar las antiguas tribus que encontraban en estos laberintos asilo, refugio y medios de subsistencia. Pero para el campesino de hoy estos refugios acuáticos de los restos de una vida

primitiva no representan un domicilio habitable: siguiendo su expresión, <volvemos al *pays*> cuando se alcanzan de nuevo los flancos secos del valle.

II.2.2. Normandía

Valles normandos

Los valles no pueden ser numerosos en este país permeable. Sobre la convexidad del Pays de Caux podemos recorrer hasta 20 kilómetros sin dar con uno. Hasta el nivel en el que las aguas infiltradas en la creta blanca se combinan en corrientes lo bastante fuertes como para alcanzar la base margosa sobre la que aquélla reposa, no hay ni valle ni río. Pero al contacto con el nivel de fuentes, el río sale, abundante y límpido. Desde su nacimiento alguna antigua abadía, un castillo, molinos, y en la actualidad hileras de fábricas, indican la nueva avenida. Por su pureza y por la rapidez que les imprime la pendiente, estos ríos tientan a la industria. Lo que ésta ha hecho de estos valles puede juzgarse por las calles de fábricas que, a lo largo del <bec> de Cailly, del [río] Robec, del río de Sainte-Austreberte, suben a la escalada de la meseta. Pero esto no data de ayer. Es por los valles por los que Normandía se ha convertido en industrial. Aquéllos se insinúan entre los flancos tupidos de la meseta, como venas por las cuales penetra y circula una vida diferente, vida que expira sobre la meseta misma.

Este dualismo está fuertemente impreso en todo el país. Sus pequeños ríos no disponen más que de una veintena de kilómetros para salvar la diferencia de pendiente entre su fuente y su desembocadura. No tardan pues en cortar profundamente la meseta. La arcilla de sílex, expuesta al desnudo en los flancos, aparece con sus piedras rojizas, que una vegetación montaraz, gracias a los escombros, apenas alcanza a tapizar. Un cinturón de matorral y de bosque, rebelde a todo cultivo, interrumpe así la continuidad entre las mesetas limosas de arriba y los fondos verdeantes de abajo. Sobre estas empinadas pendientes, los acarreo son difíciles, casi imposibles; hay que remontarse hasta el nacimiento del valle. Es por eso que las carreteras buscan mantenerse en la medida de lo posible en la dorsal de la meseta, evitando las escotaduras de la periferia. No hay sobre las vertientes ni nivel de fuentes, ni inflexión del relieve que pueda facilitar a media altura el asentamiento

de aldeas. Tenemos pues casi el aislamiento entre valles y mesetas. Abajo la industria, o, a la orilla del mar, algún asentamiento de vida marítima. Arriba las *villae* o *villes*, es decir, los asentamientos rurales en torno a los cuales se ha perpetuado la vida agrícola. Si llevamos al pasado el análisis de estos contrastes, reconocemos en las hendiduras de los valles y en los intersticios de las orillas las vías por las cuales se han introducido los elementos extranjeros, renovadores, a los cuales Normandía debe su nombre. Pero también nos damos cuenta de una de las causas que han supuesto un obstáculo para una completa transformación étnica del territorio. La existencia de una meseta compacta, en la cual se había enraizado una población profundamente agrícola, lo bastante densa como para llevar y mantener un nombre de pueblo, ha contribuido ciertamente a la conservación del pasado.

El estado normando (2ª parte)

Colonia marítima, Normandía colonizó en torno suyo, y su genio pudo irradiar hacia fuera, sobre todo en el arte y la arquitectura, cuyos materiales tomó de su solar. Pero un elemento profundamente indígena, rural incluso, se incorpora a la personalidad de este pueblo. La riqueza agrícola del Caux, del Lieuvin, de las Campagnes, contribuyó a enraizar entre los habitantes esta alta estima de los bienes de la vida, de los que se despegan más fácilmente el habitante de las landas y de los delgados suelos bretones. No hay, ha dicho un ilustre bretón, un solo santo de raza normanda. Sin rechazar el importante papel de las influencias étnicas venidas de fuera, puede decirse que la tierra normanda ha estado, en gran medida, en la formación del carácter normando.

El marino, cuya patria es el mar, cuya juventud trascurre entre los bancos de Terranova y las pesquerías de Escocia, es en Normandía una minoría, que cada vez decrece más. Quizá él, pero sólo él, permanece, tanto en sus hábitos como en su aspecto, como un espécimen más o menos puro de supervivencia étnica lejana. Para el campesino abriga el fiero desdén del hombre de mar. Ama los largos reposos después de la vida peligrosa. Cuando, en uno de estos nidos de pescadores un poco aislados, de los que apenas quedan, le vemos desembarcar, grave y tranquilo, con sus avíos de marinero, la mujer y los niños acudiendo a la playa para contemplar el botín acarreado, la imagi-

nación evoca de buen grado, en su simplicidad, las escenas de tiempos antiguos. Pero en cuanto a la población dedicada a la ganadería, la industria, el cultivo, que es la gran mayoría de las poblaciones normandas, el solar ha ejercido sobre ellas una fuerte influencia. Este genio, hecho de regularidad y de cálculo, se ha aplicado metódicamente a crear riqueza, y a tomar inmediatamente de esta riqueza los embellecimientos y las comodidades de la existencia. La mesa abundante, el lujo de los vestidos, el desarrollo de las industrias textiles en relación con la importancia concedida al esmero en el vestir, son rasgos que desde muy pronto se asocian a la imagen del territorio. La casa, incluso cuando faltan los materiales de bella piedra, casa con elegancia la madera con la tierra batida o el ladrillo; aquélla se rodea de árboles, se reviste de un adorno de hiedra y de flores. Ya contemplemos estas campiñas tan amplias en su fecundidad apacible, ya descubramos entre los huertos y los prados las casas bajas enterradas en el verdor, o veamos subir a través de las hayas el humo de las fábricas acurrucadas en el fondo de los valles, o incluso que el ojo se detenga en estos restos de castillos, de abadías, en estas iglesias de finos campanarios que se alzan casi por todas partes, es, bajo las formas diversas que determina el solar, una misma imagen de opulencia ordenada que llama nuestra atención; y, en esta impresión de conjunto, el presente se vincula sin esfuerzo con el pasado.

II.2.3. Alsacia

Bosques de Llanura

Por todas partes, en la fisonomía compleja de Alsacia, persiste el recuerdo de acciones torrenciales. Las potentes masas de derrubios que fueron arrastrados desde las montañas y fueron dejados en la llanura, en forma de gravas o guijarros, tienen mucho que ver en el aspecto y en la economía general de la comarca. Al oeste del [río] Ill, su procedencia es vosgiense. Con frecuencia han sido recubiertos por capas de *loess*, y entonces no existen más que en el subsuelo, en estado de lechos de gravas y de arenas. Pero a veces ocupan la superficie misma y por allí se extienden. Inmediatamente vuelve, como compañía inseparable de estos suelos infértiles, el bosque; robles y pinos continúan enseñoreándose de vastos espacios que el cultivo ha

renunciado a conquistar. Vemos así sucederse, en correspondencia con las desembocaduras de los valles, antiguos deltas torrenciales en forma de capas cubiertas de bosque, que, esporádicamente, interrumpen la campiña abundante y fecunda. El Forêt de Brumath y sobre todo el Forêt Sainte, la antigua soledad silvestre y abundante en caza que se extiende por 14.000 hectáreas al norte de Haguenau, se conservan sobre las arenas rojas que la descomposición de las areniscas vosgienses ha entregado a la acción torrencial. Tanto en la vida histórica como en la evolución geológica de la región, estos bosques son un rasgo esencial. Más vastos en otro tiempo, fueron cotos de caza, o incluso lugares de sepultura, si nos atenemos a los numerosos túmulos de los que están sembrados. Se asocian a los recuerdos y a las leyendas; forman parte de la imagen que el alsaciano se forma de Alsacia.

El Hart, el bosque por excelencia del sur de Alsacia, que comienza en Huningue y a través de una serie de desmembramientos se prolonga hasta Markolsheim, es de origen no vosgiense, sino alpino. Sus bosquecillos muy ralos de robles y de carpes crecen en el cono de derrubios, cada vez más alargado por las aguas corrientes descargadas por el Rin en el recodo de Basilea. En esta construcción gigantesca que él mismo ha edificado con los materiales arrancados a los Alpes, el Rin no ha llegado aún a excavar con suficiente profundidad en su lecho como para alcanzar el sustrato terciario. Sin el canal artificial en el que ha sido inserto artificialmente, continuaría divagando como en el pasado en surcos paralelos, en sinuosos meandros, en una malla complicada que abraza pantanos o islas de verdor, *Ried* o *Grün*. Volvería a visitar de vez en cuando el laberinto pintoresco de las espesuras de mimbre, de juncos, de cañas y de sauces, donde la pesca juguetea, espada desde lo alto por las aves migratorias.

Sin embargo, en la masa de derrubios que constituye el talud edificado en época diluvial, el río ha tallado por sí mismo terrazas sucesivas. En Huningue aquéllas se dibujan en número de tres; enseguida descienden y se simplifican gradualmente, no sin formar, entre el Rin y el Hart, un talud siempre sensible seguido por las rutas antiguas y modernas. Pero las aguas subterráneas no son detenidas por este talud; se introducen bajo las gravas permeables que forman el suelo del Hart y de las partes roturadas, aunque análogos que vienen a continuación. Estas gravas son se-

cas en superficie; los cursos de agua se infiltran por ellas y desaparecen; pero en el subsuelo, una capa de guijarros cementados, siempre cercana a la superficie, retiene el agua y la vuelve fácil de alcanzar mediante pozos. Si el suelo de gravas carece de fertilidad, la presencia del agua proporciona al menos unas condiciones indispensables de existencia a los asentamientos humanos.

Pantanos de Llanura

Pero basta que esta capa permeable de gravas sea interrumpida por alguna capa menos permeable de arcilla o de limo, para que una parte de las aguas, cuyo subsuelo está colmatado en la banda de Llanura entre el III y el Rin, sea devuelta a la superficie. Nacen entonces ríos parásitos, simples reparaciones del acuífero en las que fraternizan alternativamente las crecidas del Rin y del III. La mayor parte de los *Graben*, que entre Colmar y Schlestadt acompañan paralelamente el curso del III, no tienen otro origen. La Llanura toma entonces un aspecto pantanoso, aún bien sensible, a pesar de los diques, las desviaciones y los trabajos de drenaje, que representan la obra de muchas generaciones. Ya no estamos en la campiña, *Land*; sino en el pantano, *Ried*. Al igual que la palabra *Hart* reina a lo largo de la terraza diluvial, la de *Ried* regresa con frecuencia, bien en las inmediaciones del III, bien en las del Rin. Adivinamos de lejos esas praderas pantanosas entre los bosquecillos de sauces que las bordean.

Comunicaciones

Estas particularidades de la hidrografía están estrechamente vinculadas a las condiciones de asentamiento y de circulación. Las orillas más cercanas del río han atraído desde muy pronto la presencia humana; el mundo de vida animal que allí se concentraba, sobre todo en tiempos pasados, era un incentivo que han debido buscar los más antiguos habitantes. Pero el río es un vecino incómodo: hizo falta utilizar, para edificar allí asentamientos duraderos, las terrazas que la inundación no podía alcanzar, o bien los lugares angostos donde el paso era momentáneamente liberado de las complicaciones de una amplia malla fluvial. Así se iniciaron asentamientos, entre los que algunos han subsistido, y otros no han tenido sino una existencia precaria. Sin embargo, desde muy pronto la terraza del *Hart* ofreció

una vía cómoda, que permitía seguir paralelamente el río a poca distancia. La vía romana de Basilea a Estrasburgo se conformó en esta dirección, que sin duda había sido utilizada por relaciones comerciales más antiguas. Los túmulos numerosos del Hart dejan entrever cuál fue la importancia de los intercambios que habían tenido lugar en estos parajes, desde la edad del bronce, entre el norte y el sur.

Pero mientras las carreteras discurren naturalmente en el sentido de los ríos, la circulación transversal se tropieza, y sobre todo se tropezaba, con obstáculos. Pueblos y caminos de toda clase se concentran sobre delgadas lenguas de tierra que se suceden entre las líneas fluviales y pantanosas. Vemos, a intervalos regulares, cómo los pueblos se suceden en una sola fila. Estas líneas de asentamiento jalonan las direcciones según las cuales se mueve la vida del territorio. Más distanciadas hacia el Sur, se aproximan gradualmente, como los ríos mismos, hacia el Norte. Hacia Estrasburgo, el haz se anuda. Hasta allí es sólo entre Basilea y el [río] Doubs, en el umbral de la Puerta de Borgoña, donde las relaciones son múltiples y cómodas en todos los sentidos. Comprendemos así el vínculo que unió la Alta Alsacia con la Secuania céltica, que más tarde la retuvo bajo la dependencia de la metrópolis eclesiástica de Besanzón.

Importante como región de tránsito, Alsacia es también y sobre todo una tierra que ha atraído y fijado desde muy pronto la población, lo que ha alimentado un desarrollo político original.

Clima

El clima es destacable. Llamó la atención de Goethe por un no se qué más claro, más luminoso. Este renano de Francfort recordaba de Alsacia las nubes que durante semanas permanecen unidas a las montañas, sin turbar la pureza del cielo. La observación es fina y verdadera. Es al sur de Estrasburgo y sobre todo sobre el borde oriental de los Vosgos donde la nubosidad acusa un decrecimiento. En el recodo de los Vosgos meridionales los vientos lluviosos del Suroeste son liberados de su carga de vapor; son descendentes, es decir, más secos. De hecho en Colmar no cae más que la mitad de altura media de lluvia que se constata en Friburgo de Brisgovia. Ocurre así que, sobre el borde occidental de esta llanura donde las aguas rebosan,

donde se ha visto al Ill y al Rin reunir sus aguas en famosas inundaciones, hay una zona por la que el agua se infiltra, a veces incluso se ausenta. Los rayos de un sol generoso activan la vegetación y prolongan su duración. La aparición de hojas se adelanta en quince días respecto a Alemania; y, en otoño, bellos días cálidos terminan de hacer madurar los vinos espirituosos de las laderas subvosgienses. De Thann a Mutzig, el borde de los Vosgos, la viña marca el paisaje con una impronta tan imperiosa y exclusiva como en Épernai o como en Beaune. No la vemos más que a ella entre los grandes pueblos blancos de casas apretadas. Un trazo de naturaleza meridional se prolonga por la linde oriental de los Vosgos. El castaño alcanza allí su límite extremo hacia el Norte. La fauna alsaciana cuenta incluso con varios animales de origen francamente meridional -jineta y lagarto verde entre otros- que reencuentran su mediodía en la zona calcárea y seca de las colinas subvosgienses.

El hombre ha prosperado también, ha aprovechado esta clemencia acogedora de la naturaleza. La claridad del cielo y la dulzura de vivir han puesto en él la alegría. <<Lo natural de este pueblo es el júbilo>>, escribía el primer intendente francés que gobernó Alsacia. Para muchos pueblos venidos de territorios más ingratos y más oscuros, este país ha marcado el comienzo de la emancipación de la vida menesterosa, el disfrute jubiloso en una naturaleza que invita a la fecundidad y da ejemplo de ello.

El loess alsaciano (1ª parte)

El secreto de esta fecundidad está en esta clase de suelo que en Alsacia se llama *loess*. Este terreno privilegiado ocupa a lo largo de las montañas una banda interrumpida por las desembocaduras de los ríos. En la superficie, es un terreno oscuro, limoso, propio para la fabricación de ladrillos, animado por numerosos tejares; pero en láminas verticales que lo entreabren, a lo largo de las canteras o de los barrancos secos que lo cortan, vemos, bajo esta epidermis, capas deleznable de un amarillo claro donde volvemos a encontrar la caliza disuelta en superficie en forma de concreciones o *poupées*. Las aguas se infiltran a través de estas capas. Es como un espeso manto que cubre las pendientes alargadas de las colinas, allí donde se eleva hasta 380 ó 400 metros de altitud absoluta; por el contrario ha sido desmantelado y falta en la región baja de los Ried y

de los aluviones recientes. Esta masa terrosa, mirada de cerca, está lejos de ser homogénea. Se compone de capas de acarreo, diferentes por la edad del depósito y por los elementos que la componen. En la base encontramos lechos de gravas, arcillas, arenas fluviales, y reaparecen por intervalos entre capas espesas de partículas más finas, en las que nada indica la acción de las aguas. Algunas de esas capas están descalcificadas, prueba de que han estado largo tiempo expuestas a la acción del aire y de las lluvias. De este modo, la formación de estos depósitos es la obra de largos períodos alternativamente secos o marcados por los retornos ofensivos de régimen torrencial. Una masa enorme de derrubios, desde las gravas gruesas hasta el polvo palpable, ha sido entregada por las grandes destrucciones vosgienses a la acción preponderante a veces de las aguas torrenciales, a veces de los vientos.

Estos terrenos constituyen un suelo nutricio que ha atraído a los animales y los hombres. Allí donde reina, sea en Tagolsheim en el Sundgau, sea en Egisheim y en otras ubicaciones cerca de Colmar, sea en Achenheim, cerca de Estrasburgo, objetos de industria primitiva, de osamentas humanas a veces, indican una toma de posesión muy antigua, que ha proseguido sin interrupción en los mismos lugares. Es por esta zona por donde el hombre ha hecho la conquista de Alsacia. Antes de desecar sus llanuras ahogadas, de aventurarse por sus aguas vagabundas, de roturar bosques y valles, es sobre estos terrenos naturalmente secos, fáciles de trabajar y fértiles, donde ha fundado y luego multiplicado los asentamientos. Sin la presencia de este terrazgo bienhechor, apenas se explicaría el carácter precoz que distingue nítidamente la civilización del territorio.

La banda de *loess* está desigualmente repartida a lo largo de los Vosgos: Al Sur es estrecha, con frecuencia interrumpida; desaparece aún hoy cerca de la mitad de la Alta Alsacia a favor de los bosques o las landas. Pero al norte de Schlestadt y sobre todo entre Hochfelden y Estrasburgo, en la comarca llamada Kochersberg, aquél se extiende: es la región rural y agrícola por excelencia. Limitada al Sur por el Bruche, al Este y al Norte por los bosques de Brumath y de Haguenau, se eleva hacia el Oeste en pequeños resaltes hasta las cercanías de Saverne. Los cultivos cubren todo allí; el tipo exclusivo de poblamiento es el pueblo: pueblos que raramente alcanzan los 500 habitantes, pero muy

próximos, de aspecto rico y acomodado, con sus anchas casas en *pisé*, amenizadas por sus vigas entrecruzadas, sus balcones, su cerco de huertos.

El *loess* alsaciano (2ª parte)

Alsacia es un territorio de zonas geográficas bien contrastadas, cada una de las cuales ha marcado su impronta distinta sobre el hombre. El abundante y riente pueblo de las llanuras de *loess*; el pueblo estrechamente apiñado, construido en caliza blanca, junto al viñedo; la pequeña ciudad imperial y amurallada en la entrada de los valles; luego, aquí y allí, planeando sobre las alturas, los castillos en ruinas, las misteriosas fortificaciones de tiempos más antiguos aún: tales son, en su particular relación con las diferencias de relieve y de suelo, las formas muy determinadas, muy individuales y muy precisas que los asentamientos humanos han adoptado en Alsacia. Por todas partes, pequeñas autonomías, que toman de las condiciones locales su vida y fisonomía propias.

II.2.4. Borgoña

Paso entre Lorena y Borgoña (1ª parte)

Un estrecho parentesco conecta la Lorena meridional y el norte de Borgoña. En la región que los geógrafos llaman Faucilles y los campesinos la *Vôge*, casi ninguna diferencia de nivel separa los afluentes del Mosela de los del Saona. El acento local, el vocabulario geográfico con sus desinencias en “*ey*”, el aspecto ancho y achaparrado de las casas, su disposición interior, se continúan de un territorio a otro.

Sin embargo, no es por ahí por donde se hace la soldadura histórica entre Lorena y Borgoña. La *Vôge* se termina bruscamente hacia el Oeste, delante de un talud calcáreo que la domina desde los 80 metros. Hay allí uno de esos accidentes topográficos que, a consecuencia de la inclinación de las capas hacia el centro de la Cuenca parisina, se van repitiendo entre los Vosgos y París. Vemos así, cada vez que la pendiente geológica trae capas más duras a la superficie, alzarse su base socavada por las aguas en forma de talud que mira hacia el Este. Es uno de esos taludes el que separa la *Vôge* de la Plaine, la arenisca de la caliza.

El contraste es llamativo. Tan pronto como esta caliza conchífera de edad triásica toma posesión de la superficie, el solar deviene pedregoso y seco, los campos remplazan a los bosques, el *pays* se descubre. En lugar de las comunicaciones sinuosas impuestas en la *Vôge* por la multiplicidad difusa de las aguas, las carreteras se despliegan en línea recta. Continúan, durante leguas enteras, sin desviarse de su dirección: vías romanas, carreteras modernas. A lo largo de la vía romana construida sobre la cornisa misma del talud calcáreo, de forma que dominan el *pays*, los pueblos agrícolas se suceden en breves y regulares intervalos. Este *pays*, llano y descubierta, fue practicado, recorrido, cultivado antes que los *pays* forestales contiguos y que, cuando estaban más intactos, conformaban un cinturón forestal de Lorena. Entre Lorena y Borgoña, hubo allí uno de los principales pasos, una de las vías por las cuales el viejo centro de Langres comunicaba con las comarcas del Mosela.

Si seguimos hacia el Oeste, vienen a la superficie capas menos antiguas; y, con ellas, comarcas nuevas. Son aquí las margas del lías, esencialmente aptas, por su impermeabilidad para retener las aguas que dejan filtrar las calizas porosas y fisuradas de las capas superiores. También esta comarca es una de las más destacables reuniones de manantiales. Alrededor de seis leguas, sobre una meseta ampliamente ondulada surcada por una vía romana, separan la fuente del Mosa del nacimiento del Marne. Hacia el Rin, hacia el Sena, hacia el Ródano divergen valles en un estrecho radio. Estos ríos nacientes han excavado en las margas cañadas fértiles que cortan mediante circos las plataformas que las rematan. Espolones, escarpes, secos promontorios se perfilan así entre lenguas de terreno irrigado y verdeante. Apenas hay, entre los espacios montaraces y forestales que se suceden, más que bandas restringidas, comienzos de valle que no tardan en desaparecer. Pero en este marco la mezcla de las aguas, de las praderas y de los campos, coronados por bosques, ha bastado para agrupar en ocupaciones comunes a poblaciones que tenían conciencia de su unidad, y para formar una comarca especial, que los habitantes llaman propiamente el *Bassigny*. Si la vida era allí estrecha ¿no había rutas desde mucho tiempo atrás frecuentadas que allí se cruzan? Hacia los Países Bajos, hacia Reims, hacia Sens, las vías romanas habían fijado la circulación.

Caracteres del paisaje borgoñón

En el intervalo de estas recortaduras, el borde oriental de la meseta se extiende rectilíneo; durante 50 kilómetros, de Dijon a Chagny, las mismas lomas rojizas o grises, viñedos hasta media ladera, matorral o bosque sobre las crestas, acotan la vista. Pero a su pie una sucesión de burgos, pueblos y aldeas, en la que de un campanario a otro no hay más que una media legua, se extiende como una banda no menos regular que la de los bosques que la dominan, de las viñas que la rodean y de los campos que la bordean hasta 4 ó 5 kilómetros del pie de la *Côte [d'Or]*. A esta distancia, en efecto, comienza entonces una nueva comarca; ahora son las praderas sobre el aluvión y los bosques sobre las arenas los que prevalecen. Entre esta zona contigua al Saona y la *Côte d'Or* discurren paralelamente la vía romana, la carretera, el ferrocarril. Un grupo de unos cuarenta mil habitantes se concentra como una especie de burgo continuo enlazado por una vía principal.

Detengámonos en estos rasgos; nos proporcionan elementos característicos. En ninguna parte se concentra mejor el aspecto nítido y reglado de lo que puede llamarse el paisaje borgoñón. Éste se compone de bandas delgadas, pero distintas, transmitiendo a los habitantes de los valles, de las laderas, de las mesetas caracteres bien reconocibles y bien conocidos. Entre los valles, entre las vertientes y las mesetas, los bosques forman grandes manchas de aislamiento, de forma que el conjunto se compone de grupos separados unos de otros, pero estrechamente aglomerados entre ellos. Todo concurre a favorecer este modo de agrupamiento; la hidrografía muy concentrada, en *doux* o manantiales, los cultivos de viña y de árboles frutales. Es como el precursor de condiciones que encontraremos, exageradas por el clima, a orillas del Mediterráneo, en el *Bas-Languedoc*. A excepción de las partes demasiado áridas para que las poblaciones puedan establecerse, el hombre encuentra en abundancia, casi a la mano, la piedra y la madera. Tiene así con facilidad los materiales necesarios para sus construcciones y sus carreteras. La piedra, blanca y tierna, muestra a lo lejos los pueblos; aquélla conforma las gradas sobre las cuales la tierras son artificialmente retenidas. Las carreteras, fáciles de establecer sobre este suelo seco y casi naturalmente empedrado, horadan las masas forestales. Una vida concentrada sobre estos espacios res-

tringidos, pero entre las cuales la relación es fácil, resulta de estas disposiciones del solar. Si a estas ventajas se añaden las del clima más seco y más soleado de la vertiente oriental, nos explicamos cómo la Côte d'Or se ha convertido en el punto luminoso en el que se manifiesta el genio borgoñón. Allí se encuentra algo más que una holgura mediana: algo de lo superfluo que es necesario para la plena realización de un genio local.

El Saona (2ª parte)

Enormes cantidades de aluviones silíceos que revelan un origen vosgiense se han esparcido así en el valle del Saona. Aquéllos han depositado las arenas y guijarros que, elevados en taludes como en el Forêt de Chaux, o extendidas en capas, son la base de las grandes extensiones de bosques llanos. Éstos flanquean el Saona, al que adivinamos de lejos con su cortina de álamos. A veces, cuando el lecho ha sido recrementado por lluvias abundantes, en la confluencia con el [río] Doubs, a aquél se le ocurre resucitar en parte el antiguo lago. Una inmensa crecida se extiende sobre la llanura, en este lugar, casi desprovisto de pendiente. ¡Qué desgracia para las pobres casas en pisé [limo] construidas al alcance del río! Aquéllas son por otra parte aisladas y raras. Es sobre las terrazas que flanquean el Saona a distancia, a 10 ó 20 metros por encima de su lecho, donde se han agrupado, en menor número que al pie de las Côtes, los asentamientos humanos.

II.2.5. Pirineos

Altas comarcas pirenaicas

Sin embargo bastan algunas horas, remontando el estrecho y derrumbado valle por el cual el [río] Tet se insinúa en el corazón de la cadena, para alcanzar, en Montlouis, una de estas grandes mesetas graníticas que son propias de las partes oriental y central de los Pirineos. Es como un zócalo ancho y elevado, sobre el cual, a derecha e izquierda, se alzan montañas que lo sobrepasan en un millar de metros. No hay allí glaciares, pero se revela su antigua presencia en las escotaduras semicirculares que cortan las cimas, en la multiplicidad de <vasques>, de lagunas, de pequeños lagos. Aquéllos han acumulado morrenas sobre la meseta

granítica y arrastrado aluviones que la recubren en parte y palián la esterilidad. Sobre estos depósitos blandos se han asentado los cultivos, cuya antigüedad se adivinaría, a falta de otras pruebas, viendo en qué medida el bosque ha desaparecido en estas alturas casi por todas partes. Estrechas y oscuras bandas de pinos de montaña marcan aquí y allí sobre las pendientes los lugares que aquél ha podido conservar. Burgos formados por varios caseríos, algunos con viejas fortificaciones; una ciudad, Puigcerdà, edificada sobre una morrena por cuyo pie el Segre pasa rozando, indican la existencia de una especie de autonomía cantonal cuyos rastros no han sido totalmente eliminados por la frontera política. Y de hecho, cuando las llanuras del Ampurdán y del Rosellón eran assoladas por las invasiones árabes, cuando durante más de dos siglos servían de campo de batalla a los Francos y a los infieles, la Cerdaña escapaba a las devastaciones. La población de la llanura, en el momento de la reconquista, fue completamente renovada; allí arriba había un refugio donde aquélla subsistió con sus usos, sus instituciones, sus relaciones propias. De estos antiguos usos no se ha conservado todo. Raros son los cantones que, como Andorra, han podido por azar conservar una autonomía política. Sin embargo, las diferencias entre Cerdaña y Rosellón, montaña y llanura, permanecen lo bastante marcadas como para que se pueda captar el contraste que una diferencia de altitud de poco más de un millar de metros puede introducir entre los destinos históricos de comarcas vecinas.

Estos cantones montañoses se agrupan sobre todo en la zona donde los valles altos limitan con los pastos. Hacia las fuentes del Garona, del Gave de Pau, así como del Aude y del Ariège, se extienden amplios espacios donde ovejas y pastores se quedan en verano: *pasquiers*, *pla*, *calms*, *estiba*, nombres cuya misma diversidad atestigüa el lugar que aquéllos ocupan en la existencia montañesa. Los pastos del Carlitte, adonde miles de ovejas iban cada año, en el siglo XVIII, desde el valle del Segre, lindan con la Cerdaña y el Capcir; los de Pla de Beret con el Valle de Arán; los estives cercanos al Monte Perdido comunican con el grupo de los Vallées de Barèges. Ciertas fiestas reúnen en ciertas fechas a los montañeses en torno a alguna ermita. Para explotar estos pastizales comunales ha sido necesario entenderse, formar asociaciones o pactos entre los cantones limítrofes que dan acceso a estos altos lugares. Por eso, la distinción

entre vertientes apenas tiene utilidad práctica, pues los pasos se extienden indistintamente por ambas laderas. No se sabe a qué fecha se remontan estos tratados de *lies* y *passeries*, que eran practicados en el siglo XVI entre nuestros valles del Ariège y el Valle de Arán español, y también en otros lugares. Eran convenios tenidos por válidos incluso en tiempos de guerra, destinados a asegurar la práctica regular de la economía montañesa. Que a veces estos montañeses separados entre España y Francia, pero unidos por intereses comunes, se entendieron entre ellos, más que con las gentes de la llanura, es una acusación repetida con frecuencia en los antiguos escritos locales: ¿cabe acaso extrañarse?

En los Pirineos, como en los Alpes, las necesidades de la vida pastoral protestan con frecuencia contra las separaciones fácticas introducidas por la política inspirándose en una falsa geografía.

Comunicaciones interiores de la montaña

Desde estas partes altas de la montaña, los ríos, sobre todo los de la vertiente septentrional, se precipitan a través de una serie alternante de gargantas y de cuencas. Los barrancos boscosos por los cuales el Aude desciende del Capcir eran hace poco infranqueables. Los lagos escalonados del valle del Oo, la <<rue d'enfer>> del valle del Lys, los barrancos entre Gavarnie y Gèdre, dicen cuál es la dureza de la vertiente francesa. La humedad creciente del clima hacia el Oeste, la proximidad de la llanura, la frecuencia de intercalaciones de rocas diversas, todo conspira para exagerar la irregularidad del perfil seguido por los ríos.

Pero no era por los desfiladeros salvajes en los que nuestras carreteras modernas se han abierto paso a duras penas por donde estas comarcas se comunicaban entre ellas: era por los medios tradicionales de las comarcas de montaña, por los senderos que siguen las alturas y que siguen frecuentando el arriero o el pastor de Aragón o de Navarra. Estos senderos juegan en la montaña un papel mayor del que se piensa; porque nuestros hábitos de llanura nos vuelven demasiado desdeñosos de esta red creada por los montañeses para su propio uso. Los *ports* o pasos son numerosos, incluso en la parte central. No hay menos de la veintena entre el Conserans (valle del Salat) y los altos valles aragoneses. Por estas vías la vida circula hasta lo más

tupido de la montaña. Aquella se desborda incluso hacia fuera, porque es por ahí por donde en las estaciones propicias los ganaderos alcanzan las ferias y mercados situados en el contacto con la llanura. Pero las relaciones más naturales y más frecuentes son entre valles altos sin distinción de vertientes. El Capcir, cercano a las fuentes del Aude, tiene relaciones con la Cerdaña en las fuentes del Segre, más que con el curso inferior del Aude. Las de Gavarnie con los valles altos aragoneses, aunque menos activas que antaño, mantienen todavía un vaivén.

II.3. Interpretación de transiciones y cambios en la fisonomía

II.3.1. Picardía

Entrada septentrional de la Cuenca parisina

La banda jurásica que marca la periferia de la Cuenca parisina está ausente entre Hirson y Boulogne. Primero desaparece bajo las capas arcillosas que forman el país de pastos y de setos vivos de la Thiérache; después, hacia el Cateau, estas arcillas son reemplazadas a su alrededor por la creta blanca que da forma a las amplias lomas agrícolas del Cambrésis. Sólo allí comienza la vasta zona cretácea que se despliega tanto en Champagne como en Picardía. Vamos a estudiar, en Picardía, la fisonomía que aquella imprime al paisaje. Pero antes un accidente destacable, en el Oeste, debe atraer nuestra atención.

Boulonnais

El Boulonnais es un enclave excavado por socavamiento en el caparazón de creta. Interrumpido por la brecha del estrecho, continúa entre los North y South Downs, en el Weald inglés. Subimos lentamente los bordes por rampas uniformes y peladas, señalizadas, al sur, por grandes fábricas de cemento: súbitamente, un paisaje se descubre, verdeante, accidentado, enteramente diferente del collar cretáceo que lo envuelve. La salida a la luz de capas más variadas y generalmente más blandas ha permitido al trabajo de las aguas esculpir desigualmente la superficie, crear un modelado en el que la diversidad de los afloramientos se traduce en frecuentes niveles

de fuentes. Bosques y praderas se van alternando; corren ríos velozmente sobre lechos pedregosos; setos vivos, en los que el acebo se mezcla con el espino y los sauces, enmarcan pequeños caminos, mientras que, por todas partes, pero sobre todo en las alturas, se desparraman casas largas y bajas cuyas ventanas se adornan con flores y que reivindican cada una su parcela de huertos, prados o campos.

Algunas rocas más duras, de edad jurásica, han permanecido como relieves, y forman, cerca de Boulogne, el monte Lambert, junto a los acantilados calcáreos del Griz-Nez. Pero al Norte, hacia Marquise, la intensidad del abombamiento ha sido llevada a tal punto que son las mismas rocas primarias las que aparecen: los mismos esquistos, los mismos mármoles que desde las Árdnas parecían definitivamente enterrados en las profundidades. En una súbita fuga tenemos, sobre la colina desnuda y batida por los vientos que domina las canteras de Marquise, la brusca y corta de visión de las landas, pastizales y aulagas. Ilustrativa y fugitiva reminiscencia!

Algunos pasos más, y hacia Landrethun alcanzamos la cresta del collar cretáceo: desde allí una inmensa vista se descubre; es la comarca llana que desciende y huye hacia Calais y que, más allá de los bosques que oscurecen los bordes de Guines, se pierde a lo lejos hasta la banda gris del Mar del Norte. El espectáculo no carece de grandeza. Nos sentimos en el umbral de dos grandes regiones: allí limitan, y se oponen visiblemente cerca de un rincón de las Árdnas por un instante resucitadas, los Países Bajos y la Cuenca de París.

II.3.2. Normandía

Valle y bahía del Sena, 1ª parte

Pero justo al pie de la meseta cretácea, el Sena ha cortado su valle. Ha multiplicado sus meandros; y, poco a poco, entre sus apartadas orillas, huyendo en líneas oscuras, se introduce un amplio estuario marítimo.

El Sena comienza, casi al salir del circo parisino, a tomar su fisonomía normanda. Poco después de Meulan, las blancas rocas de creta comienzan a aflorar en la base de las laderas. Más allá de Mantes, el paisaje ha cambiado ya.

Las colinas con zonas de vegetación escalonada que caracterizan la topografía parisina han dejado su lugar a verdaderos *downs*, lomas semipeladas o tapizadas de magro césped, rocas de composición homogénea que la erosión ha modelado en hemiciclos de regularidad casi geométrica. El valle que éstos enmarcan está profundamente esculpido en su masa. En Vernon estas elevaciones de creta, destripadas por las canteras, coronadas por bosques, toman una cierta amplitud. De los flancos rocosos, antaño horadados de moradas troglodíticas, salen los materiales de construcción desde hace mucho tiempo utilizados por el hombre. El Sena, que acaba de rozar en una de estas curvas sinuosas la base de La Roche-Guyon va, en un nuevo gran circo, a bañar las ruinas de Chateau-Gaillard. Sin embargo, aún no está más que introducido a medias en la potente capa que debe atravesar: a las áridas lomas de la orilla derecha se oponen, sobre la otra orilla, hacia Gaillon, un país de colinas, alomado y verdeante. Sólo cuando el Eure, después de haber flanqueado paralelamente esta amplia loma, desemboca en la llanura aluvial en la que se reúne con el Sena, de ahí en adelante se reconstituyen en los dos flancos del valle los rasgos característicos del paisaje cretáceo. Fieramente dividida en paneles geométricos, una ladera, cuya silueta permanece obstinadamente en el recuerdo, domina la confluencia del [río] Andelle. En lo sucesivo los acantilados se despliegan más altos y más regulares. En las inmediaciones de Ruán, aquéllos se erigen hasta alcanzar los 145 metros por encima del valle. Tan lejos como la vista alcanza en la otra orilla, una línea uniforme y arbolada marca el basamento de la meseta de Roumois, que se opone al Sur a la de Caux. Mientras que Ruán se apiña al pie de su acantilado, una pendiente moderada acaba el espolón cretáceo que se proyecta en la concavidad del meandro. Los caracteres del paisaje se han fijado definitivamente de ahora en adelante; y casi hasta la culminación de su desembocadura, es a través de la realzada masa cretácea cómo el Sena va a acabar su curso. Aunque aquél haya sentido desde Pont-de-l'Arche los primeros estremecimientos de la marea, modifica lentamente su fisonomía. Sin embargo, poco a poco los espolones que sobresalían sobre la concavidad de las curvas, se amortiguan: el río, ayudado por la fuerza de las mareas, ha conseguido roerlas; y deposita en su lugar amplias capas de gravas y aluviones. Ora los bosques han continuado manteniéndose; ora el suelo desde muy pronto ordenado se ha revestido de rientes cultivos. Es en me-

dio de huertas donde se alzan, en una de estas penínsulas aplanadas, los finos arcos de Jumièges. Incluso cuando, en Quillebeuf, la naturaleza del río se convierte decididamente en la de estuario marino, es aún entre verdeantes colinas cómo se agota el Sena. En el aspecto siempre elegante del paisaje en que aquél expira, nada recuerda la grandiosidad impregnada de tristeza de las desembocaduras llanas del Escalda, el Mosa, el Támesis.

Exteriormente, todo respira regularidad y armonía. Todo lo más, en la superficie, una disimetría pasajera de las orillas, el súbito saliente de una elevación de creta, puede hacernos sospechar de los accidentes que han afectado al territorio. No obstante, han sido numerosos y repetidos. Se sabe, por los trabajos de los geólogos, que el curso inferior del Sena ha sido guiado por una serie de dislocaciones y de fallas. Estos accidentes han facilitado la erosión fluvial a lo largo de la extremidad meridional de la meseta cretácea, y su prolongación existe sin duda bajo las olas de la Mancha.

II.3.3. Alsacia

Entrada de Alsacia

Los rasgos característicos de los que se compone Alsacia no se evidencian de forma inmediata cuando se entra por Montbéliard o por Belfort. Al salir del brillante valle del Doubs, tenemos primero una impresión de tristeza. Las arcillas lacustres de época terciaria han depositado un manto de tierras frías, sembradas de pantanos, uniforme, donde dominan las praderas y los bosques. Las aguas indecisas se arrastran en este paisaje borroso.

Pero muy pronto, hacia el Este, comienza una comarca de colinas, entre las cuales el [río] Ill ha excavado nítidamente su valle. La viña aparece allí con las calizas. La comarca se eleva hasta los plegamientos jurásicos de Ferrette. Seca y accidentada, contrasta con lo que le sigue al Oeste y al Norte. Pero es aún la fisonomía del Franco-Condado más que de Alsacia.

La fisonomía de Alsacia comienza a dibujarse, como en síntesis, hacia Thann, al pie de los Vosgos. A la entrada de un rico valle que se introduce profundamente en la montaña, la vieja ciudad tortuosa inaugura la serie de localidades prósperas que se apiñan en el límite de los Vosgos. Éstos presentan a Alsacia su borde fracturado, a lo largo de los cuales subsisten jirones de rocas calcáreas, que dan a esa vertiente un cinturón de colinas llamadas subvosgienses. Allí se despliega el glorioso viñedo. En amplios taludes suavizados, estas colinas se inclinan hacia la llanura, terminando por desaparecer bajo el *loess* o limo que sigue a distancia el borde montañoso. Las carreteras se apiñan, el territorio se anima: es el comienzo de la zona viva en la que valles bajos desembocan entre laderas expuestas al sol, frente a campos donde todo viene a pedir de boca.

Sin embargo, aquí el *loess* no es más que una estrecha franja; y la llanura que se extiende más allá hacia el Este tiene un aspecto de monte bajo y de landas. Las casas son raras en los 13 kilómetros que separan Cernay de Mulhouse, porque el terreno de gravas, que deja filtrar el agua, es casi rebelde a los cultivos. El origen de esta ingrata grava es vosgiense; son los derrubios que el [río] Doller y el [río] Thur han arrastrado en el curso de los desmantelamientos que han reducido a su nivel actual las montañas cercanas. Con frecuencia barrida por vientos secos, ninguna otra parte de Alsacia recuerda mejor el estado de estepa por el cual toda la región ha pasado, a juzgar por la fauna, en épocas interglaciares. Seguimos, a lo largo de un jirón de bosque, un tramo de la vía romana que venía de Besanzón. Fue un lugar de pasos y de ferias. Situado en el umbral de territorios diversos, servía a los intercambios y las transacciones periódicas con Borgoñones, gentes del Franco-Condado y Loreneses. Alsacia se suministraba allí de ganado, cuya carencia se ha dejado sentir siempre en cierta medida en sus campos; y la llanura ha conservado, por este hecho, su nombre popular, *Ochsensfeld*, o Campo de bueyes.

II.4. Interpretación de la vida local desde la fisonomía

II.4.1. Picardía

La vida sobre las mesetas limosas

Este limo es esencialmente el suelo de educación agrícola en el que se han formado los hábitos que han permitido más tarde conquistar al bosque las tierras arcillosas y frías, y extender así el dominio nutricional del cual la Francia de la historia tomó su fuerza. El arado no corre el riesgo de tropezar con piedras; traza libremente largos surcos sobre esta tierra llana y fácil, donde el labrador pudo desde muy pronto adoptar el arado con ruedas. Aún más fácil era extraer la creta del subsuelo, a la cual ningún lecho de rocas o piedras separa del limo. Para construir sus viviendas, el hombre tenía a su disposición el mismo limo, o *pisé*, del cual hacía, mezclado con paja, un adobe, que reposaba sobre una base de sílex y era aplicado sobre vigas de madera.

Desde hace veinte siglos el arado hace pues brotar cosechas de trigo sobre estas lomas, entregadas a su dominio exclusivo. En las inmediaciones de los relieves que ocupan las aldeas, el camino se encajona en el limo. Entre los campos desnudos, surcados por caminos rectos, que a menudo son calzadas romanas, la mirada es atraída aquí y allí, generalmente en la cima de las ondulaciones, por anchos grupos de árboles de los que emerge un campanario. De lejos, en la campiña desolada del invierno, estas aglomeraciones de árboles, que la monotonía del horizonte permite percibir en su distribución casi regular, forman manchas oscuras que nos hacen soñar con las islas de un archipiélago. En verano son oasis de verdor entre los campos amarillentos. Así es cómo se anuncian, en el Cambrésis, el Vermandois, el Santerre, las aldeas en las que se concentra la población rural. Entre ellas, casi ninguna casa aislada; apenas protestan contra la soledad general un molino de viento o un árbol. Es porque, en este suelo permeable, el nivel del agua es tan bajo que hace falta excavar, a veces hasta los 80 metros, costosos pozos para alcanzarla. Los habitantes se aprietan alrededor de los pozos y las charcas.

Estas aldeas son numerosas, apenas distantes 3 kilómetros unas de otras. Muchas han buscado las placas de arena arcillosa, cuya humedad favorece el crecimiento de árboles. Son aldeas o burgos rurales cuyos nombres con frecuencia terminados en *court* indican su origen agrícola. Casi invariablemente, se componen de un núcleo de edificios contiguos, dispuestos según el mismo tipo. Es en realidad una aglomeración de granjas, cada una con su patio cuadrado. Desde la calle sólo se ve la pieza principal de la granja, el granero de muro desnudo hendido por una gran puerta. Frente a él, formando la parte opuesta del recinto cuadrado ocupado por el patio, la *maison* propiamente dicha, es decir, la parte reservada a vivienda, seguida a su vez de un huerto y de un *plant* donde los álamos se elevan entre los árboles frutales. La aldea está así rodeada de árboles. Esta periferia boscosa que abarca varios kilómetros crea la ilusión de una extensión singular. En realidad, es raro, incluso en las partes más fértiles, que los agrupamientos comprendan más de algunos centenares de habitantes. Aún siguen disminuyendo en la actualidad, a medida que el suelo exige menos brazos y que se van de aquí las industrias rurales auxiliares. Las casas donde aún resuena el ruido del telar se hacen escasas. Después de haberse multiplicado hasta un grado que raramente alcanzan las comarcas agrícolas, la población disminuye sus filas. Pero el modo de poblamiento no cambia. Estas unidades agrícolas subsisten, en tanto que las condiciones del solar las han fijado desde hace largo tiempo, en el cuadro monótono y grave de los campos ondulantes bajo las espigas; y yo imagino que un contemporáneo de Felipe Augusto no se sentiría extranjero.

II.4.2. Normandía

El Pays de Caux

El nombre de alta Normandía se presenta por sí mismo al espíritu cuando hacia Yvetot o Yerville abarcamos en torno nuestro el horizonte. Amplias ondulaciones se extienden hasta perderse de vista. Hemos subido penosamente para acceder. Vengamos de Ruán, del Vexin o del Pays de Bray, o de la orilla del mar, ha sido necesario subir a lo largo de estrechos valles tapizados de hayas, hemos franqueado jirones de bosque, reducido hoy en día, pero que antaño

cubrían todas las inmediaciones, y he aquí que ahora se extiende un *pays* descubierto en el que ninguna línea de relieve limita el horizonte. Entre los campos de trigo, cuyas ondulaciones contribuyen a amortiguar aún más los débiles movimientos del solar, se dibujan aquí y allí bandas oscuras: son hileras de árboles detrás de las cuales se abrigan las granjas, o a través de las cuales se dispersan las casas de las aldeas. Difuminadas en la bruma, estas líneas forman planos sucesivos. Ello da una impresión a la vez de amplitud y de altura. De hecho, el nivel general permanece elevado; de 200 metros en la cumbre de la convexidad de la meseta, no desciende más que a 100 metros en los bordes de los acantilados. Entre el valle bajo del Sena al Sur y la depresión verdeante del Bray al Norte, este bastión de creta revestido de limo se proyecta de una pieza, como un testimonio de resistencia a los hundimientos que han afectado al resto del litoral normando.

Sin embargo, el Pays de Caux es Normandía sólo por la historia y la geografía política; es ante todo, y el campesino lo sabe, una comarca distinta. El limo depositado en capas potentes sobre la convexidad de la meseta, ha favorecido desde tiempo inmemorial la vida agrícola. Esta potencia disminuye, es cierto, en la periferia; pero con la ayuda del abono con marga, es decir, devolviendo a la superficie la creta subyacente, ha sido posible abonar la arcilla de sílex y extender los cultivos a expensas de los bosques. Hasta nuestros días, son estos avances sucesivos lo que sustenta la historia del Pays de Caux. De este modo, se han multiplicado las granjas rodeadas de huertas o *masures*, donde el granjero vigila su ganado, y a la que flanquean *fossés*, o elevaciones de tierra coronadas por hayas. Así han proliferado hasta cubrir a veces varios kilómetros, esos pueblos cuyas calles son bosquetes y cuyas casas se espacian entre los manzanos. El agua es rara, pero la arcilla cercana a la superficie permite mantener encharcamientos; la población pudo así esparcirse con más libertad que en Picardía. Sobre estas *plains*, en estos campos, la riqueza agrícola, ayudada por el tejeduría doméstica, había concentrado una población numerosa, que ahora se deshilacha en beneficio de los valles. Sólo aquí el *cauchois* [natural del Pays de Caux] se siente en casa; aquí se reencuentra, junto con lo que aún queda del modo de existencia tradicional, las formas de hablar, el *patelin*, caro a sus oídos. Él es extranjero en los valles.

II.4.3. Alsacia

Estrasburgo (2ª parte)

Fue de este modo una nueva personalidad urbana, comerciante y guerrera la que creció en la familia de ciudades de Alsacia. Estrasburgo las domina como la flecha de su catedral domina a lo lejos los árboles entre los cuales se alza; pero ella es de los suyos. Es una república urbana más que una capital de provincia. Alsacia fue siempre un país fuertemente municipal, cuya vida urbana no se ha concentrado nunca en un solo hogar. De esta vida urbana han salido fecundas iniciativas, tanto en los tiempos del humanismo como en los inicios de la industria moderna.

Estrasburgo (3ª parte)

Cabe destacar, sin embargo, que la autonomía de esas robustas individualidades, urbanas, de pequeños núcleos o regionales, no ha dañado nunca el sentimiento de unidad del territorio. Éste ha sido amado y estudiado como pocos. Una armonía siempre presente se desprende de este conjunto que la mirada puede casi abrazar por todas partes: la montaña, la llanura, el río. El mundo de recuerdos y de leyendas que a ellos se une se asocia a las primeras imaginaciones de la infancia. Por último esta naturaleza de Alsacia, totalmente impresa aún de la acción potente de los fenómenos geológicos, conserva ciertos rasgos de naturaleza primitiva, para los cuales es casi siempre mortal el contacto con una civilización avanzada: en ello quizá reside su encanto más exquisito, el principio de su acción profunda sobre el hombre.

II.4.4. Borgoña

Bresse

Esta zona de bosques y de praderas sujetas a la inundación, ha sido como un límite entre Borgoña y la Bresse. El recorrido de la vía romana de Chalon a Besançon subraya una separación natural e histórica. Al sur del [río] Doubs, y sobre la ribera izquierda del Saona, se extiende sobre un lecho impermeable la capa de limo que constituye la Bresse.

Este lecho margoso, de origen lacustre, detiene las aguas, mantiene la humedad, alimenta la complicada red fluvial. En torno a la Côtière de Dombes, bajo el apilamiento de derrubios glaciares que forma una dorsal comarcal, es él [el lecho margoso] quien hace manar las aguas y espesa el cinturón de árboles que hacia Trévoux contribuye al agradable paisaje de las orillas del Saona. Estos montículos bresanos con los campos cultivados que ocupan su parte alta, la casa a media ladera, los setos de árboles y el *buisson* [matorral] en la parte baja, cerca de los prados, de los arroyos y de los humedales, forman un conjunto muy entrelazado, bajo un cielo con frecuencia borrascoso, capaz de cambiar en cuestión de horas los senderos en torrentes. En contraste con Borgoña, las viviendas son allí dispersas; faltan las piedras; las ciudades tienen un sello rural. Sin embargo, la casa, con sus graneros abiertos en los que cuelgan mazorcas de maíz, tiene un aire de abundancia rústica, al cual responde el humor de los habitantes. Es aún una de esas comarcas de la vieja Francia a las cuales la variedad de los productos permitía casi bastarse por sí mismos. Es un *pays*, en el sentido propio de la palabra. Habrían vivido muy apartados si, por la hendidura que se abre entre el Revermont [macizo] y la Dombes [zona húmeda], por Bourg y Amberieux, la Bresse no hubiera procurado a Saboya un paso indirecto hacia el valle del Saona.

III. La vida general

III.1. Interpretación de la situación geográfica

III.1.1. Picardía

Picardía, región política

Quizá dicha vida no haya sido nunca pujante. La Picardía está menos abierta al mar que Normandía o Flandes. Sus principales comunicaciones fueron siempre con el interior. Aún así es necesario distinguir. A medida que los surcos pantanosos proliferan, las bandas que aquellos dividen en paralelo se hacen más extrañas unas respecto a

otras. El Ponthieu, como comarca separada del Vimeu por el Somme. El [río] Bresle separa Normandía de Picardía, como el arzobispado de Ruán del de Reims, como antaño la segunda Lugdunense de la segunda Bélgica. El nombre de *picardo*, sea cual sea su significado, no se ha extendido nunca a los habitantes al sur del [río] Bresle: por el contrario, se aplicaba y aún se aplica en el uso diario a los del Laonnais, el Soissonais, el Valois. Unión significativa, que no se fundamenta en una coincidencia respecto al solar, sino, mediante un fenómeno análogo al de Flandes, sobre relaciones de posición y de comercio. Este agrupamiento, cimentado ya en las divisiones de la antigua Galia, se expresó más tarde mediante una denominación más étnica que política, la <nación picarda>. Allí hubo, en efecto, un pueblo. Ocupaba la gran zona agrícola que se extiende a lo largo del Mosa y del [río] Sambre hasta las comarcas del Somme y del [río] Oise. Poseía las inmediaciones de la principal vía romana. Hablaba dialectos estrechamente cercanos. Sus costumbres, su manera de vivir, su temperamento eran análogos. Mil refranes recuerdan, entre el Picardo y el Valón, un género de espíritu que no existe entre el Brabanzón [natural de Brabante] o el puro Flamenco. Cuentos o proverbios que han llegado a ser populares en toda Francia tienen un origen valón o picardo. Este pueblo, que permaneció romano, se perfila ante al germanismo con una fisonomía contrastada. Es acusadamente él mismo. Para Francia fue la frontera viva.

III.1.2. Normandía

Posición

Si estos nombres de *pays* expresan las particularidades del solar, el de Normandía resulta de la unidad que el territorio debe a su posición general. No podemos abordar el estudio de esta región sin atraer en primer lugar la atención sobre el conflicto entre las fuerzas locales del solar y las influencias venidas de fuera, conflicto en el que se resumen sus destinos históricos. Las influencias exteriores han sido potentes y prolongadas. No constituyen un accidente, sino un hecho normal; porque, por posición, la Normandía es un punto de llegada. Su litoral, a la inversa del litoral picardo, mira al Norte. Es, para el mundo marítimo del Norte, lo que nuestra Armórica en relación con la Bretaña insular, lo

que fueron Egipto y la Cirenaica para Grecia, lo que en una palabra los antiguos periplos llamaban la *côte d'en face*. Los navegantes sajones y escandinavos se la tropezaban en sus expediciones hacia el Sur, como hoy los paquebotes venidos de las desembocaduras del Elba o del Weser en su trayecto hacia América. En tales condiciones las articulaciones litorales toman un gran valor. El menor esbozo de saliente, la menor abertura da asilo a un germen en un litoral tan asaltado por corrientes de migraciones y de aventuras. Con sus rígidos acantilados, el litoral del Pays de Caux es más bien poco favorable a los establecimientos marítimos; sin embargo, de Dieppe a Fécamp, los nombres germánicos se escalonan sobre el litoral. Luego, del Sena al Orne, numerosas desembocaduras fluviales, grandes o pequeñas, abrieron puertas de acceso. El Cotentin prestó por último el auxilio y la tentación de sus promontorios extremos, en los que expiran las influencias del interior.

Sin embargo, detrás de este litoral y sobre el litoral mismo, reaccionaba en un sentido contrario la fuerza antigua y acumulada de las influencias interiores. Toda una vieja y rica civilización subsistía allí, fundada en la tierra. Y esta fuerza del solar era una garantía de resistencia y de duración para la antigua lengua, las antiguas tradiciones, las antiguas razas.

III.1.3. Alsacia

Introducción (1ª parte)

Un amplio soplo de vida general corre a través del valle del Rin. Los 300 kilómetros de carreteras junto a las montañas, que transcurren de Maguncia a Mulhouse, o de Frankfurt a Basilea, son para el habitante del Norte el inicio de nuevos territorios. El contraste es ya grande entre esta naturaleza riente y variada y los llanos Países Bajos o las monótonas llanuras de Alemania del Norte. Pero más allá entrevemos, o sospechamos, que es aún mayor. Toda una visión de relaciones lejanas se resume en este río cargado de ciudades, que serpentea entre las laderas de viñedos y los viejos castillos. En el paisaje ideal, que el pintor de vírgenes flamencas, Jan Van Eyck, gusta de pintar en el fondo de sus cuadros, lo que aparece más allá de las sinuosidades infinitas del río son los Alpes nevados brillando en el horizonte gracias a un claro cielo.

Fue, en efecto, y es aún para el norte de Europa una de las rutas de las regiones de allende los montes, como también la vía por excelencia de Borgoña y Provenza. El Oeste encuentra allí, por su lado, el acceso al Danubio, o, por los pasos de Hesse o de Turingia, el de la Baja Alemania. Las relaciones se cruzan en este corredor verdaderamente europeo. El día en que Francia, escapando del círculo en que antes se había encerrado entre el Escalda y el Loira, entró en contacto con el valle renano, fue para ella el comienzo de una multitud de relaciones nuevas. Aprendió a conocer una forma de germanismo muy diferente del de los flamencos y los anglosajones: el germanismo continental, vinculado a Italia, impregnado de antigua civilización. Entró más plenamente en la vida europea.

Estrasburgo (1ª parte)

Hay un punto de la llanura donde las terrazas de *loess* se prolongan más adelante que en otras partes. Dentadas en la base por escotaduras cóncavas recortadas por antiguos meandros del [río] Bruche, aquéllas no terminan más que en las orillas del Ill, en el lugar donde multiplica sus brazos antes de lanzarse hacia el Rin. En Schiltigheim y Koenigshofen, sus últimas eminencias dominan la isla fluvial donde se formó el núcleo de Estrasburgo. Un campamento romano sucedió allí a algún asentamiento céltico. Fue una ciudad renana, pero sobre todo <<la ciudad de las carreteras>>. Desde muy pronto, es hacia el Oeste, hacia Koenigshofen y las primeras terrazas de *loess* hacia donde se extendieron arrabales. Allí llega la vía romana que viene de Saverne. Ésta tuvo el cuidado de mantenerse en esas plataformas descubiertas que la inundación no alcanza, que no oponen zonas pantanosas, donde los ríos mismos son raros, y de ese modo asemejan un puente natural entre el Rhin y los Vosgos.

Éstos se interrumpen casi al noroeste de Estrasburgo. Cuando, hacia Niederbronn, Woerth, Bouxwiller, Saverne, nos acercamos a sus bordes, el ojo está desorientado por los rasgos del paisaje, al no volver a encontrar el marco habitual de la llanura. Colinas dispersas sin orden reemplazan el telón de laderas subvosgienses; es visible que están constituidas por una mezcla de rocas diversas. Numerosas fuentes minerales salen a la luz. Estos indicios hacen presentir lo que la observación geológica ha constatado: la existencia de un campo de fracturas muy extenso y muy

fragmentado, todo un sistema de dislocaciones y de fallas, que, en esta parte de la fachada vosgiense, despedaza la estructura. Entre compartimentos hundidos se alzan jirones de rocas, testigos dispersos de formaciones casi enteramente destruidas. La continuidad misma de los Vosgos parece afectada. Las areniscas que, al norte de Donon, componen la superficie más o menos de forma exclusiva, se reduce entre Saverne y Sarrebourg a una banda que no tiene más de 20 kilómetros de ancho. La misma ascensión, a pesar de las audaces curvas de la carretera de las que Goethe hablaba con admiración, se reduce a 250 ó 300 metros por encima de Saverne: un piso a salvar más que un puerto. En toda la extensión de esta región derruida, los pasos fáciles se multiplican. Bitche, no menos que Saverne, ofrece una vía natural; aquélla conduce hacia Metz, como la de Saverne hacia Toul y París.

Esta cadena de relaciones se vincula, en Estrasburgo, con la navegación en lo sucesivo más fácil del Rin, con las vías que, por la depresión de Pforzheim, se dirigen hacia el Nekar y el Danubio. La importancia de la ciudad en la que se anudan esas relaciones no podía sino acrecentarse. Ella controlaba los pasos. El dominio de sus obispos podía encontrarse en las rocas que sobrepasan Saverne, así como en las laderas de Offenburg, que vigilan la orilla derecha del Rin.

III.1.4. Borgoña

Puerta de Borgoña (2ª parte)

Fueron sobre todo las rocas calcáreas las que, como puntos de vigilancia y de reunión, fijaron los primeros hombres en este corredor de Europa. De ello dan fe numerosos abrigos, campamentos, grutas. Estas fortalezas naturales sirvieron más tarde de seguro para el paso de las invasiones. El pueblo que poseía sus llaves se convirtió en una potencia política. Estrabón dice que los Secuanos eran dueños de abrir o de cerrar a los Germanos la ruta de la provincia romana. La avenida que poseían era el valle del Doubs, vía directa y magnífica, entre la roca de Montbéliard, cercana a la antigua *Mandeure*, y el meandro que ciñe estrechamente el *oppidum* de Besanzón. Al pie de los taludes empinados y boscosos se aprietan las viñas, los cultivos, los prados y los pueblos; y la vieja ciudad militar y eclesiástica conserva

con sus grandes casas de piedra, sus puertas cimbradas, sus fuentes, algo de la gravedad romana.

Umbral entre Vosgos y Morvan

Si siguiéramos el Jura, una cadena de analogías continuas de solar e incluso de vegetación nos llevaría, por los Prealpes calcáreos, hasta el umbral de la Provenza. Con los Vosgos, por el contrario, la serie de macizos antiguos se interrumpe para no reaparecer hasta el Morvan. Una continuidad subterránea, es verdad, conecta estos dos macizos; bajo la delgada cobertura de depósitos sedimentarios que las oculta afloran puntualmente rocas arcaicas en los flancos del valle; un pequeño macizo primario, al norte de Dole, hace incluso reaparecer las formas hinchadas y la vegetación silíceo en plena región jurásica. Volvemos a encontrar en las direcciones de los valles, muy frecuentemente orientadas al Nordeste y al Suroeste, las alineaciones de una estructura primitiva, arcaica, que los accidentes posteriores no han podido ocultar. No queda sino un hueco; y, por el umbral que interrumpe aquí el frente del macizo, se transmiten libremente entre la Cuenca de París y el valle del Saona los vientos, las lluvias, mil influencias diversas.

Este umbral es la célebre región de pasos que hace comunicar el Mediterráneo con la Mancha y el Mar del Norte, la que ha cementado las dos partes principales de Francia. Pero estos pasos divergen, y la misma fisonomía del umbral cambia siguiendo la sucesión de las rocas que la constituyen. De Borgoña a la meseta lorenesa a través de Lamarche y Martigny, de Langres al Mosa y a Champaña a través del Bassigny, de Dijon o de Chagny, a través del Auxois, al valle del Sena, las comunicaciones aprovechan condiciones diferentes, abren nuevas perspectivas, crean entre las poblaciones relaciones de naturaleza diversa.

Borgoña, territorio político (1ª parte)

Por el contrario, Borgoña es en el más alto grado un ámbito político, situada en las rutas de Europa. Las posiciones de las ciudades, de los centros feudales, obedecen a los pasos tan numerosos que hemos descrito.

Incluso la reaparición de las rocas graníticas en el Morvan y el Charolais apenas interrumpe hacia el Oeste la li-

bertad de las comunicaciones, porque toda esta extremidad septentrional del Macizo central ha sido troceada de forma sorprendente. En el corazón del Morvan, una antigua cuenca pérmica, cuyos esquistos ofrecían a las aguas menos resistencia, subsiste: es la cuenca de Autun, centro de vías romanas. Entre el Autunois y el Charolais, una depresión alargada, que marcan los más antiguos mapas de Francia, reparte sus aguas entre el Loira y el Saona. Entre el Charolais y el Maçonnais los accidentes geológicos han producido, por derrumbamiento, una especie de golfo de llanura surcado por el [río] Grosne y en la que se ha situado Cluny. En el punto en el que el río abandona los terrenos primitivos y llega a las calizas, en un horizonte de prados y bosques, la célebre abadía alza sus blancas torres romanas. Situada ventajosamente para influir a la vez sobre el Loira y sobre el Saona, Cluny es sin embargo totalmente borgoñón, por el sitio y por los hombres. Dejamos detrás nuestra las viejas comarcas apartadas, las landas de retamas y de brezos donde viejas mujeres hilan con sus ruecas al borde de los setos. Las cumbres de las montañas, usadas para el cultivo, devienen grises y calvas; pero sobre sus pendientes se extienden, entre muros de piedra seca, la gran hilera de viñedos, sembrados de granjas rientes y abiertas, de pueblos, de castillos, la cual desciende sin interrupción hasta la llanura de altos álamos, cuya entrada ocupa Maçon.

Frente a estas aberturas múltiples, el Jura gira hacia el Saona su bello valle del [río] Doubs, sus rientes cuencas o *reculées* cortadas por las aguas en la orla margosa que se extiende a lo largo de las calizas. En Salins, sede de un potente condado, se inicia la carretera que, a través del Pontarlier, atraviesa el Jura. Las grandes diagonales europeas, del Paso de Calais a los pasos principales de los Alpes, atraviesan el valle del Saona.

De este modo, Borgoña se abre en direcciones diferentes, ampliamente asociada a lo que le rodea. El Mediterráneo, los Países Bajos, los países renanos y la Francia del Norte han mezclado allí sus influencias de civilización y de arte. Los monasterios borgoñones, Cluny y Cîteaux, semilleros de fundaciones lejanas, centros de organización y de gobierno, fueron verdaderas capitales de la Cristiandad. El río no ha creado en sus orillas más que ciudades de transporte fluvial y depósito; es sobre todo al pie de las montañas donde se han fijado, en una y otra parte, las sedes de influencia política.

III.2. Lectura de la vida general desde el orden espacial del solar

III.2.1. Picardía

El agua en Picardía (2ª parte)

Es sobre todo en torno a la dorsal que se eleva lentamente hasta el borde del gran surco del [río] Oise donde la creta deja escapar las aguas que había almacenado. Las fuentes del Somme y del Escalda están distantes apenas 12 kilómetros. Este abultamiento, aunque no sobrepasa los 140 metros de altura, toma un aspecto particular de monotonía e incluso de soledad. El intervalo entre las aldeas se amplía; las lomas se extienden más suaves que nunca; y del agua hundida en las profundidades no hay más rastro que barrancos, zanjas, *riots secs* indicados de lejos por alguna línea de humildes sauces. Estos feos campos merecen sin embargo atención: fueron y aún son una de las puertas de Francia. Las comunicaciones generales, aquéllas que crean relaciones políticas de largo alcance, han debido buscar la zona de menor resistencia. Estos espacios elevados y descubiertos, desde los que se dominan los alrededores, donde no existen ríos ni pantanos que atravesar, eran naturalmente indicados para los ingenieros romanos que fijaron por largo tiempo el tránsito de nuestras regiones. Podemos ver, entre la fuente del Escalda y la del Somme, la gran vía que unía Vermand con Bavay, dos puntos que hoy han cedido su importancia a ciudades vecinas. Durante 80 kilómetros sigue de forma casi imperturbable la línea recta, siempre al mismo nivel más o menos. Especie de Vía Apia de la Galia, se dirigía desde allí, siguiendo siempre de forma preferente las mesetas limosas, hacia Tongres y Colonia. Esta línea maestra era pues en realidad una vía natural. Jalonada, tanto en Bélgica como en Francia, de restos de la civilización galorromana, ha cimentado entre los países valón y picardo una relación ya preparada por la analogía del solar y que, en ausencia de un vínculo político, la semejanza de dialectos aún pone de relieve. A este eje de comunicaciones llegaban las carreteras de Île-de-France para desembocar en Flandes. Es significativo encontrar una serie de ciudades escalonadas cerca del nacimiento de los principales ríos, antes de que su surco se haga más profundo. Son las etapas fijadas por las ventajas naturales de un tránsito antiguo.

San Quintín, heredera de Vermand, luego Roye, Montdidier, Bapaume, enlazan las carreteras que desde Reims por Laon o Soissons, desde París por Crépy-en-Valois, ganaban los Países Bajos. Quien poseía estas ciudades interceptaba una de las grandes vías de comercio.

III.2.2. Normandía

Valle y bahía del Sena (2ª parte)

Ello ha dado como resultado esta bahía que, con el valle anexo, es una puerta abierta hacia el interior de Francia. Por allí una combinación extranjera, una Normandía podía asentarse. El abrigo de las penínsulas fluviales ofrecía un asidero múltiple a invasores o a colonos. Éstos podían parapetarse, introducirse desde allí en los pequeños estuarios laterales, adueñarse de los valles que terminan en el río, remontar el río mismo. Y, de hecho, las desinencias escandinavas (*fleur, bec, dal*) abundan en los nombres de lugar.

Pero, por otra parte, desde que en la Galia existían relaciones generales, este valle había jugado el papel de una salida comercial activa. Estrabón señala la desembocadura comprendida entre el Lieuvín y el Pays de Caux [la del Sena] como el principal foco de relaciones con las Islas Británicas. Desde momentos muy tempranos allí habían brillado ciudades: Lillebonne, Harfleur (la antigua *Caracotinum*), Ruán. Esta última no tardó en adquirir preponderancia. Poseía el privilegio de ocupar la posición extrema por la que aún se podía cruzar el río. Era allí donde, por última vez, eran fáciles las relaciones entre los *pays* situados al norte y al sur del Sena.

Si Ruán tuviera hacia el Norte relaciones tan fáciles como con el territorio al sur del río, su posición sería semejante a la de Londres. Pero el *pays* con el cual limita al Norte [el Pays de Caux] es una especie de península, cortada por valles profundos y transversales. Por el contrario, en la orilla izquierda del Sena, basta atravesar la franja de bosques que se inscribe en el meandro para alcanzar grandes mesetas en parte limosas y que reposan, como la de Caux, en un basamento de creta. Un romano volvería a encontrar allí las grandes superficies agrícolas, los campos de trigo que le han llamado la atención, los rumbos de las carre-

teras que ha usado. Ese es el caso de la vía que, saliendo de Ruán, se dirige, por la meseta de Roumois, hacia Brionne, paso antiguo y tradicional del [río] Risle. Desde allí es fácil alcanzar Lisieux o Évreux, sobre mesetas descubiertas que comienzan una y otra vez: ningún río entre Brionne y Évreux, ninguno entre esta última ciudad y Dreux. Los *plains* o campos, divididos sólo por jirones de bosque, se suceden al mismo nivel, homogéneos en cuanto a composición y estructura. Se extienden como una arena abierta hasta el Pays de Chartres y la Beauce, mostrando el camino a los dueños del Sena marítimo. Fue por un proceso lleno de vicisitudes cómo se forcejea, de los siglos X al XII, por la posesión de esta gran zona que se prolonga hasta el Loira. De Ruán a Orléans la distancia es un tercio más larga que con París; pero los obstáculos naturales no son en cambio considerables. Los únicos que se ofrecían eran ríos lentos y profundos que excavan en la base de mesetas con laderas bastante empinadas, y sobre las cuales las fortalezas normandas se opusieron durante mucho tiempo a las fortalezas francesas. El [río] Avre se convirtió así en una línea estratégica, defendida en Nonancourt, Tillières, Verneuil.

En suma, separaciones mediocres, y, en todas partes, por el contrario, condiciones homogéneas de cultivo, una circulación regularizada desde mucho tiempo atrás: todo lo que contribuye a cimentar un estado social. Resultó pues que el territorio que ofrecía al estado constituido en la desembocadura del Sena las perspectivas más naturales de extensión era un territorio profundamente romanizado, totalmente impregnado de civilización anterior. Ya se había operado un agrupamiento político en beneficio de Ruán. Metrópolis de la segunda Lugdunense, luego metrópolis eclesiástica, Ruán era, como Tours, Reims, una guardiana de tradiciones romanas. En torno a este centro urbano gravitaban antiguos *pays* galos escalonados junto a las vías romanas que se dirigían hacia el Oeste y el Sur. La existencia de marcos antiguos perpetuaba las influencias nacidas del solar y ya consolidadas por la historia. Había como una fuerza envolvente, al alejarse de las laderas y de los ríos.

Influencias del litoral

El antagonismo de las influencias interiores y exteriores no se ha planteado en ninguna parte con tanta nitidez como en Normandía. Vista desde el interior, prolonga sin solución

de continuidad la Francia interior, se vincula estrechamente a su solar y a sus hábitos inveterados de existencia. Cuando se parte desde el mar, la perspectiva cambia. Una amplia bahía se adentra ligeramente desde el cabo de la Hève hasta la punta granítica del pays de Saire. Gracias a las inflexiones de la costa y a los ríos que remontan las mareas, la penetración es fácil. Entre las suaves colinas que han perfilado en las arcillas el [río] Touques y el [río] Dives y las plataformas calcáreas de la Campagne de Caen, el acceso es amplio y fácil. Tan pronto como el litoral se hunde, se pierde en marismas de aluviones fluviales y marinos, en los cuales los ribereños de Frisia y del Schleswig podían reencontrar los *marschen* de su país natal. No está lejos la época en la que el mar separaba completamente del tronco continental la parte septentrional de la península. Luego, un litoral más articulado, una serie de penínsulas y de islas comienza con la aparición de los granitos al norte del [río] Hougue. Promontorios elevados sirven de señal a los marinos; protuberancias en saliente, donde es fácil aislarse, se proyectan, similares a los *actés* de las orillas helénicas; por último, frente a la costa opuesta, se dispersa un verdadero archipiélago insular. Tales son las condiciones con las que topaban en estos parajes los enjambrados del Norte, primero Sajones, luego Daneses e incluso Noruegos que, durante ocho siglos, no cesaron de pulular en torno a las costas de Europa Occidental. Es interesante constatar que cada una de esas protuberancias adquirió una individualidad, formó o aún forma un pequeño *pays*.

El dibujo de las costas tiene aquí su elocuencia. Estas formas y articulaciones de litoral están comprendidas esencialmente en el tipo de las utilizadas por la colonización marítima de los pueblos del Norte. La extremidad del Cotentin, prolongada por las islas normandas recuerda la punta septentrional de Escocia (Thurso), seguida de las Hébridas o Islas del Sur, las Suderoë de los Vikingos. La Hague-Dike reproduce un modo de fortificación bien conocido. Estuarios fluviales, islas próximas a tierra firme, promontorios fáciles de aislar, marismas en comunicación con el mar; no hay dudas acerca de su adscripción. Hay en las influencias geográficas una continuidad que se refleja en la historia. La colonización marítima aparece aquí, no como un fenómeno accidental, sino como un hecho prolongado que ha llevado gradualmente a la transformación del territorio. Efectivamente, la nomenclatura se carga cada vez más de elementos germánicos. Los tipos francamente sep-

tentrionales abundan entre los habitantes: <<en ninguna parte, ni siquiera en Flandes o Alsacia, el tipo rubio se ha conservado con tanta nitidez>> como en los cantones de Beaumont, de Saint-Pierre-Église, de los Pieux, de los alrededores de Bayeux, etc. Lo que Normandía más tiene de normando, en el sentido etimológico de esta palabra, se ha encontrado y aún se encuentra en las partes occidentales de la provincia, en las desembocaduras de los ríos del Calvados, y sobre todo en los salientes casi aislados del pays de Saire o de Hague. Tipos, dialectos y pronunciación aún conservan allí un sabor de autonomía. Esta distribución confirma la idea que sugiere el examen geográfico de las costas. Una serie de colonias gradualmente escalonadas a lo largo del mar, usando minuciosamente facilidades que ofrecían los quiebros locales, es lo que mejor casa con las relaciones de posición y de estructura.

III.2.3. Borgoña

Pasos del Auxois

Las margas del lías no tardan en hundirse, al suroeste de Langres, bajo las capas más recientes. Imaginad entonces amplias plataformas calcáreas inclinadas hacia el Oeste, cayendo en picado hacia el Este. Entre Langres y Dijon se extiende la Montagne, la seca comarca de las aguas que se precipitan, de los raros valles cuyo fondo llano no es inundado más que cuando las lluvias de invierno han hecho que rebosen las aguas subterráneas; comarca pobre, con sus raras casas grises cubiertas de *lauzes*, pero sobre la cual un aire vivificante distribuye vigor y salud. Sobre el borde abrupto, que una falla casi rectilínea ha recortado por encima del valle del Saona, las aguas no han cortado por lo general más que pequeñas cañadas. Parece, cuando se llega al pie de estos empinados taludes, que nos topemos contra un muro. Sin embargo, en esta masa dura, dos brechas han sido cortadas, allí donde las aguas han concentrado su esfuerzo. Cada una se ha convertido en un paso histórico: uno, el más frecuentado actualmente, es el de Dijon el otro, conocido más antiguamente por los hombres, desemboca entre Nolay y Chagny. Al pie del monte de Rème, Rome-Château, promontorios calcáreos que guardan los vestigios de establecimientos de edades antiguas, se insinuaba la ruta de la cual los Romanos hicieron una de sus grandes vías hacia Autun.

La brecha de Dijon tiene un aspecto imponente. Chorreando con impetuosidad por las pendientes impenetrables del Auxois, las aguas han hecho mella en la meseta calcárea, en lo más compacto de su masa. Aquéllas la han recortado en bloques aislados, entre los cuales secos barrancos son bordeados por un arroyo pedregoso. Los vemos, por encima de Dijon, escalonar en planos sucesivos sus crestas boscosas de perfil geométrico. Entre ellos el Mont Affrique se distingue por su cono regular terminado en un ligero ensillamiento. A través de este telón de alturas sospechamos más que vemos el paso. El ojo lo capta sin embargo a través de los huecos que individualizan cada una de estas paredes separadas. Sentimos que una fuerza potente ha separado aquí las planchas de la meseta, ha troceado los jirones, y que, como de costumbre, la acción mecánica de las aguas ha abierto el camino a los hombres.

Borgoña, territorio político (2ª parte)

Resulta de ello un dualismo que viene de lejos: se muestra en la dominación rival de los Eduos y de los Secuanos, que se disputaban los peajes del Saona; luego, en la yuxtaposición de las diócesis de Langres y de Besanzón, por último en la de Francia y el Imperio. Demasiado invadida por los bosques y las aguas, el valle no tiene la amplitud y la fuerza necesarias para fijar un centro de gravedad política. Siempre le faltó a Borgoña una base territorial en consonancia con la extensión de las relaciones que allí se cruzan. La posición es apropiada para inspirar tentativas ilimitadas de crecimiento y de grandeza; se explica el sueño de Carlos el Temerario. Pero hay en la estructura geográfica un principio de debilidad interna para las dominaciones que intentaron tomar allí su punto de apoyo.

III.2.4. Pirineos

Borde de la montaña

La fachada, surcada de valles profundos, que los Pirineos dirigen hacia Francia, desciende en 30 ó 40 kilómetros al nivel de la llanura. En Foix (454 m.), en Tarbes (312 m.), en Pau (207 m.), la llanura entra en comunicación directa con la montaña; ésta se convierte en un *Piémont* en el sentido propio de la palabra. Generalmente es a través

de una muralla empinada, de roca calcárea y marmórea, cómo se anuncia el borde de la cadena. Los ríos la franquean mediante brechas. Esta línea de contacto entre la montaña y la llanura ha sido desde temprana hora apreciada y buscada por los hombres. Los rastros de poblaciones prehistóricas son allí numerosos. En Bedeillac, cerca de Tarascon-sur-Ariège, en Mas d'Azil, en Izeste al entrar en el valle de Ossau, hay cavernas que conservan los rastros de la presencia y de la actividad del hombre. Esta misma linde de la montaña se ha convertido en una línea urbana. Allí se han establecido ciudades para efectuar transacciones y para poseer las llaves de los pasos.

Como al pie de los Alpes, la posesión de las principales avenidas transversales fue el eje de la potencia política. El condado de Barcelona debió su fuerza a la posesión de los pasos a través de los Pirineos orientales. El condado de Foix dominaba, a través del puerto de Puymorens, los senderos por los cuales se acudía al célebre santuario que desde lejos indican sus rocas rojas extrañamente recortadas, Montserrat de Cataluña. En el punto donde la vieja ruta romana procedente de España por el Somport se tropezaba con el primer gran valle, se asentó la antigua *Beneharnum*, Lescar, núcleo del Béarn. Por último, el reino de Navarra creció desde las dos laderas del paso de Roncesvalles, vía seguida durante mucho tiempo, con exclusión de cualquier otra, por los peregrinos que iban a Santiago de Compostela.

III.3. Lectura de la vida general desde el orden espacial de la vida local

III.3.1. Picardía

Las ciudades picardas (1ª parte)

Los emplazamientos urbanos, en semejantes condiciones físicas, han sido fijados por los puntos cuyo paso era menos difícil. Eran ventajas decisivas la existencia de vados, o de una roca encerrando el valle, o de apoyos sólidos para construir un puente. La historia, multiplicando las relaciones, ayudó a la proliferación de ciudades. Después de las aldeas galas, vinieron los puestos o ciudades romanas, los monasterios, las villas carolingias, castillos contra los

normandos, y de todo ello se formó una línea de plazas, tantas veces disputada, que fue el frente de resistencia de la monarquía francesa, la muralla compacta en la cual no podía producirse una brecha sin que el sobresalto embargara a todo el reino. Es gracias a la vida urbana nacida a lo largo de los ríos que este país agrícola y rural acentuó su personalidad. No puede hablarse con propiedad de ciudades en las mesetas; la impronta urbana está por el contrario marcada incluso sobre los más pequeños de los núcleos bañados por los ríos picardos. Éstos proporcionaron a la vieja Francia líneas estratégicas y políticas, como el Havel y el Sprée a Brandeburgo. Y es que, en efecto, este territorio situado en el umbral del germanismo era como una especie de marca fronteriza.

III.3.2. Normandía

El estado normando (1ª parte)

Cuando, por contactos repetidos, por sucesivas superposiciones una parte de la antigua Neustria hubo sido germanizada, quedaba concentrar en una unidad efectiva estos grupos litorales dispersos. Fue una obra de alta y perseverante política. De esta tarea salió una creación verdaderamente original: una entidad nueva se injertó en la Francia del Norte. Y esta formación vigorosa se superpuso a las divisiones preexistentes, sin por ello destruir el marco.

Los viejos *pays* subsisten, con las diferencias de aspecto y de ocupaciones sustentadas en diferencias de solar: el Pays d'Auge con sus pastizales, y la diseminación de sus casas bajas casi enterradas en el verdor; la Campagne de Caen, tierra de campos de trigo, de los pueblos aglomerados, de las bellas piedras; el Bessin, que hace reaparecer con los pastos los setos vivos y las grandes hileras de árboles. Pero un fuerte tinte germánico se extiende uniformemente sobre esta sucesión de *pays*. Aquél se atenúa a medida que nos alejamos de las costas; se acusa en las articulaciones peninsulares e insulares. La diferencia es pues grande entre la costa y el interior. No es sólo la antítesis clásica entre la Plaine y el Bocage; sino que, aparte de las diferencias que atañen a la composición del solar, existe por todas partes en Normandía la que resulta de la posición marítima o interior. La influencia marítima expira, en el Pays de Caux, en el

umbral de los acantilados; penetra más libremente en el haz de *pays* que se concentra entre el Sena y el Cotentin. Puede decirse que abraza por completo la totalidad de la península [de Cotentin] y de las islas [Jersey, Guernesey, etc.].

Normandía no termina con la Cuenca parisina. No coincide con sus límites. Invade, no por la vía de extensión, sino por sus mismos orígenes, la parte medio sumergida del Macizo primario armoricano. Se ha constituido gracias a un doble trabajo político: uno que consistió en formar un todo de una serie de establecimientos escalonados en las costas; el otro fue un movimiento de expansión, que terminó por concentrarse en el marco romano y eclesiástico de la metrópolis de Ruán.

De un agrupamiento natural de *pays* yuxtapuestos nació así una región política, que fue, no una provincia, sino un Estado. Sus límites son fronteras artificiales y guardadas por líneas de fortificaciones. Sus capitales tienen un aspecto real. De las canteras de la llanura de Caen han salido construcciones monumentales que recuerdan el nombre de Guillermo el Conquistador.

III.3.3. Pirineos

El Estado de Béarn

Pequeños estados pirenaicos nacieron, crecieron, desaparecieron. No se trata de esos cantones montañoses cuya autonomía, cuando por azar subsiste, parece un olvido de la historia; sino de verdaderos Estados políticos basados en una combinación de la montaña y la llanura. Entre ellos, el que ha realizado más plenamente su papel histórico es el de Béarn. No sabríamos imaginar cuna más propicia que esa cuenca del Gave donde se han sucedido como centros políticos Nay, Lescar, Morlans, Pau. La intensidad de los cultivos, la proximidad de los pueblos entre sí, esta mezcla de campos de maíz, de islas de álamos, de praderas y de aguas corrientes bajo un cielo alegre y variado, compone un cuadro seductor, cuyo marco es cerrado al Sur por las cadenas nevadas. Al Norte se extienden las landas de Pontlong, pastos de invierno para los montañeses de los valles de Aspe y de Ossau. Así se selló naturalmente, en el punto de paso, la asociación de la montaña y de la llanura. Sin

embargo hizo falta también, para que el Estado fuese sólidamente constituido, que se apoderara de la parte del valle del Gave donde reaparecen las rocas calcáreas, propias para edificar castillos y ciudades fortificadas. Este punto, marcado por Orthez, asegura el dominio de los afluentes. Así se completó el pequeño Estado feudal y guerrero, que no sin pesar perdió, con Enrique IV, su autonomía en la unidad francesa. Nadie había conseguido encarnar mejor, al menos por un instante, esta brillante civilización del Midi pirenaico, perla escapada del naufragio en el que zozobró, desde el siglo XII, la civilización del resto del Midi.

III.4. Lectura de la vida general desde impresiones sensoriales

III.4.1. Borgoña

Paso entre Lorena y Borgoña (2ª parte)

El *oppidum* de un antiguo pueblo galo ocupa el promontorio cuya base ha sido cortada por el naciente Marne. Sobre la meseta moteada de monte bajo vemos, desde muy lejos, blancas cintas de carreteras que se dirigen hacia las grandes y tristes construcciones eclesiásticas por las que Langres se muestra. El aspecto está en armonía con la severidad de los horizontes. La inoportunidad de los ruidos del presente no está aquí para estropear la evocación de la historia. La vida parece extinguida. Quizá nunca fue muy intensa; y sin embargo estas carreteras han visto pasar los mercaderes, los ejércitos, y la estela histórica de una circulación secular.

